

Papeles póstumos
del Club Pickwick.
Vol I

Charles Dickens

LOS PICKWICKIANOS

El primer rayo de luz que hiere la penumbra y convierte en claridad ofuscante las tinieblas que parecían envolver los primeros tiempos de la vida pública del inmortal Pickwick surge de la lectura de la siguiente introducción a las Actas del Club Pickwick, que el editor de estos papeles se complace altamente en mostrar a sus lectores como una prueba de la cuidadosa atención, infatigable perseverancia y pulcra exégesis con que ha llevado a cabo su investigación entre la profusión de documentos que le han sido confiados:

«12 de mayo de 1827.—Presidencia de José Smiggers, Esq., V.P.P, M.C.P.¹ Se toman por unanimidad los siguientes acuerdos:

¹ Vicepresidente Perpetuo, Miembro del Club Pickwick.

»Que esta Asociación ha oído leer con sentimientos de complacencia inequívoca y de la más entusiasta aprobación la Memoria presentada por Samuel Pickwick, P.G., M.C.P.², titulada *Especulaciones acerca del origen de los pantanos de Hampstead, con algunas observaciones sobre la Teoría de los murciélagos*, y que esta Asociación expresa por ella a dicho Samuel Pickwick, Esq., P.G., M.C.P, su más ferviente gratitud.

»Que al mismo tiempo que esta Asociación se declara hondamente convencida de las ventajas que para el progreso de la ciencia representa tanto el trabajo mencionado como las incansables investigaciones de Samuel Pickwick, no puede menos de abrigar el vivo presentimiento de los inestimables beneficios que si el referido docto señor ensanchara el campo de sus estudios, dilatase la zona de sus viajes y extendiera el horizonte de sus observaciones se

² Presidente General, Miembro del Club Pickwick.

seguirían para el desarrollo de la cultura y la difusión de la enseñanza.

»Que, con la mira arriba expresada, esta Asociación ha tomado seriamente en consideración la propuesta formulada por el antedicho Samuel Pickwick, P.G., M.C.P, y otros tres pickwickianos, cuyos nombres luego se reseñan, para constituir una nueva rama de la Unión Pickwickiana, bajo el título de Sociedad Correspondiente del Club Pickwick.

»Que esta propuesta ha sido sancionada y aprobada por la Asociación.

»Que la Sociedad Correspondiente del Club Pickwick ha quedado, por tanto, constituida, y que Samuel Pickwick, Esq., P.G., M.C.P; Tracy Tupman, Esq., M.C.P.; Augusto Snodgrass, Esq., M.C.P., y Nathaniel Winkle, Esq., M.C.P., han sido nombrados y reconocidos como miembros de la misma, y que han sido requeridos para que de tiempo en tiempo comuniquen al Club Pickwick, establecido en Londres, memorias auténticas de sus viajes e investigacio-

nes, de sus observaciones acerca de tipos y costumbres y del conjunto de sus aventuras, así como todas las narraciones y notas a que diese lugar el espectáculo de la vida local individual y colectiva.

»Que esta Asociación sienta de muy buen grado el principio de que cada miembro de la Sociedad Correspondiente sufrague sus propios viajes, y que no ve inconveniente alguno en que los miembros de la indicada Sociedad prolonguen sus estudios todo el tiempo que les plazca, dentro de dichas condiciones.

»Que los miembros de la Sociedad Correspondiente deben darse por enterados de que su propuesta de costear por sí mismos todos los gastos de correo y transporte de paquetes ha sido objeto de deliberación por parte de la Asociación; que esta Asociación considera semejante propuesta digna de los preclaros entendimientos de que dimana y que hace constar su perfecta conformidad».

Un observador —cualquiera añade el secretario, a cuyas anotaciones debemos la referencia que sigue—, un observador casual, no hubiera advertido nada de extraordinario en la desnuda cabeza y circulares antiparras que se volvieron intencionadamente hacia su rostro (el del secretario) mientras leía los acuerdos transcritos; mas, para aquellos que supieran que la gigantesca mentalidad de Pickwick palpitaba detrás de los cristales, era el espectáculo bien interesante. Allí se sentaba el hombre que había recorrido hasta su origen los pantanos de Hampstead y conmovido al mundo científico con su *Teoría de los murciélagos*, hombre tan inmóvil y encalmado como las aguas de uno de aquéllos en un día de helada, o como un solitario individuo de los de esta familia en el retiro interno de un cántaro de barro. Pero ¡cuánto más interesante se ofrecía el espectáculo cuando, al unánime grito de «¡Pickwick!», proferido por sus secuaces, animándose y lleno de vida, subió aquel grande hombre al sillón de Wind-

sor, en que anteriormente se hallara sentado, y dirigió la palabra al Club que él mismo había fundado! ¡Qué escena tan sugestiva y digna de estudio para un artista!: el elocuente Pickwick, con una mano graciosamente escondida tras el faldón de su levita y agitando la otra en el aire para acentuar su brillante perorata; su erguido cuerpo ponía de manifiesto sus tirantes y polainas, prendas que si vestidas por un hombre vulgar hubieran pasado inadvertidas, usadas por Pickwick —si se admite la expresión— inspiraban veneración y respeto espontáneos; rodeado este hombre por aquellos que voluntariamente habían compartido con él los riesgos de sus viajes, y que estaban destinados a participar de las glorias de sus descubrimientos: a su derecha sentábase Mr. Tracy Tupman, el quisquilloso Tupman, que a la sabiduría y experiencia de la edad madura añadía el entusiasmo y el ardor de un mozo en la más interesante y dispensable de las humanas flaquezas: el amor. Los años y el mucho comer habían

desarrollado aquella figura, un tiempo romántica. El negro chaleco de seda se había ensanchado más y más; pulgada a pulgada, la cadena del reloj había desaparecido del horizonte visible de Tupman, y gradualmente la abundante papada iba colgando cada vez más de los bordes de la corbata; mas el espíritu de Tupman no cambió jamás: la admiración por el bello sexo era su pasión dominante. A la izquierda del gran caudillo se sentaba el poeta Snodgrass, y no lejos, el deportivo Winkle: el primero, poéticamente envuelto en una chaqueta azul con cuello de piel de perro, y luciendo el último una verde y nueva pelliza de caza, corbatín escocés y ceñido pantalón.

La alocución de Mr. Pickwick en esta ocasión, así como el debate que siguió, figuran en las Actas del Club. Ambos acusan una estrecha afinidad con las discusiones mantenidas en otras ilustres corporaciones, y, como no está de más señalar las coincidencias que se observan en las normas seguidas por los grandes hom-

bres, vamos a trasladar a estas páginas la reseña.

Mr. Pickwick observó —dice el secretario— que la fama es un anhelo del corazón humano. La fama poética constituía un afán para el corazón de su amigo Snodgrass; la fama de las conquistas era igualmente ambicionada por su querido amigo Tupman y el deseo de ganar la celebridad por los deportes en tierra, aire y agua anidaba hondamente en el pecho de su amigo Winkle. Él mismo —Mr. Pickwick— no negaba sentirse influido por las humanas pasiones, por las afecciones humanas (*Rumores.*), tal vez por las humanas flaquezas (*Voces: No, no.*); pero él aseguraba que si alguna vez el ardor de la vanidad brotaba en su pecho, el deseo del bien del humano linaje se sobreponía y ahogaba aquélla. Si la alabanza de los hombres era su trapezio de equilibrio, la filantropía era su clave de seguridad. (*Vehementes aclamaciones.*) Él había experimentado cierto orgullo —paladinamente lo reconocía, y entregaba esta

confesión al ludibrio de sus enemigos—, él había sentido alguna vanidad al lanzar al mundo su *Teoría de los murciélagos*, podría o no merecer la celebridad. (*Una voz: «Sí que la merece».* *Fuertes rumores.*) Aceptaba la afirmación del honorable pickwickiano cuya voz acababa de oír: merecía la celebridad; mas si la fama de aquel tratado hubiera de extenderse hasta los últimos confines del mundo conocido, el orgullo despertado por la paternidad de tal producción nunca podría compararse con el halago que sentía al mirar a su alrededor en este momento, el más glorioso de su vida. (*Aplausos.*) Él era un hombre humilde. (*No, no.*) Por ahora sólo podía afirmar que se le había elegido para una misión honrosísima y no exenta de riesgos. Los viajes se realizaban en malas condiciones y las cabezas de los mayores parecían bastante inseguras. Que mirasen si no hacia fuera y contemplasen las escenas que se producían a su alrededor: los coches de postas volcaban por todas partes; los caballos cojeaban; los barcos

daban la vuelta y las calderas reventaban. (*Aprobación. Una voz: «¡No! ¡No!». Rumores.*) A ver, ese honorable pickwickiano que ha gritado «No» con tanta energía, que avance y lo niegue, si puede. (*¡Bravo!*) ¿Quién ha sido ese que ha gritado: «No»? (*Aclamaciones entusiastas.*) Se trataba acaso de algún fatuo o de algún desengañado, no llegaría a decir de algún baratero (*Bravos ensordecedores.*), que, celoso de los elogios, tal vez inmerecidos, que se habían dedicado a sus (las de Mr. Pickwick) investigaciones y aplastado por las críticas amontonadas sobre sus propios y débiles intentos de rivalidad, tomaba ahora este modo vil y calumnioso de...

Mr. Blotton (de Aldgate) se levantó. ¿Aludía a él el honorable pickwickiano? (*Voces de «Orden», «Señor presidente», «Sí», «No», «Continuad», «Fuera», etc.*)

Mr. Pickwick no estimaba procedente dejarse dominar por el clamoreo. Él *había* aludido al honorable caballero.

Mr. Blotton, en tal caso, sólo decía que rechazaba la injuriosa y falsa acusación del honorable caballero con profundo desprecio. (*Grandes rumores.*) El honorable caballero era un embaucador. (*Terrible confusión y fuertes voces de «Señor presidente» y «Orden».*)

Mr. Snodgrass se levanta. Se coloca de pie en la silla. (*Expectación.*) Él desea saber si este lamentable incidente entre dos miembros del Club debe tolerarse que continúe. (*Siseos.*)

El presidente estaba seguro de que el honorable pickwickiano habría de retirar la frase que acababa de pronunciar.

Mr. Blotton, dentro del mayor respeto hacia la Presidencia, estaba seguro de no retirarla.

El Presidente consideraba deber suyo preguntar al honorable caballero si aquella frase que se le había escapado había sido empleada en su acepción corriente.

Mr. Blotton no vaciló en decir que no; que él había empleado aquella palabra en su sentido pickwickiano. (*Siseos.*) Él no tenía más remedio

que declarar que personalmente abrigaba el mayor respeto y la más alta estima por el honorable caballero. Él le había considerado como un embaucador desde un punto de vista puramente pickwickiano. (*Siseos.*)

Mr. Pickwick se sentía sumamente agradecido por la noble, sencilla y franca explicación de su honorable amigo. Y solicitaba al punto que sus propias observaciones fuesen interpretadas según la construcción pickwickiana. (*Rumores.*)

Aquí termina la relación, e indudablemente también el debate, después de llegar a un acuerdo tan claro y satisfactorio. No tenemos referencia oficial de los hechos cuya narración hallará el lector en el siguiente capítulo; pero han sido cuidadosamente tomados de cartas y de otras fuentes auténticas tan evidentemente genuinas, que justifican la narración circunstanciada.

PRIMEROS DÍAS DE VIAJE, PRIMERAS AVENTURAS NOCTURNAS Y SUS CONSECUENCIAS

Ese puntual cumplidor de todo trabajo, el sol, acababa de levantarse y de alumbrar la mañana del 30 de mayo de 1827 cuando Samuel Pickwick, surgiendo de sus sueños cual otro sol, abría la ventana de su cuarto y contemplaba al mundo que debajo de él se extendía. Goswell Street hallábase a sus pies; Goswell Street tendíase a su derecha, y hasta donde la vista alcanzar podía veíase a la izquierda Goswell Street, y la acera opuesta de Goswell Street mirábase enfrente. «Tales —pensaba Mr. Pickwick— son las limitadas ideas de aquellos filósofos que satisfechos con el examen de las cosas que tienen ante sí no descubren las verdades que más allá se esconden. Así, podía yo contentarme con mirar simplemente Goswell Street sin preocuparme en penetrar las ocultas regio-

nes que a la calle circundan.» Y después de producir Mr. Pickwick esta hermosa reflexión, embutióse en su traje, y sus trajes en el portamantas. Los grandes hombres rara vez se distinguen por la escrupulosidad de su indumento; así, pues, la operación de rasurarse, vestirse y sorber el café pronto estuvo concluida, y una hora después, Mr. Pickwick, con su portamantas en la mano, su antejo en el bolsillo de su amplio gabán y el libro de notas en el del chaleco, dispuesto a recibir cualquier descubrimiento digno de registrarse, llegaba a la cochera de San Martín el Grande.

—¡Cochero! —exclamó Pickwick.

—Aquí está, sir —articuló un extraño ejemplar de la raza humana, con cazadora de tela de saco y mandil de lo mismo, que con una etiqueta y un número de latón en el cuello parecía catalogado en alguna colección de rarezas. Era el mozo de limpieza—. Aquí está, sir. ¡Vamos, el primero!

Y hallado el cochero número 1 en la taberna donde había fumado su primera pipa, Mr. Pickwick y su portamantas fueron introducidos en el vehículo.

—¡A Golden Cross! —ordenó Mr. Pickwick.

—¡Nada, ni para un trago, Tomás! —exclamó malhumorado el cochero, dirigiéndose a su amigo el mozo, al arrancar el coche.

—¿Qué tiempo tiene ese caballo, amigo? —preguntó Mr. Pickwick, frotándose la nariz con el chelín que había sacado para pagar el recorrido.

—Cuarenta y dos —replicó el cochero mirándole de través.

—¡Cómo! —exclamó Mr. Pickwick llevando su mano al cuaderno de apuntes.

El cochero reiteró su afirmación primera. Mr. Pickwick miró fijamente a la cara del cochero; pero en vista de que los rasgos de ésta permanecieron inmutables, se decidió a consignar el hecho.

—¿Y cuánto tiempo le tiene usted trabajando cada vez? —inquirió Mr. Pickwick, para ampliar la información. —Dos o tres semanas —contestó el cochero.

—¡Semanas! —dijo asombrado Mr. Pickwick... y de nuevo salió el cuaderno de apuntes.

—Su casa está en Pentonwill, pero rara vez le llevamos allí, por lo flojo que está —observó el cochero con frialdad.

—¡Por lo flojo que está! —repitió vacilante Mr. Pickwick.

—En cuanto se desengancha se cae —prosiguió el cochero—; pero cuando está enganchado le tenemos bien tieso y le llevamos tan corto, que no es fácil que se caiga; y hemos puesto un par de ruedas tan anchas y hermosas, que en cuanto él se mueve echan tras él y no tiene más remedio que correr... no puede por menos.

Mr. Pickwick consignó en su cuaderno todas las palabras de esta información con propósito de comunicarlas al Club, como ejemplo singu-

lar de la tenacidad vital de los caballos bajo las más difíciles circunstancias. Apenas había terminado su anotación cuando llegaban a Golden Cross. Saltó el cochero y salió Mr. Pickwick del coche. Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, que se hallaban esperando impacientes la llegada de su ilustre jefe, le rodearon, dándole la bienvenida.

—Aquí tiene usted su servicio —dijo Mr. Pickwick, mostrando el chelín al cochero.

¡Cuál no sería el asombro de los doctos caballeros cuando aquel ente incomprensible arrojó la moneda al suelo y expresó con ademanes inequívocos su deseo de que se le permitiera luchar con Mr. Pickwick por la cantidad que se le adeudaba!

—Usted está loco —dijo Mr. Snodgrass.

—O borracho —añadió Mr. Winkle.

—O las dos cosas —resumió Mr. Tupman.

—¡Vamos, vamos! —gritó el cochero, haciendo ademán de combatir a puñetazos, marcando

los movimientos como un péndulo—. ¡Vamos... con los cuatro!

—¡Aquí hay jarana! —gritaron media docena de cazurros—. Manos a la obra, Sam.

Y, vociferando alegremente, se agregaron al grupo.

—¿Qué es ello, Sam? —preguntó un caballere-
rete con mangas de percal negro.

—¿Cómo que qué es ello? —replicó el coche-
ro—. ¿Para qué quería mi número?

—Yo no quería su número —contestó Mr.
Pickwick sin salir de su estupefacción.

—Entonces, ¿para qué lo ha tomado usted? —
le interrogó el cochero.

—¡Pero si no lo he tomado! —gritó indignado
Mr. Pickwick.

—¿Querréis creer —continuó el cochero, diri-
giéndose al público—, querréis creer que un in-
vestigador va en un coche y no sólo apunta el
número del cochero sino cada palabra que di-
ce?

Un rayo de luz brilló en la mente de Mr. Pickwick: se trataba del cuaderno de notas.

—¿Pero hizo eso? —preguntó otro cochero.

—Claro que lo hizo —replicó el primero—. Y luego, a prevención de que yo le atacara, tiene tres testigos para declarar contra mí. Pero le voy a dar, aunque me cueste seis meses. ¡Vamos!

Y el cochero arrojó su sombrero al suelo, con notorio menosprecio de la prenda, arrancó los lentes a Mr. Pickwick y siguió el ataque con un puñetazo en la nariz a Mr. Pickwick, otro en un ojo a Mr. Snodgrass y, por variar, un tercero, en el vientre, a Mr. Tupman; luego empezó a maniobrar bailando en el arroyo; volvió a la acera y, por fin, extrajo del pecho de Mr. Winkle el poco aire que le quedaba; todo en media docena de segundos.

—¿Dónde habrá un policía? —preguntó Mr. Snodgrass.

—Ponedlos bajo las mangas —sugirió un vehemente panadero.

—¡Tendréis que sentir por esto! —amenazó Mr. Pickwick.

—¡Soplones! —gritó la concurrencia.

—¡Vamos! —gritó el cochero, que no había cesado en todo el tiempo de agitar sus puños.

El público allí reunido, que hasta entonces había permanecido como mero espectador de la escena, al enterarse de que los pickwickianos eran confidentes del fisco comenzó a encarecer rápidamente la conveniencia de apoyar la proposición del ardoroso panadero; y no hay que decir los actos de agresión personal que se hubieran cometido a no ser porque la trifulca quedó repentinamente interrumpida por la llegada de un nuevo personaje.

—¿Qué juerga es ésta? —preguntó un joven más bien alto, con verde cazadora, que emergió de improviso ante la cochera.

—¡Soplones! —gritó de nuevo la concurrencia.

—¡No somos tal cosa! —rugió Mr. Pickwick en un tono que hubiera llevado la convicción a cualquier circunstante desapasionado.

—¿No lo son ustedes... no lo son? —dijo el muchacho, dirigiéndose a Mr. Pickwick y abriéndose paso entre la multitud por el infalible sistema de separar a codazos a los elementos componentes de ella.

El docto caballero explicó en breves y apresuradas palabras la realidad del caso.

—Vengan, pues —dijo el de la verde cazadora, cargando casi a viva fuerza con Mr. Pickwick y charlando sin cesar—. Ea, número novecientos veinticuatro, recoja su servicio y márchese... Respetables señores... le conozco bien... imprudencias... Sir, ¿y sus amigos? ... Un error, ya se ve... no preocuparse... cosas que ocurren... hasta en las mejores familias... no hay que hablar de morir... un contratiempo... levantadlo... ponga eso en su pipa... el aroma... ¡maldita canalla!

Y con esta larga ristra de entrecortadas frases, pronunciadas con extraordinaria volubilidad, el extraño personaje se encaminó hacia la sala de espera de viajeros, seguido de cerca por Mr. Pickwick y sus discípulos.

—¡Mozo! —gritó el raro personaje, tirando de la campanilla con tremenda violencia—, ponga copas... aguardiente y agua, caliente y fuerte, y dulce, y mucho... ¿El ojo magullado, sir? ¡Mozo!, bistec crudo para el ojo del caballero...; nada como el bistec crudo para las erosiones, sir; el frío de un farol, muy bueno; pero un farol, no es posible... ¡Hay que ver pasarse media hora en la calle y pegar el ojo contra la columna del farol!... ¡Eh, muy bien! ¡Ah, ah!

Y el desconocido, sin tomar resuello, se echó de un trago como media pinta del líquido espumante y se repantigó en la silla tranquilamente, como si nada hubiera pasado.

En tanto que sus tres compañeros se ocupaban en expresar su gratitud al nuevo amigo,

Mr. Pickwick examinaba el indumento y cata-
dura de aquél.

Era de una estatura mediana; mas lo escu-
ruido de su cuerpo y la largura de sus piernas
dábanle apariencias de una altura mayor. La
verde cazadora debía de haber sido una prenda
elegante por los días en que se usaban largos
faldones; mas era evidente que había servido a
un hombre más bajo que el desconocido, pues
las deterioradas y sucias mangas no llegaban a
cubrirle las muñecas. Hallábase estrechamente
abotonada hasta la barbilla, con riesgo inmi-
nente de estallar por la espalda, y un viejo tra-
po sin la menor forma de corbata rodeábale el
cuello. Los raquíticos y negros pantalones mos-
traban aquí y allá ese reluciente brillo que pre-
gona un uso prolongado, y ceñíanse estrecha-
mente sobre un par de remendados y mancha-
dísimos zapatos, como proponiéndose ocultar
un par de medias blancas e impulcras que, no
obstante, se veían perfectamente. Sus largos y
negros cabellos se escapaban en ondas negli-

gentes a cada lado del viejo sombrero de alas vueltas, y entre los bordes de los guantes y las bocamangas percibíanse las muñecas. Su rostro era enjuto y hosco, y un aire indescriptible de aviesa impudencia, junto con el de un perfecto dominio de sí mismo, envolvían al individuo.

Tal era el personaje que Mr. Pickwick contemplaba a través de sus anteojos (dichosamente recuperados), y al que, luego que sus amigos se hubieron cansado de hacerlo, comenzó a significar en términos selectos su agradecimiento por el reciente auxilio.

—De nada —dijo el desconocido, atajando rápido el cumplimiento—; basta... nada más; buen mozo ese cochero... bien manejaba sus cinco; pero yo que su amigo el de la chaqueta verde... que me ahorquen... si no le aplasto la cabeza... no dice ni pío... también al panadero... de fijo.

Esta incoherente arenga fue interrumpida por la entrada del cochero de Rochester, anunciando que iba a partir el *Comodoro*.

—¡El *Comodoro!* —dijo el intruso saltando de su asiento—. Mi coche... plaza tomada... una de exterior... dejen que paguen ustedes el aguardiente y el agua... no hay cambio para uno de cinco... mala moneda... la más baja de Brumma-gem... no puede ser... no... ¿eh?

Y sacudió su cabeza maliciosamente.

Mientras que esto sucedía, Mr. Pickwick y sus tres compañeros habían resuelto hacer en Rochester su primera escala, y después de participar al nuevo amigo que se dirigían ellos a la misma ciudad, convinieron en tomar los asientos de la trasera del coche, donde podrían viajar juntos.

—¡Arriba! —dijo el intruso, ayudando a Mr. Pickwick a subir al techo con tanta precipitación, que se vio materialmente comprometida la grave compostura del caballero. —¿Tiene equipaje, sir? —preguntó el cochero.

—¿Quién? ¿Yo? Paquete de papel marrón, nada más; el resto va por el agua... cajas de madera, clavadas... grandes como casas... pesadas,

pesadas, terriblemente pesadas —replicó el intruso, mientras procuraba meterse en el bolsillo todo lo que podía de aquel paquete marrón que, por la traza, no debía contener más que una camisa y un pañuelo.

»¡Las cabezas, las cabezas... cuidado con las cabezas! —gritó el locuaz desconocido cuando atravesaban el medio punto que formaba la entrada del patio de carruajes por aquellos días—. Mal paso... peligrosa construcción... Hace días... cinco niños... madre... señora alta, comiendo sándwichs... olvidó el arco... ¡zas!... golpe... Niños miran alrededor... madre sin cabeza... sándwich en la mano... no había boca en que meterlo... Cabeza de una familia desaparecida... ¡Atroz, atroc! ¿Mira hacia Whitehall, sir?... Bello paraje... pequeña ventana... la cabeza de alguno se fue... ¿eh, sir?... no tuvo precaución bastante... ¿eh, sir?

—Estoy rumiando —dijo Mr. Pickwick— la extraña mudanza de las cosas humanas.

—¡Ah!, ya veo... un día se entra en palacio por la puerta, y al siguiente se sale por la ventana. ¿Filósofo, sir?

—Observador de la naturaleza humana, sir —dijo Mr. Pickwick.

—¡Ah, yo también! Muchos lo son cuando tienen poco que hacer y menos que ganar. ¿Poeta, sir?

—Mi amigo Mr. Snodgrass posee una fuerte vena poética —dijo Mr. Pickwick.

—Y yo —contestó el desconocido—. Poema épico... diez mil versos... revolución de julio... compuesto sobre el terreno... Marte de día, Apolo por la noche... cuelgo el hierro y pulso la lira.

—¿Estuvo usted presente en aquella gloriosa escena? —dijo Mr. Snodgrass.

—¡Presente! Ya lo creo³; disparé el mosquete; disparaba con intención; me metía en la taber-

³ Notable ejemplo de la fuerza profética de la imaginación de Mr. Jingle, pues este diálogo se desarrolla en 1827 y la Revolución en 1830

na... lo anotaba... vuelta a pegar... se me ocurría otra idea... a la taberna de nuevo... tinta y pluma... vuelta otra vez... pegar y tajar... hermosos tiempos. *¿Sportsman, sir?* —dijo, volviéndose súbitamente a Mr. Winkle.

—Algo —respondió el caballero.

—Hermosa ocupación, sir, hermosa... *¿Perros, sir?*

—Ahora, precisamente, no —contestó Mr. Winkle.

—¡Ah! Usted debía tener perros... hermosos animales... sagaces criaturas... Un perro mío, una vez... Pointer... sorprendente instinto... salí de caza un día... nos metimos en un vedado... silbé... parado el perro... silbé otra vez... Ponto... nada, sin moverse... como una piedra... le llamé: Ponto, Ponto; no se movió... petrificado... mirando a un cartel... miré hacia arriba, vi una inscripción... «El guarda tiene orden de matar a todos los perros que encuentre dentro del coto» ... no quería pasar... maravilloso perro... valioso perro aquel... mucho.

—Singular caso —dijo Mr. Pickwick—. ¿Me permite usted que lo anote?

—Desde luego, sir, desde luego... cien anécdotas más del mismo animal... Hermosa muchacha, sir (a Mr. Tracy Tupman, que había dedicado varias miradas antipickwickianas a una joven que pasaba por el camino).

—Mucho —asintió Mr. Tupman.

—Las inglesas no son tan guapas como las españolas... magníficas criaturas... cabellos de azabache... ojos negros... formas adorables... dulces criaturas, preciosas.

—¿Ha estado usted en España, sir? —preguntó Mr. Tracy Tupman.

—Allí he vivido... siglos.

—¿Muchas conquistas, sir? —inquirió Mr. Tupman.

—¡Conquistas! Miles... D. Bolaro Fizzgig-Grande... hija única... doña Cristina... espléndida hembra... me amaba hasta el delirio... padre celoso... enérgica muchacha... apuesto inglés... Doña Cristina, desesperada... ácido prúsico...

sonda de estómago en mi portamantas... operación terminada... D. Bolaro en éxtasis... consiente en nuestra unión... junta las manos y se deshace en lágrimas... cuento romántico... mucho.

—¿Está ahora en Inglaterra la señora, sir? —interrogó Mr. Tupman, a quien la descripción de aquellos encantos había producido enorme impresión.

—Muerta, sir... muerta —respondió el intruso, llevándose al ojo derecho el exiguo resto de un viejo y sucio pañuelo—. No se pudo extraer la sonda... constitución endeble... pereció.

—¿Y su padre? —preguntó el poético Snodgrass.

—Remordimiento y pena —replicó el intruso—. Repentina desaparición... comidilla de la ciudad... busca por todas partes... sin éxito... la fuente pública de una gran plaza cesa de correr... pasan semanas... sin correr... los obreros la limpian... brota el agua... suegro descubierta... la cabeza contra el caño principal, con una

declaración en su bota derecha... lo sacaron, y la fuente volvió a correr lo mismo que antes.

—¿Me permite usted que anote este romántico suceso, sir? —dijo Mr. Snodgrass hondamente afectado.

—Claro, sir, claro... cincuenta más, si usted quiere oírlos... vida extraña la mía... curiosa historia... no extraordinaria, pero singular.

De este modo, con un vaso de cerveza de cuando en cuando, como paréntesis, durante los cambios de tiro, continuó el intruso hasta que llegaron al puente de Rochester, en cuya sazón los cuadernos de notas de Mr. Pickwick y Mr. Snodgrass se hallaban completamente llenos con los rasgos notables de sus aventuras.

—¡Magníficas ruinas! —dijo Mr. Augusto Snodgrass con todo el fervor poético que le caracterizaba, cuando se hizo a la vista el hermoso y viejo castillo.

—¡Qué objeto de estudio para un arqueólogo! —fueron las palabras que salieron de boca

de Mr. Pickwick al tiempo que enfilaba su antejo.

—¡Ah! Hermoso sitio —dijo el intruso—; gloriosa mole... imponentes muros... vacilantes arcos... oscuros rincones... Escaleras derruidas... antigua catedral... olor de tierra... pies de peregrinos que desgastaron los peldaños... puertecillas sajonas... confesonarios como taquillas de teatro... raras costumbres las de aquellos monjes... abates y limosneros, y toda suerte de antiguos tipos, de anchas caras rojas y de deformes narices, cada día más chatas... coletos de ante... sarcófagos... hermosos lugares... rancias leyendas... historias extrañas... admirable.

Y el desconocido continuó su monólogo hasta que llegaron a la posada de El Toro, en la calle Alta, donde paró el coche.

—¿Se queda usted aquí, sir? —preguntó Mr. Nathaniel Winkle.

—Aquí... yo no ... pero ustedes debieran... buena casa... magníficas camas... yo voy a la casa de Wright, de al lado; cara... muy cara...

media corona sólo por mirar al criado... le llevan a usted más por comer en casa de un amigo que por hacerlo en la fonda... gente rara... mucho.

Mr. Winkle se volvió hacia Mr. Pickwick y le dirigió por lo bajo unas palabras; un murmullo pasó de Mr. Pickwick a Mr. Snodgrass, de Mr. Snodgrass a Mr. Tupman, y entre los tres se cruzaron gestos de asentimiento. Mr. Pickwick dijo al intruso:

—Nos dispensaría usted un importantísimo servicio, sir —dijo—, si permitiese que le ofreciéramos una pálida señal de nuestra gratitud suplicándole el favor de acompañarnos a comer.

—Gran placer... No presumo de definidor; pero las aves con setas... succulentas. ¿A qué hora?

—Vamos a ver —replicó Mr. Pickwick, consultando su reloj—; van a dar las tres. ¿Diremos a las cinco?

—Me conviene —dijo el desconocido—, a las cinco en punto... hasta entonces... pasadlo bien.

Y levantando unas pulgadas de su cabeza el plegado sombrero y volviendo a colocárselo al desgaire hacia un lado, el intruso, dejando asomar por su bolsillo la mitad del paquete de papel de estraza, cruzó el patio rápidamente y torció por la calle Alta.

—Sin duda ha viajado por muchas comarcas, y es un perspicaz observador de hombres y cosas —apuntó Mr. Pickwick.

—Me gustaría conocer su poema —dijo Mr. Snodgrass.

—Quisiera conocer el pasado de ese perro —dijo Mr. Winkle.

Mr. Tupman nada dijo; pero pensó en doña Cristina, en la sonda de estómago y en la fuente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después de elegir un gabinete, inspeccionar los dormitorios y mandar que les preparasen la comida, los excursionistas salieron a curiosear la ciudad y sus cercanías.

Al leer escrupulosamente las notas de Mr. Pickwick acerca de las cuatro ciudades, Stroub, Rochester, Chatham y Brompton, no encontramos que las impresiones recibidas difieran materialmente de las de otros viajeros que visitaron los mismos lugares. La descripción general se resume fácilmente así:

«Las principales producciones de estas ciudades —dice Mr. Pickwick— parecen ser soldados, marineros, judíos, yeso, gambas, carabineros y cargadores del muelle. Los objetos que se ven expuestos a la venta en las calles son, por lo general, enseres marinos, galletas, manzanas, arenques y ostras. Las calles ofrecen un aspecto de vida y animación, debido especialmente a la jovialidad de los militares. Es verdaderamente delicioso para un temperamento filantrópico contemplar a estos hombres de cortesana apostura andar de acá para allá, vacilantes, bajo la influencia de un exceso de alegría natural sobreexcitada por el alcohol; más aún si recordamos el barato e inocente solaz que pro-

porcionan a los chiquillos del pueblo, que por doquier les siguen gesticulando alegremente. Nada —añade Mr. Pickwick— puede compararse al buen humor que demuestran. El día anterior a mi llegada, uno de ellos había sido terriblemente insultado en una taberna. La muchacha del mostrador habíase negado resueltamente a servirle más licor; y como respuesta, él, simplemente por juego, había sacado su bayoneta y herido a la moza en un hombro. Y, sin embargo, este simpático muchacho fue el primero en acudir a la taberna a la mañana siguiente, manifestando su resolución de pasar por alto la cuestión y olvidar lo ocurrido.

»El consumo de tabaco en aquellas ciudades —prosigue Mr. Pickwick— debe de ser considerable. Y el olor que invade las calles ha de ser extraordinariamente agradable para los muy fumadores. Un viajero somero observador podría señalar la suciedad como rasgo dominante; mas para aquellos que en ella ven un síntoma

de tráfico y de prosperidad comercial, hácese verdaderamente grato».

En punto de las cinco llegó el intruso, y poco después empezó la comida. Habíase despojado del envoltorio de papel de estraza, mas no había introducido modificación alguna en su atavío, y se mostraba, si era posible, más locuaz que nunca.

—¿Qué es esto? —preguntó al descubrir el mozo una de las fuentes.

—Lenguados, sir.

—Lenguados... ¡ah!... magnífico pescado; todos vienen de Londres... Los empresarios de mensajerías organizan banquetes políticos... carros de lenguados... docenas de cestas... gente lista. Un vaso de vino, sir.

—Con mucho gusto —dijo Mr. Pickwick.

Y el desconocido brindó, haciéndolo después con Mr. Snodgrass, con Mr. Tupman, con Mr. Winkle y luego con todos a la vez, y poniendo en la ceremonia la misma rapidez que en su charla.

—¡Qué escándalo en la escalera, mozo! — dijo el desconocido—. Figuras que pasan... carpinteros que bajan... lámparas, vasos, arpas. ¿Qué van a hacer ahí?

—Baile, sir —respondió el camarero.

—Reunión pública, ¿eh?

—No, sir; reunión, no, sir. Baile de caridad, sir.

—¿Hay muchas mujeres guapas en esta ciudad, sir? —inquirió Mr. Tupman con gran interés.

—Espléndidas... maravillosas. Kent, sir... todo el mundo sabe lo que es Kent... manzanas, cerezas, lúpulo y mujeres. Un vaso de vino, sir.

—Con mucho gusto —replicó Mr. Tupman.

El desconocido llenó un vaso y lo apuró.

—Me gustaría mucho asistir —dijo Mr. Tupman, insistiendo en lo del baile—, mucho.

—Hay billetes en secretaría, sir —terció el camarero—; media guinea cada uno, sir.

De nuevo expresó Mr. Tupman su ardiente deseo de concurrir a la fiesta; mas no encon-

trando acogida en la sombría mirada de Mr. Snodgrass ni en el abstraído continente de Mr. Pickwick, se dedicó afanosamente al Porto y a los postres, que acababan de ser traídos a la mesa. Retiróse el camarero, y los comensales se entregaron al disfrute de ese par de horas que siguen a una comida.

—Perdón, sir —dijo el desconocido—; botella pagada... que corra... camina el sol... para el ojal... rubíes sobre las uñas.

Y vació el vaso que dos minutos antes llenara, y escanciósse otro, con el ademán de un hombre ducho en la materia.

Fue trasegado el vino y pedida nueva provisión. El desconocido hablaba y escuchaban los pickwickianos. Mr. Tupman sentíase a cada instante más inclinado al baile. En el rostro de Mr. Pickwick resplandecía una expresión de universal filantropía, y tanto Mr. Winkle como Mr. Snodgrass se quedaron profundamente dormidos.

—Ya empiezan arriba —dijo el intruso—; oiga usted el jaleo... templan los violines... ahora el arpa... ya van.

Los ruidos diversos que venían por la escalera anunciaban el comienzo del primer rigo-dón.

—Cómo me gustaría ir —volvió a decir Mr. Tupman.

—A mí también —dijo el desconocido—; dichoso equipaje... qué pesado de barco... nada con que ir... qué molesto, ¿verdad?

Mas la benevolencia para todo el mundo era el rasgo característico de la teoría pickwickiana, y ninguno tan celoso en la observancia de esta práctica como Mr. Tracy Tupman. En las actas de la Sociedad registrábase numerosos casos de haber enviado este excelente hombre menesterosos a las casas de otros miembros en demanda de ropas o de auxilio pecuniario.

—Sería muy grato para mí prestar a usted un traje para este objeto —dijo Mr. Tracy Tupman—; pero usted es más bien flaco, y yo soy...

—Más bien gordo... Baco viejo... sin pámpanos... desmontado del tonel y con calzones, ¿eh?... no muy destilado, pero muy molido... ¡Ja, ja! Deme el vino.

Que Mr. Tupman se sintiese indignado por el tono perentorio que el intruso empleara para pedirle el vino que tan velozmente despachaba, o que reputase escandaloso el que un significado miembro del Club Pickwick fuese ignominiosamente comparado con un Baco desmontado, no ha podido aún comprobarse. Le alargó el vino, tosió un par de veces y miró al intruso con severa intensidad por espacio de varios segundos; mas como éste mostrárase perfectamente sereno y tranquilo bajo la escrutadora mirada, pacificóse Mr. Tupman y volvió al asunto del baile.

—Iba a observar, sir —dijo—, que si mi traje es demasiado ancho, uno de mi amigo Mr. Winkle le vendría a usted perfectamente.

El desconocido midió con la mirada a Mr. Winkle, y su fisonomía brilló de satisfacción al decir:

—Exacto.

Mr. Tupman miró a su alrededor. El vino que había ejercido su influjo somnífero sobre Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, había arrobado los sentidos a Mr. Pickwick. Éste había atravesado las varias etapas que anteceden al letargo producido por la comida y experimentado sus consecuencias. Había sufrido las transiciones ordinarias que llevan del exceso de jovialidad a la tristeza profunda, y de la tristeza profunda al exceso de jovialidad. Lo mismo que un farol de gas de la calle cuando hay aire en la cañería, había mostrado un extraño fulgor momentáneo; luego había descendido hasta hacerse casi imperceptible; al cabo de un breve intervalo renació para alumbrar un momento; tembló luego inseguro, con luz vacilante, y, por fin, se extinguió en absoluto. Su cabeza pendía sobre el pecho, y un perpetuo ronquido, sincopa-

do a las veces, era el único signo exterior que daba de su presencia el grande hombre.

La tentación de asistir al baile y de recoger sus primeras impresiones acerca de la belleza de las mujeres de Kent dominaba poderosamente a Mr. Tupman, y era igualmente grande su deseo de hacerse acompañar por el intruso. Mr. Tupman desconocía tanto la localidad como sus naturales, mientras que el desconocido parecía tan familiarizado con ambas cosas, que se diría haber vivido allí desde su infancia. Mr. Winkle dormía, y tenía Mr. Tupman experiencia bastante en tales materias para abrigar la seguridad de que tan pronto como aquél despertase, según el orden natural, rodaría pesadamente hasta el lecho. Hallábase perplejo.

—Llene el vaso y páseme el vino —dijo el infatigable viajero.

Hizo Mr. Tupman lo que se le pedía, y al estímulo decisivo del último vaso se afirmó su determinación.

—El dormitorio de Winkle está dentro del mío —dijo Mr. Tupman—; si yo ahora le despertara, podría darle a entender lo que necesito; pero sé que tiene un traje en un saco de alfombra, y si usted llevara al baile ese traje y se lo quitara al volver, podría yo colocarlo en su sitio sin molestarle para nada.

—Admirable —dijo el desconocido—; famoso plan... maldita situación... catorce chaquetas en el equipaje y tener que llevar el traje de otro... es encantador... verdaderamente.

—Tenemos que tomar los billetes —dijo Mr. Tupman.

—No merece la pena de hacer pedazos una guinea —dijo el desconocido—; sorteemos quién ha de pagar de los dos... yo cantaré; usted primero... mujer... mujer... hechicera mujer.

Y cayó la moneda mostrando el dragón (que por cortesía se dijera mujer).

Llamó Mr. Tupman, compró los billetes y pidió las luces. Un cuarto de hora después

hallábase el intruso vestido de pies a cabeza con el traje de Mr. Nathaniel Winkle.

—Es un nuevo frac —dijo Mr. Tupman, mientras que el extranjero mirábase complacido en un espejo de viaje—; el primero que se ha hecho con los botones de nuestro Club.

Y llamaba la atención del compañero hacia el gran botón dorado, en cuyo centro campeaba un busto de Mr. Pickwick con las letras «P.C.» una a cada lado.

—«PC.» —dijo el intruso—; rara enseña... se parece al viejo; y «P.C.»... este «P.C.» significa propia cazadora, ¿eh?

Mr. Tupman, con indignación creciente y gran prestancia, descifró la esotérica divisa.

—Algo corto el chaleco, ¿no? —dijo el desconocido, retorciéndose para echar una ojeada sobre los bruñidos botones del chaleco, que sólo le alcanzaba hasta la mitad de la espalda—. Parece el traje de un cartero mayor... curiosos trajes aquellos... hechos por contrata... sin medida... misteriosas complacencias de la Provi-

dencia... Todos los bajos gastan largos fraques... los altos, cortos.

Entre tanto, el nuevo amigo de Mr. Tupman se ajustaba su traje o, mejor dicho, el traje de Mr. Winkle, y, acompañado de Mr. Tupman, subía la escalera que conducía al salón de baile.

—¿Qué nombres digo, sir? —preguntó el portero.

Ya se disponía Mr. Tupman a pronunciar sus propios títulos, cuando le atajó el extranjero.

—Nada de nombres —y murmuró al oído de Mr. Tupman—: Los nombres no resultan... no son conocidos... magníficos nombres en sí; grandiosos... incomparables para una selecta concurrencia, pero no hacen impresión en las reuniones públicas... incógnito, esto es... Caballeros de Londres... distinguidos forasteros... una cosa así.

Abrióse la puerta, y Mr. Tracy Tupman y el desconocido penetraron en el salón.

Era una larga estancia, guarnecida de bancos tapizados de rojo y alumbrada por bujías sostenidas por candeleros de cristal. Los músicos se hallaban cuidadosamente confinados en una elevada tarima, y varios rigodones se estaban bailando por tres o cuatro grupos de parejas. En la sala inmediata había dos mesitas de naves, y dos pares de viejas señoras, acompañadas del mismo número de obesos caballeros, se entretenían en el *whist*.

Concluida la danza, empezaron las parejas a pasear; Mr. Tupman y su compañero, estacionados en un rincón, dedicáronse a observar la concurrencia.

—Espere usted un minuto —dijo el desconocido—; verá usted qué gracioso... los grandes gorros no han venido aún... extraño lugar; los grados superiores de la Marina no se tratan con los inferiores... los marinos inferiores no se mezclan con la clase media... la clase media no se codea con el comercio... el delegado del Gobierno no habla con nadie.

—¿Quién es ese muchachito de rubio cabello y ojos enrojecidos que viste de fantasía? —inquirió Mr. Tupman.

—¡Chist!, por favor... ojos encarnados... traje fantasía... muchachito... cuidado... uno del 97.º... el honorable Wilmot Snipe... gran familia... Snipe.

—Sir Thomas Clubber, señora Clubber, señoritas Clubber —anunció el portero con voz estentórea.

Honda sensación se produjo en la sala al entrar un caballero alto con frac azul y relucientes botones, una gruesa señora vestida de satén azul y dos señoritas de igual vitola, ataviadas a la moda con vestidos del mismo color.

—El gobernador... jefe de distrito... gran hombre... hombre extraordinario —murmuraba el desconocido a Mr. Tupman, mientras que el comité organizador acompañaba a sir Thomas Clubber y a su familia hasta el fondo de la sala.

El honorable Wilmot Snipe y otros distinguidos caballeros se apresuraron a rendir su

homenaje a las señoritas Clubber, y sir Thomas Clubber, enhiesto y altivo, engallado sobre su negra gola, contemplaba majestuosamente a la reunión.

—Mr. Smithie, señora Smithie y señoritas Smithie —fueron anunciados luego.

—¿Qué es Mr. Smithie? —preguntó Mr. Tracy Tupman.

—Representa algo en la comarca —replicó el desconocido.

Mr. Smithie se inclinó cortés ante sir Thomas Clubber, que aceptó el saludo con notoria condescendencia. La señora Clubber, a través de sus lentes, dirigió una mirada telescópica a la Smithie y familia, y la de Smithie atalayó a su vez a una de tantas cuyo esposo no pertenecía a la Marina.

—Coronel Bulder, señora Bulder y señorita Bulder —fueron anunciados posteriormente.

—Jefe de la guarnición —dijo el desconocido, en respuesta a la mirada interrogante de Mr. Tupman.

Miss Bulder fue calurosamente acogida por la de Clubber; el saludo que se cruzó entre la señora del coronel Bulder y la de Clubber fue afectuoso sobre toda ponderación; el coronel Bulder y sir Thomas Clubber cambiaron sus tabaqueras y se mostraron como un par de Alejandro Selkirks: reyes de todos los que veían.

Mientras que la aristocracia de la localidad, los Bulder, los Clubber, los Snipe, defendían su alta dignidad congregados en un extremo del salón, los otros sectores de la sociedad imitaban su ejemplo en diversas regiones del mismo. Los oficiales del 97.º, de menos aristocrática significación, departían con las familias de los más modestos funcionarios de la Marina. Las esposas de los procuradores y la del vinatero ostentaban la representación de un grado social distinto (la mujer del dueño del café visitaba a los Bulder), y la señora Tomlinson, la esposa del jefe de Correos, presidía con aquiescencia unánime el grupo del comercio.

Uno de los personajes más populares, en su círculo propio, era un hombrecito gordo, cuyo desnudo cráneo mostraba un cerco de negros cabellos y una extensa calva en el centro: era el doctor Slammer; médico del 97.º El doctor cambiaba su rapé con todo el mundo, con todos charlaba, reía, bailaba, bromeaba, jugaba al *whist*, lo hacía todo y hallábase en todas partes. A las muy variadas y numerosas manifestaciones de su actividad, el pequeño doctor añadía una, que era la más importante de todas: la de no cesar de prodigar atenciones a la vieja viudita, cuyo lujoso atavío y profuso tocado pregonaban la más deseable añadidura para una renta mezquina.

Los ojos de Mr. Tupman y de su compañero habían permanecido fijos algún tiempo sobre el doctor y la viuda, cuando rompió el silencio el intruso:

—Montones de dinero... anciana mujer... pomposo doctor... no es mala idea... buen asun-

to —fueron las frases ininteligibles que salieron de sus labios.

Mr. Tupman se le quedó mirando con curiosidad.

—Voy a bailar con la viuda —dijo el desconocido.

—¿Quién es ella? —preguntó Mr. Tupman.

—No sé... no la he visto en mi vida... voy a desbancar al doctor... allá voy.

Y el desconocido cruzó la sala incontinentemente, apoyado sobre una consola, comenzó a lanzar miradas de admiración respetuosa y melancólica sobre la oronda faz de la viejecita. Mr. Tupman le contemplaba con mudo asombro. El intruso progresaba rápidamente; el mediquillo bailaba con otra señora; la viuda dejó caer su abanico, recogiólo el intruso y se lo presentó... una sonrisa... una inclinación... una cortesía... unas cuantas palabras de conversación. Marchó el intruso con osado ademán hacia el otro extremo de la sala y volvió acompañado del maestro de ceremonias; una breve pantomima a

guisa de presentación, y el intruso y la señora de Budger ocuparon su puesto en el rigodón.

La sorpresa de Mr. Tupman ante la sumaria maniobra, por grande que fuera, no pudo compararse con la estupefacción del doctor. La juventud del intruso lisonjeaba a la viuda. Las atenciones del doctor eran desdeñadas por la viuda, y la indignación del doctor, completamente inadvertida para el imperturbable rival. El doctor Slammer estaba como paralizado. ¡Él, el doctor Slammer, del 97.º, ser suplantado en un momento por un hombre a quien nadie había visto antes y a quien nadie conocía ahora! ¡Slammer..., el doctor Slammer, del 97.º, rechazado! ¡Imposible! ¡No podía ser! Sí, pero era; allí estaban ellos. ¡Cómo! ¡Presentando a su amigo! ¿Podía dar crédito a sus ojos? Miró de nuevo y tuvo que aceptar la realidad penosa y admitir la veracidad de sus ópticas facultades; la señora Budger estaba bailando con Mr. Tracy Tupman; el hecho era inequívoco. Allí, delante de él, estaba la viuda danzando con vigor inusi-

tado; Mr. Tracy Tupman, con andares saltarinos y expresión de la mayor solemnidad, bailaba (como los buenos) ni más ni menos que si el rigodón, lejos de ser cosa para tomarla a risa, constituyese un acto fundamental y serio que requiriese inflexible resolución.

Con paciencia y en silencio tuvo el doctor que soportar todo esto, así como el obsequio del vino, los cuidados pertinentes de traer y llevar vasos, el ofrecimiento de bizcochos y las demás coqueterías que hubieron de seguirse; mas pocos segundos después de haber desaparecido el intruso para acompañar a la señora Budger hasta su carruaje, abandonó vivamente la estancia, denotando en su rostro su efervescente indignación, que hasta entonces tuviera embotellada, por una copiosa transpiración pasional.

Volvió el intruso y se le aproximó Mr. Tupman; le habló en voz baja y rió. El pequeño doctor ansiaba la vida del intruso. Éste se hallaba radiante. Había triunfado.

—¡Sir! —díjole el doctor con voz lúgubre, sacando una tarjeta y llamándole hacia un rincón del pasillo—, mi nombre es Slammer, doctor Slammer, sir.. 97.º regimiento... cuartel de Chatham... mi tarjeta, sir, mi tarjeta.

Hubiera dicho más, pero le ahogaba la indignación.

—¡Ah! —replicó el intruso fríamente—. Slammer... muy obligado... exquisita atención... no estoy enfermo ahora, Slammer... pero cuando lo esté... le llamaré.

—Usted... es un impostor, sir —exclamó el furioso doctor—; un zascandil... un cobarde... un embustero... un... un... pero ¿es que nada le hará a usted darme su tarjeta, sir?

—¡Oh!, ya veo —dijo el desconocido mirándole de lado—; el vino es aquí demasiado fuerte... conserje liberal... enloquecedor... mucho... mejor la limonada... habitación caldeada... hombre de edad... sufre las consecuencias por la mañana... cruel... cruel.

Y dio uno o dos pasos.

—¿Para usted en esta casa, sir? —preguntó el indignado hombrecillo—. Usted es el que está borracho, sir; tendrá usted noticias mías por la mañana, sir. Ya le encontraré, sir, ya le encontraré.

—Lo mejor es que me busque usted en casa —replicó el desconocido incommovible.

El doctor Slammer revelaba indescriptible ferocidad al tiempo que se calaba el sombrero con indignado ademán. El intruso y Mr. Tupman subieron al dormitorio del último piso para restituir las prestadas plumas del inconsciente Winkle.

Éste se hallaba profundamente dormido; la restitución se llevó a efecto en seguida. El desconocido mostrábase por demás jocoso, y Mr. Tracy Tupman, exaltado por el vino, los licores, las luces y las señoras, juzgaba el asunto como una deliciosa broma. Se marchó su nuevo amigo, y después de tropezar con alguna ligera dificultad para encontrar el hueco del gorro de dormir que se destina al acomodo de la cabeza

y de dejar caer la palmatoria en su lucha para ponérselo, Mr. Tracy Tupman, al cabo de una serie de complicadas evoluciones, pudo llegar a meterse en el lecho, cayendo a poco en profundo reposo.

Apenas habían acabado de dar las siete de la mañana siguiente cuando la sutil mentalidad de Mr. Pickwick volvió del estado de inconsciencia en que el sueño le sumiera, por un fuerte golpe dado en la puerta de su cuarto.

—¿Quién es? —dijo Mr. Pickwick, incorporándose en el lecho.

—El camarero, sir. —¿Qué desea usted?

—Permítame, sir: ¿puede usted decirme cuál de los caballeros que le acompañan lleva frac azul con botones dorados y en ellos la marca «P.C.»?

«Esto es que se lo han llevado para cepillar —pensó Mr. Pickwick—, y el hombre ha olvidado a quién pertenece... »

—Mr. Winkle —exclamó—, la antepenúltima habitación a la derecha.

—Gracias, sir —dijo el camarero, y se marchó.

—¿Qué hay? —gritó Mr. Tupman al oír en su puerta un golpe que le sacó de su letárgico olvido.

—¿Puedo hablar a Mr. Winkle, sir? —replicó el camarero desde fuera.

—¡Winkle... Winkle! —exclamó Mr. Tupman, llamando a la habitación de dentro.

—¡Qué! —replicó una voz desmayada que salía de entre las sábanas.

—Le buscan a usted... uno, aquí, a la puerta.

Y, extenuado por el esfuerzo que le costara articular tantas palabras, Mr. Tracy Tupman se volvió del otro lado y durmióse otra vez.

—¡Me buscan! —dijo Mr. Winkle, saltando apresuradamente del lecho y vistiéndose a la ligera—. ¡Me buscan, tan lejos de la ciudad!... ¿Quién demonios puede buscarme?

—Un caballero, en el café, sir —contestó el camarero al abrir la puerta Mr. Winkle y afrontarse con él—; un caballero dice que apenas le

molestará un segundo, sir, pero que no admite excusa.

—¡Qué extraño! —dijo Mr. Winkle—. En seguida bajo.

Envolvióse apresuradamente en una manta de viaje, después de vestir el batín, y bajó las escaleras. Una vieja y un par de camareros hacían la limpieza del café, y un oficial con la guerrera desabrochada hallábase mirando por la ventana. Se volvió al entrar Mr. Winkle y le hizo una fría inclinación de cabeza. Después de despedir a los criados, cerró la puerta cuidadosamente y dijo:

—¿Mr. Winkle, supongo? —Mi nombre es Winkle, sir.

—No le sorprenderá, sir, que le haga saber que vengo a visitarle esta mañana por encargo de mi amigo el doctor Slammer, del 97.º

—Doctor Slammer —dijo Mr. Winkle.

—Doctor Slammer. Me ha encargado que exprese a usted su opinión de que su conducta en la pasada noche fue de tal naturaleza, que no

hay caballero que la sufra, y —añadió— que ningún caballero puede hacer sufrir a otro.

El asombro de Mr. Winkle era demasiado real y patente para que escapara a la observación del enviado del doctor Slammer; no obstante, prosiguió:

—Mi amigo el doctor Slammer me pidió que dijera a usted, además, que está firmemente persuadido de que usted estuvo borracho durante una parte de la velada, y que posiblemente no tuvo conciencia de la gravedad del insulto de que es responsable. Me comisionó para decir que si tal estado lo alegara usted como una excusa de su conducta, él se allanaría a aceptar una explicación escrita de puño y letra de usted y dictada por mí.

—¡Una explicación escrita! —repitió Mr. Winkle en el tono más enfático y sorprendido.

—De modo que ya sabe usted la disyuntiva —replicó fríamente el visitante.

—¿Le ha sido a usted confiado este encargo a mi nombre? —inquirió Mr. Winkle, cuyo inte-

lecto se hallaba desesperadamente confundido por esta insólita conversación.

—Yo no me hallaba presente —replicó el visitante—; y como consecuencia de la resuelta negativa de usted a dar su tarjeta al doctor Slammer, este caballero me ha suplicado que identifique al propietario de un traje verdaderamente singular... un frac de color azul fuerte con un botón dorado, en el que aparece un busto y las letras «P.C.».

Mr. Winkle se sintió vacilante al escuchar con asombro describir su propio traje tan minuciosamente. El amigo del doctor Slammer prosiguió:

—De las averiguaciones que acabo de hacer en secretaría he sacado la convicción de que el dueño del frac en cuestión llegó aquí ayer tarde con tres caballeros. Inmediatamente he mandado preguntar al que parece ser jefe del grupo, y él en seguida le ha señalado a usted.

Si la torre más alta del castillo de Rochester se hubiera desgajado repentinamente de sus

cimientos y situándose frente a la ventana del café, la sorpresa de Mr. Winkle hubiera sido insignificante comparada con la profunda estupefacción que le causaron estas palabras. Su primera impresión fue la de que el traje le había sido robado.

—¿Quiere usted esperar un momento? —dijo.

—Desde luego —contestó el importuno visitante.

Mr. Winkle subió a escape, y con mano temblorosa abrió el saco. Allí estaba el traje en su lugar habitual, mas un detenido examen evidenciaba señales de haber sido usado la noche anterior.

—Es indudable —dijo Mr. Winkle, dejando caer la prenda de sus manos. Bebí mucho después de cenar, y tengo un vago recuerdo de haber andado por las calles y haber fumado después un cigarro. El hecho es que yo estaba muy borracho... por fuerza cambié de traje... fui a alguna parte... e insulté a alguien..., no cabe duda, y este recado es la terrible consecuencia.

Diciendo lo cual, Mr. Winkle volvió sobre sus pasos en dirección al café con la lúgubre y espantosa resolución de aceptar el reto del belicoso doctor Slammer y de arrostrar las graves consecuencias que pudieran seguirse.

Varias fueron las consideraciones que le impulsaron a esta determinación: la primera, su reputación en el Club. Siempre había sido mirado como una autoridad en cuestiones de deportes y gimnasia defensiva—inofensiva; y si en esta primera ocasión que se le ofrecía de hacerlo patente retrocedía ante la prueba, bajo la mirada de su jefe, su nombre y significación habríanse perdido para siempre. Recordaba además haber oído muchas veces a los no iniciados en tales materias que, por un convenio tácito entre los padrinos, las pistolas rara vez cargábanse con bala; y luego reflexionó que si él confiaba a Mr. Snodgrass el encargo de apadrinarle y le pintaba en tonos patéticos el riesgo, este caballero habría seguramente de comunicar la noticia a Mr. Pickwick, el cual sin

perder momento la transmitiría a las autoridades locales, con objeto de impedir la muerte o el deterioro de uno de sus secuaces.

Tales fueron sus pensamientos cuando volvió al café y participó su intención de aceptar el reto del doctor.

—¿Tendría usted la bondad de dirigirme a algún amigo, para fijar la hora y el lugar del encuentro? —dijo el oficial.

—No hace falta —replicó Mr. Winkle—; indíquelos usted, y yo me procuraré después la asistencia de un amigo.

—Diremos... ¿al anochecer? —sugirió el oficial en tono indiferente.

—Muy bien —respondió Mr. Winkle, sintiendo en su corazón que estaba muy mal.

—¿Conoce usted el fuerte Pitt?

—Sí, lo vi ayer.

—Si quiere usted tomarse la molestia de dirigirse dando la vuelta por el campo que bordea el foso, tomar la senda de la izquierda al llegar al ángulo de la fortaleza y esperar allí

hasta verme, yo guiaré a ustedes a un lugar escondido, donde el asunto puede quedar zanjado sin temor de interrupción.

«¡Temor de interrupción!», pensó Mr. Winkle.

—Todo convenido, ¿eh? —dijo el oficial.

—No se me ocurre nada más —replicó Mr. Winkle—. Buenos días.

—Buenos días.

El oficial salió silbando un aire alegre.

El desayuno de aquella mañana fue triste y penoso. Mr. Tupman no estuvo en condiciones de levantarse después de la gran disipación de la pasada noche; Mr. Snodgrass parecía sufrir una depresión poética de espíritu, y hasta Mr. Pickwick manifestaba una desacostumbrada inclinación al silencio y a la soda. Mr. Winkle espiaba afanosamente su oportunidad: no se hizo esperar mucho. Mr. Snodgrass le propuso visitar el castillo, y siendo Mr. Winkle el único miembro de la partida dispuesto a pasear, saldrían juntos.

—Snodgrass —dijo Mr. Winkle al salir a la calle—, Snodgrass, mi querido compañero: ¿puedo confiar en su reserva?

Y decía esto con la ardiente esperanza de no poder hacerlo.

—Sin duda —replicó Mr. Snodgrass—. Se lo juro a usted.

—No, no —le atajó Mr. Winkle, aterrado ante la idea de que su compañero se comprometiese inconscientemente a no hacer la delación—; no jure, no jure; no hace falta.

Mr. Snodgrass dejó caer la mano, que en actitud patética levantara hacia el cielo, apelando a su testimonio, y adoptó una postura atenta.

—Necesito su concurso, amigo querido, en una cuestión de honor —dijo Mr. Winkle.

—Lo tiene usted —replicó Mr. Snodgrass estrechando la mano de su amigo.

—Con un médico... el doctor Slammer, del 97.º —dijo Mr. Winkle, afanándose por tratar el asunto del modo más solemne posible—. Una cuestión con un oficial, apadrinado por otro

oficial, a la caída de la tarde, en un solitario paraje de los alrededores del fuerte Pitt.

—Le acompañaré a usted —dijo Mr. Snodgrass.

Estaba sorprendido, pero en modo alguno asustado. Es maravillosa la serenidad que demuestran en tales casos todos, menos los protagonistas. Mr. Winkle había olvidado esta consideración. Había juzgado por las suyas las sensaciones de su camarada.

—Las consecuencias pueden ser espantosas —dijo Mr. Winkle.

—Espero que no —dijo Mr. Snodgrass.

—El doctor, según creo, es un gran tirador —dijo Mr. Winkle.

—Casi todos estos militares lo son —observó impasible Mr. Snodgrass—; pero también lo es usted, ¿no?

Mr. Winkle respondió afirmativamente; mas, advirtiendo que no había logrado alarmar suficientemente a su compañero, cambió de táctica.

—Snodgrass —dijo con voz trémula por la emoción—: si caigo, en un paquete que pondré en sus manos encontrará usted una carta para mi ... para mi padre.

También fracasó este ataque. Mr. Snodgrass se afectó; pero ofreció aceptar la entrega de la carta, ni más ni menos que si fuera el cartero.

—Si caigo —dijo Mr. Winkle—, o si cae el doctor, usted, amigo querido, será acusado como encubridor del hecho. Voy a condenar a mi amigo a deportación..., ¡tal vez perpetua!

Mr. Snodgrass se sobresaltó un poco al oír esto, mas su heroísmo era incontrastable.

—En cuestiones de amistad —exclamó fervorosamente—, yo desafío todos los riesgos.

Cuánto maldecía Mr. Winkle en su interior la amistosa devoción de su compañero, mientras que marchaban el uno al lado del otro absortos en sus propias meditaciones. La mañana transcurría; él se desesperaba.

—Snodgrass —dijo, parándose de repente—: le suplico que no haga público este asunto...,

que no dé parte de él a las autoridades locales..., que no requiera el concurso de la policía para detenerme a mí o al doctor Slammer, del 97.º regimiento, acuartelado ahora en Chatham, con objeto de evitar el duelo...; le suplico que no.

Mr. Snodgrass tomó las manos de su amigo, replicándole con entusiasmo:

—Por nada del mundo.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Mr. Winkle al convencerse de que nada podía esperar de los temores de su amigo, y la sensación de que se hallaba destinado a servir de blanco se apoderó de él con fuerza terrible.

Después de explicar detalladamente a Mr. Snodgrass las circunstancias del caso, y de alquilar una caja de pistolas de desafío, con la provisión suficiente de pólvora, balas y pistones, en casa de un armero de Rochester, volvieron los dos amigos a la fonda: Mr. Winkle, para rumiar la próxima lucha; Mr. Snodgrass, con

objeto de preparar las armas de guerra y ponerlas en condiciones de uso inmediato.

En la tarde, brumosa y lúgubre, salieron de nuevo para cumplir el azaroso cometido. Mr. Winkle se embozaba en una enorme capa para esquivar toda observación, y Mr. Snodgrass ocultaba bajo la suya los instrumentos de destrucción.

—¿Lo lleva usted todo? —dijo Mr. Winkle con agitación. —Todo —replicó Mr. Snodgrass—; abundancia de municiones para caso de que falle alguno de los tiros. Hay en la caja un cuarto de libra de pólvora, y en mi bolsillo traigo dos periódicos para las cargas.

Eran estas señales de amistad de tal naturaleza que nadie hubiera podido razonablemente dejar de agradecerlas. Se supone que la gratitud de Mr. Winkle era sobradamente poderosa para manifestarse al exterior; así que, sin decir nada, continuó su marcha..., más bien despacio.

—Tenemos un tiempo excelente —dijo Mr. Snodgrass al escalar la empalizada y saltar un seto—; el sol está cayendo precisamente.

Mr. Winkle miró al astro declinante y meditó con pesadumbre en la probabilidad de su «propia caída» antes de poco.

—Allí está el oficial —exclamó Mr. Winkle a los pocos minutos de marcha.

—¿Dónde? —dijo Mr. Snodgrass.

—Allí ...; el caballero de la capa azul.

Mr. Snodgrass miró en la dirección que marcaba el índice de su amigo, y vio una figura embozada, como se le había descrito. El oficial dio muestras de haberlos reconocido, llamándoles tímidamente con la mano, y los dos amigos le siguieron a corta distancia cuando echó a andar.

La tarde se hacía más lúgubre a cada instante, y una brisa melancólica susurraba en los

desiertos campos, como si un lejano gigante silbara llamando a su perro. La tristeza de la escena comunicaba un tinte sombrío a las sensaciones de Mr. Winkle. Se estremeció al traspasar el ángulo de las trincheras...; aquello parecía una tumba colosal.

El oficial abandonó de pronto la senda y, después de trepar por una empalizada y escalar un seto, penetró en un paraje escondido. Dos caballeros en él esperaban: era el uno un hombrucito gordo, de negros cabellos, y el otro, un imponente personaje que vestía guarnecida levita y que se hallaba sentado con ecuanimidad perfecta en una silla de campaña.

—El otro y un cirujano, supongo —dijo Mr. Snodgrass—. Tome usted una gota de aguardiente.

Mr. Winkle tomó la botella que su amigo sacara y se propinó un buen trago del líquido hilarante.

—Mi amigo, sir, Mr. Snodgrass —dijo Mr. Winkle cuando el oficial se les acercó.

El amigo del doctor Slammer se inclinó y mostró una caja similar a la que llevaba Mr. Snodgrass.

—Yo creo que no tenemos más que decir, sir —observó fríamente al abrir la caja—; se ha rehusado toda explicación.

—Nada, sir —dijo Mr. Snodgrass, que empezó a sentirse inquieto.

—¿Quiere usted venir? —dijo el oficial.

—Sí, señor —replicó Mr. Snodgrass.

Se midió el terreno y quedaron ultimados los preparativos.

—Creo que encontrará usted éstas mejores que las suyas —dijo el otro padrino sacando sus pistolas—. Usted me ha visto cargarlas. ¿Tiene algo que objetar para que sean utilizadas?

—Nada absolutamente —replicó Mr. Snodgrass.

Aquel ofrecimiento le proporcionaba una gran tranquilidad, porque sus nociones en ma-

teria de cargar pistolas eran un tanto vagas e inciertas.

—Tenemos que colocar a nuestros hombres —observó el oficial con la misma indiferencia que si los protagonistas fueran peones de ajedrez y los padrinos los jugadores.

—Eso es —replicó Mr. Snodgrass, que hubiera aceptado cualquier proposición a causa de su ignorancia en el asunto. Dirigióse el oficial hacia el doctor Slammer, y Mr. Snodgrass se acercó a Mr. Winkle.

—Todo está dispuesto —dijo, entregándole la pistola—. Deme usted su capa.

—¿Ha cogido usted el paquete, mi amigo querido? —dijo el pobre Winkle.

—Todo está corriente —dijo Mr. Snodgrass—. Firme, y a no marrarle.

Pensó Mr. Winkle que esta advertencia se parecía mucho a la que los transeúntes suelen hacer a los chiquillos que se pegan en la calle; por ejemplo, «anda y puédele»: admirable consejo si se conocieran los medios de llevarlo a

efecto. Despojóse de su capa, sin embargo, en silencio... empleando un buen rato en desembozarse... y tomó la pistola. Retiráronse los padrinos, les imitó el caballero de la silla de campaña y se aproximaron los adversarios.

Siempre fue notoria la humanidad de Mr. Winkle. Podía conjeturarse que su repugnancia a herir intencionalmente a un prójimo fue la causa de que cerrara los ojos al llegar al terreno fatal, así como que esta circunstancia de llevar cerrados los ojos le impidió observar la extraordinaria e indescriptible manera con que se manifestaba el doctor Slammer. Este caballero hizo un movimiento de sorpresa, miró, retrocedió, se frotó los ojos, miró otra vez y, finalmente, gritó:

—¡Alto, alto!

»¿Qué es esto? —dijo el doctor Slammer, mientras que su amigo y Mr. Snodgrass corrían hacia él—. Ése no es el hombre.

—¡No es el hombre! —dijo el padrino del doctor Slammer.

—¡No es el hombre! —dijo Mr. Snodgrass.

—¡No es el hombre! —dijo el otro caballero, con la silla en la mano.

—Sin duda que no lo es —replicó el pequeño doctor—. Ésa no es la persona que me insultó anoche.

—¡Es extraordinario! —exclamó el oficial.

—Mucho —dijo el caballero de la silla—. Lo único que hay que determinar es si este caballero, estando ya en terreno, deberá ser considerado, en honor a la formalidad, como el individuo que insultó a nuestro amigo el doctor Slammer ayer noche; si es realmente este individuo o no.

Y después de sugerir esta consideración con aire pausado y misterioso, el hombre de la silla tomó una amplia porción de rapé y miró profundamente a su alrededor con el ademán de una autoridad en tales materias.

Ya Mr. Winkle había abierto sus ojos y también sus orejas, cuando oyó a su adversario anunciar la cesación de las hostilidades; y percatándose, por lo que éste había dicho después, de que sin duda ninguna había habido error, comenzó a prever el aumento que inevitablemente habría de adquirir su reputación, de ocultar el verdadero motivo que le había impulsado a acudir al terreno; avanzó, pues, con desenvoltura y dijo:

—Yo no soy la persona. Lo sé.

—Esto, entonces —dijo el hombre de la silla—, es una afrenta al doctor Slammer y una razón suficiente para que las cosas se resuelvan inmediatamente.

—Tranquilícese, Payne —dijo el padrino del doctor—. ¿Por qué no me ha comunicado el hecho esta mañana, sir? —Claro... claro —dijo el hombre de la silla, indignado.

—Le suplico que se tranquilice, Payne —dijo el doctor—. ¿Tendré que repetir mi pregunta, sir?

—Porque, sir —replicó Mr. Winkle, que había tenido sobrado tiempo para meditar su respuesta—, usted me habló de un borracho, de una persona sin caballerosidad que llevaba un frac que he tenido el honor, no sólo de llevar, sino de haber inventado... el proyecto de uniforme, sir, del Club Pickwick de Londres. Por el honor de este uniforme me he sentido obligado a aceptar, sin hacer indagación alguna, el reto que usted me dirigió.

—Mi querido señor —dijo el risueño doctorcito, adelantándose con la mano extendida—, rindo el debido homenaje a su caballerosidad. Permítame que le diga, sir, que admiro altamente su conducta y que siento en extremo haberle causado la molestia de esta cita sin finalidad alguna.

—Le suplico que no se ocupe de eso, sir —dijo Mr. Winkle. —Para mí será un orgullo la amistad de usted, sir —dijo el pequeño doctor.

—Me proporcionará el mayor placer su conocimiento, sir —replicó Mr. Winkle.

Con lo cual, el doctor y Mr. Winkle se estrecharon las manos; luego, Mr. Winkle y el teniente Tappleton (el padrino del doctor); después, Mr. Winkle y el hombre de la silla, y, finalmente, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass... presa el último de la mayor admiración hacia la noble conducta de su heroico amigo.

—Creo que podemos volvernos —dijo el teniente Tappleton.

—Ciertamente —añadió el doctor.

—A menos —interrumpió el hombre de la silla—, a menos de que Mr. Winkle se haya sentido agraviado por el reto, en cuyo caso yo creo que tiene derecho a una satisfacción.

Mr. Winkle, con gran magnanimidad, se declaró ya completamente satisfecho.

—O posiblemente —dijo el hombre de la silla—, el padrino de este caballero puede haber visto afrenta para él en alguna de las observaciones que hice yo en los primeros momentos de esta reunión; si es así, yo me complacería en darle una satisfacción inmediata.

Mr. Snodgrass se apresuró a mostrarse agradecidísimo al hermoso ofrecimiento del caballero que así hablaba; ofrecimiento que se sentía movido a declinar por la absoluta aprobación que le merecía todo el desarrollo del asunto. Los dos padrinos cerraron las cajas, y los concurrentes abandonaron el terreno en estado de mayor animación del que llevaban cuando a él se habían dirigido.

—¿Va usted a permanecer aquí mucho tiempo? —preguntó el doctor Slammer a Mr. Winkle, mientras caminaban juntos amigablemente.

—Creo que nos marcharemos pasado mañana —fue la respuesta.

—Confío en que tendré el gusto de ver por mi morada a usted y a su amigo, con objeto de pasar una velada agradable después de esta desdichada equivocación —dijo el pequeño doctor—. ¿Tiene usted algún compromiso para esta noche?

—Tenemos aquí algunos amigos —replicó Mr. Winkle—, y no me gustaría dejarlos esta noche. Tal vez usted y su amigo podrían ir a buscarnos a El Toro.

—Con mucho gusto —dijo el pequeño doctor—. ¿Sería demasiado tarde las diez para que pasáramos juntos media hora?

—¡Oh, no, querido! —dijo Mr. Winkle—. Será para mí una dicha presentar a usted a mis amigos Mr. Pickwick y Mr. Tupman.

—Me dará con ello un gran placer —replicó el doctor Slammer, sin sospechar quién fuera Mr. Tupman.

—¿Irán ustedes, seguramente? —dijo Mr. Snodgrass. —¡Oh, sin duda!

En esto llegaron a la carretera. Cruzáronse despedidas cordiales y el grupo se dividió. El doctor Slammer y sus amigos se dirigieron al cuartel, y Mr. Winkle, acompañado por su amigo Mr. Snodgrass, volvió a su fonda.

UNA NUEVA AMISTAD. EL CUENTO DEL VAGABUNDO. UNA INTERRUPCIÓN Y UN ENCUENTRO MOLESTO

Mr. Pickwick había concebido algunas inquietudes a consecuencia de la desacostumbrada ausencia de sus dos amigos, cuya misteriosa conducta durante toda la mañana había contribuido a fomentar. Fue grande, por tanto, el placer con que se levantó para recibirles cuando aquéllos entraron; y no fue menor el interés que puso en informarse de lo ocurrido, para que así le hubieran privado de su compañía. En respuesta a sus preguntas acerca de este extremo, ya se disponía Mr. Snodgrass a hacerle puntual historia de las circunstancias que acaban de reseñarse, cuando se detuvo bruscamente al observar que allí se hallaban no sólo Mr. Tupman y su compañero de diligencia del día anterior, sino otro desconocido de parecida y singular apariencia. Era un hombre enteco, cuya de-

macrada faz y hundidos ojos ocasionaban más profunda impresión de la que propiamente ofrecieran por su naturaleza, por los negros cabellos que le colgaban en desordenados mechones hasta la mitad de la cara. Eran sus ojos penetrantes y de un brillo sobrenatural; levantados y prominentes sus pómulos. Su mandíbula era tan larga y enjuta, que cualquier observador hubiérale juzgado que circunstancialmente tiraba adrede de la carne de su cara por una contracción de sus músculos, a no ser porque su boca semiabierta y la inmovilidad de su semblante denotaran ser aquélla su apariencia habitual. Llevaba alrededor de su cuello una bufanda verde, cuyos anchos cabos colgábanle sobre el pecho, haciendo frecuentes apariciones por los carcomidos ojales de su chaleco. Su atavío exterior era una larga levita negra, y debajo llevaba anchos pantalones de tosco paño y amplias botas que caminaban velozmente a la ruina.

Hacia este mal encarado personaje dirigía sus ojos Mr. Winkle, y hacia él extendió su mano Mr. Pickwick al decir:

–Un amigo de nuestro amigo. Hemos descubierto esta mañana que nuestro amigo estaba en relación con el teatro de esta ciudad, si bien no desea que esto se conozca, y este caballero pertenece a la misma profesión. Iba a favorecernos con una anécdota relacionada con esa vida cuando ustedes entraron.

–Montones de anécdotas –dijo el desconocido de frac verde del día anterior, adelantándose a Mr. Winkle y hablando en tono quedo y confidencial.

–Buena pieza... se aprovecha del negocio... no es actor... hombre extraño... toda suerte de miserias... Jemmi el nefasto le llamamos los del oficio.

Mr. Winkle y Mr. Snodgrass acogieron amablemente al que con elegancia se designaba por Jemmi el nefasto, y pidiendo aguardiente y

agua, como habían hecho los demás, sentáronse a la mesa.

—Ahora, sir —dijo Mr. Pickwick—, ¿nos hará usted el obsequio de contarnos lo que nos había prometido?

El melancólico individuo sacó de su bolsillo un rollo impulcro de papel y, volviéndose hacia Mr. Snodgrass, que acababa de sacar su libro de notas, dijo con voz hueca, que cohonestaba perfectamente con su apariencia externa:

—¿Es usted el poeta?

—Yo ... yo hago algo en ese terreno —replicó Mr. Snodgrass, algo sorprendido por lo inesperado de la pregunta.

—¡Ah! La poesía es para la vida lo que las luces y la música para la escena... despojemos a la primera de sus falaces bellezas y a la segunda de sus ilusiones, y ¿qué es lo que queda de real en una y en otra que merezca la pena?

—Es verdad, sir —replicó Mr. Snodgrass.

—Estar delante de las candilejas —prosiguió el hombre lúgubre— es lo mismo que sentarse

ante una gran corte y admirar los sedosos atavíos de la gaja multitud... estar detrás de ella no es más que ser la plebe que fabrica esos bellos ropajes; plebe ignorada, desatendida, abandonada al naufragio y a morir de hambre o a vivir según plazca a la fortuna.

—Ciertamente —dijo Mr. Snodgrass, porque los hundidos ojos del hombre nefasto pesaban sobre él y consideraba necesario decir alguna cosa.

—Vamos, Jemmi —dijo el viajero español—, como Susana la de negros ojos... sin interrupción... venga... con animación.

—¿Quiere usted otro vaso antes de empezar, sir? —dijo Mr. Pickwick.

El hombre nefasto aceptó la invitación, y mezclando en el vaso el agua y el aguardiente, bebió pausadamente la mitad de su contenido, desenrolló el papel y, en parte leyendo y hablando en parte, relató el siguiente episodio, que encontramos reseñado en las Actas del Club como «El cuento del vagabundo».

EL CUENTO DEL VAGABUNDO

—Nada hay de maravilloso en lo que voy a relatar —dijo el hombre nefasto—; ni siquiera hay en ello nada de extraordinario. La pobreza y los padecimientos son harto comunes en muchas situaciones de la vida para que merezcan señalarse más que las demás vicisitudes de la naturaleza humana. Si he coleccionado estas breves notas, débese a que el protagonista de ellas me fue bien conocido durante muchos años y seguí paso a paso el proceso descendente de su vida hasta que llegó al plano de miseria del que no se levantó jamás.

»El hombre de quien hablo era un mimo de baja estofa y, como muchos otros de su clase, un borracho habitual.

»En mejores tiempos, antes de que la disipación le debilitase y le destrozaran las enfermedades, había disfrutado un buen salario, que, de haber sido él cuidadoso y prudente, podía

haber seguido gozando por algunos años..., no muchos, porque estos hombres mueren pronto, o, por administrar con despilfarro las energías de su cuerpo, pierden prematuramente las facultades físicas, base exclusiva de su sustento. Su vicio dominante le poseyó con fuerza tal, que resultaba imposible utilizarle en aquellas situaciones en que sus servicios podían haber sido convenientes para el teatro. La taberna ejercía sobre él una fascinación irresistible. El abandono, las dolencias y la pobreza desesperada habrían de ser su lote seguro, así como la muerte, si perseveraba en aquel camino; mas perseveró, y es fácil de adivinar el resultado. No pudo contratarse, y necesitaba el pan.

»Todos aquellos que están algo familiarizados con asuntos de teatro conocen bien la casta de desharrapados y míseros entes oprimidos por la pobreza que dependen del escenario de una gran empresa...; no son, por lo general, actores contratados, sino gentes del cuerpo de baile, comparsas, tontos y figurantes de este

jaez, de los que se echa mano mientras que se pone una pantomima o una obra oriental, y a los que se despide hasta que el estreno de una obra de gran espectáculo exige otra vez sus servicios. Tal era el género de vida que el hombre se vio precisado a abrazar, y desempeñando el oficio de acomodador por las noches en tal o cual teatracho reunía unos cuantos chelines más, que le permitían complacer sus antiguas inclinaciones. Mas no tardó en faltarle hasta este recurso; sus irregularidades fueron demasiado frecuentes para ser compatibles con este medio de ganar la mísera pitanza, y pronto se vio conducido a las fronteras del hambre, con la que luchaba apelando de cuando en cuando al préstamo de algún viejo camarada o sirviendo circunstancialmente en teatros de inferior categoría; pero en cuanto ganaba algo, se lo gastaba, entregándose a sus viejas flaquezas.

»Por este tiempo, y después de haber vivido el hombre durante un año, no se sabe cómo,

tuve yo un contrato en uno de los teatros de la ribera de Surrey, y allí le encontré, después de haberle perdido de vista algún tiempo; porque yo había estado trabajando en provincias, mientras que él merodeaba por las callejuelas y avenidas de Londres.

»Ya en traje de calle abandonaba yo el teatro y cruzaba el escenario, cuando me dieron en el hombro un golpecito. Nunca olvidaré el repulsivo espectáculo que encontraron mis ojos al volverme. Él estaba dispuesto para la pantomima, con el absurdo indumento que corresponde al clown. Los espectros de la Danza de la Muerte, las más espantosas formas que el pintor más hábil pudiera dibujar o imaginar, no ofrecieran apariencia más espeluznante. Su cuerpo seco y sus encogidas piernas (su deformidad aumentaba los pliegues del traje fantástico), sus ojos vidriosos, contrastaban terriblemente con la espesa capa de blanco que por su faz se extendía; la cabeza, grotescamente exornada; el temblor de la parálisis; sus largas manos huesudas,

blanqueadas con yeso..., todo contribuía a darle una apariencia extraña y repulsiva, de la que no sería fácil dar idea, y que aún hoy me estremezco al recordar. Era su voz cavernosa y trémula cuando me llamó aparte y con palabras entrecortadas me hizo la relación de la interminable serie de dolencias y privaciones sufridas, y terminó, como de costumbre, por una apremiante demanda de una cantidad insignificante de dinero. Puse en su mano unos pocos chelines, y al volverme para salir oí la estrepitosa carcajada que ocasionaron sus primeros volatines.

»Unas cuantas noches después me entregó un chico un sucio papelucho con unos garabatos de lápiz, en los que este hombre me daba noticia de hallarse gravemente enfermo y me rogaba que, después de la función, fuera a verle a su casa, situada en una calle, de cuyo nombre no me acuerdo ahora, no muy alejada del teatro. Prometí complacerle tan pronto como salie-

ra, y a poco de bajarse la cortina me encaminé a cumplir mi triste misión.

»Era tarde, porque yo había trabajado en la última pieza y, por ser noche de beneficio, los actos se habían prolongado excesivamente. Era una noche oscura y fría, en la que reinaba un viento helado que lanzaba con fuerza las gotas de lluvia contra las ventanas y fachadas de las casas. En las estrechas y solitarias calles se habían formado charcos, y casi todos los escasos faroles de aceite se habían apagado por la violencia del viento; por lo cual se hacía el caminar no sólo incómodo, sino difícilísimo. Por fortuna, tomé la ruta cierta y logré, después de una pequeña vacilación, dar con la casa que se me había indicado...: una carbonera, en cuya parte superior había un pequeño camaranchón y en su fondo yacía el objeto de mis pesquisas.

»Una mujer de mísero aspecto, que era la esposa, salió a mi encuentro a la escalera y me dijo que él acababa de caer en una especie de delirio. Me introdujo suavemente y colocó una

silla para mí junto a la cabecera de la cama. El enfermo estaba echado con la cabeza hacia la pared, pero no se percató de mi presencia, y tuve ocasión de examinar el lugar donde me encontraba.

»Yacía en un viejo camastro que se desmontaba por el día; los jirones de una vieja cortina trataban de proteger la cabecera contra el viento, que, no obstante, penetraba en aquella estancia inhospitalaria a través de las rendijas de la puerta y soplaba a cada instante en todas direcciones. En una hornilla portátil veíase un fuego mortecino; en un viejo velador de mármol había algunos frascos de medicinas, un espejo roto y otros varios enseres domésticos. Un niño dormía en un lecho provisional que reposaba en el suelo, y a su lado, en una silla, se sentó la mujer. Había un par de alacenas con platos, tazas y salseras, y debajo de ellas veíase un par de zapatos de teatro y un par de floretes; con todo esto y con un pequeño montón de andrajos que habían sido cuidadosamente apar-

tados hacia los rincones del cuarto se completaba el menaje de la vivienda.

»Tuve tiempo de observar estos nimios detalles y de fijarme en la respiración fatigosa y febriles sobresaltos del enfermo antes de que advirtiera mi presencia. En uno de los innumerables intentos que hacía para buscar un sitio en que reclinar su cabeza sacó una mano del lecho, que cayó en la mía. Se incorporó sorprendido y me miró con avidez a la cara.

»—Mr. Hutley, Juan —dijo su esposa—; Mr. Hutley, al que has llamado esta noche, ya sabes.

»—¡Ah! —dijo el inválido, pasándose la mano por la frente—. Hutley... Hutley... quiero verte.

»Pareció esforzarse en recoger por unos segundos sus pensamientos y, agarrándome nerviosamente por la muñeca, dijo:

»—No me abandones... no me abandones, amigo. Va a asesinarme. Sé que va a asesinarme.

»—¿Hace tiempo que está así? —dije, dirigiéndome a la esposa, que lloraba.

»—Desde anoche —replicó ella—. Juan, Juan, ¿no me conoces?

»—No la dejes que se acerque a mí —dijo el hombre, estremeciéndose al verla inclinarse hacia él—. Sácala fuera; no puedo sufrir que esté a mi lado.

»La miró espantado, produciendo un gesto de terror, y luego murmuró en mi oído:

»—La pego, Juanillo; la pegué ayer tarde y otras muchas veces. La he matado de hambre a ella y al chico; y ahora que me encuentro débil e indefenso, Juanillo, me va a asesinar; sé que ha de hacerlo. Si le hubieras visto llorar como yo la he visto, también lo temerías tú. Llévatela fuera.

»Abandonó la mano mía, y con las fuerzas agotadas se hundió en la almohada. Yo sabía perfectamente lo que todo esto significaba. Si por un instante hubiera abrigado la menor duda, la contemplación de la demacrada y pálida

faz de aquella mujer me hubiera dado explicación suficiente del caso.

»—Lo mejor es que no permanezca usted a su lado —dije a la pobre mujer—. La presencia de usted puede hacerle daño; tal vez se calme si no la ve.

»Se apartó de la vista del hombre. Él abrió sus ojos al cabo de algunos segundos y miró ávidamente a su alrededor. »

—¿Se ha marchado? —preguntó afanosamente.

»—Sí... sí —le dije—; no le hará a usted ningún mal.

»—Le diré a usted, Juanito —me dijo el hombre en voz baja—, lo que en ella me hace daño. Hay algo en sus ojos que despierta en mi corazón un espanto tan horroroso, que me vuelvo loco. Durante toda la noche pasada sus grandes ojos inquisidores y su pálido rostro estuvieron frente a los míos; allí donde yo me volvía, volvíanse ellos; y cuando quiera que yo despertaba

de mi sueño, aquí, junto a mi cama, la veía mirarme.

»Me atrajo hacia sí y me dijo en tono de murmullo, que denotaba profunda alarma:

»—Juanito, por fuerza tiene que ser una malvada..., ¡una infame! ¡Chist! Sé que lo es. Porque de haber sido una mujer, hace mucho tiempo que hubiera muerto. Ninguna mujer podría haber sufrido lo que ella.

»Me sobrecogí al pensar en la interminable serie de crueldades y desdenes que tenían que haber ocurrido para producir en tal hombre tal impresión. No pude replicarle, porque, ¿quién podría proporcionar esperanza o consuelo a aquel ser hambriento que ante mí se hallaba?

»Más de dos horas permanecí allí sentado, y durante aquel tiempo no cesó de moverse inquieto, murmurando exclamaciones de impaciencia o de dolor, tendiendo sus brazos en tregua a un lado y a otro, y volviéndose constantemente para mirar en toda dirección.

»Por fin cayó en ese estado de parcial inconsciencia en el que la mente vagaba jadeante de escena a escena y de lugar en lugar, desprovista del gobernalle de la razón, mas sin llegar a perder la sensación actual de un padecer indescriptible. Advirtiendo que tal era el caso por lo incoherente de sus desvaríos y comprendiendo que, según las probabilidades, no había de aumentar la fiebre por el momento, me separé de él, prometiendo a su mujer volver a la noche siguiente y aun pasar allí la velada, si era necesario.

»Cumplí mi ofrecimiento. Las últimas veinticuatro horas le habían producido una horrible alteración. Los ojos, aunque hundidos y cansados, brillaban de un modo espantoso. Los labios estaban resecos y agrietados por algunas partes; la piel, enjuta y tirante, mostraba un lustre ardoroso, y había en la cara del hombre un aire casi extraterreno, que revelaba más que nada los estragos de la dolencia. La fiebre estaba en su apogeo.

»Ocupé el mismo asiento que la noche anterior, y allí permanecí horas y horas escuchando ruidos capaces de conmover profundamente a la más embotada de las humanas criaturas: los terribles estertores de un moribundo. Por lo que había oído acerca de la opinión del médico, no había esperanza. Yo estaba sentado junto a un lecho de muerte. Veía yo las extenuadas piernas, que unas horas antes se retorcieron para solaz y regodeo de una alborotada galería, contraídas por la tortura de una fiebre abrasadora, y creía oír la risa desgarrada del clown, entreverada con los apagados murmullos del agonizante.

»Es siempre conmovedor observar cómo trabaja en la remembranza de las ocupaciones y quehaceres de la salud el cuerpo exangüe de un ser que yace ante nosotros; mas cuando esas ocupaciones son de una índole rudamente dispar de cuanto pueda referirse a ideas de tumba y postrimerías, la impresión se hace infinitamente penosa y opresora. El teatro y la taberna

eran los temas constantes de los desvaríos de aquel desgraciado. Llegaba la noche, pensaba él, y tenía que tomar parte en la función; era tarde, y era preciso que saliera de casa sin perder instante. ¿Por qué se le retenía y se le impedía salir? Iba a perder el sueldo...; tenía que salir. ¡Nada, que no le dejaban! Escondía el rostro en sus manos ardorosas y lamentaba con débil acento su propia debilidad y la crueldad de sus perseguidores. Luego de una breve pausa empezó a balbucir unas rimas, las últimas que había aprendido. Se incorporó en el lecho, sacó sus piernas escuálidas y adoptó diversas posturas grotescas...; estaba trabajando... estaba en escena. Al cabo de un minuto de silencio murmuró el estribillo de una canción chocarrera. Llegaba a la antigua morada. ¡Qué caliente encontraba la estancia! Había estado enfermo, muy enfermo; pero ya se sentía bien y feliz. ¡Llenad mi copa! ¿Quién era el que apartaba el vaso de sus labios? Era el mismo que antes le persiguiera. Cayó en su almohada y gruñó.

Después de un corto período de inhibición comenzó a vagar por una serie de lúgubres aposentos techados por bajas arcadas; tan bajas, que le era preciso arrastrarse a gatas para seguir su marcha. Era estrecho y oscuro el camino, y por todos lados hallaba obstáculos que le impedían avanzar. Había insectos también, cosas asquerosas reptantes con ojos que le seguían; seres que llenaban el aire y que brillaban horriblemente en las espesas tinieblas del lugar. Los muros y el techo, cuajados de reptiles, parecían vivos. La bóveda alcanzaba enormes proporciones...; por doquier agitábanse formas espantosas, y entre ellas se abrían paso caras conocidas, desfiguradas horriblemente por siniestras gesticulaciones; torturaban su cuerpo con hierros candentes y ataban su cabeza con cuerdas, que apretaban hasta hacerle saltar la sangre; él defendía fieramente su vida.

»Al final de uno de estos paroxismos, cuando a duras penas había yo conseguido reducirle al lecho, cayó en lo que parecía un profundo

sopor. Rendido yo por la vigilancia y el esfuerzo desplegado, había cerrado mis ojos por algunos minutos, cuando sentí un zarpazo en el hombro.

»Desperté instantáneamente. Habíase incorporado hasta quedar sentado en la cama...; un horrible cambio se advertía en su rostro; mas había recobrado la conciencia porque era evidente que me conocía. El niño, al que desde algún tiempo antes inquietaban los arrebatos de su padre, saltó de su camita y se abalanzó hacia él gimiendo espantado...; la madre le tomó en brazos a toda prisa, temerosa de que el moribundo le hiciera daño por la violencia de su insensata disposición; pero aterrada por la alteración que veía en los rasgos del marido, quedó suspensa junto al lecho. Agarró el moribundo mi hombro convulsivamente, y golpeando su pecho con la otra mano, hizo un desesperado esfuerzo para hablar. Mas fue vano el intento. Extendió el brazo hacia ellos y tentó otro brusco movimiento. Hubo un ronco

gemido en su garganta... un relámpago en sus ojos... un rugido ahogado aún... y cayó... ¡muerto!

Hubiéranos complacido altamente poder registrar la opinión formada por Mr. Pickwick sobre la anécdota precedente. Y hubiéramos logrado ofrecerla a nuestros lectores, a no ser por una malhadada ocurrencia.

Dejaba Mr. Pickwick sobre la mesa el vaso que había conservado en su mano durante las últimas frases de la narración, y disponíase a hablar —pues el libro de notas de Mr. Snodgrass nos permite afirmar que en aquel instante abría la boca—, cuando entró el criado diciendo:

—Unos caballeros, sir.

Apuntamos la conjetura de que Mr. Pickwick se preparaba a emitir algunos comentarios que hubieran incendiado el mundo, ya que no el Támesis, al ser interrumpido de esta suerte, porque miró severamente al criado y a su alrededor, como inquiriendo noticias acerca de los recién llegados.

—¡Oh! —dijo Mr. Winkle levantándose—. Serán amigos míos...; hágales pasar. Simpáticos señores —prosiguió Mr. Winkle cuando hubo salido el criado—; oficiales del 97º, a quienes conocí esta mañana de un modo bien extraño. Les agradecerán mucho a ustedes.

Recobró Mr. Pickwick su ecuanimidad. Volvió el criado e introdujo en la estancia a tres caballeros.

—El teniente Tappleton —dijo Mr. Winkle—. Teniente Tappleton, Mr. Pickwick... Doctor Payne, míster Pickwick... Mr. Snodgrass, usted ya le ha visto antes... Mi amigo Mr. Tupman, doctor Payne... Doctor Slammer, Mr. Pickwick... Mr. Tupman, doctor Slam...

Calló de repente Mr. Winkle, al notar una brusca demudación en los rostros de Mr. Tupman y del doctor.

—A este señor le he visto antes de ahora —dijo el doctor con énfasis marcado.

—¡Ah! —dijo Mr. Winkle.

—Y.. y a ese sujeto también, si no estoy equivocado —dijo el doctor, dirigiendo una mirada escrutadora al desconocido de la chaqueta verde—. Me parece haber hecho a ese sujeto una apremiante invitación la pasada noche, invitación que ha juzgado oportuno declinar.

Diciendo lo cual, el doctor miró al intruso con ceño magnánimo y empezó a murmurar al oído de su amigo el teniente Tappleton.

—No puede ser —dijo el teniente al fin del secreto coloquio.

—Pues es —replicó el doctor Slammer.

—No tiene usted más remedio que darle un puñetazo aquí mismo —murmuró con solemnidad el propietario de la silla de campo.

—Calma, Payne —terció el teniente—. ¿Me permite usted que le pregunte, sir? —dijo, dirigiéndose a Mr. Pickwick, al que había picado considerablemente aquel juego verdaderamente impolítico—. ¿Me permitirá usted que le pregunte si este sujeto pertenece a la partida de usted?

—No, sir —respondió Mr. Pickwick—; es un compañero de hospedaje nuestro.

—¿Es miembro del Club de usted, o estoy yo equivocado? —dijo el teniente en tono inquisitivo.

—Desde luego, no —replicó Mr. Pickwick.

—¿Y no lleva nunca el botón de su Club? —dijo el teniente.

—¡No, nunca! —repuso atónito Mr. Pickwick.

El teniente Tappleton se volvió hacia su amigo el doctor Slammer con un encogimiento de hombros apenas perceptible y en cierto modo indicador de duda acerca de la exactitud de los recuerdos de éste. El pequeño doctor le miró encolerizado, pero perplejo, mientras que Payne contemplaba con gesto feroz el rostro maravillado del inconsciente Pickwick.

—Sir —dijo el doctor, dirigiéndose bruscamente a Mr. Tupman en un tono que hizo estremecerse al caballero tan violentamente como si se le hubiera clavado un alfiler en el magro

de la pantorrilla—, ¿usted estuvo anoche en el baile de aquí!

Mr. Tupman insinuó un gesto afirmativo, sin dejar de mirar muy fijamente a Mr. Pickwick.

—Este sujeto estuvo en su compañía —dijo el doctor, señalando al desconocido, que seguía impertérrito.

Mr. Tupman asintió.

—Ahora, sir —dijo el doctor al intruso—, yo le pregunto una vez más, en presencia de estos caballeros, si tiene usted a bien darme su tarjeta y ser tratado como un caballero, o si, por el contrario, va usted a obligarme a castigarle personalmente aquí mismo.

—¡Alto, sir! —dijo Mr. Pickwick—. Yo no puedo consentir que esto siga adelante sin algunas explicaciones. Tupman, puntualice las circunstancias.

Mr. Tupman, conjurado de este modo solemne, relató el caso en pocas palabras: aludió ligeramente al préstamo de la chaqueta; se extendió ampliamente en lo de que aquello se

había hecho «después de comer»; mostróse arrepentido por su parte, y dejó que el intruso se sincerase como pudiera.

Tal iba a hacer, a lo que parecía, cuando el teniente Tappleton, que le había estado mirando con gran curiosidad, dijo con inmenso desdén:

—¿No le he visto yo a usted en el teatro, sir?

—Ciertamente —replicó el imperturbable desconocido.

—Es un cómico ambulante —dijo el teniente con aire despreciativo, volviéndose al doctor Slammer—. Trabaja en la función que los oficiales del 52.º dan mañana por la noche en el teatro de Rochester. No puede usted llevar adelante este asunto, Slammer... ¡imposible!

—No puede ser —dijo dignamente Payne.

—Lamento haber traído a ustedes a esta situación tan enojosa —dijo el teniente Tappleton, dirigiéndose a Mr. Pickwick—. Permítanme decirles que la manera mejor de evitar en lo

sucesivo tales escenas será seleccionar mejor sus compañías. Buenas noches, sir.

Y el teniente abandonó la estancia.

—Y permítame a mí decir, sir —dijo el irascible doctor Payne—, que yo, en el caso de Tappleton, o en el de Slammer, le hubiera arrancado a usted la nariz y se la hubiera arrancado a todos los señores que están en su compañía. De fijo, sir, a todos. Me llamo Payne, sir... el doctor Payne, del 43.º Buenas noches, sir.

Terminada la arenga, y después de haber pronunciado las tres últimas palabras en tono agudo, siguió a su amigo majestuosamente, saliendo acto seguido el doctor Slammer, que, sin decir palabra, se contentó con aplastar con una mirada a la concurrencia.

Rabia creciente y honda extrañeza se despertaron en el noble pecho de Mr. Pickwick, casi hasta el punto de hacer estallar su chaleco, durante la proclamación del mencionado reto. Quedó estupefacto en su sitio mirando en éxtasis. Al cerrarse la puerta volvió en sí. Se abalan-

zó con furioso ademán y ojos de fuego. Ya estaba su mano sobre el picaporte; un momento más, y hubiera caído sobre la garganta del doctor Payne, del 43.º, de no haber atrapado Mr. Snodgrass por el faldón a su venerado jefe y obligándole a retroceder.

—Contenedle –gritó Mr. Snodgrass–, Winkle, Tupman...; no puede arriesgar su preciosa vida en una causa como ésta.

—Dejadme –dijo Pickwick.

—Sujetadle fuerte –exclamó Mr. Snodgrass.

Y gracias al esfuerzo de todos, fue Mr. Pickwick constreñido a sentarse en una butaca.

—Dejadle libre –dijo el desconocido de la chaqueta verde—. Aguardiente y agua... bravo anciano... valor exuberante... tome esto... ¡ah!... cosa soberbia.

Y después de haber comprobado la virtud de la bebida que había sido preparada por el hombre nefasto, aplicó el desconocido el vaso a la boca de Mr. Pickwick. El contenido desapareció inmediatamente.

Siguió una breve pausa; el agua y el aguardiente hicieron su efecto; la bondadosa fisonomía de Mr. Pickwick recobró en seguida su expresión habitual.

—No son dignos de que usted se ocupe de ellos —dijo el hombre nefasto.

—Tiene usted razón, sir; no lo son —replicó Mr. Pickwick—. Me avergüenza el haberme acalorado de esta manera. Acerque su silla a la mesa, sir.

El hombre nefasto se apresuró a complacerle; agrupáronse alrededor de la mesa, y una vez más reinó la armonía. Cierta irritabilidad mal contenida parecía esconderse en el pecho de Mr. Winkle, probablemente ocasionada por la temporal sustracción de su chaqueta..., aunque no es lícito suponer que tan nimia circunstancia puede despertar ni un leve movimiento de ira en el pecho de un pickwickiano. Con sólo esta excepción, el buen humor quedó restablecido, y acabó la velada con la misma cordialidad con que había empezado.

DÍA DE CAMPO Y VIVAQUEO. NUEVAS AMISTADES. UNA INVITACIÓN AL CAMPO

Muchos autores abrigan no sólo una ligera, sino una verdaderamente condenable resistencia a reconocer los manantiales en que aprontan muchas de sus valiosas informaciones. No somos nosotros de esta opinión. Nosotros nos proponemos tan sólo desempeñar con rectitud absoluta nuestras funciones editoriales; y cualquiera que pudiera ser en otras circunstancias nuestra ambición por reclamar la paternidad de estas aventuras, el respeto a la verdad nos veda recabar otro mérito que el que corresponde a una ordenación juiciosa y a la narración imparcial. Los Papeles de Pickwick son como el Origen del Nuevo Río, y así podemos nosotros compararnos a la Compañía del Nuevo Río. La labor ajena ha acumulado ante nosotros un inmenso reservorio de hechos notables. Nosotros

no hacemos más que difundirlos y comunicarlos en estilo llano, por medio de estos fascículos, al público sediento de conocer la historia pickwickiana.

Según este criterio, y procediendo resueltamente de acuerdo con nuestra determinación de declarar nuestra gratitud hacia las autoridades que hemos consultado, decimos francamente que debemos al libro de memorias de Mr. Snodgrass todos los datos reseñados en este capítulo y en el siguiente; datos que, una vez descargada nuestra conciencia, pasamos a detallar sin más comentarios.

Todos los habitantes de Rochester, así como los de las ciudades vecinas, se levantaron temprano al día siguiente en estado de la mayor excitación y algazara. En el campamento iban a tener lugar unas grandes maniobras. En ellas iban a tomar parte media docena de regimientos, los cuales habían de ser inspeccionados por la mirada de águila del comandante en jefe; habíanse levantado fortificaciones provisiona-

les; iba a ser tomada la ciudadela e iba a hacerse estallar una mina.

Mr. Pickwick, según habrán podido colegir nuestros lectores por el breve extracto que hemos transcrito de su descripción de Chatham, era un admirador entusiasta del ejército. Nada más deleitoso para él, nada que mejor armonizase con la afición peculiar de cada uno de sus compañeros, que un espectáculo de esta naturaleza. Pronto estuvieron de pie, en consecuencia, y pronto se dirigieron al teatro de la acción, hacia el que marchaban en todas direcciones nutridos grupos de curiosos.

Todas las apariencias en el campamento denunciaban que la próxima ceremonia había de tener importancia y grandeza inusitadas. Varios centinelas hallábanse apostados con objeto de reservar el terreno que las tropas habían de ocupar; en las baterías veíanse criados que estaban guardando el sitio para las señoras; los sargentos corrían de acá para allá con los libros de registro, encuadernados en pergamino, de-

bajo del brazo; el coronel Bulder, de gran uniforme y a caballo, galopaba primero de un punto a otro; luego revolvía su caballo entre la multitud, le hacía caracolear y dar corvetas, y entre tanto gritaba del modo más alarmante con voz estentórea, mostrando su rostro encendido, sin causa ni motivo que lo justificase. Los oficiales corrían en todas direcciones; comunicaban primero con el coronel Bulder, transmitían después las órdenes a los sargentos, y, por fin, desaparecían en grupo; y hasta los soldados asomaban por sus charolados cuellos, mirando con aire de solemnidad misteriosa que pregonaba de sobra lo excepcional del acto.

Mr. Pickwick y sus tres amigos, situados en la primera fila de la plebe, esperaban pacientemente el comienzo de los ejercicios. La multitud crecía por momentos, y los esfuerzos que tenían que hacer para conservar las posiciones que habían ganado bastaron para vincular su atención durante las dos horas que así transcurrieron. De pronto se dejó sentir un brusco em-

pujón de atrás, que lanzó a Mr. Pickwick varias yardas hacia delante, con una presteza y agilidad notoriamente incompatibles con la habitual gravedad de su continente; inmediatamente después se dio la orden de «¡atrás!», y las culatas de los mosquetes, ora caían sobre los pies de Mr. Pickwick, ora amenazaban con aplastarle el pecho para garantizar el cumplimiento de las órdenes. En esto, cierto ineducado caballero, después de empujar hacia un lado y de estrujar a Mr. Snodgrass hasta el límite resistible de la humana estructura, le preguntó que «hasta dónde se había propuesto empujarle»; y al expresar Mr. Winkle la honda indignación que le producía presenciar semejante atropello, un sujeto que a su espalda estaba le encasquetó el sombrero hasta los ojos y le pidió por favor que se metiera la cabeza en el bolsillo. Estas y otras cuchufletas parecidas, unidas a la inexplicable ausencia de Mr. Tupman (que había desaparecido de pronto y no se le veía por ninguna parte), hacían la situación de nuestros amigos más

bien inquieta y desapacible que grata o deseable.

Al cabo de un rato cruzó por la multitud ese vago rumor compuesto de muchas voces que suele anunciar la llegada de lo que se estaba esperando. Todas las miradas se volvieron hacia el fuerte. Transcurrieron unos momentos de ansiosa expectación; viéronse aparecer las banderas flotando alegremente en el aire; relumbraron las armas bajo el sol, y columna tras columna se vertieron por la llanura. Hicieron alto las tropas en formación perfecta; corrió por las líneas la voz de mando; un chasquido general de los mosquetes acompañó a la presentación de armas, y el comandante en jefe, escoltado por el coronel Bulder y numerosos oficiales, aparecieron en el frente. Todas las bandas militares rompieron a tocar; los caballos, puestos de manos, reculaban y volteaban sus colas en todas direcciones; ladraban los perros, vociferaba la muchedumbre, y sólo se veía a uno y otro lado, hasta donde la vista alcanzaba, una larga

perspectiva de rojas guerreras y blancos pantalones, completamente inmóviles.

Tan ocupado había estado Mr. Pickwick en caer de acá para allá y en desenredarse de las patas de los caballos, haciendo verdaderos milagros, que no tuvo ocasión de observar la escena que ante él se descubría hasta que pudo colocarse en la postura que acabamos de describir. No bien le fue posible asegurarse sobre sus piernas, su deleite y complacencia no tuvieron límites.

—¿Puede haber algo más hermoso ni más agradable? —preguntó a Mr. Winkle.

—Nada —respondió este caballero, que durante el cuarto de hora precedente había tenido a un hombrecillo sobre sus pies.

—Es un espectáculo verdaderamente noble y brillante —dijo Mr. Snodgrass, en cuyo pecho comenzaba a encenderse la llama de la poesía— este de ver a los bravos defensores de la patria dispuestos en brillante atavío ante los pacíficos ciudadanos; sus rostros centellean, no con beli-

cosa fiereza, sino con civilizada jovialidad; sus ojos fulgen, no con el rudo fuego de rapiña o venganza, sino con suave luz de inteligencia y humanidad.

Mr. Pickwick compartió plenamente la intención de esta loa, aunque no pudo aprobarla en sus términos exactos, porque la suave luz de la inteligencia brillaba de un modo bastante débil en los ojos de los guerreros, y porque a la voz de «de frente», dada por los jefes, todos los espectadores vieron dirigirse hacia ellos varios miles de pares de telescopios, que les contemplaban osadamente y que estaban totalmente desprovistos de expresión.

—Estamos ahora en una situación admirable —dijo Mr. Pickwick, mirando a su alrededor.

La multitud se había ido apartando de ellos gradualmente y habían quedado casi aislados.

—Admirable —repitieron a una voz Mr. Snodgrass y Mr. Winkle.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Mr. Pickwick, ajustándose los anteojos.

—Yo... yo... me parece... —dijo Mr. Winkle, cambiando de color—; me parece que van a hacer fuego.

—¡Qué barbaridad! —se apresuró a decir Mr. Pickwick.

—Que sí... que me parece que sí —insistió Mr. Winkle un tanto alarmado.

—¡Imposible! —replicó Mr. Pickwick.

No había acabado de pronunciar esta palabra Mr. Pickwick, cuando la media docena de regimientos, enrasando sus mosquetes según un plano único, cual si todos apuntaran a un solo objeto y este objeto fuera el grupo de pickwickianos, rompió en la más espantosa y tremenda descarga que ha hecho vacilar jamás la tierra en su centro o a cierto anciano en el suyo.

En esta embarazosa situación, expuesto al fuego despiadado de balas sin plomo y agobiado por los movimientos de las tropas, un nuevo cuerpo de las cuales comenzaba a atacar por el lado opuesto, fue cuando Mr. Pickwick desple-

gó aquella perfecta sangre fría y aquel dominio de sí mismo que son atributos indispensables de las grandes mentalidades. Agarró a Mr. Winkle por el brazo, y colocándose entre éste y Mr. Snodgrass, les indujo a percatarse de que, aparte el peligro que corrían de ensordecer por el ruido, había un riesgo inmediato de ser cogidos por el fuego.

—Porque... porque... supongamos que uno de estos hombres tuviese, por equivocación, el plomo en su bala... —argüía Mr. Winkle, pálido ante la hipótesis que él mismo formulaba—. Ahora mismo he oído silbar algo en el aire... tan agudo... junto a mi oreja...

—Lo que debíamos hacer era echarnos de bruces, ¿no es verdad? —dijo Mr. Snodgrass.

—No, no ... ;ya pasó —dijo Mr. Pickwick.

Temblarían sus labios, palidecerían sus mejillas, pero no dejó escapar este hombre inmortal ni una sola manifestación de intranquilidad o de pavor.

Estaba en lo cierto Mr. Pickwick: el fuego cesó; pero apenas si tuvo tiempo para congratularse de la exactitud de su apreciación, cuando se hizo visible en toda la línea un rápido movimiento: el eco ronco de la voz de mando corrió a lo largo de ella, y antes de que ninguno de los tres caballeros pudiera adivinar el designio de la nueva maniobra, la masa de los seis regimientos, con bayoneta calada, cargó a paso redoblado hacia el preciso lugar en que los tres amigos se hallaban estacionados.

El hombre es un ser mortal, y hay un límite al que no puede llegar el valor humano. Mr. Pickwick miró un momento a través de sus anteojos hacia la masa asaltante; volvió grupas francamente, y... no diremos que huyera: primero, porque se trata de una noble expresión, y segundo, porque la figura de Mr. Pickwick no se adapta en modo alguno a este género de retirada...; se quitó de en medio tan deprisa como sus piernas podían llevarle; tan deprisa, que no

pudo darse cuenta de lo ridículo de su situación, de un modo exacto, hasta más tarde.

La otra masa de tropas, cuya amenaza inquietara unos segundos antes a Mr. Pickwick, aprestábase a repeler el supuesto ataque de los asaltantes de la ciudadela; el resultado fue que Mr. Pickwick y sus dos compañeros se encontraron súbitamente encerrados entre dos líneas de gran longitud, avanzando la una a paso rápido, y esperando firme la otra el choque en actitud hostil.

—¡Eh, eh! —gritaron los oficiales de la columna asaltante.

—¡Echase fuera! —les advirtieron los de la tropa estacionada.

—Pero ¿dónde vamos a ir? —clamaron los pickwickianos azoradísimos.

—¡Eh, eh, eh! —fue la única respuesta.

Hubo un momento de intensa confusión, pesado rumor de pasos, un violento choque, una risa contenida; los seis regimientos se hallaban

a quinientas yardas, y las suelas de Mr. Pickwick mostráronse al aire.

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle ejercitaron con notable habilidad una involuntaria voltereta, y cuando el último se sentaba en el suelo para contener con un pañuelo de seda amarilla la corriente de la vida que manaba de su nariz, la primera cosa que vio fue a su maestro, que, a cierta distancia, corría tras de su propio sombrero, el cual revoloteaba jugueteando allá en la lejanía.

Pocos momentos hay en la vida de un hombre en los que experimente más grotesco desconsuelo o en los que halle menos piadosa conmiseración que cuando persigue su propio sombrero. No poca sangre fría y un grado excepcional de prudencia se requieren para capturar un sombrero. Si se precipita, salta sobre él; si sigue táctica opuesta, se expone a perderlo para siempre. Lo mejor es conservar la serenidad frente al objeto perseguido; ser cauto y perspicaz; esperar hábilmente la oportunidad;

marchar, acercarse poco a poco; hacer un rápido avance; atraparlo por el casquete y calárselo firmemente en la cabeza, y sonreír jovialmente al mismo tiempo, como si el protagonista juzgara el caso tan jocosamente como pudiera hacerlo otro cualquiera.

Corría un vientecillo sutil y juguetón, y el sombrero de Mr. Pickwick rodaba grácilmente a su impulso. Soplaban el viento, Mr. Pickwick resoplaba, y el sombrero rodaba, y rodaba alegremente como golfín en mar brava; y hubiera seguido rodando hasta salir del alcance de Mr. Pickwick si su carrera no se hubiera interrumpido providencialmente cuando ya se hallaba el caballero a punto de resignarse a su destino.

Extenuado Mr. Pickwick, como decimos, y a punto ya de abandonar la caza, fue a dar el sombrero violentamente contra la rueda de un coche que en línea con otros seis permanecía en el sitio hacia donde se habían dirigido los pasos de Mr. Pickwick. Advertido Mr. Pickwick de esta ventaja, saltó vivamente hacia delante,

agarró la prenda, se la plantó en la cabeza y se paró a tomar resuello. No pasó ni medio minuto sin que oyera pronunciar su nombre por una voz que al punto reconoció ser la de Mr. Tupman, y alzando la vista, descubrió un espectáculo que le llenó de sorpresa y alegría.

En una abierta carretela, cuyos caballos habían sido desenganchados con objeto de que aquél pudiera acomodarse entre la muchedumbre, veíase a un obeso caballero de alguna edad, de levita azul y botones brillantes, calzón de terciopelo y botas altas; dos señoritas envueltas en chales y plumas; un joven que parecía enamorar a una de las señoritas envueltas en chales y plumas; una señora de incierta edad, tía probablemente de las antedichas, y a Mr. Tupman, que se mostraba tan confiado y a sus anchas como si hubiera pertenecido a aquella familia desde su más tierna infancia. Atada a la trasera de la carretela había una cesta de grandes dimensiones: una de esas cestas que despiertan en todo espíritu observador ideas

relacionadas con fiambres de ave, lenguas y botellas de vino; y sobre ella sentábase un gordo y rubicundo mozalbete, en estado de somnolencia, y al que ningún observador podría mirar un solo instante sin considerarle como el encargado de distribuir el contenido de la mencionada cesta, llegado que fuera el momento de consumir las vituallas.

Sólo había echado Mr. Pickwick una fugaz ojeada sobre estos interesantes objetos, cuando fue de nuevo requerido por su fiel discípulo.

—Pickwick, Pickwick —dijo Mr. Tupman—: suba. Dese prisa.

—Vamos, sir. Tenga la bondad de subir —dijo el señor gordo—. ¡José! Maldito chico, ya se ha dormido otra vez... José, baja el estribo.

El rollizo muchacho descendió pausadamente de la caja, bajó el estribo y abrió la portezuela del coche con ademán de invitación. En aquel momento llegaron Mr. Snodgrass y Mr. Winkle.

—Hay sitio para todos —dijo el señor gordo—. Dos dentro y uno fuera. José, haz sitio

para uno de estos caballeros en la trasera. Ahora, sir, venga usted.

Y el gordo caballero tendió su brazo y alzó a Mr. Pickwick primero, y luego a Mr. Snodgrass, a viva fuerza, hasta colocarlos en el coche. Montó Mr. Winkle en la trasera, se encaramó el muchachote a la misma percha, y se quedó dormido instantáneamente.

—Bien, señores —dijo el señor gordo—. Mucho me alegro de ver a ustedes. Yo conozco a ustedes perfectamente, aunque ustedes no pueden acordarse de mí. He pasado en su Club algunas noches el último invierno...; descubrí aquí esta mañana a mi amigo Mr. Tupman, y me puse muy contento de verle. Bien, sir, ¿cómo está usted? A lo que parece está usted admirablemente.

Mr. Pickwick agradeció el cumplimiento y estrechó cordialmente la mano del señor gordo de las botas altas.

—Bueno; y usted, ¿cómo va, sir? —dijo el señor gordo dirigiéndose paternalmente a Mr.

Snodgrass—. Magníficamente, ¿verdad? Bien, muy bien; perfectamente..., perfectamente. Y usted, ¿cómo está? —a Mr. Winkle—. Bueno; encantado de saber que se hallan bien. Mis hijas, caballeros..., son mis joyas; ésta es mi hermana, Miss Wardle. Es soltera, y, sin embargo, no parece una señorita, ¿eh?

Y el obeso caballero metió jocosamente el codo en las costillas de Mr. Pickwick y se echó a reír con toda su alma.

—Lord... ¡hermano! —dijo Miss Wardle con sonrisa suplicante.

—Cierto, cierto —dijo el obeso señor—; no hay quien pueda negarlo. Con permiso, señores; éste es mi amigo Mr. Trundle. De modo que ya se conocen todos; cómodos y contentos veamos lo que va a pasar. Ésta es la cosa.

Diciendo esto, el gordo caballero se caló los anteojos, sacó los suyos Mr. Pickwick, y ya todos de pie en el coche, apoyándose cada uno en el hombro del otro, contemplaron los movimientos de las tropas.

Lleváronse a cabo sorprendentes evoluciones; cada fila de soldados disparaba por encima de las cabezas de la precedente, desapareciendo en seguida; una nueva línea disparaba a su vez en la misma forma, dejando el campo también; se formaron cuadros con los oficiales en el centro; veíase a los soldados bajar por las trincheras con escaleras de mano y subir por otras valiéndose de igual medio; demolíanse las barricadas de mimbre y efectuábanse todos estos movimientos con la mayor elegancia y limpieza. Luego se atacaban los cañones con materiales que parecían estropajos colosales, y se hacían tan aparatosos preparativos para cargarlos y era tan espantoso el ruido de las descargas, que el aire se llenaba con el griterío de las señoras. Las de Wardle se asustaron de tal manera, que Mr. Trundle se vio obligado a sostener a una de ellas, mientras que Mr. Snodgrass soportaba a la otra; y la hermana de Mr. Wardle sufrió tal acceso de nervios por aquella alarma, que Mr. Tupman consideró absolutamente necesario

rodearle el talle con su brazo para mantenerla de pie. Todos se hallaban excitados, salvo el chico gordo, que dormía tan dulcemente como si el estampido del cañón fuera su arrullo habitual.

—¡José, José! —dijo el gordo caballero cuando, ya tomada la ciudadela, se sentaban a comer sitiados y sitiadores—. Dichosa criatura, ya se ha dormido otra vez. Tenga la bondad de pellizcarle, sir.... en la pierna, se lo ruego; si no es así, no se despierta...; gracias. Desata la cesta, José.

El chico gordo, que había despertado, en efecto, gracias a la presión que cierta porción de su pierna sufriera entre el índice y el pulgar de Mr. Winkle, deslizóse nuevamente de la trasera del coche y empezó a desocupar la cesta con más presteza de la que hubiera sido de esperar, dada su inercia anterior.

—Tenemos que sentarnos muy apretados —dijo el señor gordo.

Después de unas cuantas bromas por haberse chafado las mangas de las señoras y entre fuertes sonrojos de las mismas ante ciertas maliciosas proposiciones para que se sentaran en las rodillas de los caballeros, todos los de la partida tomaron asiento en el coche... Entonces el señor gordo fue pasando las cosas que le entregaba el muchacho, que había subido al coche con este objeto.

—Ahora, José, los cuchillos y los tenedores.

Distribuyéronse cuchillos y tenedores, y sentados en el interior las señoras y los caballeros, y en la trasera Mr. Winkle, todos se hallaron provistos de tan necesarios utensilios.

—Los platos, José, los platos.

El mismo proceso en la distribución de la loza.

—Ahora los pollos, José. Maldito chico, ya se ha dormido otra vez. ¡José, José! —Varios golpes administrados en la cabeza del joven con un bastón le despertaron con alguna dificultad de su letargo—. Trae los comestibles.

Algo hubo en el eco de esta última palabra que despertó al untuoso muchacho. Saltó el mozo, y sus pesados ojos, que brillaban tras de sus montuosas mejillas, claváronse horriblemente sobre las viandas al tiempo que las sacaba de la cesta.

—Vamos, date prisa —dijo Mr. Wardle, pues el muchacho se cernía muy cariñosamente sobre un capón, del cual parecía no poder separarse.

Suspiró profundamente, y lanzando una ardiente mirada sobre el apetitoso volátil, se lo entregó a su amo, bastante mal de su grado.

—Perfectamente... pon cuidado. Ahora, la lengua... el pastel de pichón. Ten cuenta de la ternera y del jamón... ocúpate de las langostas... saca el escabeche... dame las especias.

Tales fueron las órdenes que salieron de labios de Mr. Wardle, mientras iba sacando los comestibles descritos, y al mismo tiempo reparía los platos, colocándolos en las manos y en las rodillas de todos, en número incalculable.

—¿No es esto admirable? —dijo el alegre personaje al comenzar la labor destructora.

—¡Admirable! —asintió Mr. Winkle, que a la sazón trinchaba un pollo sobre el asiento.

—¿Un vaso de vino?

—Con muchísimo gusto.

—Mejor será que se quede con una botella ahí, ¿no es verdad?

—Es usted muy amable.

—¡José!

—Mande, sir —esta vez no estaba dormido, porque acababa de apoderarse de una empanada de ternera.

—Una botella de vino para el señor de la trasera. Encantado de verle, sir.

—Gracias, chico.

Mr. Winkle apuró su vaso y puso la botella en el asiento junto a sí.

—¿Quiere usted hacerme el honor, sir? —dijo Mr. Trundle a Mr. Winkle.

—Con mucho gusto —respondió Mr. Winkle a Mr. Trundle. Y ambos señores bebieron, des-

pués de lo cual hubo una ronda general, incluyendo a las señoras.

—Cómo coquetea mi Emilia con ese señor (el intruso) —dijo la solterona a su hermano Mr. Wardle, con verdadera envidia de solterona.

—¡Oh, no sé! —dijo el jovial anciano—; me parece eso muy natural... nada me extraña. ¿Quiere usted vino, Mr. Pickwick?

Mr. Pickwick, que había practicado hondas investigaciones en el interior del pastel de pichón, aceptó sin vacilar.

—Emilia querida —dijo la solterona con aire protector—, no hables tan alto, rica.

—¡Por Dios, tía!

—La tía y el viejo gordito me parece que no necesitan a nadie —murmuró Isabela Wardle a su hermana Emilia.

Ambas muchachas rieron de muy buena gana, y la vieja trató de aparecer risueña, pero no pudo conseguirlo. —¡Tienen un humor estas chicas! —dijo Miss Wardle a Mr. Tupman, como si el buen humor de las criaturas fuese con-

trabando y licencia excesiva o crimen poseerlo sin autorización.

—Sí que lo tienen —replicó Mr. Tupman, sin saber a punto fijo el género de respuesta que de él se esperaba—. Es encantador.

—¡Hum! —dijo Miss Wardle en tono de duda.

—¿Me permite usted? —dijo Mr. Tupman con la mayor dulzura, acariciando la encantadora muñeca de Raquel y exhibiendo alegremente la botella—. ¿Me permite usted?

—¡Oh, sir!

Mr. Tupman la miró conmovido y Raquel insinuó el temor de que hubiera más cañonazos, en cuyo caso, como era consiguiente, habría de necesitar nuevamente apoyo.

—¿Le parecen a usted guapas mis sobrinas? —murmuró a Mr. Tupman la entrañable tía.

—Tal vez, si no estuviera aquí su tía —replicó el decidido pickwickiano con mirada de pasión.

—¡Oh!, embustero...; pero, en realidad, si tuvieran el cutis un poco mejor, ¿no es verdad que serían unas chicas muy bonitas... con luz artificial?

—Sí; me parece que sí —dijo Mr. Tupman con aire de indiferencia.

—Burlón... Ya sé lo que iba usted a decir.

—¿Qué? —preguntó Mr. Tupman, al que precisamente nada se le había ocurrido.

—Iba usted a decir que Isabela está algo encogida... ¡Yo sé que ustedes..., los hombres, son tan observadores! Pues sí que lo es; no se puede negar; y realmente, si hay algo que afea a las mujeres es el encogimiento. Yo suelo decirle que cuando tenga unos años más va a resultar tremenda. Es usted un burlón.

Mr. Tupman no tenía nada que objetar a una reputación ganada con tan poco esfuerzo, por lo cual no hizo más que mirar con gesto de inteligencia y sonreír misteriosamente.

—¡Qué risa tan sarcástica! —dijo la admirada Raquel—. Confieso que me asusta usted.

—¡Asustarse de mí!

—¡Oh!, no puede usted disimularme nada...; sé muy bien lo que esa sonrisa significa.

—¿Cómo? —dijo Mr. Tupman, que no tenía la menor noción de nada.

—Usted quiere decir —dijo la amable tía, apagando aún más la voz—, usted quiere decir que no encuentra tan mal el encogimiento de Isabela como el descoco de Emilia. ¡Porque es descarada! No puede usted figurarse lo que me apena algunas veces. Crea usted que me paso llorando horas enteras...; mi querido hermano es tan bueno y tan confiado, que nada ve; si lo viera, estoy segura de que se le traspasaría el alma. Yo quisiera creer que es sólo en los modales...; confío en que así sea —aquí la entrañable tía lanzó un hondo suspiro y movió su cabeza con desaliento.

—No tengo duda de que la tía está hablando de nosotras —murmuró Emilia Wardle a su hermana—. Estoy segura... ¡Tiene un aire tan malicioso!

—¿Ah, sí? —replicó Isabela—. ¡Hum, querida tía!

—¿Qué, rica?

—Tengo miedo de que cojas un catarro, tía. Toma un pañuelo de seda para taparte la cabeza...; debías ocuparte de ti un poco más... ¡No olvides la edad que tienes!

Si el castigo del Talión había sido merecido, no puede negarse que hubiera sido difícil hallar mejor venganza. Fácil sería de adivinar la réplica en que hubiera prorrumpido la indignada tía de no haber cambiado inconscientemente la conversación Mr. Wardle, llamando enérgicamente a José.

—Maldito chico —dijo el viejo—; ya se ha dormido otra vez.

—Caso curioso el de ese muchacho —dijo Mr. Pickwick—. ¿Siempre duerme así?

—¿Que si duerme? —respondió el viejo—. No cesa de dormir. Va a los recados dormido, y ronca mientras sirve la mesa.

—¡Qué cosa más particular! —dijo Mr. Pickwick.

—Sí que es raro —replicó el viejo—. Estoy orgulloso de este chico...; por nada del mundo me desprendería de él ...; es un fenómeno de la naturaleza. Vamos, José, José: llévate todo esto y abre otra botella..., ¿oyes?

Despertó el obeso mancebo, abrió sus ojos, tragó el bocado de torta que había empezado a masticar al dormirse y obedeció sin demora las órdenes de su amo..., dirigiendo lánguidas miradas glotonas hacia los restos del festín, mientras recogía los platos y los depositaba en la cesta. Salió la nueva botella y fue rápidamente consumida; se ató la cesta en su lugar primitivo...; montó nuevamente el muchacho en la trasera...; requiriéronse otra vez anteojos y gemelos, y reanudaron las tropas sus evoluciones. Hubo truenos de cañones y aspavientos de señoras..., y por fin reventó una mina, con general regocijo...; no bien dispersáronse los humos, militares y curiosos se dispersaron también.

—Que no se le olvide —dijo el viejo al estrechar la mano de Mr. Pickwick al terminar un coloquio celebrado a intervalos durante los ejercicios— que mañana les esperamos a todos. —Sin duda —replicó Mr. Pickwick.

—¿Tiene usted ya las señas?

—Manor Farm, Dingley Dell —dijo Mr. Pickwick consultando su cuaderno.

—Eso es —dijo el viejo—, y no les he de dejar en una semana; ya pueden ustedes estar seguros de que han de ver todo cuanto hay digno de visitarse. Si han venido ustedes a observar la vida del campo, vengan a mí y yo les enseñaré toda la que quieran. José...; dichoso chico, ya se durmió. Ayuda a Tom a enganchar.

Engancháronse los caballos...; subió el cochero al pescante...; montó el chico a su lado...; cambiáronse despedidas, y partió el coche. Al volverse los pickwickianos para echarle una última ojeada, vertía el sol poniente sus arreboles sobre las caras de sus amigos y bañaba la faz

del gordo mancebo. Caída la cabeza sobre el pecho, dormitaba de nuevo.

CAPÍTULO BREVE, EN EL QUE SE CUENTA, ENTRE OTRAS COSAS, EL VIAJE EN COCHE DE MR. PICKWICK, EL PASEO A CABALLO DE MR. WINKLE Y EL MODO QUE TUVIERON DE REALIZARLOS

Esplendoroso y admirable estaba el cielo, embalsamado el aire, y era encantadora la apariencia de cuantos objetos poblaban el panorama que descubría Mr. Pickwick, apoyado en el pretil del puente de Rochester, mientras se acercaba la hora del almuerzo. El espectáculo era, en efecto, capaz de maravillar a un temperamento mucho menos impresionable que el de aquel que ahora lo presenciaba.

A la izquierda tendíase la ruinoso muralla, derruida en muchos puntos, pero enhiesta en algunos otros, dominando en grandes moles la estrecha ribera. Grandes matas de algas que colgaban entre las melladas rocas temblaban al

más leve soplo del aire, y la verde hiedra guarneecía melancólicamente los bordes de las negras y ruinosas almenas. Levantábase detrás el viejo castillo, con sus desmanteladas torres y sus espesas paredes a punto de desgajarse, mas dándonos fe orgullosamente de su fuerza y poder, como cuando siete siglos atrás tronaba con el fragor de las armas o resonaba con el eco de fiestas y rebatos. De otro lado, las lomas de Medway, cubiertas de prados y sembradura, con su molino de viento aquí y allá, o con su iglesia lejana, extendíanse más allá del alcance de la vista, ofreciendo un rico y variado paisaje, embellecido aún por las sombras cambiantes que lo atravesaban dulcemente, cuando las nubes tibias y vagas cruzaban bajo el sol de la mañana. El río, reflejando el claro azul del cielo, resplandecía y chispeaba corriendo silencioso; los remos de los pescadores hundíanse en el agua con líquido y blando sonido, mientras que las pintorescas barcazas resbalaban pausadamente corriente abajo.

Mr. Pickwick despertó del agradable sueño en que cayera a favor de aquel espectáculo al oír un profundo suspiro y al sentir un golpe en el hombro. Volvióse y halló a su lado al hombre nefasto.

—¿Contemplando el panorama? —preguntó el hombre nefasto.

—Sí —respondió Mr. Pickwick.

—¿Y encantado de haberse levantado tan temprano?

Mr. Pickwick asintió con la cabeza.

—¡Ah! Es preciso levantarse temprano para ver en todo su esplendor al sol, porque rara vez brilla todo el día. La mañana del día se parece mucho a la mañana de la vida.

—Dice usted bien, sir —dijo Mr. Pickwick.

—Se dice con frecuencia —continuó el hombre nefasto—: «La mañana es demasiado hermosa para que dure». Bien podía esto aplicarse a cada día de la existencia. ¡Dios mío, cuánto daría yo por recobrar la niñez o por olvidar aquellos días!

—¿Ha sufrido usted muchas contrariedades, sir? —dijo Mr. Pickwick compasivamente.

—Ya lo creo —se apresuró a contestar el hombre nefasto—. He sufrido más de lo que pudieran creer los que me ven. Calló un instante y dijo luego súbitamente:

—¿Le chocaría a usted que en una mañana como ésta el ahogarse fuese la dicha y la paz?

—¡Por Dios! —replicó Mr. Pickwick, separándose un poco del pretil, ante la sospecha de que el hombre nefasto, por vía de experimento, intentase arrojarle, mal de su grado.

—Yo he pensado en esto muchas veces —dijo el hombre nefasto sin reparar en el movimiento—. El agua fría y en calma parece murmurar en mi oído una invitación de sosiego y reposo. Un salto, un chapuzón, una breve lucha: cosa de un instante; poco a poco se levanta una ola graciosa, ciérranse las aguas sobre su cabeza de usted, y el mundo ha cerrado para siempre sus penas y desventuras.

Los ojos hundidos del hombre nefasto centellearon al hablar; mas se desvaneció en seguida su momentánea exaltación, y recobró la calma, diciendo:

—Bien ...; ya hemos hablado de eso bastante. Quiero que nos ocupemos de otra cosa. Usted me hizo leer aquel escrito anteanoche, y me escuchó atentamente mientras lo hacía.

—Sí —replicó Mr. Pickwick—, y crea usted que yo pensaba...

—No le pedí su opinión —dijo el hombre nefasto, interrumpiéndole— ni necesito ninguna. Usted viaja por gusto y para instruirse. Suponga que yo le enseño un curioso manuscrito...; es decir, curioso no por inverosímil ni raro, sino curioso como una página de la vida real. ¿Lo pondría usted en conocimiento de ese Club, del que tantas veces le he oído hablar?

—Sin duda —replicó Mr. Pickwick—, si usted lo desea; y se insertará en las Memorias.

—Usted lo tendrá —replicó el hombre nefasto—. Las señas.

Y Mr. Pickwick le comunicó el itinerario aproximado que habrían de seguir, el cual fue cuidadosamente anotado por el hombre nefasto en un grasiento cuaderno. Después, rehusando la insistente invitación que para almorzar le hiciera Mr. Pickwick, quedó éste en la fonda y se marchó el otro despacio.

Halló Mr. Pickwick que sus tres compañeros se habían levantado y que le esperaban para dar principio al almuerzo, que estaba ya dispuesto en ostentosa exhibición.

Sentáronse a comer, y el jamón cocido, los huevos, el café, el té y otras varias cosas empezaron a desaparecer con una rapidez que a la vez testimoniaba la excelencia de los comestibles y el apetito de sus consumidores.

—Ahora hacia Manor Farm —dijo Mr. Pickwick—. ¿Cómo vamos a ir?

—Lo mejor sería consultar al camarero —dijo Mr. Tupman.

Y el camarero fue requerido en consecuencia.

—Dingley Dell, caballeros... quince millas... camino de travesía... ¿Silla de posta, sir?

—La silla no admite más que dos —dijo Mr. Pickwick.

—Es verdad, sir...; perdón, sir... Hay un buen coche de cuatro ruedas, sir...; dos asientos detrás... uno en el frente para el que guía...; ¡oh!, perdón, sí, sir... sólo caben tres.

—¿Qué hacer? —dijo Mr. Snodgrass.

—Tal vez a uno de estos caballeros le gustaría ir a caballo, sir —sugirió el camarero mirando a Mr. Winkle—; magníficos caballos de silla, sir.

—Eso es —dijo Mr. Pickwick—. Winkle, ¿quiere usted ir a caballo?

Mr. Winkle abrigaba hondos presentimientos en lo más escondido de su corazón en lo referente a sus habilidades ecuestres; mas como por nada del mundo consentía que se pusieran en duda, replicó al punto con gran resolución:

—Desde luego. Es lo que más me gusta.

Mr. Winkle había echado su suerte; no había otro remedio.

—Téngalos dispuestos para las once —dijo Mr. Pickwick.

—Muy bien, sir —replicó el camarero.

Retiróse el mozo; concluyó el almuerzo, y los viajeros subieron a sus respectivos dormitorios, para preparar la ropa que habían de llevar a la expedición.

Mr. Pickwick había terminado sus arreglos, y por encima de los visillos de la ventana del café estaba mirando a los transeúntes, cuando entró el camarero y anunció que el coche esperaba; anuncio que confirmaba la aparición del coche, al hacerse visible en seguida tras de los mencionados visillos.

Era un curioso cochecillo verde de cuatro ruedas, con un asiento bajo atrás para dos personas que parecía un barril de vino, y un elevado pescante en la delantera con un solo asiento, tirado por un inmenso caballo alazán que mostraba una respetable armazón de huesos. Un

lacayo estaba cerca del coche sosteniendo por la brida otro caballo descomunal..., pariente cercano, por las apariencias, del animal que estaba enganchado, preparado para Mr. Winkle.

—¡Dios mío! —dijo Mr. Pickwick al salir a la calle, mientras que se acomodaban las ropas en el coche—. ¡Dios mío!, ¿quién va a guiar? No había pensado en eso.

—¡Oh!, usted, por supuesto —dijo Mr. Tupman.

—Claro está —dijo Mr. Snodgrass.

—¡Yo! —exclamó Mr. Pickwick.

—No hay que temer nada, sir —terció el lacayo—. Yo le garantizo que es manso, sir; un niño de pecho podría guiarle.

—¿No se espanta? —indagó Mr. Pickwick.

—¿Espantarse, sir?... No se asustaría aunque viera por delante una manada de monos con los rabos ardiendo.

La última garantía era incuestionable. Mr. Tupman y Mr. Snodgrass montaron en el barril; Mr. Pickwick subió a su pescante y colocó sus

pies en una repisa cubierta de paño que se hallaba dispuesta al efecto.

—Ahora, lustroso Guillermo —dijo el lacayo a su segundo—, entrega las riendas al señor.

Lo de lustroso Guillermo era un apodo debido probablemente al brillante cabello y a la tez aceitosa del lacayo. Puso éste las riendas en la diestra mano de Mr. Pickwick, mientras que su principal ponía el látigo en la derecha.

—¡Sooo! —gritó Mr. Pickwick al ver que el enorme cuadrúpedo mostraba una tenaz inclinación a recular y a colarse por la ventana del café.

—¡Sooo! —exclamaron a coro desde el barril Mr. Tupman y Mr. Snodgrass.

—Es que juega un poco, caballeros —dijo el primer lacayo, animándoles—. Sujétale, Guillermo.

El segundo lacayo refrenó los ímpetus del animal, y el primero ayudó a montar a Mr. Winkle.

—Por el otro lado, sir, si tiene la bondad.

—Que me peguen si no iba a montarse al revés —murmuró un postillón, haciendo gestos al regocijado camarero.

Instruido de esta manera Mr. Winkle, trepó a su silla con la misma dificultad que hubiera experimentado para tomar la borda de un acorazado de primera.

—¿Está todo listo ya? —preguntó Mr. Pickwick con la íntima convicción de que todo estaba mal.

—Todo —replicó desfallecido Mr. Winkle.

—En marcha —gritó el lacayo—. Sujétele, sir.

Y en marcha se pusieron la silla y el caballo, con Mr. Pickwick encima de la una y Mr. Winkle en los lomos del otro, con gran deleite y regodeo de toda la servidumbre de la posada.

—¿Por qué marcha hacia un lado? —dijo Mr. Snodgrass desde el barril a Mr. Winkle desde la silla.

—No puedo adivinarlo —replicó Mr. Winkle.

Su caballo remontaba la calle de un modo misterioso..., un poco de costado, volviendo a un lado la cabeza y a otro la cola.

Mr. Pickwick no tenía oportunidad para observar este ni otros detalles, porque sus facultades todas concentrábanse en el gobierno del animal enganchado, que desplegaba varias mañas, las cuales, si resultaban interesantes para un espectador, no eran en modo alguno divertidas para cualquiera que tras el caballo se sentase. Además de engallar constantemente la cabeza de una manera inquietante y desagradable, y de tirar de las riendas de un modo que hacía difícil a Mr. Pickwick conservarlas en la mano, mostraba una rara propensión a arrojarse súbitamente a cada paso hacia la cuneta del camino, a pararse luego y a echar a correr, por espacio de algunos minutos, a una velocidad imposible de contener.

—¿Qué es lo que se propone con eso? —dijo Mr. Snodgrass a la vigésima vez que el caballo ejecutaba esta maniobra.

—No lo sé —replicó Mr. Tupman—; parece como si se espantara.

Iba a replicar Mr. Snodgrass, cuando fue interrumpido por un grito de Mr. Pickwick.

—¡Soo! —gritó el caballero—. Se me ha caído el látigo.

—Winkle —dijo Mr. Snodgrass al ver acercarse a éste trotando en el desmesurado caballo, con el sombrero encasquetado hasta las orejas y zarandeándose como si estuviera dividido en pedazos por la violencia del ejercicio—, coja el látigo, que es muy manso.

Mr. Winkle tiró de las bridas hasta ponerse negro, y logrando al fin parar al caballo, se apeó, entregó el látigo a Mr. Pickwick y, empuñando las riendas, se preparó a montar de nuevo.

Ahora, si el desmesurado jamelgo, por la natural alegría de su condición, deseaba proporcionar un inocente recreo a Mr. Winkle, o si se le ocurrió que tal vez fuera para él más agradable hacer la jornada sin jinete, son puntos res-

pecto a los cuales no podemos decidir en suma. Cualesquiera que fuesen los móviles del animal, es lo cierto que tan pronto como tocó las riendas Mr. Winkle, se deslizó el caballo, pasando la cabeza por debajo de ellas, y retrocedió cuanto permitía su longitud.

—Pobrecito —dijo Mr. Winkle calmándole—, pobrecito...; buen caballito.

El «pobrecito» estaba a prueba de adulaciones: cuanto más intentaba acercársele Mr. Winkle, más se apartaba él hacia atrás, y a pesar de todas las caricias y de todos los intentos de persuasión, durante diez minutos no se vio más que dar vueltas y vueltas a ambos, y al fin de los diez minutos aún estaban a la misma distancia que al principio del escarceo...; contra tiempo desagradable en cualquier circunstancia, pero más en un camino solitario, donde era imposible encontrar ayuda.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó Mr. Winkle al ver que el juego se prolongaba demasiado—. ¿Qué voy a hacer? No puedo montar.

—Lo mejor es que le lleve usted de la brida hasta que lleguemos a una barrera —indicó Mr. Pickwick desde el coche.

—¡Pero es que no quiere venir! —gritó Mr. Winkle—. Venga para contenerle.

Mr. Pickwick era la cortesía personificada: dejó las riendas sobre el caballo y, bajando de su asiento, condujo el coche hasta la cuneta, por recelar que alguien viniera por el camino, y marchó hacia atrás para socorrer a su atribulado compañero, dejando a Mr. Tupman y a Mr. Snodgrass en el vehículo.

No bien se fijó el caballo en que hacia él venía Mr. Pickwick con el látigo en la mano, sustituyó el movimiento rotatorio, a que se había dedicado previamente, por uno retrógrado de tal naturaleza que Mr. Winkle, que aún sujetaba las bridas por el extremo, se vio forzado a adoptar una marcha bastante más rápida que la de un paseo, en dirección opuesta a la que traieran. Corrió Mr. Pickwick en su ayuda; pero cuanto más corría éste hacia adelante, más apri-

sa corría el caballo hacia atrás. Hubo gran ruido de cascos y no poca polvareda; al fin, Mr. Winkle, cuyos brazos tirantes se hallaban a punto de salirse de sus goznes, se decidió a abandonar su presa. Se paró el caballo, miró, sacudió su cabeza, volvió grupas y, en pacífico trote, marchó hacia Rochester, dejando a Mr. Winkle y a Mr. Pickwick mirándose uno a otro con desmayados semblantes. Un estrépito de ruedas que se oyó a poca distancia atrajo su atención. Ambos miraron hacia el punto de donde el ruido venía.

—¡Dios mío! —exclamó Mr. Pickwick con acento de agonía—. ¡El otro caballo, que se va!

Era verdad. El animal, que tenía las riendas sueltas sobre sus lomos, se soliviantó con el ruido. Fácil es de adivinar lo que ocurrió. Partió con el coche de cuatro ruedas, en el que estaban Mr. Tupman y Mr. Snodgrass. La confusión fue breve. Mr. Tupman se arrojó a la cuneta; siguió su ejemplo Mr. Snodgrass; el caballo arrastró el coche hasta chocar contra un puentecillo de

madera, las ruedas separadas de la caja y el barril del pescante; por fin se paró el caballo tranquilamente a contemplar el estrago que había hecho.

El primer cuidado de los dos desmontados amigos fue el de levantar de su lecho adventicio a sus infortunados compañeros; maniobra que les proporcionó la indescriptible satisfacción de saber que no habían sufrido herida alguna, aparte de unos cuantos jirones en sus trajes y de varios rasguños que se hicieron con las zarzas. Lo que tenían que hacer en seguida era desenjaezar al caballo. Acabada esta complicada operación, echaron a andar tranquilamente los expedicionarios, llevando entre ellos el caballo y abandonando el coche a su destino.

A una hora de camino hallaron los viajeros una venta, ante cuya fachada veíanse dos álamos, una anilla para sujetar caballerías y una enseña postal junto a la puerta; uno o dos almiars, un corralillo en uno de los flancos y un

par de cobertizos de podrido maderamen agrupábanse allí en extraña confusión; en el jardín, un hombre pelirrojo ocupábase en cavar; Mr. Pickwick le interpeló enérgicamente:

—¡Hola! Venga acá.

El hombre pelirrojo se irguió, y con la mano sobre los ojos contempló larga y serenamente a Mr. Pickwick y a sus compañeros.

—¡Venga acá! —repitió Mr. Pickwick.

—¡Hola! —respondió el hombre pelirrojo.

—¿Cuánto hay de aquí a Dingley Dell?

—Siete millas largas.

—¿Es buen camino?

—No, no es bueno.

Después de esta breve respuesta, y satisfecho, a lo que parecía, luego de un nuevo escrutinio, el hombre pelirrojo reanudó su trabajo.

—Queremos dejar aquí este caballo —replicó Mr. Pickwick—; supongo que podremos hacerlo, ¿no es eso?

—¿Queremos dejar aquí este caballo? —repitió el hombre pelirrojo contemplando su azada.

—Eso es —replicó Mr. Pickwick, avanzando hasta la empalizada con el caballo de la diestra.

—¡Señora ama! —gritó el pelirrojo saliendo del jardín y mirando al caballo atentamente—. ¡Señora ama!

Una alta y huesuda mujer —derecha como un huso—, envuelta en tosco gabán gris de mangas cortas, acudió a la llamada.

—Buena mujer, ¿podemos dejar aquí este caballo? —dijo adelantándose Mr. Tupman y expresándose en sus formas más seductoras.

La mujer miró fijamente a los excursionistas, mientras que el hombre pelirrojo le decía al oído unas palabras.

—No —replicó la mujer después de breve meditación—, tengo miedo.

—¡Miedo! —exclamó Mr. Pickwick—. ¿De qué tiene miedo esta mujer?

—Tuvimos un contratiempo la última vez —dijo la mujer, metiéndose en la casa—; no tengo nada que decirles.

—Es lo más extraordinario que he visto en mi vida —dijo estupefacto Mr. Pickwick.

—Yo creo —murmuró Mr. Winkle, al acercársele sus amigos— que piensan que hemos adquirido este caballo de un modo ilegal.

—¿Cómo? —exclamó Mr. Pickwick en un acceso de indignación.

Mr. Winkle repitió su conjetura modestamente.

—¡Oiga, amigo! —dijo airado Mr. Pickwick—. ¿Es que piensa usted que hemos robado el caballo?

—Estoy seguro —replicó el hombre pelirrojo, mostrando un gesto que cruzó su rostro de oreja a oreja.

Y diciendo esto se volvió hacia la casa y entró dando un portazo.

—Esto es un sueño —dijo Mr. Pickwick—, un horrible sueño. La pesadilla de un hombre

que marcha todo el día al lado de un caballo espantoso en el que no puede montar.

Los mustios pickwickianos se volvieron cabizbajos, y caminaron de nuevo siguiendo al descomunal caballo que le: había producido aquel disgusto sin tregua.

Ya estaba avanzada la tarde cuando los cuatro amigos y su cuadrúpedo acompañante entraron en el carril que conduce a Manor Farm; y no obstante hallarse tan cerca del punto de destino, el placer que en otras circunstancias hubieran experimentado se mermaba y ensombrecía al reflexionar en lo extraño de su aspecto y en lo absurdo de su situación. Roto; los trajes, arañadas las caras, empolvadas las botas, fatigados los semblantes, y, sobre todo, el caballo. ¡Oh!, cómo maldecía Mr. Pickwick al caballo: de cuando en cuando miraba al animal con odio y con intenciones de venganza; más de una vez calculó lo que podría costarle cortarle el cuello; y en aquel momento, la tentación de descuartizarle o de abandonarle en cualquier

parte invadía su mente con fuerzas decuplicadas. Despertó de sus meditaciones por la súbita aparición de dos personajes en una de las revueltas del carril Eran Mr. Wardle y su fiel ayuda de cámara, el chico gordo

—¿Cómo? ¿Dónde han estado ustedes? —dijo el hospitalario anciano—. Les estoy esperando todo el día. Parecer ustedes cansados. ¿Qué es eso? ¡Arañazos! No hay heridas supongo... ¿eh? Bien; me alegro mucho. ¿Han tenido ustedes que apearse? No importa. Son accidentes ordinarios en estos sitios. José... ¿Ya se ha dormido otra vez?... José, coge este caballo y llévalo a la cuadra.

El chico gordo le seguía con el animal perezosamente; y el viejo, lamentando con sus huéspedes en términos afectuosos aquellas aventuras del día, que tuvieron a bien relatarle, los condujo a la cocina.

—Tienen ustedes que arreglarse —dijo el viejo—, y en seguida les presentaré en el salón. Emma, tráete el aguardiente de guindas; tú,

Juana, aguja e hilo; agua y toallas, María. Vamos, chicas, deprisa.

Tres o cuatro chicas vivarachas dispersáronse velozmente en demanda de los diversos objetos que se habían pedido, mientras que un par de mozos de anchas cabezas y redondas caras se levantaron del asiento que ocupaban al lado de la chimenea (pues, aunque era una noche de mayo, parecían apegados al fuego cual si estuvieran en Navidad) y entraron en un oscuro camaranchón, del que sacaron una botella de bencina y como media docena de cepillos.

—¡Pronto! —dijo el viejo de nuevo.

Mas no era precisa la admonición, porque una de las muchachas escanció el aguardiente de guindas, trajo otra las toallas, y uno de los mozos, apoderándose de una pierna de Mr. Pickwick, con riesgo inminente de hacerlo vacilar, le cepilló las botas hasta hacerle enrojecer los callos, mientras que el otro cepillaba con fuerza el traje de Mr. Winkle, dedicándose durante la operación a ese canturreo característico

de los mozos de cuadra cuando se emplean en frotar un caballo.

Concluido que hubo sus abluciones, Mr. Snodgrass echó una ojeada por la estancia, situándose de espaldas al fuego y paladeando su aguardiente con plena satisfacción. Según él la describe, era un ancho cuadrilongo, ensolado de ladrillos rojos y provisto de una gran chimenea; guarnecían el techo jamones, codillos y ristras de cebollas. Las paredes estaban decoradas con látigos de caza, dos o tres arneses, una silla de montar y un viejo y herrumbroso trabuco, bajo el que se veía la imponente advertencia de «Cargado»..., inscripción que de ello daba testimonio desde hacía un siglo lo menos. Un viejo reloj de pesas, de solemne y acompasada marcha, hacía oír su grave tictac en uno de los rincones, y un reloj de plata de la misma edad colgaba de uno de los numerosos ganchos que exornaban las paredes.

—¿Estamos? —preguntó el viejo, luego que sus huéspedes se hubieron lavado, arreglado, cepillado y confortado con el aguardiente.

—Estamos —replicó Mr. Pickwick.

—Vamos, pues.

Y la comitiva, después de atravesar varios pasadizos oscuros y luego de agregarse a ella Mr. Tupman, que se había quedado atrás para darle un beso a Emma, por el cual le había ella recompensado con varios empujones y arañazos, llegó a la puerta del salón.

—Bienvenidos —dijo el hospitalario anfitrión abriendo la puerta y pasando delante para anunciarles—, caballeros; bienvenidos a Manor Farm.

UNA VELADA DEL ANTIGUO ESTILO. LOS VERSOS DEL CURA. HISTORIA DE LA VUELTA DEL PRESIDARIO

Los visitantes que se hallaban reunidos en el viejo salón levantáronse para recibir a Mr. Pickwick y a sus compañeros, que entraban; y durante la ceremonia de la presentación, que se cumplió con las debidas formalidades, tuvo Mr. Pickwick ocasión de observar el aspecto y reflexionar sobre los caracteres y temperamentos de las personas que le rodeaban; costumbre que gustaba de seguir, cual otros muchos grandes hombres.

Una vieja dama, cubierta de una gran cofia y vestida con bata de seda deteriorada —nada menos que la madre de Mr. Wardle—, ocupaba el puesto de honor a la derecha de la chimenea. En la estancia veíanse señales evidentes de la educación que recibiera cuando joven y de sus aficiones actuales, pues adornaban los muros

antiguos dibujos al cañamazo, bordados paisajes y rojas asas de teteras cubiertas de seda, de gusto más reciente.

La tía, las dos muchachas y Mr. Wardle rivalizaban en los cuidados y atenciones de que colmaban a la vieja dama, agrupándose alrededor de su sillón, sosteniéndole una la trompeta del oído, dándole otra una naranja y acercándole el pebetero una tercera, mientras que la cuarta se ocupaba en mullir y ahuecar las almohadas en que se apoyaba. En el lado opuesto sentábase un calvo anciano de jovial y benévola faz, que era el cura de Dingley Dell; junto a él se sentaba su esposa, una gruesa y frescota anciana que ofrecía el aspecto propio de una mujer de singular habilidad, no sólo en el arte y secretos de confeccionar cordiales y tisanas caseros en provecho de los demás, sino también en el de gustarlos y consumirlos ella misma. En otro rincón conversaba un pequeño caballero de hirsutos cabellos y rostro de manzana con un obeso caballero; dos o tres señores más y

dos o tres viejas damas permanecían en sus sillas tiesos e inmóviles, contemplando fijamente a Mr. Pickwick y a sus compañeros de viaje.

—Madre, Mr. Pickwick —dijo Mr. Wardle alzando la voz todo lo que pudo.

—¡Ah! —dijo la vieja señora moviendo la cabeza—. No puedo oírte.

—¡Mr. Pickwick, abuela! —gritaron a coro las dos muchachas.

—¡Ah! —exclamó la vieja—. Bien; no haga caso. No hay que ocuparse de una vieja como yo.

—Aseguro a usted, señora —dijo Mr. Pickwick tomando la mano de la vieja y hablando tan alto que el esfuerzo teñía de rojo su bondadoso semblante—, aseguro a usted, señora, que nada me agrada tanto como el ver a una señora de su edad presidiendo una familia tan buena, encontrándose con un aspecto tan sano y juvenil.

—¡Ah! —dijo la vieja dama, después de breve pausa—. Todo eso debe de ser muy bonito, pero no le oigo.

—Más vale dejar por ahora a la abuela —dijo Isabela Wardle por lo bajo—; ya le hablará a usted en seguida.

Mr. Pickwick expresó con la cabeza su inclinación a soportar las flaquezas de la edad, y entró en conversación general con los otros individuos de la concurrencia.

—Encantadora situación —dijo Mr. Pickwick.

—¡Encantadora! —exclamaron, haciendo el eco, Snodgrass, Winkle y Tupman.

—Sí que lo es —dijo Mr. Wardle.

—No hay una posesión mejor en todo Kent, sir —dijo el señor de hirsutos cabellos y rostro de manzana—, no la hay, sir...; yo estoy seguro de que no la hay.

Y el señor de los hirsutos cabellos miró triunfante a su alrededor cual si existiera algún

obstinado contradictor del que hubiera obtenido victoria.

—No hay mejor posesión en todo Kent —dijo después de una pausa el hombre de hirsuta cabellera.

—Salvo la de Mullins Meadow —dijo otro con profundo desprecio.

—¡Ah!, la de Meadow —repitió el señor gordo.

—No es mala tierra ésa —dijo otro señor, gordo también.

—Es buena, ciertamente —dijo un tercer gordo.

—Todo el mundo lo sabe —dijo el corpulento huésped.

El hombre de la hirsuta cabellera miró a su alrededor con aire interrogante; mas viéndose en minoría, adoptó un gesto compasivo y no dijo una palabra más.

—¿Qué es lo que están diciendo? —preguntó la anciana a una de sus nietas, de modo que todos la oyeron; pues, como la mayoría de los

sordos, no creía posible que otras personas oyesen lo que ella decía.

—Sobre tierras, abuela.

—Pero, ¿qué sobre las tierras...? Nada importante, ¿verdad?

—No, no; Mr. Miller estaba diciendo que nuestra finca es mejor que los prados de Mullins.

—Pero, ¿cómo puede él saber eso? —preguntó indignada la vieja—. Miller es un mequetrefe presuntuoso, y dile que lo digo yo.

Y la anciana señora, sin percatarse de que había hablado en tono más elevado que el de un murmullo, se incorporó y clavó sus ojos como estiletes en el protervo de hirsutos cabellos.

—Vamos, vamos —dijo el jocundo anfitrión, deseoso de cambiar de conversación—. ¿Qué tal le parecería a usted un *whist*, Mr. Pickwick?

—Me gusta como nada; mas por mí no forme usted la partida; de ninguna manera.

—¡Oh!, yo le aseguro que mi madre es muy aficionada al *whist*; ¿verdad, madre?

La vieja dama, que tratándose de este asunto era mucho menos sorda que respecto de otro cualquiera, respondió afirmativamente.

—¡José! —dijo el viejo caballero—. Maldito... ¡Oh!, aquí está. Saca las mesas de naipes.

El aletargado joven logró colocar las dos mesas sin necesidad de que le despertaran nuevamente; dispuso una para la Papisa Juana⁴ y la otra para el *whist*. Los jugadores de *whist* eran Mr. Pickwick con la vieja dama, Mr. Miller y el señor gordo. Alrededor de la otra mesa se agrupaba el resto de la concurrencia.

El *whist* se desarrolló con toda la gravedad de procedimiento y sosiego de talante que requiere la tarea que se llama *whist*; solemne acto al cual, en opinión nuestra, se ha dado con ignominiosa irreverencia el nombre de juego. La

⁴ Juego análogo al de la mona o ronda. (*N. del T*)

otra gran mesa estaba, en cambio, tan llena de alegría y bullicio, que interrumpían las contemplaciones de Mr. Miller, quien, no hallándose tan atento como debiera, dedicóse a comer varios crímenes y desafueros, excitando la ira del señor gordo tanto como el buen humor de la vieja señora.

—¡Ea! —dijo triunfante el criminal Miller, levantando una carta al acabar una de las manos—. Nadie lo hubiera jugado mejor; me enorgullezco de ello...; no era posible haber hecho un tanto más.

—Miller debiera haber matado el diamante, ¿verdad? —dijo la vieja señora.

Mr. Pickwick aprobó con la cabeza.

—Pero, ¿es que debía yo haberlo hecho? —dijo el desafortunado jugador, mirando a su compañero con aire de duda.

—Debía usted haberlo hecho, sir —dijo el señor gordo con voz terrible.

—Lo siento mucho —dijo Miller cabizbajo.

—A buena hora —gruñó el señor gordo.

—Dos pajes nos hacen ocho —dijo Mr. Pickwick. Se jugó la mano siguiente.

—¿Puede usted hacer uno? —preguntó la vieja.

—Sí —replicó Mr. Pickwick—. Doble, simple y el rob.

—Vaya una suerte —dijo Mr. Miller.

—Nunca vi cartas iguales —dijo el señor gordo.

Se hizo un silencio solemne: Mr. Pickwick, jovial; seria, la vieja; cauto, el señor gordo, y temeroso, Mr. Miller.

—Otra pareja —dijo la vieja señora, triunfante, registrando la jugada por medio de una moneda de medio chelín y otra muy asendereada de medio penique bajo el candelero.

—Un par, sir —dijo Mr. Pickwick.

—Quedo enterado, sir —replicó el gordo caballero.

Jugóse después otra mano con resultado igual, en la que se cogió en un renuncio al infeliz Miller; lo que bastó para que el señor gordo

se pusiera en un estado de gran indignación, que duró hasta el fin del juego; luego se retiró a un rincón, y allí permaneció callado durante una hora y veintisiete minutos, al fin de cuyo período surgió de su retiro y ofreció un polvo de rapé a Mr. Pickwick, con el ademán de un hombre que ha logrado acomodar su espíritu al perdón cristiano de las injurias recibidas. Las facultades auditivas de la vieja mejoraban progresivamente, y el desdichado Miller se encontraba tan fuera de su elemento como golfín en garita.

Entre tanto, el juego de la otra mesa proseguía alegremente. Isabela Wardle y Mr. Trundle iban de compañeros, así como Emilia Wardle con Mr. Snodgrass; y hasta Mr. Tupman y la tía establecieron una sociedad de tantos y de mutuas finezas. El viejo Mr. Wardle se hallaba en el más alto grado de júbilo; se mostraba tan bromista en el modo de conducir la reunión, y las viejas señoras desplegaban tanta agudeza en lo relativo a sus ganancias, que reinaba en la

mesa un bullicio perpetuo de dicharachos y carcajadas. Una de las ancianas se quedaba siempre con media docena de cartas en la mano, por las que tenía que pagar. Esto promovía continuas risas a su alrededor; risas que subían de tono cuando la señora adoptaba un ceño adusto al pagar; con esto se ruborizaba gradualmente la faz de la anciana, hasta que rompía a reír más fuerte que los demás. En una ocasión, la tía solterona logró hacer «matrimonio»; volvieron a reír las muchachas, y se preparaba la vieja a demostrar su enojo, cuando, al sentir que Mr. Tupman le apretaba la mano por debajo de la mesa, se le subió el pavo y miró a los demás satisfecha, pensando que, en realidad, el matrimonio no estaba tan lejos de ella como alguien suponía; con lo cual rieron todos nuevamente, y más que nadie Mr. Wardle, que gozaba con los chistes aún más que los jóvenes. Mr. Snodgrass no hacía otra cosa que murmurar frases poéticas al oído de su compañera, actitud que sugirió a uno de los contertulios la

idea de disertar festivamente acerca de los compañeros en el juego y de los compañeros en la vida haciendo algunas observaciones sobre el caso, entreveradas de guiños y ademanes que produjeron gran regocijo en la concurrencia y muy especialmente en la esposa del referido señor. Mr. Winkle salió con varias cuchufletas, que, si son corrientes en la ciudad, no lo son en modo alguno en el campo; pero al reírlas todos de buena gana y al decirle que eran graciosísimas, se elevó Mr. Winkle hasta las cumbres del honor y de la gloria. El buen párroco miraba complacido, porque las caras dichas que rodeaban la mesa le hacían sentirse a él feliz también; y aunque la alegría era más que bulliciosa, provenía del corazón y no de los labios; la cual es, a fin de cuentas, la más lícita alegría.

Caía la tarde plácidamente, mientras que se ventilaban estos sencillos recreos. Cuando la sustanciosa aunque frugal cena se hubo consumido y la concurrencia se congregó alrededor del fuego, pensó Mr. Pickwick que en su

vida se había sentido más dichoso ni más dispuesto nunca a dejarse poseer de la alegría, por lo cual resolvió gozar plenamente de aquellos momentos.

—Muy bien —dijo el hospitalario anfitrión, que se sentaba satisfecho junto al sillón de la vieja, una de cuyas manos oprimía—; esto es lo que a mí me gusta... Los momentos más felices de mi vida han transcurrido junto a este hogar, y le tengo tanto cariño, que le hago encender todas las tardes, aun en este tiempo en que el calor, cada vez mayor, le hace casi innecesario. Porque mi pobre viejecita acostumbraba sentarse aquí a la chimenea, en esta silla, cuando era muchacha; ¿no es cierto, madre?

Esa lágrima furtiva que asoma a los ojos cuando sobreviene el recuerdo de tiempos pasados y se ofrece súbitamente el panorama feliz de muchos años atrás resbaló por la faz de la vieja señora, mientras movía la cabeza con sonrisa melancólica.

—Perdone usted, Mr. Pickwick, que hable acerca de este lugar tradicional —continuó el anfitrión después de una breve pausa—, pero me es muy caro y no hay otro para mí ...; las viejas casas y los campos me parecen amigos pudientes; tal me ocurre con la pequeña iglesia cubierta de yedra..., sobre la cual, por cierto, nuestro excelente amigo compuso un hermoso canto a poco de vivir entre nosotros. Mr. Snodgrass: ¿tiene usted algo en su vaso?

—Mucho, gracias —replicó el caballero, cuya poética curiosidad habíase excitado grandemente por las últimas frases de su interlocutor—. Perdóneme, pero usted hablaba del canto a la yedra.

—Acerca de esto tiene usted que preguntarle a nuestro amigo —dijo el anfitrión con gesto malicioso, señalando con un movimiento de cabeza al párroco.

—No necesito decir que me gustaría oír esa poesía, sir —dijo Mr. Snodgrass.

—¿Sí? —replicó el cura—. Pues es muy sencillo el complacerle; la única atenuante que puedo alegar por haberla perpetrado es que la compuse en mi juventud. Tal y como es, sin embargo, van ustedes a oírla, si lo desean.

No hay que decir que estas palabras fueron acogidas con un murmullo de curiosidad; el anciano empezó a recitar la poesía en cuestión después de algunos apuntes que le hizo su esposa.

—Yo la llamo —dijo—:

LA VERDE YEDRA

verde yedra

jos sillares!

de piedra

manjares.

¡Qué gentil es la

que cubre los vie-

Sobre sus manteles

tiene los más ricos

desmoronado,
cimiento
zonado,
alimento.
piedra
planta es la yedra.
que sin alas.
viejo y seguro.
sus galas
gran roble oscuro.

Caerá el muro
y en el polvo de su
encontrará, ya sa-
su secular grato
Agarrándose a la
donde no se ve la
Vida, extraña

Sube rápida, aun-
Tiene un hogar
Apretadas cuelga
de su amigo el

tra insidiosa

alegría

las losas

Muerte fría.

dra

Muerte,

yedra.

han huido;

polvo vano;

ca ha perdido

lozano.

Por el suelo arras-

sus hojas, que con

se entretejen sobre

que albergan a la

Olfateando la pie-

bajo la que está la

es rara planta la

Hombres y razas

sus obras son ya

mas la yedra nun-

su verdor bravío y

*soledades,
nutriendo.*

*las edades
convirtiéndose.*

pedra

*Tiempo ha pasado,
la yedra.*

Ella, en sus largas

se irá del pasado

Lo más firme de

en su pan se va

Acariciando la

por donde el

singular planta es

Mientras que el anciano repetía los versos para que Mr. Snodgrass los copiase, contemplaba Mr. Pickwick con expresión de gran interés las líneas de su rostro. Luego que hubo terminado el anciano de dictar, y después de haber guardado en el bolsillo Mr. Snodgrass su cuaderno de apuntes, dijo Mr. Pickwick:

—Va usted a perdonarme, sir, que le haga una observación, siendo tan reciente nuestra amistad; pero una persona como usted tiene por fuerza que haber presenciado, en el curso de su experiencia como ministro evangélico, muchas escenas e incidentes dignos de contarse.

—Algunos he presenciado, ciertamente —replicó el anciano—; pero todos los incidentes y todos los rasgos que yo he visto han sido de naturaleza humilde, porque mi esfera de acción es muy limitada.

—Me parece que escribió usted unas notas acerca de Juan Edmunds, ¿no es verdad? —preguntó Mr. Wardle, que se hallaba animado del deseo de que su amigo se diera a conocer, para admiración y ejemplo de sus nuevos visitantes.

El anciano movió su cabeza afirmativamente y se disponía a cambiar la conversación, cuando le dijo Mr. Pickwick:

—Perdóneme, sir; pero yo quisiera saber quién fue ese Juan Edmunds.

—Eso era precisamente lo que yo iba a preguntar —dijo Mr. Snodgrass afanosamente.

—Ya le han cazado a usted —dijo el jovial anfitrión—. Tarde o temprano tenía usted que satisfacer la curiosidad de estos caballeros; lo mejor es que aproveche la oportunidad y lo haga ahora mismo.

El anciano sonrió benévola­mente al tiempo que adelantaba su silla; los demás colocaron las suyas más juntas aún, especialmente Mr. Tupman y la tía solterona, que tal vez se sentían algo tardos de oído; la anciana señora ajustó mejor su trompetilla, y después que Mr. Miller (que había estado durmiendo durante la declamación de los versos) despertó de su sopor, gracias a un pellizco de advertencia que le administró por debajo de la mesa su ex compañero, el solemne señor gordo, el anciano, sin más preámbulos, comenzó el siguiente cuento, que nos hemos tomado la libertad de titular

DEL PRESIDARIO

—Cuando me establecí en este pueblo —dijo el anciano—, hace ahora precisamente veinte años, la persona de mayor notoriedad entre mis feligreses era un hombre llamado Edmunds, que tenía arrendada una pequeña granja de estas cercanías. Era perezoso, de corazón díscolo, mal hombre, vago y de costumbres disolutas, cruel y de condición feroz. Aparte de los gandules y desatentados vagabundos con los que flaneaba por los campos a todas horas o se embrutecía en la taberna, no tenía un solo amigo; nadie se preocupaba de hablar a un hombre a quien todos temían; todos detestaban y evitaban cruzarse con Edmunds.

»Tenía este hombre una mujer y un hijo que cuando yo vine aquí no era mayor de doce años. No es posible que nadie se forme concepto exacto de los agudos sufrimientos de aquella

mujer, de la bondadosa y resignada manera con que los sobrellevaba y del cuidado y solicitud que desplegaba constantemente sobre el chico. Que Dios me perdone la sospecha si es algo impía, pero yo creo firmemente que aquel hombre, durante muchos años, sólo se propuso destrozar el corazón de su mujer; mas ella todo lo sufría por el amor de su hijo y aun por el del padre, aunque parezca extraño; porque si bien éste tratábala con ruda crueldad, hubo un tiempo en que la amó; y el recuerdo de lo que aquel hombre había sido para ella despertaba en su corazón sentimientos de resignación y de humildad bajo el padecer, que ninguna humana criatura, excepto las mujeres, sabe abrigar.

»Eran pobres —no podía ser otra cosa, dadas las andanzas de aquel hombre—; mas los incansables y tenaces esfuerzos de la mujer, a toda hora del día y de la noche, les tenían al abrigo de toda inmediata necesidad. Aquellos esfuerzos fueron mal pagados. Las gentes que

pasaban por su casa por la noche y a altas horas de la madrugada contaban que habían oído gritos y sollozos de una mujer abatida y ruido de bofetadas; y más de una vez, después de medianoche, llamaba el chico suavemente a la puerta de un vecino, adonde se le enviaba para librarle de la furia de su borracho y desnaturalizado padre.

»Durante este tiempo no dejaba de acudir a la iglesia aquella mujer, que no podía ocultar por completo las señales del trato violento y salvaje que se le daba. Todos los domingos, mañana y tarde, ocupaba el mismo lugar con el niño a su lado; y aunque vestían ambos pobremente —más pobremente que otros muchos vecinos que se hallaban en peor situación—, siempre se les veía decentes y limpios. Todo el mundo tenía un gesto amistoso y una palabra de afecto para la pobre señora Edmunds; y algunas veces, cuando se paraba a conversar brevemente con algún vecino, después del oficio, en la pequeña alameda que conduce al atrio de

la iglesia, o cuando se escondía para contemplar con ternura y orgullo de madre a su hijo, sano y fuerte, mientras que éste jugaba con sus compañeros, el ajado rostro de aquella mujer iluminábase con expresión de honda gratitud y aparecía, si no alegre y feliz, por lo menos tranquila y contenta.

»Pasaron cinco o seis años; el chico era ya un robusto y garrido mozo. El tiempo, que había fortalecido la endeble complexión del muchacho y dado a sus miembros la energía varonil, había encorvado el cuerpo de su madre y debilitado su andar; mas el brazo que hubiera debido servirle de apoyo ya no se cruzaba con el suyo; el rostro que debiera haberla alegrado no la miraba ya. Ella seguía ocupando su sitio de siempre, pero a su lado había otro vacante. La Biblia se guardaba con el mismo cuidado de antes; los pasajes se encontraban registrados y doblados como antaño, pero nadie los leía con ella; las lágrimas caían pesadamente sobre el libro y le borraban las palabras. Los vecinos

mostrábase tan cariñosos como antes; pero ella rehuía sus saludos bajando los ojos. Ya no se escondía tras de los álamos...; ya no se forjaba ilusiones dichosas. La desolada mujer se bajaba el sombrero a los ojos y se marchaba aprisa.

»No será preciso que les diga que aquel muchacho, que al mirar hacia los días de su niñez hasta donde pudiera llegar su memoria y al llevar sus recuerdos hasta aquellos tiempos nada podía advertir que no tuviera asociación estrecha con una larga serie de privaciones voluntarias sufridas por su madre por razón del amor que le profesaba: malos tratos, insultos, violencias padecidas exclusivamente por él; no tendré que decir que este muchacho, con imperdonable indiferencia hacia el destrozado corazón maternal, con malvado y tenaz olvido de todo cuanto ella había hecho y padecido por él, se había unido a unos hombres depravados y perdidos y había emprendido una carrera insensata, que debía traerle a él la muerte y a su

madre la vergüenza. ¡Oh mísera humanidad! Ya se lo habrán figurado ustedes mucho antes de decirlo yo.

»La medida de los infortunios y desdichas de aquella infeliz mujer iba a colmarse. En aquellas cercanías se habían cometido numerosos delitos; por no haber sido descubiertos los culpables, crecía su audacia de día en día. Un robo que reveló tremenda osadía dio motivo a una persistente indagatoria y a una busca afanosa con la que ellos no habían contado. Recayeron las sospechas sobre Edmunds y tres de sus compañeros. Fue capturado... encarcelado... juzgado... condenado a muerte.

»Aún resuena en mi oído el eco de aquel alarido furioso y penetrante que conmovió a la Sala de la Audiencia al pronunciarse la solemne sentencia. Aquel grito llevó el terror al corazón del reo, aquel corazón que no habían podido despertar ni el proceso, ni la condena, ni la proximidad de la muerte misma. Sus labios, que habían permanecido cerrados con ceñuda y

rebelde malicia, temblaron y se abrieron a su pesar; tornóse pálido su rostro, y un frío sudor empezó a brotar de sus poros; estremeciéronse los recios miembros del felón y vaciló en el banquillo.

»En los primeros transportes de angustia, aquella madre doliente se arrojó a mis plantas de rodillas y suplicó fervorosamente al Todopoderoso, que la había auxiliado en todas sus tribulaciones, que la llevase de este mundo de infortunio y miserias a cambio de la vida de su único hijo. Siguió una explosión de pena y una convulsión tan violenta, que no he vuelto a presenciara igual. Comprendí que su corazón acababa de romperse, mas no dejaron escapar sus labios ni un murmullo de queja.

»Era un triste y penoso espectáculo ver a aquella mujer día tras día en el patio de la cárcel empleándose fervorosamente, por medio de la persuasión afectiva, en ablandar el duro corazón de aquel hijo rebelde. Mas fue en vano. Él permaneció callado, obstinado e incommovible.

Ni aun la inesperada conmutación de su pena por la de deportación durante catorce años logró suavizar por un instante la terca frialdad de su conducta.

»Al cabo, aquella fortaleza de espíritu ante el dolor, que durante tanto tiempo la había sostenido, fue impotente para contrarrestar la debilidad del cuerpo y las dolencias. Cayó enferma. Aún pudo arrastrar su organismo vacilante y salir del lecho para visitar una vez a su hijo; mas sus fuerzas la abandonaron, y cayó al suelo extenuada.

»Todavía resistieron a otra prueba la indiferencia y ruda frialdad de aquel muchacho, no obstante hacerle llegar el golpe casi a los linderos de la demencia. Llegó un día en que no vio a su madre; otro pasó, y tampoco vino a verle; llegó la tercera tarde, y no la vio tampoco. Al día siguiente iba el muchacho a separarse de ella, tal vez para siempre. ¡Oh, cómo invadieron su mente aquellos pensamientos de los primeros días de su vida, que habían permanecido

largo tiempo olvidados, al recorrer impaciente el estrecho patio —cual si la premura de su andar pudiera apresurar la llegada de lo que esperaba—, y cuán amargamente le acometió la sensación de soledad y desamparo al oír la triste verdad! Su madre, el único ser allegado que había conocido, estaba enferma... tal vez moribunda... a una milla del lugar en que él se encontraba; unos pocos minutos hubiéranle bastado para volar a su lado de haberse visto libre de aquella cadena. Se abalanzó a la reja y asió sus barras con energía desesperada; luego se arrojó contra la pared con el vano intento de abrirse paso a través de la piedra; mas el firme edificio parecía mofarse de sus débiles esfuerzos; juntó sus manos con desaliento y lloró como un niño.

»Recibí de la madre el perdón y la bendición para su hijo prisionero; llevé al lecho de la enferma el solemne arrepentimiento y la ferviente súplica de perdón formulados por el hijo. Escuché con piadosa compasión los planes que fra-

guaba el muchacho arrepentido para confortar y socorrer a su madre no bien volviera; mas bien sabía yo que muchos meses antes de que él llegara al punto de destino ya habría la madre dejado este mundo.

»Se lo llevaron por la noche. Algunas semanas después el alma de aquella pobre mujer emprendió su vuelo, confío y creo solemnemente que al lugar de la felicidad y del reposo eternos. Celebré las exequias sobre los restos de la infortunada. Yace su cuerpo en el patio de nuestra iglesia. No hay ninguna lápida sobre su tumba. El hombre conoció sus dolores, y Dios, sus virtudes.

»Antes de la partida del penado habíase convenido en que éste escribiera a su madre tan pronto como le fuera concedido el permiso, dirigiéndome la carta a mí. El padre había resuelto no volver a verle desde el momento de su captura, y érale, por tanto, indiferente el saber si vivía o no el hijo. Pasaron muchos años sin que hubiera de él noticia alguna, y cuando

ya había transcurrido más de la mitad del tiempo de su condena, no habiendo recibido yo carta alguna, supuse que había muerto, y casi llegué a darlo por seguro.

»Sin embargo, Edmunds había sido internado a gran distancia desde que llegara al campamento, y a esto puede atribuirse el hecho de que, no obstante haberme escrito y enviado varias cartas, ninguna llegara a mis manos. En el mismo punto permaneció durante los catorce años. Al expirar el plazo de su condena, obedeciendo firmemente a su antigua resolución y a la promesa que a su madre hiciera, volvió a Inglaterra, venciendo dificultades innumerables, y a pie llegó a su pueblo natal.

»En una hermosa tarde de un domingo de agosto Edmunds puso sus plantas en el pueblo que dejara diecisiete años antes lleno de vergüenza y de dolor. Por el camino más corto se encaminó al cementerio de la iglesia. El corazón del desgraciado se ahogaba al trasponer el pórtico. Los altos álamos, a través de cuyas ramas

dejaba caer el sol poniente sus rayos sobre algunos puntos de la sombría senda, despertáronle el recuerdo de los lejanos días. Veíase a sí mismo como estaba entonces, cogido de la mano de su madre y marchando tranquilamente a la iglesia. Recordaba cómo acostumbraba mirar su pálido rostro y cómo se llenaban sus propios ojos de lágrimas cuando la madre contemplaba el suyo...; lágrimas que sentía el muchacho caer sobre su frente, calientes, cuando la madre se inclinaba para besarle, y cómo se echaba él a llorar, aunque poco adivinaba entonces la amargura de aquellas lágrimas. Recordaba cuántas veces había bajado alegremente por aquellas sendas con otros chicos, sus compañeros de juegos, mirando hacia atrás una y otra vez para recoger la sonrisa de su madre o escuchar su amada voz; en aquel momento parecía descorrerse un velo en su memoria, y sobreveníanle mil palabras de afecto no correspondidas, advertencias desdeñadas, promesas in-

cumplidas, hasta que su corazón desfalleció y no pudo soportar la remembranza.

»Entró en la iglesia. Acababa el oficio de la tarde y se dispersaban los feligreses, permaneciendo la iglesia aún abierta. Sus pasos resonaban en el bajo recinto con un eco misterioso; casi sentía miedo al hallarse solo, tan callado y en sosiego encontrábase el lugar. Miró a su alrededor. Nada había cambiado. La nave parecíale más pequeña que antes; pero allí veía los antiguos monumentos que había contemplado mil veces con admiración de niño; allí estaba el pequeño púlpito con su deteriorado cojín; allí el comulgatorio en que tantas veces repitiera los Mandamientos, que había reverenciado como niño y olvidado como hombre. Se acercó al antiguo sitio que con su madre ocupara; ahora lo veía frío y desolado. El almohadón había desaparecido y la Biblia no estaba allí. Tal vez su madre ocupaba ahora un lugar más humilde; tal vez, por hallarse enferma, no pudiera ir sola a la iglesia. No osaba pensar en lo que le espan-

taba. Una sensación de frío corrió por su ser y tembló violentamente al volverse para salir.

»Cuando llegó al atrio vio entrar a un anciano. Edmunds retrocedió estremecido al reconocerle; durante mucho tiempo habíale visto excavar las fosas en el camposanto. ¿Qué diría aquel hombre al ver al condenado?

»El anciano levantó sus ojos para contemplar al extranjero, le dio las buenas noches y siguió su camino. Le había olvidado. Empezó a pasear monte abajo y entró en el pueblo. El tiempo estaba suave y las gentes se hallaban sentadas en las puertas o paseaban por sus pequeños jardines, gozando el descanso de sus trabajos en la serenidad de la noche. Muchas miradas volvíanse hacia él, mientras dirigía tímidas ojeadas a uno y otro lado recelando que alguno le conociese y rehuyera encontrarle. En casi todas las casas veía caras extrañas; en algunas adivinaba los rostros estropeados de compañeros de escuela —el niño que él dejó, rodeado por una tropa de alegres pequeñuelos—; veía

en otras casas, sentados a la puerta en un sillón, débiles y enfermos ancianos que recordaba haber visto como sanos y pujantes trabajadores; pero todos le habían olvidado y pasaba como un desconocido.

»La luz postrera y suave del sol poniente había caído sobre la tierra, arrojando un espléndido arrebol sobre las amarillas espigas y alargando las sombras de los árboles del camposanto, cuando se encontró ante su antigua casa, el hogar de su infancia, hacia el que su corazón había concebido intensísimo afecto durante los largos e interminables años de angustia y cautiverio. La cerca parecíale baja, aunque recordaba haberle parecido altísima pared en otro tiempo. Miró al antiguo jardín; en él veía más hierbas y flores más alegres que en su tiempo; pero allí estaban aún los viejos árboles, aquellos árboles bajo los cuales tendíerose mil veces, cansado de jugar, al sol, dejándose invadir por el dulce sueño de la niñez dichosa. Oyó voces dentro de la casa. Escuchó, mas re-

sonaron en sus oídos como extrañas; no las conoció. Eran alegres, además, y él sabía que su pobre anciana madre no podía estar alegre hallándose él lejos. Abrióse la puerta, y un grupo de pequeñas criaturas salió saltando y promoviendo ruidosa algarabía. El padre, con un niño en brazos, apareció en la puerta, y todos se agruparon alrededor, tocando palmas con sus tiernas manecitas e intentando arrastrarle para que jugara con ellos. El condenado pensó en las muchas veces que él había huido de la vista de su padre en aquel mismo lugar. Recordaba cuántas veces había escondido su temblorosa cabeza bajo las sábanas, oyendo la voz dura, el bárbaro golpear de aquel hombre y los lamentos de su madre; y aunque el condenado sollozaba con el alma llena de congoja, al alejarse de aquel lugar sentía crispase sus puños y apretarse sus dientes con furioso y ahogado rencor.

»Tal era el retorno que columbrara al fin de una larga perspectiva de años y por el que había sufrido y padecido tanto. Ni una cara de

bienvenida, ni una mirada de perdón, ni una casa que le recibiera, ni una mano que le fuera tendida..., y esto en su pueblo natal. ¿Qué significaba, comparada con esto, su soledad en las espesas selvas, donde no se veía alma viviente?

»Él recordaba que en las tierras distantes donde había pasado sus años de infamia y cautiverio siempre había pensado en su pueblo tal y como estaba cuando él lo dejó, no como había de encontrarlo a su vuelta. La triste realidad hirió sin piedad su corazón, y su espíritu desfalleció. No tuvo valor para indagar ni para presentarse a la única persona que probablemente habría de recibirle con afecto y compasión. Comenzó a pasear despacio, y dejando el camino como un culpable fugitivo, se dirigió a un prado que recordaba bien y, cubriéndose la cara con las manos, se tendió sobre la hierba.

»No había observado que en un ribazo que se hallaba junto a él estaba un anciano sentado. El ruido que produjo la grosera ropa de este hombre al moverse, con propósito de mirar al

recién llegado, hizo que Edmunds se fijara; levantó la cabeza para verle mejor.

»El hombre se acomodó en su asiento. Su cuerpo estaba muy encorvado y arrugada y amarillenta su faz. El indumento del desconocido denunciaba su condición de obrero; parecía ser muy viejo; mas advertíase que esta decrepitud provenía de los excesos y de las dolencias más que del peso de los años. Miraba el hombre al recién llegado, y aunque sus ojos aparecieron al principio torpes y mates, no tardaron en brillar con una rara expresión de alarma, luego de detenerse un pequeño espacio para contemplar a Edmunds; a poco parecieron saltársele de las órbitas al anciano. Edmunds se alzó poco a poco sobre sus rodillas y contemplaba cada vez con más afán el rostro del anciano. Ambos miráronse en silencio.

»El anciano estaba pálido como un espectro. Temblaba y se estremecía de pies a cabeza. Edmunds se puso de pie. Retrocedió el anciano dos pasos; Edmunds avanzó.

»—Permítame que oiga su voz —dijo el penado con voz dura y descompuesta.

»—¡Atrás! —gritó el anciano con un terrible juramento.

»El penado se le acercó aún más.

»—¡Atrás! —insistió el anciano.

»Ciego de terror, levantó su cayada y dio a Edmunds un fuerte garrotazo en plena cara.

»—¡Padre... diablo! —murmuró el penado entre dientes.

»Se arrojó bruscamente hacia adelante y asíó al anciano por el cuello...; pero era su padre, y sus brazos cayeron inertes.

»El anciano dejó escapar un fuerte alarido, que corrió por los campos solitarios como el aullido de un espíritu maligno. Tornóse negro su rostro; brotaron coágulos de sangre de su nariz y de su boca, que al caer el anciano tiñeron la hierba de un rojo negruzco. Se le había roto una arteria. Había muerto antes de que su hijo pudiera levantarlo.

»—En ese rincón del camposanto —dijo el anciano pastor, después de un breve silencio—, en ese rincón del camposanto de que he hablado antes, yace enterrado un hombre al que tuve empleado por espacio de tres años después de este suceso; estaba sinceramente arrepentido, humillado, y practicaba la penitencia como pocos. En vida de este hombre nadie más que yo supo quién era ni de dónde vino: era Juan Edmunds, el presidiario.

CÓMO MR. WINKLE, EN VEZ DE TIRAR AL PICHÓN Y MATAR AL GRAJO, TIRÓ AL GRAJO E HIRIÓ AL PICHÓN; CÓMO EL CLUB DE *CRICKET* DE DINGLEY DELL JUGÓ CONTRA EL DE MUGGLETON, Y CÓMO LOS DE MUGGLETON COMIERON A EXPENSAS DE LOS DE DINGLEY DELL, CON OTROS ASUNTOS DIVERTIDOS E INSTRUCTIVOS

Las fatigosas aventuras del día o la adormecedora influencia del cuento del pastor evangélico obraron con tal fuerza sobre la tendencia letárgica de Mr. Pickwick, que no habían pasado cinco minutos desde que se le condujera a su confortable dormitorio cuando cayó en un profundo sueño, libre de pesadillas, del que sólo despertó cuando el sol de la mañana irrumpió en la estancia con sus brillantes destellos de reproche. Pero Mr. Pickwick no era pe-

rezoso y saltó cual fogoso guerrero de su tienda... cama.

—Delicioso, delicioso país —murmuró entusiasmado el caballero al tiempo que abría la enrejada ventana—. ¿Cómo puede vivirse viendo todos los días ladrillos y tejas, habiendo gozado una vez de un panorama como éste? ¿Quién puede continuar su existencia allí donde no hay otras vacas que las que rematan las chimeneas, ni nada que trascienda a flores, ni otro césped que el heno almacenado? ¿Quién puede sufrir y arrastrar una vida en tal lugar? ¿Quién, pregunto yo, podrá soportarlo?

Y después de interrogar a su soledad, como otras grandes mentalidades hicieron, asomó su cabeza Mr. Pickwick por la ventana y miró a su alrededor.

El dulce y agradable olor de las berzas subía hasta la ventana; los mil perfumes del jardincillo que al pie se hacía embalsamaban el aire circundante; el verde profundo de los prados brillaba con el rocío de la mañana, que fulgía en

cada hoja mecida por la brisa gentil; los pájaros cantaban como si cada gota chispeante fuera para ellos fuente de inspiración. Mr. Pickwick cayó en un éxtasis delicioso y encantador.

—¡Hola! —fue la voz que le trajo a la realidad.

Miró hacia adelante, pero a nadie vio; vagaron sus ojos hacia la izquierda, avizorando la perspectiva; miró al cielo, pero allí no se le llamaba; entonces hizo lo que cualquier mortal hubiera hecho desde luego; miró al jardín y vio a Mr. Wardle.

—¿Cómo está usted? —dijo el jovial anfitrión resoplando satisfecho—. Hermosa mañana, ¿eh? Me alegro de verle tan temprano levantado. Baje aprisa y salga, que aquí le espero.

Mr. Pickwick no se hizo repetir la invitación. Diez minutos le bastaron para terminar su aseo, y al cabo de este tiempo estuvo al lado del viejo.

—¡Hola! —dijo Mr. Pickwick a su vez; mas al ver que su compañero tenía una escopeta en

el brazo y que había otra sobre la hierba, añadió—: ¿Qué va a ser esto?

—¡ Ah! Su amigo de usted y yo —replicó el huésped— vamos a tirar a los grajos antes de almorzar. Es muy buen tirador, ¿verdad?

—Le he oído decir que es admirable —replicó Mr. Pickwick—, pero no le he visto atinar en nada.

—Bien —dijo el huésped—; deseo que venga. ¡José..., José!

El chico gordo, que bajo la influencia excitante de la mañana parecía sólo estar medio dormido, salió de la casa.

—Sube, llama al caballero y dile que en el grajal nos encontrará a Mr. Pickwick y a mí. Enséñale el camino, ¿oyes?

Partió el muchacho a cumplir la orden, y el huésped, cargando con las dos escopetas como un segundo Robinsón Crusoe, salió con su amigo del jardín.

—Éste es el sitio —dijo el viejo, parándose en una arboleda después de algunos minutos de marcha.

Holgaba toda indicación de guía, porque el incesante graznar de los inconscientes grajos marcaba de sobra su paradero.

El viejo dejó en el suelo una de las escopetas y cargó la otra.

—Aquí están —dijo Mr. Pickwick.

En esto aparecieron las formas de Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle. El chico gordo, ignorando a cuál de los caballeros debía llamar, había tenido la rara sagacidad de llamarlos a todos, ante la posibilidad de una equivocación.

—Vamos —exclamó el viejo dirigiéndose a Mr. Winkle—, una mano tan certera como la de usted debía haber estado presta hace tiempo, aun tratándose de empresa tan modesta.

Mr. Winkle respondió con una sonrisa forzada y tomó la escopeta marcando una expresión en su semblante que hubiera sido apropia-

da a un grajo metafísico, inquietado por el presentimiento de una muerte violenta. Aquel gesto tal vez fuera de distinción, pero a la legua trascendía a preocupación.

A una señal del viejo, dos desharrapados muchachos que habían sido conducidos a aquel lugar bajo la dirección de Lambert comenzaron a trepar a los árboles.

—¿Para qué son esos chicos? —preguntó Mr. Pickwick al punto.

Parecía alarmado ante la sospecha de que la mezquindad de los jornales agrícolas, respecto de los cuales había oído hablar mucho, pudiera haber impulsado a aquellos muchachos a ganar un sustento precario y azaroso sirviendo de blanco para tiradores inexpertos.

—Es sólo para levantar la caza —replicó sonriendo Mr. Wardle.

—¿Para qué? —preguntó Mr. Pickwick.

—Vaya en lenguaje neto: para espantar a los grajos.

—¡Oh! ¿Nada más?

—¿Está usted satisfecho?

—Completamente.

—Muy bien. ¿Empiezo yo?

—Si usted quiere —dijo Mr. Winkle, encantado de tener algún respiro.

—Póngase a un lado, pues. Vamos con él.

Jaleó el chico y sacudió una rama, en la que había un nido. Media docena de pequeños grajos, en animada conversación, se lanzó al aire a ver lo que pasaba. El viejo disparó por vía de respuesta. Cayó un pájaro y se escaparon los demás.

—Recógelo, José —dijo el viejo.

Avanzó el muchacho con la faz sonriente.

Vagas visiones de empanadas de grajo flotaron en su imaginación. Sonrió al retirarse con el pájaro...; era una succulenta pieza.

—Ahora, Mr. Winkle —dijo el huésped cargando de nuevo su escopeta—. Dispare.

Mr. Winkle se adelantó y se echó la escopeta a la cara. Mr. Pickwick y sus amigos se retiraron instintivamente para ponerse al abrigo de

la torrencial lluvia de grajos que seguramente habían de caer a la devastadora descarga de su amigo. Hubo un silencio solemne... un grito... batir de alas... un débil chasquido.

—¡Vamos! —dijo el viejo.

—¿No sale? —preguntó Mr. Pickwick.

—Falló —dijo Mr. Winkle, que estaba muy pálido, a causa, sin duda, de aquella contrariedad.

—Es extraño —dijo el viejo, tomando la escopeta—. Nunca ha fallado ninguna. Pero no veo por ninguna parte la cápsula.

—¡Dios mío! —dijo Mr. Winkle—. Confieso que he olvidado cargarla.

Fue subsanada la ligera omisión. Retiróse de nuevo Mr. Pickwick. Mr. Winkle avanzó con aire resuelto y decidido, y Mr. Tupman miraba, escondiéndose detrás de un árbol. Gritó el muchacho; volaron cuatro pájaros. Mr. Winkle hizo fuego. Oyóse un grito como de un ser (no precisamente un grajo) que experimenta un dolor corporal. Mr. Tupman había salvado la

vida de innumerables pájaros inofensivos recibiendo en su brazo derecho una parte de la descarga.

Sería imposible describir la confusión que se produjo. Imposible contar cómo Mr. Pickwick, en los primeros transportes de emoción, llamó a Mr. Winkle «miserable»; cómo Mr. Tupman yacía postrado en el suelo; cómo Mr. Winkle se arrodillaba a su lado, lleno de terror; cómo Mr. Tupman invocaba distraídamente un nombre de mujer; cómo abrió primero un ojo, luego el otro, y cómo cayó hacia atrás cerrando los dos... Sería tan difícil describir esto al detalle como lo sería pintar el alivio gradual del infortunado, el vendaje de su brazo con pañuelos y la lenta conducción del herido a la casa, sostenido por sus alarmados amigos.

Acercábanse a la casa. Las señoras, junto a la verja del jardín, esperaban su llegada para el almuerzo. Apareció la tía, sonrió y les hizo señas de que vinieran más aprisa. Era evidente

que no tenía idea del desastre. ¡Pobre criatura! Muchas veces es una dicha la ignorancia.

Ya estaban más cerca.

—¡Cómo!, ¿qué es lo que le ha ocurrido al viejecito? —dijo Isabela Wardle.

La solterona no dio importancia a aquella frase, porque la juzgó aplicada a Mr. Pickwick. A sus ojos, era un muchacho Tracy Tupman; ella veía los años de éste a través de un cristal de disminución.

—No asustaros —dijo el viejo huésped, temeroso de alarmar a sus hijas.

La breve comitiva se había apelotonado de tal manera alrededor de Mr. Tupman, que las señoras no podían enterarse de la naturaleza del accidente ocurrido.

—No asustaros —dijo el huésped.

—Pero, ¿qué ha ocurrido? —gritaron las señoras.

—Que Mr. Tupman ha tenido un leve percance; nada más.

La solterona lanzó un grito penetrante, prorumpió en una risa histérica y cayó de espaldas en brazos de sus sobrinas.

—Echadle un poco de agua fría —dijo el viejo.

—No, no —murmuró la tía—; ya estoy mejor. Bela, Emilita... ¡un médico! ¿Está herido? ¿Está muerto?... Está... ¡ah!

En este momento la solterona cayó en su desmayo número dos, con su carcajada histérica entreverada de gritos.

—Cálmese —dijo Mr. Tupman, conmovido hasta el llanto por aquella demostración de simpatía hacia sus dolores—. Querida, querida señora, cálmese.

—¡Es su voz! —exclamó la solterona.

Y acto seguido comenzaron a manifestarse en ella inequívocos síntomas del desmayo número tres.

—No se altere, se lo suplico, querida señora —dijo Mr. Tupman tranquilizándola—. Estoy un poco herido, muy poco, se lo aseguro.

—Pero, ¿no está usted muerto? —interrogó la histérica señora—. ¡Oh, dígame que no está muerto!

—No seas tonta, Raquel —terció Mr. Wardle con un aire de enojo y una viveza que no se compadecían con el poético matiz de la escena—. ¿Para qué diablo quieres que te diga si no está muerto?

—No, no, no lo estoy —dijo Mr. Tupman—. No necesito otro cuidado que el de usted; permítame apoyarme en su brazo. Y añadió murmurando:

—¡Oh, Miss Raquel!

La atribulada señora se adelantó y le ofreció su brazo. Entraron para almorzar. Mr. Tracy Tupman posó sus labios dulcemente en la mano de la señora y se hundió en el sofá

—¿Está usted débil? —preguntó alarmada Raquel.

—No —dijo Mr. Tupman—. No es nada. Me repondré en seguida.

Después cerró los ojos.

—Duerme —murmuró la solterona. (Los órganos visuales del caballero habían permanecido cerrados veinte segundos.)— Querido... querido Mr. Tupman.

Mr. Tupman se irguió.

—¡Oh, dígame eso otra vez! —exclamó. La señora se sobresaltó.

—¿No lo ha oído usted? —dijo con voz muy queda.

—¡Oh, sí, lo he oído! —replicó Mr. Tupman—. Pero repítamelo. Si desea usted verme mejorar, repítamelo.

—¡Chist! —dijo la señora—. Mi hermano.

Mr. Tracy Tupman recobró su posición primitiva, y Mr. Wardle entró en la estancia acompañado de un cirujano. Se reconoció el brazo, fue curada la herida, y diagnosticóse de leve; confortado así el ánimo de la concurrencia, procedieron a calmar su apetito con semblantes otra vez risueños. Sólo Mr. Pickwick permanecía silencioso y reservado. Su rostro denotaba incertidumbre y desconfianza. Había

vacilado su fe en Mr. Winkle... había vacilado grandemente... a causa del suceso de la mañana.

—¿Juega usted al *cricket*? —preguntó Mr. Wardle a este último.

En otra ocasión cualquiera Mr. Winkle hubiera contestado afirmativamente; mas comprendiendo ahora la inseguridad de su situación, replicó modestamente:

—¡No!

—¿Y usted, sir? —preguntó a Mr. Snodgrass.

—Lo jugué en tiempos —replicó el huésped—; pero ya no lo juego. Soy del Club de aquí, pero no juego.

—Hoy se juega el gran partido, según creo —dijo Mr. Pickwick.

—Exactamente —replicó el huésped—. Supongo que le agradará verlo.

—Yo, sir —replicó Mr. Pickwick—, siempre disfruto presenciando todos los deportes que pueden llevarse a cabo sin riesgo y en los que el

esfuerzo de los inhábiles no pone en peligro la vida humana.

Mr. Pickwick calló y miró severamente a Mr. Winkle, que quedó anonadado ante la escrutadora mirada del maestro. El gran hombre dejó de mirarle al cabo de algunos minutos, y añadió:

—¿Será lícito que dejemos a nuestro herido al cuidado de las damas?

—No puede usted dejarme en mejores manos —dijo Mr. Tupman.

—Indudablemente —dijo Mr. Snodgrass.

Se convino, en consecuencia, que Mr. Tupman quedaría a cargo de las señoras y que el resto de los invitados, guiados por Mr. Wardle, se encaminarían al lugar en que debía celebrarse aquel torneo de destreza que había sacudido la pereza de todo Muggleton e inoculado a Dingley Dell la fiebre del entusiasmo.

Mientras recorrían por sombríos carriles y misteriosas sendas una distancia de dos millas, iban conversando sobre motivos de aquel pa-

norama deleitoso que les rodeaba; pero Mr. Pickwick ya comenzaba a lamentar haber emprendido aquella expedición, cuando se halló, sin darse cuenta, en la calle principal de la villa de Muggleton.

Todo aquel cuyo temperamento abrigue aficiones topográficas sabe perfectamente que Muggleton es una villa con Ayuntamiento, alcalde, burgueses y ciudadanos; y cualquiera que se haya fijado en las mociones del alcalde a los ciudadanos, de los ciudadanos al alcalde, de ambos al Ayuntamiento, o de los tres al Parlamento, sabrá que Muggleton es una villa antigua y leal, en la que se combina el celo hacia los principios cristianos con un ferviente apego a los derechos mercantiles; pudiendo ofrecerse como plena demostración de ellos que el alcalde, el Ayuntamiento y otros muchos habitantes han presentado en diversas ocasiones no menos de mil cuatrocientas veinte solicitudes contra la prolongación de la esclavitud en el extranjero, y un número parecido contra la intervención en

el trabajo nacional; sesenta y ocho en favor de la venta de prebendas de la Iglesia, y ochenta y seis en pro de la abolición del comercio callejero en domingo.

Mr. Pickwick, situado en la principal calle de esta ilustre ciudad, miraba con curiosidad no exenta de interés a los objetos circundantes. Había un espacio amplio para el mercado, y en el centro de la plaza una gran posada con una muestra, en la que campeaba un objeto que, si es común en el Arte, no es frecuente hallarlo en la Naturaleza; a saber: un león azul, con tres patas en el aire, balanceándose sobre el extremo de la garra media del pie cuarto. En lo que descubría la vista había una oficina de seguros contra incendios, un comercio de granos, otro de tejidos, una talabartería, una destilería, tiendas de comestibles y una zapatería; este último almacén dedicábase también a la difusión de sombreros, gorras, trajes, paraguas de algodón y otros útiles. Había una casa de ladrillo rojo que tenía ante su fachada un rellano ensolado,

casa que podría decirse pertenecer a un procurador; y había además otra casa roja con cristales venecianos y ancha placa de bronce, en la que se leía la muestra de un cirujano. Un grupo de chiquillos dirigíase al campo del *cricket*, y dos o tres comerciantes, situados a las puertas de sus tiendas, miraban como patentizando su deseo de seguir el mismo camino, lo que hubieran podido hacer, según todas las apariencias, sin perder gran cosa de venta. Mr. Pickwick, después de pararse para hacer estas observaciones, que pensaba anotar en tiempo oportuno, se apresuró a unirse a sus amigos, que habían doblado la esquina de la calle y divisaban ya el campo de batalla.

Los palos⁵ estaban ya enhiestos, y había un par de pabellones dispuestos para el descanso y

⁵ La meta del *cricket* consiste en tres palos hincados en el terreno a muy corta distancia unos de otros y coplanares. (N. del T.)

refresco de los bandos contendientes. Aún no había comenzado el juego. Los de Dingley Dell y los muggletonianos entreteníanse jugando majestuosamente con la pelota del *cricket*, y otros varios caballeros, vestidos en la misma guisa, con sombrero de paja, chaquetas de franela y pantalones blancos, atavío que les asemejaba bastante a albañiles aficionados, paseaban junto a las tiendas, una de las cuales era el punto hacia donde Mr. Wardle conducía a sus amigos.

Varias docenas de «¿cómo está usted?» acogieron la llegada del viejo, y un levantamiento general de sombreros, con inclinación hacia adelante de las chaquetas de franela, siguieron a la presentación que hizo Mr. Wardle de sus invitados como amigos de Londres que anhelaban presenciar el partido del día, que, sin duda, habría de satisfacerles grandemente.

—Debían ustedes entrar en la tienda, creo, sir —dijo un obeso caballero, cuyo cuerpo y

piernas parecían un enorme rollo de franela sostenido por un par de almohadones inflados.

—Estarán ustedes mucho mejor, sir —encareció otro gordo caballero que se parecía mucho al mencionado rollo de franela.

—Son ustedes muy amables —dijo Mr. Pickwick.

—Por aquí —dijo el que primero había hablado—: aquí es donde se marcan los tantos, y es el mejor sitio del campo.

Y tomando la delantera el jugador, les condujo a la tienda.

—Juego admirable... elegante deporte... bello ejercicio.

Éstas fueron las palabras que cayeron en los oídos de Mr. Pickwick al entrar en la tienda, y el primer objeto que descubrió fue al amigo de Rochester de la chaqueta verde, llevando la batuta, con gran regocijo y admiración de una selecta concurrencia, formada por lo más escogido de Muggleton. Su indumento había mejo-

rado ligeramente, y llevaba botas; pero era inconfundible.

El intruso reconoció a sus amigos inmediatamente; levantándose en seguida y tomando la mano de Mr. Pickwick, le arrastró hacia un asiento con su habitual impetuosidad, charlando al mismo tiempo, como si todos los preparativos lleváranse a cabo bajo su especial tutela y dirección.

—Por aquí... por aquí... divertidísimo... ríos de cerveza... cabezas de cerdo... lonjas de ternera... de buey... mostaza... a carros... gran día... siéntese... a sus anchas... encantado de verle.

Sentóse Mr. Pickwick como se le había mandado, y tanto él como Mr. Winkle siguieron las indicaciones que les hiciera el misterioso amigo.

Mr. Wardle miraba todo esto con aire de muda sorpresa.

—Mr. Wardle..., un amigo mío —dijo Mr. Pickwick.

—¡Amigo de ustedes!... ¿Cómo está usted, querido... amigo de mi amigo?... Venga esa mano, sir.

Y el intruso agarró la mano de Mr. Wardle con todo el fervor de una larga y estrecha intimidad, y retrocediendo luego dos pasos, como para tomar una impresión completa de su figura y faz, volvió a coger sus manos con más cordialidad que antes, si era posible.

—Bien; y ¿cómo ha venido usted aquí? —dijo Mr. Pickwick con una sonrisa en la que se debatían la benevolencia y la sorpresa.

—Vine —replicó el intruso—; paré en la Corona... Corona de Muggleton... encontré unos amigos... chaquetas de franela... pantalones blancos... emparedados de anchoas... riñones del diablo... magníficos camaradas.

Mr. Pickwick se hallaba bastante versado en el sistema taquigráfico del intruso para deducir de esta incoherente y rápida información que el hombre había trabado conocimiento con los muggletonianos, a los cuales había llevado, por

medio de un proceso característico en él, a aquel grado de camaradería necesario para ser invitado a todo. Satisfecha de esta manera su curiosidad, calóse los lentes y se preparó a ver el partido, que a la sazón comenzaba.

Los muggletonianos tenían la salida; y el interés subió de punto en el momento en que Mr. Dunpkins y Mr. Podder, dos de los más renombrados miembros de aquel distinguido Club, se dirigieron raqueta en mano a las respectivas metas. Mr. Luffey, el más preclaro timbre de Dingley Dell, había de lanzar la pelota contra el temible Dunpkins, y Mr. Struggles era el designado para desempeñar análogo papel cerca del hasta entonces invicto Podder. Algunos jugadores se pusieron a «vigilar» en diversos puntos del campo, y la postura que adoptaban consistía en colocarse las manos apoyadas en las rodillas, encorvando el cuerpo mucho, como disponiéndose a instruir a un aprendiz que se ensayara en el salto de rana. Todo jugador neto hace lo mismo, y, en efecto,

según se dice, es imposible vigilar bien en otra posición.

Los árbitros colocáronse detrás de las puertas; los contadores aprestáronse a marcar los tantos; se produjo un silencio profundo. Mr. Luffey se situó a algunos pasos tras de la puerta en que se hallaba el extático Podder y mantuvo la pelota al nivel de su ojo derecho por algunos segundos. Dunpkins esperó la llegada del proyectil confiadamente y con los ojos fijos en los movimientos de Luffey.

—¡Juego! —gritó de pronto el tirador.

La pelota partió de su mano recta y vertiginosa hacia el palo central de la puerta. Dunpkins permanecía alerta, fue a dar la pelota en el extremo de su raqueta, y saltó reflejada, pasando sobre las cabezas de los vigilantes, que se encorvaron lo suficiente para dejarla pasar.

—Siga... siga... otra... Ya, tírela... al aire con ella... otra... no... sí... no... ¡tírela!

Tales fueron las exclamaciones que siguieron al lanzamiento, y al final de la tirada alcan-

zó Muggleton dos tantos. No se quedaba atrás Podder en conquistar laureles para sí y para engalanar a Muggleton. Interceptaba las pelotas dudosas, desdeñaba las malas; recogía las buenas y las lanzaba a todos los puntos del campo. Los vigilantes estaban acalorados y cansados; los tiradores se cambiaban y tiraban hasta dolerles los brazos; Dumpkins y Podder continuaban triunfando. Un caballero de alguna edad trató de cortar el paso a una pelota, y ésta pasó por entre sus piernas y resbaló por entre sus dedos. Un señor flaco intentó cogerla; pero le dio en la nariz, y saltó vivamente con renovada violencia, mientras que el flaco señor se retorció de dolor con los ojos llenos de agua. Cuando la pelota alcanzaba la puerta, allí estaba Dunpkins antes que ella. En una palabra, cuando Dunpkins fue reemplazado y abandonó Podder su puesto, ya tenía Muggleton cincuenta y cuatro, mientras que la tabla de Dingley Dell estaba tan blanca como las caras de los jugadores. La ventaja era excesiva para que

pudiera contrarrestarse. En vano el diligente Luffey y el entusiasta Struggles pusieron a contribución toda su experiencia y destreza para recuperar el terreno perdido por Dingley Dell; de nada sirvió; y ya en la primera parte del juego se entregó Dingley Dell, reconociendo la superioridad de Muggleton.

El intruso, entre tanto, no había dejado de comer, beber y charlar. A cada jugada brillante expresaba su aprobación al jugador en tono de protección y condescendencia, lo que congratulaba altamente al grupo afín; mientras que a cada intento frustrado de recoger la pelota y a cada fracaso en el empeño de pararla, manifestaba su personal descontento, diciendo: «¡Ah!... estúpido... vaya dedos de manteca... torpe», y así sucesivamente; exclamaciones que parecían conquistarle a su alrededor la opinión de juez indiscutible en el arte y secretos del noble juego del *cricket*.

—Gran juego... bien jugado... algunas tiradas admirables —dijo el intruso al invadir el pabe-

llón los dos bandos, una vez que hubo terminado el juego.

—¿Lo ha jugado usted alguna vez, sir? —le preguntó Mr. Wardle, al que divertía en alto grado la locuacidad del intruso.

—¡Jugarlo! Ya lo creo... miles de veces... no aquí... en las Indias del Oeste... cosa interesante... sofocante trabajo...

—En tales climas debe de ser una tarea angustiosa —observó Mr. Pickwick.

—¡Calor!... al rojo... abrasador, aniquilante. Jugué un partido una vez... una sola puerta... mi amigo el coronel... sir Thomas Blazo... que iba a ganar todas las tiradas... Ganó el saque... primeros tantos... siete de la mañana... seis indígenas vigilaban... calor intenso... los indígenas caen desmayados... se los llevan... otros seis vienen... se desmayan también... Blazo tiraba... sostenido por dos indígenas... no pudo tirarme el palo... se desmayó también... desaparece el coronel... yo no quería entregarme... Quanko Samba... el último que quedaba... Sol fuerte... la

raqueta ardiendo... la pelota abrasada... quinientas setenta tiradas... extenuado... Quanko reúne las fuerzas que le quedaban... me tira la puerta... tomé un baño y me fui a comer.

—¿Y qué fue de ése, cómo se llama, sir? — preguntó un anciano.

—¿Blazo?

—No, el otro.

—¿Quanko Samba?

—Sí, sir.

—Pobre Quanko... no se repuso... me venció... quedó él vencido... murió, sí.

En este momento el intruso sepultó su rostro en un vaso de cerveza, no podemos decir si para ocultar su emoción o para beberse el contenido. Sólo podemos asegurar que se quedó parado súbitamente, dio un largo y profundo suspiro y empezó a mirar intrigadísimo a dos de los principales miembros del Club de Dingley Dell que se aproximaron a Mr. Pickwick para decirle:

—Vamos a celebrar una modesta comida en El León Azul; esperamos que nos acompañen usted y sus amigos.

—Desde luego —dijo Mr. Wardle—, entre nuestros amigos incluimos a Mr. ...

Y miró hacia el intruso.

—Jingle —dijo el versátil caballero, atrapando la coyuntura—. Jingle... Alfredo Jingle, Esq., de ninguna parte.

—Será para mí un placer —dijo Mr. Pickwick.

—Para mí también —dijo Mr. Alfredo Jingle dando uno de sus brazos a Mr. Pickwick y otro a Mr. Wardle, en tanto que murmuraba confidencialmente al oído del primero:

—Magnífica comida... fiambre, pero admirable... me asomé al comedor esta mañana... aves y empanadas, y toda clase de cosas; buenos chicos estos... muy amables.

No habiendo preliminares que cumplir, la concurrencia dirigióse a la ciudad caminando en grupos de dos y de tres; y un cuarto de hora

después sentábanse en el gran salón de la posada de El León Azul, de Muggleton. Mr. Dunpkins presidía y Mr. Luffey actuaba de vicepresidente.

Hubo gran algazara y ruido de tenedores, cuchillos y platos; tres camareros de gordas cabezas iban de acá para allá. Rápidamente desaparecieron las sustanciosas viandas que había en la mesa, a todas y a cada una de las cuales se dedicó Mr. Jingle con la eficacia de media docena de comedores. Cuando todos se hallaban hartos, quitáronse los manteles, las botellas y las copas, y se sirvieron los postres. Los camareros dejaron el campo, o, en otras palabras, se fueron a dar cuenta de los restos de los comestibles y bebidas que habían podido afanar.

En medio del alboroto producido por el buen humor y la alegría de las conversaciones, un hombrecito, que resoplaba y que mostraba un aire de decir «a mí no me diga nada» o «yo le demostraré a usted lo contrario», y que se

estaba muy quieto, miraba de cuando en cuando a su alrededor cuando la conversación languidecía, contemplaba a los demás como si quisiera decir algo importante y tosía de cuando en cuando con indescriptible solemnidad. Al fin, aprovechando un relativo silencio, dijo el hombrecito con voz fuerte:

—¡Mr. Luffey!

Todo el mundo se calló, y el caballero aludido replicó:

—¡Sir!

—Yo quisiera decir algunas palabras, sir, si usted suplicara a estos caballeros que llenaran sus copas.

Mr. Jingle dirigió una protectora advertencia en súplica de silencio.

—Callad, callad —respondieron, en consecuencia, todos los demás.

Y una vez llenos los vasos, el vicepresidente, adoptando un ademán de discreción profundamente atenta, dijo:

—Mr. Staple.

—Sir —dijo el hombrecito levantándose—, voy a dirigirme a usted para decir lo que me propongo, en vez de hacerlo nuestro digno presidente, porque nuestro digno presidente es en alguna manera, mejor dicho en gran manera... el motivo de lo que tengo que decir o, mejor dicho, de lo que he de...

—Hacer público —sugirió Mr. Jingle.

—Eso es, hacer público —dijo el hombrecito—. Doy las gracias a mi digno amigo, si así me permite llamarle... (*Cuatro voces: «Silencio», e indudablemente una de Mr. Jingle.*) por la indicación. Sir, yo soy un ciudadano de Dingley Dell. (*Aclamaciones.*) No puedo aspirar al honor de contarme entre los naturales de Muggleton, ni puedo, sir, tengo que declararlo francamente, ambicionar semejante gloria; y voy a decir por qué, sir... (*¡Chist!*); no he de regatear a Muggleton cuantos honores y preeminencias le corresponden ampliamente...; son tantas y tan notorias, que no necesito reseñarlas. Mas, sir, si recordamos que Muggleton ha visto nacer a

Dunpkins y a Podder, no olvidemos que Dingley Dell puede ufanarse de Luffey y de Struggles. (*Aclamaciones ensordecedoras.*) No se me atribuya el propósito de deslucir los méritos de los primeros. Sir: envidio la honda satisfacción que experimentan en estos instantes. (*Aclamaciones.*) Todos los que me escuchan conocen indudablemente la respuesta dada por un individuo que..., empleando un giro corriente..., vivía en un tonel, al emperador Alejandro: «Si no fuese Diógenes —decía—, quisiera ser Alejandro». Yo puedo bien suponer que estos caballeros digan: «Si yo no fuese Dumpkins, quisiera ser Luffey», «Si yo no fuese Podder, quisiera ser Struggles». (*Entusiasmo.*) Pero, ¡ah, ciudadanos de Muggleton!, ¿es que sólo en el *cricket* muestran su valer nuestros conciudadanos? ¿Es que no habéis oído hablar de Dunpkins como del prototipo de la resolución? (*Grandes aplausos.*) ¿Es que al luchar por vuestras libertades y derechos y por vuestros privilegios no habéis atravesado instantes de flaqueza y desaliento?

Y cuando habéis caído en estas depresiones de ánimo, ¿no ha bastado el nombre de Dunpkins para que en vuestro pecho arda nuevamente el extinguido fuego?; ¿y no se ha reanimado con una palabra de este hombre, tan poderoso y fulgurante cual si nunca se hubiera apagado? (*Grandes aclamaciones.*) Caballeros, yo os pido que se circunde a los nombres juntos de Dunpkins y Podder con una aureola de fervoroso entusiasmo.

Calló el hombrecito y empezó en la concurrencia un gran vocerío y golpear de mesas, que con breves intervalos duraron hasta el fin de la tarde. Hubo otros brindis. Mr. Luffey Mr. Struggles, Mr. Pickwick y Mr. Jingle fueron a su vez objeto de indescriptibles alabanzas, y cada uno de ellos agradeció elocuentemente semejante honor.

No obstante el entusiasmo que nos inspira la noble causa que servimos, hubiéramos experimentado una sensación de orgullo inefable y la grata certeza de haber alcanzado el mérito de la

inmortalidad, que no podemos ahora abrogarnos, si pudiésemos mostrar a nuestros lectores aunque no fuera más que una idea sucinta de los discursos pronunciados. Mr. Snodgrass tomó, como de costumbre, gran cantidad de notas, que hubiéramos suministrado indudablemente valiosas y útiles informaciones; pero la arrebatadora elocuencia de las palabras o la excitante influencia del vino hicieron temblar de tal suerte la mano de este caballero, que tanto la escritura como el sentido resultaron casi ininteligibles. Gracias a pacientes investigaciones hemos podido trazar algunos caracteres en los que aparece cierta semejanza con los nombres de los oradores; y aún podemos descubrir la vaga silueta de una canción (tal vez cantada por Mr. Jingle), en la que aparecen a cortos intervalos las palabras «jugada», «chispeante», «rubí», «brillante» y «vino». También nos parece distinguir al fin de las notas una vaga referencia a «asados», y, por fin, percíbense las palabras «frío» y «sin»; mas como cualquier hipó-

tesis que nosotros formulásemos habría de reposar en livianas conjeturas, no queremos entregarnos a las fantasías que pudieran sugerir.

Volveremos a Mr. Tupman, y sólo añadiremos que unos minutos antes de medianoche se oyó a los conspicuos de Dingley Dell, así como a los de Muggleton, cantar con bríos y fuerte entonación el patético y hermoso aire nacional que dice:

<i>casa hasta el día,</i>	<i>No entraremos en</i>
<i>casa hasta el día,</i>	<i>no entraremos en</i>
<i>casa hasta el día,</i>	<i>no entraremos en</i>
<i>la aurora.</i>	<i>hasta que apunte</i>

EN EL QUE SE DEMUESTRA DE UN MODO CONCLUYENTE QUE NO ES UNA VÍA FÉRREA EL CAMINO DEL VERDADERO AMOR

La pacífica y tranquila estancia en Dingley Dell, la amable compañía de tantos seres pertenecientes al bello sexo y la solicitud y el cuidado con que todos ellos se condujeron con él contribuyeron a que brotaran y se desarrollasen aquellos delicados sentimientos que la Naturaleza había infiltrado profundamente en el pecho de Mr. Tupman y que parecían inclinados a concentrarse en un adorable objeto. Las señoritas eran encantadoras, avasalladoras sus maneras e inmejorables sus cualidades morales; pero había una dignidad en el continente, un aire de «mírame y no me toques» en el andar y una majestad en la mirada de la solterona, impropia de sus años, que la hacían destacarse de cuantas hasta entonces había contemplado Mr.

Tupman. Que había algo de afinidad en sus naturalezas, algo de consustancial en sus almas, una misteriosa simpatía en sus corazones, se evidenciaba claramente. El nombre de ella fue el primero que dejaron escapar los labios de Mr. Tupman al caer herido sobre la hierba, y la histérica carcajada de la dama lo primero que sonó en los oídos del caballero al ser transportado a la casa. Pero aquella alarma, ¿tenía su origen en un exceso de amable y femenina sensibilidad que se hubiera levantado de modo irreprimible en el pecho de la dama en cualquier otro caso, o se había despertado a favor de algún sentimiento cálido y apasionado cuya causa única fuera el caballero? Éstas eran las dudas que torturaban su cerebro mientras descansaba tendido en el sofá; tales eran las dudas que estaba resuelto a despejar una vez para siempre.

Caía la tarde. Isabela y Emilita habían salido a pasear con Mr. Trundle; la sorda anciana dormía en su sillón; los ronquidos del chico

gordo llegaban desde la cocina, dejando oír un son bajo y monótono; las vivarachas doncellas se holgaban a la puerta, disfrutando de la plácida noche al mismo tiempo que insinuaban flirteos incipientes con ciertos mozos afectos a la granja; y allí estaba la interesante pareja abandonada de todos, sin cuidarse de nadie y sólo pensando en sí mismos; allí estaban sentados, como un par de guantes, de gamuza cuidadosamente doblados..., estrechamente ligados el uno al otro.

—He olvidado mis flores —dijo la solterona.

—Riéguelas ahora —dijo Mr. Tupman con persuasivo acento.

—Va usted a enfriarse con el aire de la noche —arguyó la solterona afectuosamente.

—No, no —dijo Mr. Tupman levantándose—; me hará bien. Permítame que le acompañe.

La señora se detuvo un momento para ajustar el cabestrillo que sostenía el brazo del caba-

llero, y, tomando su brazo derecho, le condujo al jardín.

Al extremo de éste había un cenador cuajado de madreselvas, jazmines y plantas trepadoras; era uno de esos dulces retiros que los hombres disponen con objeto de que se acomoden las arañas.

La solterona se proveyó de una regadera que había en un rincón, y se disponía a salir del cenador. Detúvola Mr. Tupman y la hizo sentar junto a sí.

—¡Miss Wardle! —dijo el caballero.

La dama empezó a temblar, y algunos guijarros que habíanse colado en la amplia regadera empezaron a chocar, produciendo un ruido parecido al del sonajero de un niño.

—¡Miss Wardle —dijo Mr. Tupman—, es usted un ángel!

—¡Mr. Tupman! —exclamó Raquel tiñéndose de un rojo tan vivo como el de la regadera.

—Lo sé demasiado —dijo el elocuente pickwickiano.

—A todas las mujeres nos llaman ángeles — murmuró la señora bromeando.

—Entonces, ¿qué puede usted ser o a qué puedo compararla? —replicó Mr. Tupman—. ¿Dónde está la mujer que pueda parecerse a usted? ¿Dónde que no sea aquí podría yo encontrar tan raro conjunto de bondad y belleza? ¿Dónde podría yo buscar...? ¡Oh!

Calló Mr. Tupman y apretó la mano que empuñaba el asa de la feliz regadera.

La dama volvió la cabeza.

—¡Los hombres son tan embusteros! — murmuró dulcemente.

—Lo son, lo son —exclamó Mr. Tupman—, pero no todos. Uno hay, por lo menos, que no varía jamás...; hay un ser que se daría por muy contento dedicando a la felicidad de usted su existencia entera..., que sólo vive en sus ojos..., que sólo respira con su sonrisa..., que sólo soportaría por usted la pesada carga de la vida.

—¿Y podría hallarse a un ser semejante? — dijo la dama.

—Puede encontrarse —atajó con fuego Mr. Tupman—. Está encontrado. Está aquí, Miss Wardle.

Y antes de que la dama se diera cuenta de la intención estaba Mr. Tupman arrodillado a sus pies.

—Levántese, Mr. Tupman —dijo Raquel.

—¡Jamás! —respondió el caballero enérgicamente—. ¡Oh, Raquel!

Tomó Mr. Tupman la mano inerte de la señora, y cayó al suelo la regadera al oprimir el caballero aquélla con sus labios.

—¡Oh, Raquel, diga que me ama!

—Mr. Tupman —dijo la solterona moviendo la cabeza maliciosamente—, me faltan las palabras; pero... no me es usted completamente indiferente.

No bien oyó Mr. Tupman esta declaración, se entregó a todas las expansiones que su entusiasmo le sugería, y que, según hemos oído decir (pues nosotros no estamos muy versados en tales asuntos), son naturales en tales cir-

cunstances. Irguióse el caballero y, rodeando con su brazo el cuello de la dama, estampó en sus labios numerosos besos, que después de una resistencia y de una lucha, que eran obligadas, recibió ella con tan perfecta aquiescencia, que no sabemos cuántos más le hubiera regalado Mr. Tupman de no haber la señora experimentado un ligero sobresalto y exclamado en tono de espanto:

—¡Mr. Tupman, se nos mira!... ¡Estamos descubiertos!

Mr. Tupman miró a su alrededor. Allí estaba el chico gordo completamente inmóvil contemplando el cenador con sus grandes ojos redondos, sin que el más experto fisionomista pudiera advertir en su rostro ni el asombro, ni la curiosidad, ni ninguna otra de las sensaciones que agitan el pecho humano. Mr. Tupman miró al chico gordo, y el chico gordo miró a Mr. Tupman; y cuanto más observaba Mr. Tupman la patente inexpresión de la cara del muchacho, más se convencía de que ni sabía ni había oído

nada de lo ocurrido. Tranquilizado con estas impresiones, dijo con gran aplomo:

—¿Qué busca usted aquí, sir?

—La cena está dispuesta, sir —se le respondió sin vacilar.

—¿Acaba usted de llegar, sir? —le interrogó Mr. Tupman con mirada penetrante.

—En este momento —replicó el chico gordo.

Mr. Tupman le miró nuevamente con severidad; mas no se dibujó un guiño en sus ojos ni un gesto en su faz.

Tomó Mr. Tupman el brazo de la dama y se dirigieron a la casa, seguidos del chico gordo.

—No se ha enterado de nada —murmuró el caballero.

—De nada —dijo la solterona.

Detrás de la pareja oyóse un sonido comparable al de una carcajada mal contenida. Mr. Tupman se volvió rápidamente. No, no podía haber sido el muchacho; no se advertía en su rostro signo de burla ni de ningún otro sentimiento.

—Debe de haber estado profundamente dormido —murmuró Mr. Tupman.

—Es indudable —replicó la solterona.

Ambos rieron de muy buena gana.

Pero se equivocaba Mr. Tupman: el chico gordo, por una vez, no se había dormido. Estaba despierto, para hacerse cargo de lo que había pasado.

Transcurrió la cena sin que se hiciera el menor intento de una conversación general. La anciana estaba acostada; Isabela Wardle se dedicaba exclusivamente a Mr. Trundle; las atenciones de la solterona se reservaban para Mr. Tupman, y los pensamientos de Emilita parecían complacerse en algún objeto distante... tal vez girasen en torno del ausente Mr. Snodgrass.

Dio el reloj las once, las doce, la una, y los caballeros no acababan de llegar. En todas las caras pintábase la consternación. ¿Se habrían extraviado o les habrían robado? ¿Debería enviarse con linternas a varios hombres en todas las direcciones que podrían seguir para el re-

greso, o estarían...? ¡Ah!, allí estaban ya. ¿Qué sería lo que les había hecho retrasarse? ¡Oían además una voz extraña! ¿A quién podría pertenecer? Precipitáronse a la cocina, donde los excursionistas estaban confortándose, y al punto obtuvieron una explicación más que suficiente de las circunstancias verdaderas del caso.

Mr. Pickwick, con sus manos en los bolsillos y con su sombrero completamente caído sobre el ojo derecho, apoyábase en un banco, balanceando su cabeza y emitiendo una serie ininterrumpida de las más melifluas y bondadosas sonrisas, sin que ni remotamente fuera ostensible la causa que las producía. Mr. Wardle, con el rostro encendido, oprimía la mano de un caballero desconocido, murmurándole las seguridades de una amistad eterna; Mr. Winkle, sostenido a duras penas contra el reloj de pared, dedicábase a amenazar con desfallecido acento al primero de la familia que se atreviese a sugerir la conveniencia de retirarse a descansar, y Mr. Snodgrass se había desplomado so-

bre una silla y mostraba en su rostro expresivo la más desdichada y mísera tristeza que puede concebir la mente humana.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntaron las tres señoras.

—No ha ocurrido nada —replicó Mr. Pickwick—. Nosotros... nosotros estamos... perfectamente. Digo, Wardle, estamos perfectamente, ¿no es verdad?

—Eso creo yo —replicó el cordial huésped—. Queridas mías, aquí está mi amigo Mr. Jingle... amigo de Mr. Pickwick. Mr. Jingle, venga usted.

—¿Le ha ocurrido algo a Mr. Snodgrass, sir? —inquirió Emilita, anhelante.

—No le ha ocurrido nada, señora —replicó el intruso—. Comida de *cricket*... partido glorioso... canciones admirables... viejo Porto... tinto... muy bien... vino, señora... vino...

—No ha sido el vino —murmuró Mr. Snodgrass con voz desmayada—; ha sido el sal-

món.—(En tales casos todo tiene la culpa menos el vino.)

—¿No sería mejor que se fueran a la cama?
—insinuó Emma—. Dos de los muchachos subirán con los caballeros.

—Yo no me voy a la cama —dijo Mr. Winkle resueltamente.

—No habrá muchacho que me lleve a mí —declaró Mr. Pickwick con gran firmeza, y continuó sonriendo como antes.

—¡Hurra! —exclamó Mr. Winkle desfallecido.

—¡Hurra! —contestó Mr. Pickwick quitándose el sombrero, tirándolo al suelo y arrojando violentamente sus lentes en medio de la cocina...

Ante este rasgo festivo se echó a reír con toda su alma.

—Que nos den... otra... botella —exclamó Mr. Winkle, empezando en tono alto y terminando en otro débil.

Inclinó hacia el pecho su cabeza, y musitando su invencible resolución de no irse a la cama, manifestando una contrariedad sanguinaria por no haber «concluido con el viejo Tupman» por la mañana, se quedó dormido. En tal estado fue transportado a su habitación por dos jóvenes gigantescos y bajo la personal vigilancia del chico gordo, a cuyo cuidado y protección confió Mr. Snodgrass poco después su persona. Mr. Pickwick aceptó el brazo que le tendiera Mr. Tupman y desapareció tranquilamente, sonriendo más que nunca. Mr. Wardle, después de despedirse de toda su familia tan entrañablemente como si estuviera a punto de ser ejecutado, otorgó a Mr. Trundle el honor de conducirle escaleras arriba, y se retiró con el vano empeño de aparecer solemne y grave.

—¡Qué escena tan grotesca! —dijo la solterona.

—¡Muy... desagradable! —añadieron las dos muchachas.

—¡Terrible..., terrible! —dijo Jingle con rostro severo, no obstante llevar a sus compañeros más de botella y media de ventaja—. ¡Horrendo espectáculo!

—¡Qué hombre tan encantador! —murmuró la solterona a Mr. Tupman.

—¡Y guapo! —opinó Emilia Wardle.

—¡Oh, ya lo creo! —observó la solterona.

Mr. Tupman recordó a la viuda de Rochester y experimentó una gran turbación. La conversación que sostuviera media hora antes no había sido bastante para calmar su ánimo inquieto. Era el nuevo visitante sumamente dicharachero, y el número de sus anécdotas sólo comparable a su inagotable galantería. Notó Mr. Tupman que la popularidad de Jingle aumentaba, en tanto que la suya propia iba quedando en la sombra. Así que su risa era forzada y fingido su buen humor; y cuando al fin ocultó entre las sábanas sus sienas dolientes, pensó con horrible complacencia en la satisfacción

que le produciría tener la cabeza de Jingle entre el colchón de plumas y la armadura de la cama.

El infatigable intruso se levantó temprano a la mañana siguiente, y aunque sus compañeros continuaban en el lecho, fatigados por la disipación de la noche precedente, se empleó con verdadero éxito en promover la hilaridad en la mesa durante el almuerzo. Tan afortunados fueron sus rasgos, que hasta la sorda vieja se empeñó en que se le repitieran por la trompetilla una o dos de las más graciosas cuchufletas del intruso, y hasta llegó a decir a la solterona que Jingle era un muchacho muy picaruelo; apreciación que compartían con ella todas las presentes.

Acostumbraba la vieja solazarse un rato en el cenador en las mañanas hermosas del verano, en aquel mismo cenador en que ya se nos ha mostrado Mr. Tupman. El paseo se llevaba a efecto con arreglo al siguiente ritual: primero el chico gordo tomaba de una percha que había junto a la habitación de la anciana una negra

cofia de satén, un chal de algodón y un grueso bastón con un puño muy grande; la anciana, después de ponerse la cofia y el chal con todo detenimiento, apoyándose en el bastón con una mano y en el hombro del muchacho con la otra, caminaba despacio hacia el cenador, donde el chico la dejaba gozar durante media hora del fresco de la mañana, volviendo por ella al cabo de este tiempo para restituirla a la casa.

Era la anciana muy metódica y muy aficionada a la regularidad; y habiéndose efectuado esta ceremonia durante tres veranos sucesivos sin la más pequeña modificación, recibió aquella mañana gran sorpresa al ver que el muchacho, en vez de dejarla en el cenador, sólo se apartó unos cuantos pasos y volvió hacia ella con aire de malicia y profundo sigilo.

Era medrosa la anciana, como casi todas las viejas, y su impresión primera fue la de que el rollizo muchacho se proponía ocasionarle algún daño con el intento de apoderarse de sus monedas. Sintió anhelos de gritar pidiendo soco-

rro, mas la edad y los achaques habíanla privado largo tiempo hacía el poder de gritar; atisbó, sin embargo, los movimientos del muchacho con intenso terror, que no disminuyó, ni mucho menos, al acercársele el mozo y gritarle al oído, en un tono de agitación que a ella le parecía de amenaza:

—¡Mi ama!

En aquel momento acertó Mr. Jingle, que paseaba por el jardín, a pasar junto al cenador. Oyó el grito de «mi ama», y se paró para ver si pescaba más. Tres razones tenía para proceder de esa suerte. En primer lugar, sentía la curiosidad de todo el que está ocioso; en segundo, no conocía el escrúpulo, y en tercero y último, se hallaba oculto tras unos arbustos en flor. Allí se estacionó, disponiéndose a escuchar.

—¡Mi ama! —gritó el muchacho.

—Vamos a ver, José —dijo temblando la vieja—. Yo he sido buena para ti, José. Siempre se te ha tratado cariñosamente. Nunca has tenido

mucho que hacer, y se te ha dado de comer bastante bien.

Estas últimas palabras constituían una eficaz invocación a los más tiernos sentimientos del muchacho. Pareció conmoverse al replicar con énfasis:

—Ya sé que tengo bastante.

—Pues entonces, ¿qué es lo que deseas ahora? —dijo la anciana, cobrando ánimos.

—Quiero hacer que usted se estremezca —replicó el muchacho.

Esto pareció a la vieja una muestra de gratitud reveladora de una gran sed de sangre; y como la vieja no acertaba a descubrir los medios que habían de conducirle a este resultado, tornaron sus primeros temores.

—¿Qué dirá usted que vi anoche en este mismo cenador? —preguntó el muchacho.

—¡Dios mío!, ¿qué? —exclamó la anciana, alarmada por la solemne actitud del corpulento muchacho.

—Ese señor..., el del brazo herido..., una de besos y abrazos...

—¿A quién, José? No será a ninguna de las criadas, supongo.

—Peor que eso —murmuró el chico al oído de la señora.

—¿A ninguna de mis nietas?

—Peor que eso.

—¡Peor que eso, José! —dijo la anciana, que consideraba esto como el límite de las atrocidades humanas—. ¿Quién fue, José? Quiero saberlo.

El muchacho miró con precaución a su alrededor y, acabada su observación, gritó al oído de la vieja:

—Miss Raquel.

—¡Qué! —dijo la anciana, estremecida—. Habla más alto.

—¡Miss Raquel! —bramó el muchacho.

—¡Mi hija!

La serie de gestos con que el muchacho manifestó su asentimiento dieron a su fisonomía y

a sus carnosas mejillas el aspecto de un plato de natillas.

—¿Y ella se aguantó? —exclamó la anciana.

Un guiño recorrió la faz del muchacho al decir:

—Yo la vi a ella darle un beso.

Si Mr. Jingle hubiera podido desde su escondite observar la expresión que adoptó la cara de la anciana al conocer esta relación, no hay que dudar de que una repentina carcajada hubiera traicionado su proximidad al cenador. Escuchó atentamente; oyó retazos de frases iracundas, tales como «¡sin mi permiso!»..., «¡a su edad!»..., «¡pobre de mí!»..., «¡podía haber esperado a que yo me muriera!», y otras por este orden; luego oyó el ruido de las pisadas del muchacho en la grava al retirarse, dejando allí a la anciana.

Aunque parezca extraña la coincidencia, no dejaba de ser un hecho que a los cinco minutos de llegar Mr. Jingle a la granja de Manor, la noche antes, había formado el íntimo propósito

de poner sitio inmediatamente al corazón de la tía. Había observado que su trasteo no era en modo alguno desagradable al bello objeto de su táctica, y sospechaba fundadamente que ella asumía la más deseable de todas las cualidades al poseer una regular fortuna. La imperiosa necesidad de batir a su rival en cualquier forma se le impuso rápidamente, y resolvió sin dilación tomar sus medidas para poner por obra su designio. Nos dice Fielding que el hombre es fuego y la mujer estopa, y que el Príncipe de las Tinieblas sopla. Sabía Mr. Jingle que los jóvenes son para las solteras lo que la llama para la pólvora, y resolvió, sin pérdida de tiempo, ensayar el efecto de una explosión.

Absorto en estas reflexiones, se deslizó de su escondite y, ocultándose entre los arbustos, se acercó a la casa. La fortuna parecía decidida a favorecer sus planes. Mr. Tupman y los demás señores salían por la verja del jardín; y las señoritas, según él sabía, habían salido solas poco

después de almorzar. La costa estaba despejada.

La puerta del gabinete se hallaba entreabierta. El intruso se asomó furtivamente. La solterona trabajaba en una labor de aguja. Él tosió; ella le miró sonriendo. La timidez no anidaba en el temperamento de Alfredo Jingle. Llevándose un dedo a los labios misteriosamente, entró y cerró la puerta.

—Miss Wardle —dijo Mr. Jingle con afectada agitación—: perdone la indiscreción... reciente amistad... no hay tiempo para andar con fórmulas... todo descubierto.

—¡Sir! —dijo la solterona, asombrada por la inesperada aparición y un tanto incierta respecto a la situación mental de Mr. Jingle.

—¡Chist! —dijo Mr. Jingle con imperativo murmullo—. Chico gordo... cara de pastel... ojos redondos... ¡Granuja! Movié su cabeza con ademán intencionado, y tembló la solterona, alarmada.

—¿Supongo que alude usted a José, sir? —dijo la señora, esforzándose por aparecer serena.

—Sí, señora... Maldito José... perro traidor, José... se lo contó a la vieja... vieja furiosa... rabiosa... cenador... Tupman... besos y abrazos... toda clase de cosas... ¿eh, señora..., eh?

—Mr. Jingle —dijo la solterona—: ¡si es que ha venido usted a insultarme...!

—No... de ninguna manera —replicó el tenaz Mr. Jingle—, oí el cuento... vine para avisarla del peligro... ofrecer mis servicios... prevenir el escándalo. Nada de insultarla... me voy.

Y se volvió como para ejecutar lo que había dicho.

—¿Qué hacer? —dijo la pobre solterona, deshaciéndose en lágrimas—. Mi hermano se pondrá furioso.

—Claro que se pondrá indignado —dijo Mr. Jingle después de una pausa.

—¡Oh, Mr. Jingle! ¿Qué deberé decir? — exclamó la solterona en otro acceso de desesperación.

—Decir que lo ha soñado —replicó Mr. Jingle con aplomo.

Un rayo de esperanza penetró en la mente de la solterona al oír este consejo. Lo percibió Mr. Jingle y aprovechó la ventaja.

—¡Bah, bah!... Nada más fácil... chico impostor... mujer adorable... chico gordo apaleado... usted creída... se acabó el asunto... todo arreglado.

No sabemos si las probabilidades que entreveía de eludir las consecuencias de aquel malhadado descubrimiento o el oírse llamar «mujer adorable» suavizaron la ira de la solterona. Ruborizóse ligeramente y concedió a Mr. Jingle una mirada de gratitud.

Suspiró profundamente el insinuante caballero; fijó sus ojos en la faz de la solterona, y desvió su mirada después de marcar un desplante melodramático.

—Parece que está usted triste, Mr. Jingle —dijo la dama en tono compasivo—. ¿Me permitirá usted que le agradezca su amable intervención y que le pregunte la causa de su retirada?

—¡Ah! —exclamó Mr. Jingle con otro ademán patético—. ¡Retirada! Fuga de mi ventura, y el amor de usted empleado en un hombre insensible a su dicha, y que en estos momentos persigue el cariño de la sobrina de una mujer que... pero no, es amigo mío y no he de denunciar sus trapisondas. Miss Wardle: adiós.

Acabado este discurso, el más congruente que en su vida pronunciara, llevó Mr. Jingle a sus ojos los restos de un pañuelo, del que ya se hizo referencia, y se dirigió hacia la puerta.

—Quédese, Mr. Jingle —exclamó la solterona con enérgico acento—. Ha aludido usted a Mr. Tupman ...; explíquese.

—¡Nunca! —respondió Jingle con un aire de teatro que denunciaba al profesional—. ¡Nunca!

Y fingiendo la contrariedad que habría de producirle la continuación del interrogatorio, acercó una silla a la de la solterona y se sentó.

—Mr. Jingle —dijo la dama—, yo le ruego, le suplico, que si hay algún misterio relacionado con Mr. Tupman me lo revele al punto.

—Esto de... —dijo Mr. Jingle, clavando su mirada en la solterona—; esto de ver... mujer adorable... sacrificada a la despiadada y sórdida avaricia...

Pareció vacilar unos segundos, como debatiéndose entre emociones contradictorias, y dijo luego con voz apagada y profunda:

—Tupman sólo busca su dinero.

—¡Miserable! —rugió indignada la solterona. (Mr. Jingle había despejado la incógnita. ¡Ella tenía dinero!)

—Más aún —prosiguió Jingle—: ama a otra.

—¡A otra! —exclamó la solterona anonadada—. ¿A quién?

—Bajita... ojos negros... sobrina Emilia.

Reinó un breve silencio.

Desde este momento, si había en el mundo algún ser que inspirase a la tía un sentimiento de celos mortal y hondamente arraigado, era precisamente su sobrina Emilia.

Tiñéronse de rojo la cara y el cuello de la solterona; movió la cabeza en silencio con gesto de inefable desprecio, y mordiéndose los labios y logrando al cabo dominarse, dijo:

—No puede ser. No lo creo.

—Obsérvelos usted —dijo Jingle.

—Sí que lo haré —dijo la dama.

—Fíjese en las miradas.

—Así he de hacerlo.

—En las palabras que le dice al oído.

—Sí.

—Verá usted cómo se sienta a su lado en la mesa.

—Ya lo veré.

—Verá usted cómo la colma de atenciones.

—Ya me fijaré.

—Y luego la dejará a usted plantada.

—¡Plantada! —repitió indignada la solterona—. ¡Plantarme a mí!... ¡Se atreverá!...

Y tembló de rabia y de dolor.

—¿Quiere usted convencerse? —dijo Jingle.

—Lo quiero.

—¿Se mantendrá usted serena?

—Sí.

—¿No le perdonará usted luego?

—¡Jamás!

—¿Aceptaría usted luego el cariño de algún otro?

—Sí.

—Pues todo se realizará.

Cayó de rodillas Mr. Jingle; permaneció en tal postura cinco minutos, y cuando se levantó era el novio de la solterona, a condición de que la traición de Mr. Tupman se pusiera de manifiesto claramente.

Todas las pruebas se hallaban en poder de Mr. Alfredo Jingle, y aquel mismo día, durante la comida, se hicieron patentes. La solterona no podía dar crédito a sus ojos. Mr. Tracy Tupman

se colocó al lado de Emilia y no cesó de mirarla, de murmurar en su oído y de sonreír, poniéndose en rivalidad con Mr. Snodgrass. Ni una palabra, ni una mirada, ni un gesto hubo para su adorada de la noche precedente.

«¡Maldito chico! —pensó Mr. Wardle—. Debe de ser un cuento lo que le ha contado a mi madre. ¡Maldito chico! Se conoce que estaba dormido. Todo ha sido pura fantasía.»

«¡Traidor! —pensó la solterona—. No me ha engañado Mr. Jingle. ¡Ah, cuánto odio al malvado! »

La conversación que vamos a transcribir servirá a los lectores para explicarse la profunda alteración en la conducta externa de Mr. Tupman.

Era de noche; la escena se desarrollaba en el jardín. Dos personas paseaban por una de las sendas laterales; era la una baja y obesa, alta y delgada la otra. Eran Mr. Tupman y Mr. Jingle. La persona voluminosa comenzó el diálogo.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó.

—Espléndido... admirable... no lo hubiera yo hecho mejor... mañana tiene usted que repetir el papel... todas las noches hasta nuevo aviso.

—¿Lo desea aún Raquel?

—Por supuesto... no le agrada... pero hay que hacerlo... marcada sospecha... aterrada de su hermano... dice que no hay otro medio... sólo cuando pasen unos días... cuando los viejos estén confiados... será la corona de su felicidad.

—¿Quiere algo de mí?

—Amor... amor inmenso... entrañable afecto... cariño inalterable. ¿Quiere que le diga algo de su parte?

—Amigo querido —replicó el confiado Mr. Tupman, apretando fervorosamente la mano de su amigo—, llévele mi amor... dígame lo que me cuesta disimular... dígame mil cosas dulces; pero no se olvide decirle lo sensible que ha sido para mí el hacer lo que por conducto de usted me ha ordenado. Dígame que aplaudo su sagacidad y que admiro su discreción.

—Así lo haré. ¿Nada más?

—Nada; añádale que ansío, como no puede figurarse, que llegue el momento en que pueda llamarla mía y en que sea innecesario el disimulo.

—Sin duda, sin duda. ¿Nada más?

—¡Oh, amigo querido! —dijo el pobre Mr. Tupman, estrechando de nuevo la mano de su compañero—. Reciba mi gratitud por su desinteresada amabilidad y permíteme el haber pensado una vez siquiera en la injusticia de suponer que usted se atravesaba en mi camino. Amigo querido, ¿cuándo podré pagarle?

—No hable usted de eso —replicó Mr. Jingle.

Mas se detuvo al punto, como obedeciendo a un recuerdo súbito, y dijo:

—A propósito: ¿podría usted dejarme diez libras? Un asunto particular... Se lo pagaré dentro de tres días.

—Me parece que sí —replicó Mr. Tupman, rebotando cordialidad—. ¿Dice usted que tres días?

—Sólo tres días... todo arreglado entonces... ya no tendrá más dificultades.

Mr. Tupman fue contando las monedas en la mano de su compañero, el cual se las iba metiendo en el bolsillo una a una; y cuando ya se dirigían hacia la casa:

—Sea usted cauto —dijo Mr. Jingle—; ni una mirada.

—Ni un guiño —dijo Mr. Tupman.

—Ni una sílaba.

—Ni una palabra en secreto.

—Todas sus atenciones, a su sobrina... cierta dureza para la tía... único medio de despistar a los viejos.

—Tendré cuidado —dijo Mr. Tupman en alta voz.

—Y yo también —se dijo a sí mismo Mr. Jingle.

Y con esto entraron en la casa.

La escena de la tarde se repitió por la noche y en las tres tardes y noches siguientes. Al cuarto día recobró el humor Mr. Wardle al cercio-

rarse de que no había motivo para culpar a Mr. Tupman. Estaba contento Mr. Tupman por haberle dicho Mr. Jingle que el asunto haría crisis en breve plazo. Estaba contento Mr. Pickwick, porque rara vez estaba de otra manera. No así Mr. Snodgrass, que había concebido celos de Mr. Tupman. Sentíase alegre la anciana porque había ganado al *whist* También lo estaban Mr. Jingle y Miss Wardle, por razones de importancia para esta accidentada historia y que se narrarán en otro capítulo.

UN DESCUBRIMIENTO Y UNA CACERÍA

La cena estaba dispuesta; colocadas las sillas alrededor de la mesa, y en el aparador, botellas, copas y vasos. Todo anunciaba la llegada del momento de mayor confraternidad del día.

—¿Dónde está Raquel? —dijo Mr. Wardle.

—¡Eso! ¿Y Jingle? —añadió Mr. Pickwick.

—Vaya —dijo el huésped—; no sé cómo no lo echamos de menos antes, pues hace ya dos horas que no oigo su voz. Emilia querida, tira de la campanilla.

Sonó la campanilla y apareció el chico gordo.

—¿Dónde está Miss Raquel?

No sabía nada.

—¿Dónde está Mr. Jingle? Tampoco lo sabía.

Todos se miraron sorprendidos. Era tarde..., más de las once. Mr. Tupman sonrió para su capote. Debían vagar por alguna parte, charlando acerca de él. ¡Ja, ja!; graciosa broma.

—Bueno, no nos preocupemos —dijo Mr. Wardle después de breve pausa—; seguramente que no tardarán en presentarse. Nunca espero a nadie para comer.

—Magnífica costumbre —dijo Mr. Pickwick—, admirable.

—Hagan el favor de sentarse —dijo el huésped.

—Desde luego —dijo Mr. Pickwick, y se sentó.

Había en la mesa un trozo fresco de fiambre de vaca del que se sirvió Mr. Pickwick porción abundante. Llevábase ya el tenedor a los labios y disponíase a abrir la boca para recibir el bocado, cuando se levantó en la cocina un gran alboroto de voces. Quedóse parado y dejó el tenedor. Paróse también Mr. Wardle y abandonó maquinalmente el trinchante, que quedó clavado en el fiambre. Miró a Mr. Pickwick, y éste se le quedó mirando.

Fuertes pisadas se oyeron en la galería; abrióse de pronto la puerta del comedor, y el

criado mismo que limpiara las botas de Mr. Pickwick en la tarde de su llegada penetró en la estancia atropelladamente, seguido del chico gordo y de todos los criados.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamó el amo de la casa.

—¿Se ha prendido fuego a la chimenea de la cocina, Emma? —preguntó la anciana.

—¡Por Dios, abuela, no! —gritaron las dos señoritas.

—¿Qué es lo que pasa? —interrogó enérgicamente el señor.

Tomó resuello el criado, y dijo en tono desmayado:

—¡Se han ido, señor!... ¡Se han escapado, sir!

En este momento se vio a Mr. Tupman dejar caer su tenedor y ponerse muy pálido.

—¿Quién se ha ido? —dijo Mr. Wardle enojado.

—Mr. Jingle y Miss Raquel, en un coche de El León Azul, de Muggleton. Yo estaba allí,

pero no pude detenerlos, y he venido corriendo a decírselo.

—¡Yo he pagado sus gastos! —dijo Mr. Tupman, irguiéndose furioso—. ¡Se ha llevado diez libras mías!... ¡detenedle!... ¡me ha estafado!... ¡no lo he de tolerar!... ¡haré justicia, Pickwick!... ¡No quiero sufrirlo!

Y a vuelta de unas cuantas exclamaciones incoherentes de este jaez, el desdichado caballero empezó a recorrer la estancia ciego de coraje.

—¡Dios nos asista! ¿Qué hacer? —dijo Mr. Pickwick al observar las descompuestas gestikulaciones, sobrecogido de espanto—. ¡Va a volverse loco! ¿Qué vamos a hacer?

—¡Hacer! —contestó el robusto huésped, haciéndose eco solamente de la última palabra de la frase—. ¡Enganchar el tálburi! Voy a alquilar un coche en El León Azul y a seguirles sin perder momento. ¿Dónde? —exclamó, en tanto que salía el criado para cumplir sus órdenes—. ¿Dónde está ese canalla de José?

—Aquí estoy, pero no soy un canalla —replicó una voz: era la del chico gordo.

—Déjeme acercarme a él, Pickwick —gritó Mr. Wardle, intentando arrojarse sobre el insultado joven—. ¡Le ha sobornado ese granuja de Jingle para despistarme contándome esa patraña de mi hermana con mi amigo Tupman! (Mr. Tupman se desplomó sobre una silla.) ¡Déjemele a mí!

—No le suelten ustedes —gritaron las mujeres, sobre cuyos clamores se dejaban oír los lamentos del chico gordo.

—No me detengan —rugió el anciano—. Mr. Winkle, quite las manos. Déjeme, Mr. Pickwick.

Era un bello espectáculo el contemplar en aquellos momentos de tumulto y confusión el continente plácido y filosófico de Mr. Pickwick, si bien aparecía algo sofocado por los esfuerzos que hacía para mantener sus brazos firmemente ceñidos alrededor del ancho tórax del corpulento huésped, para refrenar el ímpetu agresivo de su ciego furor, mientras que el chico gordo era

arañado, zamarreado y empujado hacia fuera por todas las mujeres. No bien soltó su presa Mr. Pickwick, entró un criado anunciando hallarse el tálburi dispuesto.

—¡No le dejen ir solo! —suplicaron las mujeres—. ¡Es capaz de matar a alguien!

—Yo iré con él —dijo Mr. Pickwick.

—Es usted un hombre excelente, Pickwick —dijo el huésped, estrechando su mano—. ¡Emma, trae a Mr. Pickwick un chal para abrigarse el cuello..., pronto! Cuidad de vuestra abuela. Se ha desmayado. ¿Qué, estamos listos?

Después de envolverse a toda prisa en el chal la boca y la barbilla, de ponerse el sombrero y de echarse el gabán sobre los hombros, contestó afirmativamente a la pregunta del huésped Mr. Pickwick.

Saltaron al tálburi.

—Dale de firme, Tomás —gritó el anciano.

Y partió el coche carril abajo, bailando de lo lindo al entrar y al salir en las rodadas de los carros y chocando casi contra los setos de am-

bos lados, con riesgo de hacerse pedazos a cada momento.

—¿Qué ventaja nos llevan? —preguntó Mr. Wardle en el momento de detenerse a la puerta de El León Azul, en cuyas cercanías se había reunido una pequeña concurrencia, a pesar de lo avanzado de la hora.

—Menos de tres cuartos de hora —le contestaron.

—En seguida, ¡un coche de cuatro caballos, a escape! Luego desengancharéis el tílburí.

—¡Ea, muchachos —exclamó el posadero—; el coche! Daos prisa... ligeros.

Y entraron, sin perder momento, mozos y posadero. Brillaban las linternas al correr los mozos de acá para allá; chocaban los cascos de los caballos contra el pavimento desigual del patio; crujió el carruaje al salir de la cochera; todo era bulla y confusión.

—¡Vamos!... ¿Va a estar el coche hoy? —gritó Mr. Wardle.

—Ya viene por el patio —respondió el posadero.

Salió el coche... salieron los caballos... saltaron los muchachos sobre ellos, y montaron los viajeros.

—Ten en cuenta que hemos de hacer en media hora el trayecto de siete millas —ordenó Mr. Wardle.

—Pues adelante.

Picaron espuelas los postillones, fustigaron a los caballos, gritaron los mozos, y partieron con furiosa velocidad.

«Preciosa situación —pensó Mr. Pickwick en cuanto le fue posible reflexionar—. Preciosa situación para el presidente del Club Pickwick. Un coche mojado... caballos desconocidos... quince millas por hora y ¡a las doce de la noche!»

Durante las primeras tres o cuatro millas de camino no se cruzó una sola palabra entre los dos caballeros, por estar demasiado absorbidos en sus propias reflexiones para entretenerse en

comentarios. Luego de haber recorrido buen espacio y regularizada la marcha de los caballos, ya enardecidos, se sintió Mr. Pickwick demasiado animado por la agitación de la marcha para guardar silencio por más tiempo.

—Estamos seguros de cogerles —dijo Mr. Pickwick.

—Así lo espero —contestó el compañero de viaje.

—Hermosa noche —dijo Mr. Pickwick, mirando a la luna, que brillaba espléndida.

—Tanto peor —replicó Mr. Wardle—, porque han tenido la ventaja de la luna para tomarnos la delantera, y vamos a perderlos.

—Pues ha de ser muy desagradable caminar tan de prisa en la oscuridad —insinuó Mr. Pickwick.

—Ya lo creo —asintió su amigo con indiferencia.

El fugaz optimismo de Mr. Pickwick decayó considerablemente al reflexionar en los inconvenientes y peligros de una expedición en que

se había comprometido de modo tan impensado.

La voz del postillón delantero sacóle de sus meditaciones.

—¡íá!, ¡íá!, ¡íá!... —gritaba el postillón de guía.

—¡íá!, ¡íá!, ¡íá!... —repetía el segundo.

—¡íá!, ¡íá!, ¡íá!... —coreaba el viejo Wardle, con más energía aún, sacando por la ventanilla del coche la cabeza y la mitad del cuerpo.

—¡íá!, ¡íá!, ¡íá!... —gritó Mr. Pickwick, tomando el estribillo, aunque no tenía la menor idea de la finalidad de semejante griterío.

Y en medio del alboroto que entre los cuatro producían se detuvo el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Mr. Pickwick.

—Que hemos llegado a una barrera —respondió el viejo Wardle—. Aquí podemos saber algo de los fugitivos.

Al cabo de unos cuantos minutos, empleados en golpear la puerta y en vociferar, salió de la casilla un viejo en mangas de camisa.

—¿Cuánto tiempo hace que ha pasado por aquí un coche de posta? —preguntó Mr. Wardle.

—¿Cuánto tiempo?

—¡Sí!

—Psch, no lo sé fijamente. Puede que no haga mucho, aunque tal vez... puede que haga ya un buen rato. Quizá... a eso de las dos.

—¿No ha pasado más que un coche?

—¡Ah!, sí; un coche.

—Pero ¿cuánto tiempo hará? —preguntó Mr. Pickwick, interponiéndose—. ¿Hará una hora?

—¡Ah!, sí; pudiera ser —replicó el hombre.

—¿O dos? —dijo, terciando, el postillón desde su caballo.

—Pues... no diría que no —replicó el viejo con ademán de duda.

—Arread, muchachos —exclamó impaciente Mr. Wardle—; no gastemos más tiempo con este viejo idiota.

—¡Idiota! —gruñó el viejo, parado en medio de la barrera entreabierta, contemplando el coche, que se iba perdiendo en la distancia—. No tan idiota; ha perdido usted diez minutos aquí sin llegar a saber lo que deseaba. Lo que es, si todos los que veáis por el camino se ganan tan bien como yo la guinea que le han dado, vais a coger a los otros para San Miguel, viejo rechoncho.

Y haciendo otro gesto despectivo, cerró el viejo la barrera, entró en la casa y echó el cerrojo a la puerta.

Sin tregua de ninguna clase prosiguió su marcha el carruaje hasta el fin del trayecto. Como había predicho Wardle, la luna empezó a declinar rápidamente. Anchas franjas de pesadas y oscuras nubes, que iban extendiéndose por el cielo desde algún tiempo antes, formaban ya una negra masa en el cenit, y gruesas gotas de lluvia, que azotaban de cuando en cuando los cristales del coche, parecían avisar a los viajeros la proximidad de la tempestad. El

viento, que llevaban en contra, barría con furiosas ráfagas el estrecho camino y zumbaba lúgubrememente al rozar los árboles que bordeaban la carretera. Mr. Pickwick se embutió más en su gabán, arrinconóse más cómodamente y cayó en un sueño saludable, del que no despertó hasta que, habiendo parado el vehículo, oyó la campanilla del posadero y un fuerte grito de «¡caballos en seguida!». Mas sufrieron un nuevo retraso. Los mozos dormían tan profundamente, que se empleó cinco minutos en despertar a cada uno. El posadero, o no se sabía quién, había perdido la llave de la cuadra, y, a pesar de haberse encontrado, dos de los mozos, que aún estaban medio dormidos, equivocaron las guarniciones y equivocaron los caballos, por lo cual fue necesario repetir la operación de enganchar. De haber estado solo Mr. Pickwick, aquella serie de obstáculos hubiéranle bastado para abandonar la persecución; pero el anciano Wardle no reparaba en tan poco, y esparcía en derredor suyo tan ardoroso afán, sacudiendo a

éste, empujando al otro, preparando un tirante y enganchando una cadena, que el coche estuvo presto en mucho menos tiempo de lo que se hubiera creído, dadas las dificultades que se concitaron.

Prosiguieron el viaje, y no era, ciertamente, consoladora la perspectiva que se les ofrecía. El próximo cambio de tiro se hallaba a quince millas; era oscura la noche, fuerte el viento, y caía la lluvia a torrentes. No era fácil correr mucho frente a tantos obstáculos unidos; era ya la una, y se empleó dos horas en llegar al fin del trayecto. Algo hallaron, sin embargo, que robusteció sus esperanzas y levantó sus ánimos decaídos.

—¿Cuándo ha llegado esta silla? —gritó el viejo Wardle, saltando de su coche y señalando a otra cubierta de lodo, húmeda aún, que había en el patio.

—No hace un cuarto de hora, sir —contestó el posadero, a quien iba dirigida la pregunta.

—¿Señora y caballero? —inquirió Mr. Wardle, jadeante de impaciencia.

—Sí, sir.

—¿Señor alto... gabán... piernas largas... flaco?

—Sí, sir.

—¿Señora de edad... cara flaca... casi demacrada..., eh?

—Sí, sir.

—Cielo santo, es la pareja, Pickwick —exclamó el anciano.

—Debían haber llegado antes —dijo el posadero—, pero se les rompió un tirante.

—¡Es la suya! —dijo Mr. Wardle—. ¡Es la suya! ¡Un coche de cuatro caballos al instante! Aún podemos cogerles antes de llegar al próximo cambio. ¡Una guinea a cada uno... vivos... aprisa... muchachos!

Y mientras de esta suerte animaba a los mozos, corría el anciano de un lado a otro del patio, llevando por doquier el escándalo, en un estado de excitación del que hubo de contagiar-

se Mr. Pickwick, y bajo la influencia del cual este caballero llegó a enredarse entre las guar-niciones y a meterse entre los caballos y las ruedas de los coches, creyendo firmemente que procediendo así apresuraría los preparativos necesarios para la continuación del viaje.

—¡Partamos... partamos! —gritó el viejo Wardle saltando al coche, levantando el estribo y cerrando la portezuela tras de sí—. ¡Adelante! ¡Aprisa!

Y antes de que Mr. Pickwick se percatara de lo que pasaba, se sintió introducido por la otra puerta, a favor de un tirón de Mr. Wardle y de un empujón del posadero, y de nuevo se pusieron en marcha.

—¡Ah!, bien nos movemos ahora —dijo el anciano con alegría.

Y así era, en efecto, y de ello podía dar testimonio Mr. Pickwick, por sus repetidos choques contra las paredes del coche o contra el cuerpo de su compañero.

—¡Sosténgase firme! —dijo el robusto Mr. Wardle, al ver que la cabeza de Mr. Pickwick se dirigía contra su voluminoso abdomen.

—En mi vida he experimentado tanto ajetreo —dijo Mr. Pickwick.

—No se preocupe —replicó su compañero—, ya falta poco. Firme, firme.

Mr. Pickwick se afirmó tanto como pudo en su rincón; el coche rodaba más veloz que nunca.

Tres millas habían recorrido así cuando Mr. Wardle, que por espacio de dos o tres minutos había estado mirando por la ventanilla, metió la cabeza en el coche súbitamente, con la cara mojada, y exclamó con enorme ansiedad:

—¡Aquí están!

Asomó Mr. Pickwick la cabeza, y, en efecto, a poca distancia de ellos veíase un coche de cuatro caballos corriendo a todo galope.

—Vamos, vamos —gritó fieramente el anciano—. ¡Dos guineas a cada uno, muchachos!...

¡No dejadles ganar terreno... alcanzadles... alcanzadles!

Los caballos del coche delantero redoblaron la velocidad de su carrera, y los de Mr. Wardle galoparon furiosamente a la zaga.

—¡Veó su cabeza! —exclamó el anciano encolerizado—. ¡Veó su cabeza!

—Yo también —dijo Mr. Pickwick—; es él.

No se equivocaba Mr. Pickwick. El rostro de Mr. Jingle, completamente enmascarado por el lodo que arrojaban las ruedas, distinguíase perfectamente tras de la ventanilla de su coche; y el movimiento de su brazo, que se tendía velozmente hacia los postillones, denotaba que les animaba para que acelerasen la marcha.

El momento era interesantísimo. Campos, árboles y setos parecían alejarse tras de ellos con velocidad de huracán; tan rápida era la marcha que los coches llevaban. El coche de nuestros viajeros llegó a ponerse al lado del otro. Dominando el alboroto de las ruedas, oía-se claramente la voz de Jingle azuzando a los

postillones. El anciano Wardle bufaba de rabia y de impaciencia. Rugía a cada instante, llamándole granuja y villano; apretaba el puño y lo adelantaba hacia el objeto de su indignación; pero Mr. Jingle sólo respondía con una sonrisa desdeñosa, y replicó a sus amenazas con una exclamación de triunfo, al tiempo que sus caballos, obedeciendo a las enérgicas excitaciones de látigo y espuela, rompían al más ligero galope y dejaban atrás a sus perseguidores.

Acababa Mr. Pickwick de meter la cabeza en el coche y de seguir su ejemplo Mr. Wardle, extenuado por los gritos, cuando una tremenda sacudida les lanzó contra el frente del vehículo. Sintióse un tremendo vaivén, un crujido estrepitoso, y se escapó una de las ruedas, pasando el coche sobre ella.

Al cabo de unos segundos de sorpresa y confusión, durante los cuales sólo pudo oírse las pisadas de los caballos y el ruido de los cristales rotos, notó Mr. Pickwick que le sacaban violentamente de entre las ruinas del coche, y

tan pronto como pudo ponerse de pie y librar su cabeza de los faldones de su inmenso abrigo, que le impedían materialmente valerse de sus anteojos, logró darse cuenta del tremendo desastre.

El viejo Wardle, sin sombrero y con sus ropas destrozadas, estaba a su lado, y a los pies de ambos hallábanse desparramados los restos del carruaje. Los postillones, que habían conseguido cortar los tirantes, desfigurados por el lodo y maltrechos por la larga caminata a caballo, permanecían junto a los caballos. A cien yardas de distancia estaba el otro coche, que había parado al oír el estrépito. Los postillones, con gestos que descomponían sus fisonomías, observaban el siniestro montados a caballo, y Mr. Jingle, desde la ventanilla de su coche, contemplaba la catástrofe con visible satisfacción. Rompía el día, y a la luz lívida del amanecer veíase perfectamente la curiosa escena.

—¿Qué —gritó el desvergonzado Jingle—, no hay ningún herido...? El anciano... pesos enormes... peligroso trabajo.

—¡Es usted un canalla! —bramó Mr. Wardle.

—¡Ja, ja! —replicó Jingle.

Y con guiño malicioso y un ademán con el pulgar hacia el interior del coche, añadió:

—Señores... ella está muy bien... les saluda... suplica no se molesten... afectos a Tuppy.. ¿Quieren subir a la trasera?... Arread, muchachos.

Adoptaron los postillones sus posturas de marcha y partió el coche, mientras que Mr. Jingle agitaba burlonamente un blanco pañuelo en la ventanilla del coche.

Ninguno de los incidentes ocurridos, ni siquiera el vuelco, habían perturbado la calma y ecuanimidad de Mr. Pickwick. Mas la villanía de pedir dinero prestado a su fiel amigo y de pronunciar luego su nombre en la abreviatura de «Tuppy» eran hechos que llegaban a colmar su aguante. Se hizo anhelosa su respiración y

enrojeció su faz hasta los mismos lentes, al decir pausada y sentenciosamente:

—Si encuentro alguna vez a ese hombre, yo...

—Sí, sí —interrumpió Mr. Wardle—; todo eso está muy bien; pero mientras quedamos aquí hablando, toman en Londres la licencia y se casan.

Calló Mr. Pickwick, embotelló su venganza y la taponó con un corcho.

—¿Cuánto hay de aquí al próximo cambio? —preguntó Mr. Wardle a uno de los postillones.

—Seis millas; ¿verdad, Tomás?

—Quizá más.

—Quizá más de seis millas, sir.

—No hay más remedio —dijo Mr. Wardle—; tenemos que andarlas, Pickwick.

—No hay más remedio —replicó este gran hombre.

Y echando por delante a uno de los postillones a caballo, para mandar preparar nuevo co-

che y caballos, y dejando al otro al cuidado del carruaje destrozado, Mr. Pickwick y Mr. Wardle emprendieron vigorosamente la caminata, arrollándose las bufandas y calándose sus sombreros para guarnecerse en lo posible del diluvio, que tras breve tregua empezaba a caer torrencialmente.

EN EL QUE SE ACLARAN TODAS LAS
DUDAS, SI ALGUNA EXISTIERA,
ACERCA DEL DESINTERÉS DE MR.
JINGLE

Hay en Londres algunas viejas posadas que fueron un tiempo cuarteles generales de célebres diligencias por los días en que dichos carruajes efectuaban sus jornadas según normas mucho más graves y solemnes que aquellas por que se rigen en la actualidad; pero tan venidas a menos, que son ahora no mucho más que paradores y centros consignatarios para los carromatos de la campiña. En vano buscaría el lector estas antiguas hosterías entre las de La Cruz de Oro, La Vaca o El Toro, que alzan sus pomposas enseñas en las remozadas calles de Londres. Al querer apearse en cualquiera de esos viejos mesones, tendría que dirigir sus pasos hacia los barrios más ignotos de la ciudad, y en tal o cual apartado rincón podría

hallar alguna que aún se mantiene con sombría audacia entre las modernas construcciones que la rodean.

En el Borough, especialmente, quedan aún como media docena de esas viejas posadas que conservan intactos sus rasgos exteriores y que han logrado escapar tanto al rabioso prurito del ornato público como a las asechanzas de la privada especulación. Grandes, extrañas, destartadas son estas mansiones arcaicas, llenas de galerías, escaleras y pasadizos, bastante extensas y bastante antiguas para suministrar materiales para mil historias de fantasmas, suponiendo que la fatalidad nos pusiera en el trance lamentable de tener que inventar alguna y que el mundo durase hasta agotar las innumerables leyendas veraces relacionadas con el Puente de Londres y con la adyacente barriada de la ribera de Surrey.

En el patio de una de estas posadas —nada menos que en la de El Ciervo Blanco— ocupábase un hombre en quitar con un cepillo las

cazcarrias de un par de botas, en la mañana siguiente al día en que se desarrollaron los sucesos narrados en el último capítulo. Vestía un tosco chaleco rayado, con negras mangas de burdo tejido y botones de azulado vidrio, corto pantalón de paño pardo y polainas de paño también. Arrollado a su cuello tenía un pañuelo de color rojo subido, anudado al desgaire, y un viejo sombrero blanco caído hacia un lado de su cabeza. Tenía ante sí dos filas de botas; formaban en una las limpias, y las sucias en otra; y al colocar en la primera un nuevo par, descansaba en su faena y contemplaba el resultado con visible satisfacción.

No se advertía en el patio el bullicio y movimiento característicos de una gran posada. Tres o cuatro carros, en los que se amontonaban géneros de diversas clases bajo el amplio toldo, cuya altura no era menor que la de un segundo piso de una casa de dimensiones corrientes, estaban situados bajo un extenso cobertizo que se extendía de un extremo a otro

del patio; otro carromato veíase a la intemperie: parecía dispuesto a emprender su jornada aquella misma mañana. Una doble fila de dormitorios, que se abrían a otras tantas galerías de viejas y oscuras balaustradas, corrían a ambos lados del gran patio, y una doble serie de campanillas, correspondientes a los dormitorios, resguardadas de la lluvia por un tejadillo, colgaban de la pared del pasadizo que conducía al bar y al café. Dos o tres tílburis y otras tantas sillas de posta reposaban en varios sitios con las varas en alto, y el grave y macizo paso de un caballo de carga o el arrastrar de una cadena hacia el confín del patio anunciaba a todo aquel a quien pudiera importar hallarse la cuadra en aquella dirección. Con decir que unos cuantos muchachos de blusa dormían a pierna suelta sobre los montones que formaban los pesados aparejos, sacos de lana y otros bultos que yacían desparramados sobre la paja, hemos completado la descripción del patio de la posada El Ciervo Blanco, de la High Street, en el Borough.

Un fuerte campanillazo fue seguido de la aparición de una elegante camarera en la galería de los dormitorios. Después de llamar la muchacha a una de las puertas y de recibir una orden desde dentro, se asomó a la balaustrada.

—¡Sam!

—¡Hola! —replicó el hombre del sombrero blanco. —El número veintidós pide sus botas.

—Pregunte al número veintidós si las desea ahora mismo o si quiere esperar hasta que se las lleven —fue la respuesta que se le dio.

—Vamos, no sea usted flojo, Sam —dijo la muchacha en tono cariñoso—; el señor quiere sus botas ahora mismo.

—Bueno; es usted una linda muchachita para un cuerpo de coro —dijo el limpiabotas—. Mire estas botas... once pares, y un zapato del número seis, que tiene una pierna de palo. Al del par número once hay que llamarle a las ocho y media, y al del zapato, a las nueve. ¿Quién es ese número veintidós para que haya que saltar a los demás? No, no; turno riguroso,

como decía Jacobo Kaetch al ahorcar a un hombre: «Lamento hacerle esperar, sir; estoy con usted en seguida».

Y diciendo esto, el del sombrero blanco comenzó a limpiar una bota con gran asiduidad.

Se oyó otro campanillazo, y la vieja posadera de El Ciervo Blanco apareció en la opuesta galería.

—Sam —gritó la posadera—. ¿Dónde está ese holgazán, perezoso...? Pero Sam... ¡Ah!, ¿está usted ahí? ¿Por qué no contestaba usted?

—No hubiera estado bien contestar antes de que usted llamase —replicó Sam con ceñudo gesto.

—Limpie en seguida los zapatos del diecisiete y llévelos al gabinete reservado del primer piso.

Echó al montón la posadera un par de zapatos y desapareció.

—Número cinco —dijo Sam cogiendo los zapatos y apuntando en las suelas el número con un trozo de yeso—. Zapatos de señora y

gabinete reservado. Me parece que ésa no ha venido en carro.

—Vino esta mañana temprano —dijo la muchacha, que aún permanecía inclinada sobre la barandilla— con un caballero, en un coche, y él es el que pide sus botas, y lo que debía usted hacer era limpiarlas; ahí está la cosa.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted antes? —replicó Sam, indignado, tomando del montón las mencionadas botas—. Yo pensaba que sería uno de estos señores de tres peniques. ¡Gabinete reservado... y una señora además! Pues si es un caballero, lo menos que puede valer es un chelín por día, y los recados aparte.

Estimulado por esta reflexión, empezó Mr. Samuel a cepillar con tanto afán, que en pocos minutos botas y zapatos, con un pulimento tan brillante que hubiera causado envidia a los manes del simpático Mr. Warren (porque en El Ciervo Blanco se usaba la pasta Day Martin), llegaban a la puerta del cinco.

—Adelante —dijo una voz de hombre en respuesta a la llamada de Sam.

Marcó Sam su más fina cortesía y hallóse en la presencia de una señora y un caballero que estaban almorzando. Después de depositar con profunda oficiosidad una bota al lado de cada pie del caballero y un zapato al lado de cada uno de los de la señora, retiróse hacia la puerta.

—Botas —dijo el caballero.

—Sir —dijo Sam cerrando la puerta y posando una mano en el picaporte.

—¿Sabe usted... cómo se llama... Doctor's Commons?

—Sí, sir.

—¿Dónde está?

—Plaza de la Iglesia de San Pablo, sir; arco bajo en el paso de los coches; librería a un lado, un hotel en el otro y dos ujieres en medio para las licencias.

—¿Licencias de matrimonio? —dijo el caballero.

—Licencias de matrimonios —replicó Sam—. Dos mozos de mandil blanco... se llevan la mano al sombrero al entrar usted... ¿Licencia, sir, licencia? Gentuza, tanto ellos como sus amos, sir...; lo mismo que los procuradores de la Audiencia; palabra.

—¿Y qué es lo que hacen? —preguntó el caballero.

—¡Lo que hacen! ¡Se apoderan de usted, sir! Y no es esto lo peor. Le meten en la cabeza a los viejos lo que ellos ni siquiera soñaban. Mi padre, sir, era cochero. Era viudo y bastante gordo para atreverse a cualquier cosa... descomunamente gordo. Muere su mujer y le deja cuatrocientas libras. Pues allá que se va a los Doctor's Commons a buscar un hombre de leyes para sacar el parné... muy elegante... botas altas... flor en el ojal... sombrero de ala ancha... bufanda gris... todo un caballero. Pasa el arco pensando en cómo debía invertir el dinero... viene el ujier; le saluda... «¿Licencia, sir, licencia?» «¿Qué es eso?», dice mi padre. «Licencia, sir»,

dice el ujier. «¿Qué licencia?», dice mi padre. «Licencia de matrimonio», dice el ujier. «Vaya una cosa», dice mi padre; «nunca he pensado en eso». «Usted necesita una, sir», dice el ujier. Mi padre se detiene y piensa un momento. «No», dice, «quia; soy ya viejo, y además demasiado gordo». «Eso no importa nada, sir», dice el ujier. «¿Cree usted que no?», dice mi padre. «Ni lo más mínimo», dice el ujier; «el lunes casamos a un caballero doble que usted.» «¡Ah!, ¿sí?», dice mi padre. «Ya lo creo», dice el ujier; «si es usted un nene a su lado...; por aquí, sir..., por aquí.» Y mi padre le sigue como va un mono domesticado detrás del organillo hasta un pequeño despacho interior donde hay un individuo sentado entre papeles sucios y cajas de lata, haciendo que hacemos. «Tenga la bondad de sentarse mientras que le hago el affidávit, sir», dice el procurador. «Gracias, sir», dice mi padre, y se sienta y empieza a mirar a todas partes con la boca abierta y a fijarse en los nombres que hay en las cajas. «¿Cuál es su

nombre, sir?», dice el procurador. «Antonio Weller», dice mi padre. «¿Parroquia?», dice el procurador. «Belle Savage», dice mi padre, porque acostumbraba parar en ese sitio y no sabía nada de parroquias. «¿Y cuál es el nombre de la señora?», dice el procurador. Mi padre se quedó de una pieza. «¿Yo qué sé?», dice. «¡No lo sabe! », dice el procurador. «Sé lo mismo que usted», dice mi padre. «¿No puede ponerse el nombre después?» «¡Imposible!», dice el procurador. «Muy bien», dice mi padre, después de meditar un momento; «ponga usted señora Clarke.» «¿Qué, Clarke?», dice el procurador, mojando la pluma en el tintero. «Susana Clarke, Marquesa de Granbi, de Dorking», dice mi padre; «estoy seguro de que me aceptará si se lo propongo...; nunca le dije nada, pero me aceptará, lo sé». Se extendió la licencia y ella le aceptó; y es más: aún le tiene en su poder, y aún no he visto ni una de las cuatrocientas libras; mala suerte. Perdóneme, sir —dijo Sam al concluir—;

pero cuando hablo de estos abusos me dejo ir lo mismo que una carretilla con el eje engrasado.

Dicho lo cual, y después de callarse un momento, por si se le necesitaba para algo más, abandonó Sam la estancia.

—Las nueve y media... tiempo justo... salgo en seguida —dijo el caballero, al que no será necesario presentar como a Mr. Jingle.

—El tiempo ¿para qué...? —dijo la solterona con aire de coquetería.

—La licencia, ángel querido... avisar a la iglesia... llamarla mía mañana —dijo Mr. Jingle estrujando la mano de la solterona.

—¡La licencia! —dijo Raquel ruborizándose.

—La licencia —replicó Mr. Jingle—.

*A escape, en posta,
por la licencia;
ya estoy aquí.*

a escape, a escape,

—¡Cómo corre usted! —dijo Raquel.

—Correr... nada es eso para lo que correrán las horas, los días, las semanas, los meses, los años, cuando estemos unidos... correr... volarán, relámpagos... como el agua... vapor... cien caballos... como nada.

—¿No podríamos... no podríamos casarnos antes de mañana por la mañana? —preguntó Raquel.

—Imposible... no puede ser... aviso a la iglesia... dejar hoy la licencia... ceremonia mañana.

—Me aterra el que mi hermano llegara a descubrirnos —dijo Raquel.

—Descubrirnos... tonta... reventados con el vuelco... precaución extremada... tomamos el coche... vinimos al Borough... último sitio en que ha de buscarnos... ¡ah, ah!... Magnífica idea.

—No se retrase mucho —dijo con ternura la solterona mientras que Mr. Jingle se calaba el pellizcado sombrero.

—¡Retrasarme!... ¡Dulce tormento!...

Y acercándose Mr. Jingle a la solterona con ademán juguetón, imprimió en sus labios un casto beso y salió del gabinete bailoteando.

—¡Hombre adorado! —dijo la dama al cerrarse la puerta.

—¡Vieja tarasca! —dijo Mr. Jingle marchando aprisa por la galería.

Es amargo recapacitar sobre la perfidia de la humana condición, y, por tanto, renunciamos a acompañar a Mr. Jingle en las meditaciones que ocupaban su mente mientras que se dirigía a Doctor's Commons. Sólo diremos que, después de salvar las celadas de los dragones de blanco mandil que custodian la puerta de aquella región encantada, llegó al despacho del vicario general, y que luego de haber obtenido un pergamino altamente lisonjero del arzobispo de Canterbury para sus fieles y amados Alfredo Jingle y Raquel Wardle, prometidos, depositó cuidadosamente el místico documento en su bolsillo, y hacia el Borough enderezó sus pasos, triunfante.

Aún caminaba Jingle hacia El Ciervo Blanco cuando dos fornidos personajes y un tercero bastante flaco entraban en el patio y buscaban a su alrededor en demanda de una persona autorizada a quien dirigir algunas preguntas. Mr. Samuel Weller hallábase a la sazón barnizando un par de botas pertenecientes a cierto labrador que en aquellos momentos reparaba sus fuerzas con un ligero almuerzo, consistente en dos o tres libras de fiambre de vaca y uno o dos grandes vasos de cerveza, después de terminar sus fatigosas tareas en el mercado del Borough, y hacia él dirigióse sin vacilar el caballero flaco.

—Oiga usted, amigo —dijo el caballero flaco.

«Tú debes de ser uno de esos que buscan las consultas gratuitas —pensó Sam—; de lo contrario, no me querrías tanto, así, de pronto. »

Pero sólo dijo: —

¿Qué desea, sir?

—Amigo —dijo el flaco caballero con amistoso carraspeó—: ¿tiene usted aquí muchos huéspedes, verdad? Muy atareado, ¿eh?

Sam echó una ojeada al preguntón. Era un hombrecito enjuto, de apretada faz y de pequeños ojos negros e infatigables, que no cesaban de guiñar y parpadear a uno y otro lado de su curiosa naricilla, como si dedicáranse a un perpetuo juego de escondite con esta parte de la cara. Vestía de negro de arriba abajo; usaba botas tan relucientes como sus ojos, bajo corbatín y limpia camisa de rizada pechera. De su bolsillo pendían una cadena de reloj, de oro, y un guardapelo. Llevaba negros guantes de gamuza en sus manos, pero no calzados, y metía, al hablar, sus puños bajo los faldones de su levita, afectando el continente de un hombre habituado al interrogatorio capcioso.

—Muy ocupado, ¿eh? —dijo el hombrecito.

—¡Ah, muy bien, sir! —replicó Sam—; ni quebramos ni hacemos gran fortuna. Comemos nuestro carnero cocido sin alcaparras, y no nos

ocupamos de los rábanos cuando se nos da la vaca.

—¡Ah, vamos! —dijo el hombrecito—. ¿Es usted socarrón, verdad?

—Mi hermano el mayor padecía esa enfermedad —dijo Sam—; tal vez se me haya pegado... como yo dormía con él...

—Es curiosa esta vieja casa de usted —dijo el hombrecito mirando en derredor.

—Si hubiera usted avisado que iba a venir, la hubiéramos arreglado —replicó el imperturbable Sam.

El hombrecillo pareció azorarse ante aquellas evasivas respuestas, y celebróse un conciliábulo entre él y los dos señores gordos. Al terminar la consulta, el hombrecito tomó un polvo de rapé de una caja oval de plata, y ya se disponía a reanudar la conversación, cuando uno de los otros dos caballeros, que, además de tener una cara bondadosa, poseía anteojos y unas polainas negras, terció en el diálogo.

—La cuestión es —dijo el bondadoso caballero— que aquí mi amigo —señalando al otro señor gordo— le daría media guinea si usted quisiera contestar a una o dos...

—Bien, señor mío... mi querido señor —dijo el hombrecito—; permítame, mi querido señor; la primera regla que hay que observar en estos casos es que, si se pone un asunto en manos de un profesional, no se debe intervenir en el proceso del negocio; usted tiene que confiar por completo en mí. En realidad, Mr... —volviéndose al otro señor gordo—, he olvidado el nombre de su amigo.

—Pickwick —dijo Mr. Wardle, porque no era otro aquel risueño personaje.

—¡Ah! Pickwick... Mr. Pickwick, señor mío, perdóneme usted... Sería para mí una dicha recibir cualquier indicación privada de usted, como *amicus curiae*; pero debe usted hacerse cargo de la inconveniencia de terciar en mi gestión con un argumento tan *ad captandum* como

el de ofrecer media guinea. Créame, señor mío, créame.

Y el hombrecito tomó un polvo argumentativo y adoptó una actitud de profunda gravedad.

—Mi deseo, sir —dijo Mr. Pickwick—, es terminar cuanto antes este enojoso asunto.

—Perfectamente... perfectamente —dijo el hombrecito.

—Con cuyo objeto —prosiguió Mr. Pickwick— he empleado el argumento que mi experiencia me ha enseñado ser el que tiene más probabilidades de eficacia en todos los casos.

—¡Ah, ah! —dijo el hombrecito—. Muy bien, muy bien; pero debiera usted habérmelo participado a *mí*. Señor mío, yo no puedo creer que usted ignora la ilimitada confianza que debe ponerse en un profesional. Y de citar alguna autoridad a este respecto, querido señor, permítame remitirle al bien conocido caso de Barnwell y ...

—No hay que hacer caso de Jorge Barnwell —interrumpió Sam, que había permanecido como curioso oyente durante el breve coloquio—; todo el mundo está harto de saber cuál fue su caso; aunque tengan ustedes presente que, según mi opinión, la muchacha merecía cien veces más que él figurar en aquel precioso cuadro. Sin embargo, no se trata aquí de nada de eso. Usted desea que yo tome media guinea. Muy bien; reconocido. No se me ocurre cosa mejor que decir. —Mr. Pickwick sonrió—. Ahora lo que importa saber es qué diablo me quieren ustedes a mí, como dijo aquél al ver al fantasma.

—Nosotros deseamos saber... —dijo Mr. Wardle. —Permítame, señor... mi querido señor —se atravesó diciendo el diligente hombrecito.

Encogióse de hombros Mr. Wardle y se quedó callado.

—Nosotros necesitamos saber —dijo solemnemente el hombrecito—, y se lo preguntamos a usted para no despertar recelos ahí dentro,

necesitamos saber a quién tiene usted ahora en su casa.

—¿Que a quién tenemos en casa? —dijo Sam, en cuya imaginación los huéspedes se hallaban representados por aquella prenda del indumento que caía bajo su particular cuidado y tutela—. Hay una pata de palo en el número seis; un par de hessianas en el trece; aquí tengo éstas de vueltas de cuero del cuarto interior del *bar*, y cinco más de botas altas en el café.

—¿Nada más? —dijo el hombrecito.

—Espere un poco —replicó Sam de pronto, haciendo memoria—. Sí; hay un par de Wellington bastante usadas y unos zapatos de señora del número cinco.

—¿Qué clase de zapatos? —se apresuró a preguntar Wardle, que había permanecido algún tiempo maravillado ante la singular catalogación de los huéspedes.

—Hechura de aldea —replicó Sam.

—¿Sin nombre de zapatero? —Pardo.

—¿De dónde?

—Muggleton.

—¡Son ellos! —exclamó Wardle—. ¡Gracias a Dios, los hemos encontrado!

—¡Chist! —dijo Sam—. El de las Wellington se ha ido a Doctor's Commons.

—No —dijo el hombrecito.

—Sí, por una licencia.

—Llegamos a tiempo —exclamó Wardle—. Enséñenos la habitación; no hay que perder momento.

—Permítame, sir.. permítame —dijo el hombrecito—; cautela.

Extrajo de su bolsillo una bolsita de seda roja y miró fijamente a Sam, sacando un soberano.

Sam frunció expresivamente el ceño.

—Enséñenos la habitación en seguida, sin anunciarnos —dijo el hombrecito—, y es suya.

Arrojó Sam a un rincón las botas de vueltas de cuero y les guió por un oscuro pasillo que conducía a una gran escalera. Paróse al final de un segundo pasillo, y levantó su mano.

—Aquí es —murmuró el procurador, depositando la moneda en la mano del guía.

Avanzó el mozo algunos pasos, seguido de los dos amigos y de su consejero legal. Se detuvo al llegar a una puerta.

—¿Es ésta la habitación? —murmuró el hombrecito.

Sam asintió.

Abrió la puerta el viejo Wardle y entraron los tres en la estancia, al mismo tiempo que Mr. Jingle, que acababa de llegar, exhibía la licencia ante la dama.

Dejó escapar un fuerte chillido la solterona y, desplomándose sobre una silla, cubrió su rostro con las manos. Plegó Mr. Jingle la licencia y la metió en su bolsillo.

—¡Es usted... es usted un gran bribón! —exclamó Wardle, jadeante de ira.

—Señor mío, mi querido señor —dijo el hombrecito, poniendo en la mesa su sombrero—. Considere... dispense. Difamación; de-

manda por injurias. Cállese, mi querido señor; se lo suplico.

—¿Cómo ha osado usted arrebatarse a mi hermana de mi casa? —dijo el anciano.

—Eso... eso... muy bien —dijo el hombrecito—; eso es lo que debe usted preguntar. ¿Cómo ha osado usted, sir... eh, sir?

—Pero, ¿quién demonios es usted? —preguntó Mr. Jingle con aire tan resuelto, que el hombrecito no pudo menos de retroceder uno o dos pasos.

—¿Quién es él, so granuja? —terció Wardle—. Es mi procurador, Mr. Perker, de Gray's Inn. Perker: quiero perseguir a ese individuo... procesarle... arruinarle. Y usted —prosiguió Mr. Wardle, encarándose de pronto con su hermana—, usted, Raquel, a su edad, cuando ya debía saber bien lo que hace, ¿qué es lo que se propone escapándose con un vagabundo, deshonrando a su familia y labrando su propia desdicha? Póngase el sombrero, y vuelva. Avise

un coche inmediatamente y traiga la cuenta de esta señora, ¿oye usted?

—Perfectamente, sir —replicó Sam, acudiendo al violento campanillazo de Wardle con una celeridad que hubiera parecido milagrosa a todo el que no supiera que durante toda la escena había permanecido mirando por el ojo de la llave.

—Póngase el sombrero —repitió Wardle.

—No haga semejante cosa —dijo Jingle—. Váyase de la habitación, sir... nada que hacer aquí... la señora es libre de proceder como quiera... más de veintiuno.

—¡Más de veintiuno! —declaró Wardle desdenosamente—. ¡Más de cuarenta y uno!

—¡No es verdad! —dijo la solterona, cuya indignación se sobrepuso al propósito de desmayarse.

—Sí que lo es —replicó Wardle—; tiene cincuenta, si tiene una hora.

En este momento lanzó un grito tremendo la solterona y quedó sin sentido.

—Un vaso de agua —dijo el humanitario Mr. Pickwick, llamando a la posadera.

—¡Un vaso de agua! —dijo el indignado Wardle—. Traiga un cubo y échesele encima, que le hará bien, y se lo merece.

—¡Qué bárbaro! —exclamó la bondadosa posadera—. ¡Pobre señora!

Y al tiempo que pronunciaba frases como «vamos, señora... beba un poquito de esto... le sentará bien... no se deje llevar... pobre mía», etc., etc., la posadera, asistida por una camareira, procedió a asperjar con vinagre la frente, sacudir las manos y aflojar el corsé de la dama, además de administrarle otros reconstituyentes que las mujeres compasivas suelen aplicar a las señoras que se empeñan en dejarse poseer del histerismo.

—Espera el coche, sir —dijo Sam, apareciendo en la puerta.

—Vamos —exclamó Wardle—. Voy a llevármela abajo.

Ante esta proposición, tornó el histerismo con renovada violencia.

Preparábase la posadera a formular una violenta protesta contra semejante proceder, y había ya iniciado una indignada pregunta, diciendo que si se consideraba Mr. Wardle como el señor de todo lo creado, cuando se interpuso Mr. Jingle.

—Botas —dijo—, tráeme un guardia.

—Espere, espere —dijo el pequeño Mr. Perker—. Medite, sir, medite.

—No medito —replicó Jingle—. Ella es dueña de sus actos... A ver quién se atreve a llevársela... a menos de que ella lo desee.

—No quiero que me lleven —murmuró la solterona—. No quiero.

Y entonces le volvió el ataque.

—Mi querido señor —dijo el hombrecito en voz baja, llamando aparte a Mr. Wardle y a Mr. Pickwick—. Mi querido señor, estamos en una situación muy comprometida. Es un caso grave... mucho; no he visto otro más grave; porque

realmente, señor mío, no tenemos autoridad para intervenir en los actos de esta señora. Ya le advertía antes, mi querido señor, que lo único que podía hacerse era proponer una transacción.

Siguió un corto silencio.

—¿Qué clase de transacción aconseja usted?

—preguntó Mr. Pickwick.

—Señor mío, la posición de nuestro amigo es muy delicada... mucho. Tenemos que avenirnos a su sacrificio pecuniario.

—Me avengo a todo antes que aceptar esta desdicha y permitir que ella, trastornada como está, se haga desgraciada para toda la vida —dijo Wardle.

—Creo que puede arreglarse —dijo el expeditivo hombrecito—. Mr. Jingle: ¿quiere usted pasar con nosotros un momento a la habitación inmediata?

Accedió Mr. Jingle, y dirigióse el cuarteto a un gabinete vacío.

—Ahora, sir —dijo el hombrecito, cerrando cuidadosamente la puerta—, no hay medio de zanjar este asunto... por aquí, sir, un momento... en esta ventana, sir, donde podamos estar solos... ahí, sir, ahí, haga el favor de sentarse, sir. Y ahora, sir, de usted para mí, sabemos perfectamente, mi querido señor, que usted se ha escapado con esta señora por su dinero. No se enfade, sir, no se enfade; lo que yo digo queda entre nosotros. Ambos somos hombres de mundo y sabemos muy bien que estos amigos no lo son, ¿eh?

La faz de Mr. Jingle empezó a serenarse, y algo parecido a un guiño de inteligencia dibujóse un instante en su ojo izquierdo.

—Muy bien, muy bien —dijo el hombrecito observando el efecto que había logrado—. El hecho es que, aparte de unos cientos, la señora tiene poco o nada hasta la muerte de su madre..., robusta anciana, mi querido señor.

—Anciana —dijo Mr. Jingle conciso, pero con énfasis.

—Eso es —dijo el procurador, dejando escapar ligera tosecilla—. Tiene usted razón, sir, es muy vieja. Pero ella proviene de una antigua familia, sir; antigua en todas las acepciones de la palabra. El fundador de esta familia vino a Kent cuando Julio César invadió la Britania..., desde entonces sólo un individuo de esta familia ha vivido menos de ochenta y cinco años, y eso por haber sido decapitado por uno de los Enriques. La anciana no tiene ahora más que setenta y tres, mi querido señor.

Calló el hombrecito y tomó un polvo de rapé.

—Bien —exclamó Mr. Jingle.

—Bien, mi querido señor... ¿no toma usted rapé?... ¡Ah!, cuánto mejor... dispendiosa costumbre... bien, señor mío, es usted un joven, un hombre de mundo... capaz de hacer fortuna, si dispone de capital, ¿eh?

—Bien —volvió a decir Mr. Jingle.

—¿Me comprende usted?

—No por completo.

—¿No cree usted... yo le pregunto a usted, no cree usted... que cincuenta libras y la libertad valen más que Miss Wardle y la expectativa?

—No... ¡ni el doble! —dijo Mr. Jingle levantándose.

—Vaya, vaya, vaya, señor mío —arguyó el pequeño procurador, asiéndole por un botón—. Hermosa suma... un hombre como usted puede triplicarla en nada de tiempo... puede hacerse mucho con cincuenta libras, mi querido amigo.

—Más puede hacerse con ciento cincuenta —replicó Mr. Jingle con gran desenvoltura.

—Bueno, señor mío, no nos entretengamos en esas minucias —continuó el hombrecito—; pongamos... pongamos... setenta.

—No basta —dijo Mr. Jingle.

—No se vaya, querido... haga el favor de no precipitarse —dijo el hombrecito—. Ochenta, ¡jea!; voy a extenderle un cheque ahora mismo.

—No basta —dijo Mr. Jingle.

—Bien, querido, bien —dijo el hombrecito deteniéndole aún—; dígame, entonces, cuánto.

—Asunto costoso —dijo Mr. Jingle—. Dinero desembolsado... coche de posta, nueve libras; licencia, tres... ya son doce... indemnización, ciento... ciento doce... deshonor... y pérdida de la dama.

—Sí, querido, sí —dijo el hombrecito dirigiéndole una mirada de inteligencia—; no hay que ocuparse de los dos últimos extremos. Total, ciento doce... pongamos ciento... vamos.

—Veinte —dijo Mr. Jingle.

—Vamos, vamos; voy a extenderle un cheque —dijo el hombrecito.

Y con este propósito se sentó a la mesa.

—Lo extenderemos a pagar pasado mañana —dijo el hombrecito mirando a Mr. Wardle—, y entre tanto podemos llevarnos a la señora.

Mr. Wardle asintió, moviendo la cabeza con aire de enojo.

—Ciento —dijo el hombrecito.

—Ciento veinte —dijo Mr. Jingle.

—Por Dios, querido —le reconvino el hombrecito.

—Déselo —intervino Mr. Wardle—, y que se marche.

Fue extendido el cheque por el hombrecito y embolsado por Mr. Jingle.

—¡Ahora váyase de esta casa al instante! —dijo Wardle con brusco ademán.

—¡Querido, por Dios! —suplicó el hombrecito.

—Y tenga bien presente que nada me hubiera inducido a esta transacción... ni siquiera la respetabilidad de mi familia... si no supiera que en el momento en que reciba el dinero se irá usted al diablo más de prisa que sin él.

—¡Por Dios, querido! —volvió a suplicarle el hombrecito.

—Quieto, Perker —dijo Wardle—. Márchese, sir.

—En seguida —dijo el imperturbable Jingle—. Adiós, adiós, Pickwick.

Cualquier espectador imparcial que hubiese contemplado el rostro del hombre ilustre cuyo nombre constituye el rasgo principal del título de esta obra, durante la última parte de esta conversación, se habría extrañado probablemente de que el fuego de la indignación que en sus ojos ardía no llegara a fundir los cristales de sus lentes: tan majestuosa era su cólera. Dilataronse las ventanas de su nariz y se crisparon sus puños al oír la despedida del villano. Mas se reprimió de nuevo... y no le hizo polvo.

—Aquí —prosiguió el incorregible traidor, arrojando la licencia a los pies de Mr. Pickwick—, cambiar el nombre... llevar a la señora... para Tuppy.

Aunque Mr. Pickwick era un filósofo, los filósofos no son, después de todo, más que hombres. El dardo le había alcanzado y había perforado su filosofía envolvente hasta llegar al mismo corazón. Presa de un rabioso frenesí, arrojó el tintero inconscientemente y su cuerpo siguió al proyectil. Pero Mr. Jingle había des-

aparecido, y Mr. Pickwick cayó en los brazos de Sam.

—¡Hola! —dijo el excéntrico criado—. Los muebles son baratos en su tierra, sir. Un tintero de movimiento, en la pared ha puesto el signo de usted, respetable anciano. Téngase, sir. ¿A qué conduce lanzarse tras de un hombre que ha hecho su fortuna y que a estas horas está ya en el otro extremo del Borough?

El espíritu de Mr. Pickwick, como el de todos los hombres verdaderamente grandes, se rindió a la evidencia. Era en el razonar pronto y seguro, y bastóle un momento de reflexión para reconocer la improcedencia de su cólera. Ésta fue dominada no bien concebida. Detúvose para tomar aliento, y dirigió una mirada de benignidad hacia los amigos que le rodeaban.

¿Hemos de repetir las lamentaciones que dejó escapar Miss Wardle al verse abandonada por el infiel Jingle? ¿Hemos de extractar la magistral descripción hecha por Mr. Pickwick de la conmovedora escena? Ante nuestros ojos se

halla el libro de notas, borrado a trechos por las lágrimas de su humanitaria simpatía; una palabra, y pasa a manos del impresor. Pero, ¡no, tengámonos! No queremos herir la sensibilidad del público con tan dolorosa narración.

Despacio y tristemente volvieron al otro día en carruaje a Muggleton los dos amigos y la abandonada señora. Las sombras oscuras y melancólicas de la noche estival cerraban el horizonte cuando los viajeros llegaban a Dingley Dell y trasponían la entrada de Manor Farm.

EN EL QUE SE CONTIENEN OTRA EXCURSIÓN Y UN DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO. REGÍSTRASE LA DETERMINACIÓN DE MR. PICKWICK DE ASISTIR A UNA ELECCIÓN, Y FIGURA POR FIN UN MANUSCRITO DEL VIEJO PASTOR

Una noche de sedante reposo en el profundo silencio de Dingley Dell y una hora de paseo a la siguiente mañana, respirando el aire embalsamado y fresco, repusieron a Mr. Pickwick de su fatiga corporal y espiritual perturbación. El ilustre personaje había permanecido separado dos días enteros de sus amigos y secuaces, y no es difícil concebir el placer y la alegría con que se adelantó a saludar a Mr. Winkle y a Mr. Snodgrass cuando encontró a estos dos caballeros al regresar de su matinal paseo. Fue mutuo el contento; porque, ¿quién hubiera podido contemplar el rostro resplandeciente de Mr.

Pickwick sin experimentar aquella sensación? Sin embargo, una nube parecía hallarse suspendida sobre sus compañeros, y habiéndola percibido el gran hombre, no acertaba a explicársela. Un aire de misterio, alarmante por lo insólito, envolvía a sus dos amigos.

—¿Y cómo —dijo Mr. Pickwick, estrechando las manos de sus amigos y cambiando con ellos fervorosas saluciones de bienvenida—, cómo está Tupman?

Mr. Winkle, a quien directamente se dirigió la pregunta, no contestó. Volvió la cabeza y pareció absorberse en melancólicas reflexiones.

—Snodgrass —dijo Mr. Pickwick, impaciente—, ¿cómo está nuestro amigo? ¿Está enfermo?

—No —replicó Mr. Snodgrass; y en su párpado sentimental tembló una lágrima, como tiembla una gota de lluvia en el quicio de una ventana—. No, no está enfermo.

Quedó perplejo Mr. Pickwick y miró a sus amigos alternativamente.

—¡Winkle, Snodgrass! —dijo Mr. Pickwick—. ¿Qué significa esto? ¿Dónde está nuestro amigo? ¿Qué ha ocurrido? Hablad... les suplico, les ruego... más aún: se lo mando, hablen.

En el ademán de Mr. Pickwick había una solemnidad y una dignidad irresistibles.

—Se ha ido —dijo Mr. Snodgrass.

—¡Se ha ido! —exclamó Mr. Pickwick—. ¡Se ha ido!

—Se ha ido —repitió Mr. Snodgrass.

—¿Adónde? —preguntó Mr. Pickwick.

—Sólo podemos deducirlo de esta carta —replicó Mr. Snodgrass, sacando un papel de su bolsillo y poniéndolo en manos de su amigo—. Cuando ayer mañana se recibió la carta de Mr. Wardle participando que llegaría con su hermana por la noche, la melancolía que en nuestro amigo habíamos observado durante todo el día anterior aumentó de modo manifiesto. Poco después desapareció; no se le vio en todo el día, y por la noche, un criado de La Corona, de Muggleton, trajo esta carta. La había dejado

nuestro amigo por la mañana, con la orden estricta de no entregarla hasta la noche.

Mr. Pickwick abrió la epístola. Era de puño y letra de su amigo, y su contenido era el siguiente:

«Mi querido Pickwick:

»Usted, amigo querido, está fuera del alcance de muchas flaquezas y debilidades humanas, de las que no pueden triunfar las gentes mediocres. No sabe usted lo que es verse abandonado en un soplo por un ser adorable y fascinador, y ser víctima de las arteras maquinaciones de un villano que esconde la astucia bajo la máscara de la amistad. No puede usted comprenderlo.

»Las cartas que se me dirijan a La Botella de Cuero, en Cobham, Kent, me serán entregadas... suponiendo que aún exista. Huyo de la vista de ese mundo que se me ha hecho odioso. Si al fin llegara a desaparecer definitivamente, compadézcame... perdóneme... La vida, mi querido Pickwick, me resulta insoportable. El

espíritu que arde en nuestro interior soporta el fardo que contiene la pesada carga de cuidados y tribulaciones mundanales; y cuando este espíritu flaquea en nosotros, es la carga demasiado pesada para que pueda sufrirse. Sucumbimos a ella. Diga a Raquel... ¡Ah, ese nombre...!

»*Tracy Tupman*».

—Tenemos que partir inmediatamente —dijo Mr. Pickwick, doblando la carta—. No estaría bien quedarnos aquí, por ningún concepto, después de lo que ha ocurrido; y estamos ahora obligados a volar en busca de nuestro amigo.

Y diciendo esto se encaminó a la casa.

En seguida dio a conocer su resolución. Fueron apremiantes las súplicas que se le hicieron de quedarse, mas fue inflexible Mr. Pickwick. Ciertos asuntos, dijo, requerían su presencia.

El viejo clérigo hallábase presente.

—Pero, ¿es que se va usted? —dijo, llamando aparte a Mr. Pickwick—. Pues aquí —

añadió— tiene usted un pequeño manuscrito que yo esperaba haber tenido el placer de leerle. Lo encontré a la muerte de un amigo mío... un médico del manicomio del condado... entre otros varios papeles, que podía destruir o conservar, según juzgase conveniente. Me resisto a creer en la autenticidad del manuscrito, si bien no es de mano de mi amigo. Sin embargo, ya sea relación genuina de un loco o fantasía soñadora de algún ser infeliz, lo que creo más probable, léalo y juzgue por sí mismo.

Tomó Mr. Pickwick el manuscrito y despidióse del bondadoso anciano con sinceras muestras de afecto y estimación.

No era fácil tarea despedirse de los habitantes de Manor Farm, de los que había recibido tantas pruebas de cortesía y de hospitalidad. Besó Mr. Pickwick a las señoritas, íbamos a decir como si fueran sus hijas; pero es casi seguro que en tal caso hubiera puesto más ardor en la despedida, y no sería pertinente la comparación; abrazó a la anciana con efusión filial, y

acarició las mejillas de las criadas de la manera más patriarcal, al tiempo que depositaba en las manos de cada una demostraciones más sustanciosas de su agradecimiento. Aún fueron más prolongadas y tiernas las señales de afecto cambiadas con el viejo huésped y Trundle; y sólo después de haberle llamado varias veces Mr. Snodgrass, que salió al fin de un oscuro pasillo seguido de cerca por Emilia, cuyos brillantes ojos denotaban melancolía extraordinaria, pudieron los tres amigos arrancarse de la cariñosa familia. Muchas veces volvieron la vista hacia la granja, mientras se alejaban poco a poco; y muchos besos echó a volar Mr. Snodgrass, mostrando reconocer algo como un pañuelo de señora que se agitaba en una de las ventanas del piso alto, hasta que una revuelta del camino les ocultó la casa.

En Muggleton se proporcionaron un coche para Rochester. Cuando llegaban a esta ciudad, la violencia de su amargura había remitido lo bastante para dejarles almorzar con excelente

apetito; y después de adquirir noticias acerca del itinerario que debían seguir, ya por la tarde, se dirigieron paseando a Cobham.

Fue un delicioso paseo, porque corría una hermosa tarde de junio y marchaban los tres amigos atravesando un frondoso y umbrío bosque, oreado por ligera brisa, que agitaba el espeso follaje, y dejábase oír el alegre canto de los pájaros que saltaban sobre los floridos pimpollos. El musgo y la yedra trepaban a los árboles en tupidos racimos, y el blando césped tendíase en el suelo semejando un tapiz de seda. Salieron los caminantes a un amplio parque, hacia cuyo centro había un antiguo castillo, en el que campeaba el atildado y pintoresco estilo del tiempo de Isabel. Largas hileras de macizos robles y de álamos corpulentos bordeaban el parque; nutridos rebaños pastaban en la fresca hierba, y de vez en cuando veíase huir a las espantadas liebres con la presteza de las sombras fugitivas que proyectaban las nubes sobre

el paisaje selváceo, como fugaces hálitos del verano.

—Si vinieran —dijo Mr. Pickwick mirando a su alrededor—, si vinieran a este paraje todos aquellos a quienes aqueja la misma tribulación que a nuestro amigo, creo que no tardaría en volver a ellos el amor a este mundo.

—Creo lo mismo —dijo Mr. Winkle.

—Y en realidad —añadió Mr. Pickwick, cuando media hora después llegaron al pueblo—, en realidad, es uno de los más lindos y agradables lugares que puede elegir un misántropo.

Tanto Mr. Winkle como Mr. Snodgrass manifestaron compartir esta opinión, y habiéndoseles indicado La Botella de Cuero, que era una confortable y aseada cervecería del pueblo, entraron los viajeros y preguntaron al punto por un caballero llamado Tupman.

—Lleva a estos señores al salón, Tomás —dijo la dueña.

Un robusto mozo de aspecto campesino abrió una puerta situada al fondo del pasillo, y penetraron los tres amigos en una larga estancia de techo bajo, amueblada con gran número de sillas de formas fantásticas con altos respaldos de cuero y exornada con gran variedad de antiguos retratos y de groseros cromos, antiguos también. En el extremo opuesto de la estancia había una mesa cubierta por blanco mantel, en la que se veía un asado de ave, tocino, cerveza, etcétera; y a esta mesa estaba sentado Mr. Tupman con el continente más dispar que puede concebirse del de un hombre que se ha despedido del mundo.

Al entrar sus amigos, dejó el caballero el cuchillo y el tenedor, y con gesto doloroso se adelantó a saludarles.

—No esperaba verles por aquí —dijo estrechando la mano de Mr. Pickwick—. Son ustedes muy cariñosos.

—¡Ah! —dijo Mr. Pickwick sentándose y enjugando el sudor producido en su frente por el

ejercicio—. Acabe de comer y venga conmigo. Deseo hablarle a solas.

Hizo Mr. Tupman lo que se le indicaba, y después de refrescarse Mr. Pickwick con un copioso trago de cerveza, esperó a que su amigo terminara. La comida fue despachada rápidamente, y salieron juntos los dos caballeros.

Durante media hora viose las siluetas de ambos personajes pasear de un extremo a otro por la placeta de la iglesia, mientras que Mr. Pickwick dedicábase a combatir la resolución de su compañero. Inútil sería repetir sus argumentos, porque, ¿qué otro lenguaje que no fuera el del gran maestro podría infundirles tanta fuerza y tanta energía? Poco nos importa que fuese el hallarse Mr. Tupman harto de su ostracismo, o la elocuencia de su amigo, lo que sobre él influyera; el caso es que hubo de rendirse.

Mr. Tupman no abrigaba preferencia alguna respecto al lugar en que había de extinguir el resto mísero de sus días; y puesto que su amigo

estimaba en tanto su compañía, deseaba compartir sus aventuras.

Mr. Pickwick sonrió; se estrecharon las manos y fueron a reunirse con sus compañeros.

Fue en este preciso momento cuando realizó Mr. Pickwick el descubrimiento inmortal que ha sido orgullo y motivo de jactancia para sus amigos, así como la envidia de todos los arqueólogos nacionales y extranjeros. Habían pasado la puerta de su posada y caminaban hacia la salida del pueblo, cuando quisieron reconocer el lugar en que se encontraban. Al volver la cabeza Mr. Pickwick fue a dar su mirada en una piedra rota y pequeña que se hallaba parcialmente enterrada junto a la fachada de una casucha.

Se detuvo repentinamente.

—Esto es muy raro —dijo Mr. Pickwick.

—¿Qué es raro? —inquirió Mr. Tupman mirando ávidamente a todos los objetos cercanos, menos al objeto en cuestión—. ¡Dios me valga! ¿Qué ocurre?

La última exclamación obedeció al asombro irreprimible que le ocasionó ver a Mr. Pickwick, poseído por el entusiasmo de su descubrimiento, caer de rodillas ante el pedrusco y empezar a quitarle el polvo con el pañuelo.

—Aquí hay una inscripción —dijo Mr. Pickwick.

—¿Es posible? —dijo Mr. Tupman.

—La veo claramente —prosiguió Mr. Pickwick, frotando con toda su fuerza y mirando a través de sus lentes. »Distingo claramente una cruz, una B y luego una T. Esto es importante —continuó Mr. Pickwick levantándose—. Ésta es alguna antigua inscripción que existe desde mucho antes que las casas de este lugar. No hay que perderla.

Llamó a la puerta de la casita. Abrió un campesino.

—¿Usted sabe cómo ha venido esta piedra a parar aquí, amigo? —preguntó bondadosamente Mr. Pickwick.

—No, sir; no lo sé —replicó el hombre con amabilidad—. Estaba aquí mucho antes de que yo naciera y de que naciera ninguno de nosotros.

Mr. Pickwick miró a su compañero, triunfante.

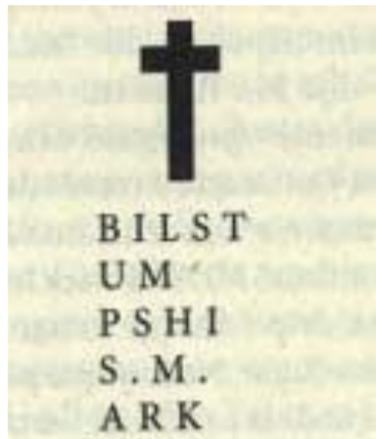
—Usted... usted... me parece que no tendrá interés por esto —dijo Mr. Pickwick, temblando de ansiedad—. ¿Piensa usted venderlo?

—¡Ah!, pero, ¿quién iba a comprarlo? —preguntó el hombre con gesto que tal vez denotase astucia.

—Yo le daré a usted ahora mismo diez cheques por ella —dijo Mr. Pickwick—, si usted la arranca para mí.

Puede imaginarse fácilmente el asombro que causaría en el pueblo el ver que, después de arrancarse la piedra con una azada, la tomó Mr. Pickwick y, a costa de grandes esfuerzos, la llevó a la posada por su propia mano y, después de lavarla escrupulosamente, la depositó sobre una mesa.

No conoció límites la alegría de los pickwickianos cuando su asiduidad, su paciencia y el trabajo empleados en lavar y frotar la piedra se vieron coronados por el éxito. La piedra era desigual y estaba resquebrajada y las letras irregularmente dispuestas; pero era bien perceptible y fácil de descifrar el siguiente fragmento:



Los ojos de Mr. Pickwick chispeaban de entusiasmo al sentarse y examinar con afán el tesoro que había descubierto. Acababa de al-

canzar uno de los más altos objetivos de su ambición. En una comarca famosa por la abundancia de restos de las antiguas edades; en un pueblo en el que aún existían algunos recuerdos de un pasado remoto, él... él, el presidente del Club Pickwick... había descubierto una rara y curiosa inscripción de indiscutible antigüedad, que escapara por completo a la observación de los muchos sabios que le habían precedido. Apenas podía dar crédito a sus sentidos.

—Esto... esto —dijo— me decide. Mañana volveremos a la ciudad.

—¡Mañana! —exclamaron admirados los discípulos.

—Mañana —dijo Mr. Pickwick—. Este tesoro tiene que ser depositado en seguida donde pueda investigarse e interpretarse debidamente. Pero aún tengo otra razón. Dentro de unos días tendrán lugar unas elecciones en la villa de Eatanswill, en la que Mr. Perker, un caballero a quien acabo de conocer, patrocina a uno de los candidatos. Tenemos que presenciar y estudiar

minuciosamente una escena que debe interesar a todo inglés.

—Iremos —respondieron a coro tres voces.

Miró a su alrededor Mr. Pickwick. La fervorosa adhesión de sus discípulos encendió en su espíritu una llama de entusiasmo. Era el maestro y se daba cuenta de su posición.

—Celebremos el feliz encuentro con unas copas —dijo. Esta proposición fue, como la otra, acogida con unánime aplauso. Luego de encerrar la importante piedra en una pequeña caja, comprada a la posadera, sentóse en una butaca Mr. Pickwick a la cabecera de la mesa. La tarde se empleó en amenos y gozosos comentarios.

Eran más de las once, hora avanzada para el pequeño pueblo de Cobham, cuando Mr. Pickwick se retiraba al dormitorio que se le había preparado. Abrió de par en par la enrejada ventana y, colocando la luz sobre la mesa, se perdió en meditaciones acerca de los atropellados sucesos de los dos días anteriores.

La hora y el lugar favorecían de consuno el ejercicio reflexivo; Mr. Pickwick despertó de sus divagaciones al oír las doce tañer en el reloj de la iglesia. La primera campanada sonó en su oído de un modo solemne, mas al cesar los toques le pareció insoportable la quietud: le hacía el efecto de haber perdido un compañero. Estaba excitado y nervioso; desnudóse rápidamente y, después de colocar la luz en la chimenea, se metió en la cama.

Todo el mundo ha experimentado ese estado mental desagradable en el que la sensación del cansancio físico lucha en vano contra el insomnio. Tal era la situación de Mr. Pickwick en aquel momento: volvióse primero hacia un lado, luego a otro, y cerró los ojos por algún tiempo, como para atraer el sueño. De nada le sirvió. El excesivo ejercicio que había hecho, o el calor, o el aguardiente y el agua que había bebido, o el extrañar la cama, cualquiera que fuese la causa, el caso era que sus pensamientos tornábanse inquietos hacia los horribles cro-

mos que viera en el salón y hacia las historias que con tal motivo habíanse relatado en el curso de la velada. Después de dar vueltas durante media hora llegó a la desagradable conclusión de que era inútil conciliar el sueño; levantóse, pues, y se vistió a medias. Cualquiera cosa, pensaba, era mejor que permanecer allí imaginando toda clase de horrores. Miró hacia la ventana; estaba muy oscuro. Comenzó a pasear por la estancia; se sentía muy solo.

Varias veces había recorrido la distancia entre la ventana y la puerta, cuando vino a su memoria por vez primera el manuscrito del cura. No fue mala ocurrencia. Si no llegaba a interesarle, podría traerle el sueño. Sacó el manuscrito del bolsillo de su levita y, acercando a la cama una pequeña mesa, despabiló la luz, calóse los lentes y se dispuso para la lectura. Era una letra extraña, y había en el papel muchas manchas y borrones. Empezó por sorprenderle el título, y no pudo menos de dirigir a su alrededor una mirada inquieta. Reflexio-

nando en lo absurdo de tales sensaciones, arregló la luz de nuevo y leyó lo siguiente:

EL MANUSCRITO DE UN LOCO

¡Sí, de un loco! ¡Cómo hubiera conmovido mi corazón esa palabra hace muchos años! ¡Cómo hubiera hecho renacer aquel terror que algunas veces me acometía, haciendo correr por mis venas la sangre palpitante, hasta que el helado rocío del espanto brotaba en anchas gotas sobre mi piel y chocaban mis rodillas temblando de horror! Ahora me gusta, sin embargo. Es una hermosa palabra. Decidme qué ceño iracundo de monarca fue más temido que el destello de la mirada de un loco..., qué cuerda o qué hacha aprehendieron tan fatalmente como la presa de un loco. ¡Oh, oh! ¡Qué gran cosa es ser un loco; ser contemplado a través de férreas barras como un fiero león...; hacer crujir los dientes y aullar la noche entera entre el alegre canto de la pesada cadena...; rodar y arrastrarse entre la paja, en el arrobamiento de tan

brava música! ¡Bienhaya el manicomio! ¡Oh, admirable mansión!

»Recuerdo los días en que me horrorizaba el ser loco; los días en que, al despertar de mi sueño, caía de rodillas y rezaba para que mi raza se librara de semejante maldición; cuando huía veloz ante el espectáculo de la alegría o de la dicha a consumir largas horas en algún retiro solitario, observando el progreso de la fiebre que había de devorar mi cerebro. Yo sabía que la locura estaba dentro de mi sangre y en la médula de mis huesos; que había pasado una generación sin que fuera invadido ninguno de la peste, y yo era el primero en quien ella debía revivir. Sabía que así había de ser, que así había sido y que así sería en lo sucesivo; y cuando yo me apartaba en algún oscuro rincón de una habitación llena de gente y veía a los hombres murmurar, señalarme y volver hacia mí sus ojos, sabía que estaban hablando del sentenciado, y yo me evadía para aturdirme de nuevo en mi triste soledad.

»Esto hice durante varios años; largos, largos años fueron aquéllos. Las noches son aquí largas... muy largas; pero no son nada comparadas con las noches sin descanso y pobladas de espantosos sueños que yo pasaba en aquellos tiempos. Frío me da el recordarlas. Amplias formas negras de rostros sigilosos y burlescos se guarnecían en los rincones de mi cuarto, e inclinábanse sobre mi lecho por la noche, tentándome a la locura. En quedos murmullos decíanme que el suelo de la vieja casa en que mi abuelo había muerto estaba impregnado con su propia sangre, vertida por su propia mano en los accesos de locura furiosa. Yo me tapaba los oídos con los dedos; pero ellos gritaban dentro de mi cabeza, hasta que la habitación se llenaba con sus ecos, que durante la generación anterior a la suya había dormitado la locura, pero que su abuelo había vivido años enteros con sus manos sujetas al suelo para evitar que él mismo se hiciera pedazos. Yo sabía que me decían la verdad; lo sabía perfectamente. Lo

había averiguado años hacía, aunque todos habían procurado ocultármelo. ¡Ah, ah!; era yo bastante sagaz, por muy loco que me juzgaran.

»Al cabo vino sobre mí, y yo me pregunto cómo había podido temerla tanto. Ya podía lanzarme al mundo y reír y gritar entre todos. Yo sabía que estaba loco, pero ninguno lo sospechaba aún. ¡Cómo me retorcía de placer al pensar en la fina burla que les jugaba después de los murmullos y disimuladas alusiones con que a mí se referían, cuando, estando aún cuerdo, temían que algún día enloqueciera! ¡Y cómo me reía de alegría cuando estaba solo y pensaba en la habilidad con que guardaba mi secreto y en lo pronto que mis cariñosos amigos hubieran huido de mí de haber sabido la verdad! Podía haber gritado con entusiasmo cuando comía con algunos bulliciosos compañeros, pensando cuán pálidos se hubieran tornado y con qué presteza hubieran escapado si hubieran sabido que el querido camarada que junto a ellos se sentaba y que se ocupaba de afilar el

rutilante cuchillo era un loco con todo el poder y toda la voluntad necesarios para hundírsele en el corazón. ¡Oh, qué alegre vida!

»Llegué a la riqueza; la fortuna cayó sobre mí a raudales, y yo me aturdía en los placeres, que para mí se multiplicaban y ganaban en intensidad por la consciencia de mi bien guardado secreto. Heredé una fortuna. La ley..., el ojo de águila de la ley, había sido engañado, y se había concedido miles y miles a un demente sin la menor discusión. ¿Dónde estaba la sagacidad y la agudeza de los cuerdos? ¿Dónde la pericia de los juristas, siempre afanosos por descubrir la rendija?

»¡Ya tenía yo dinero! ¡Cómo se me adulaba! ¡Gasté con prodigalidad! ¡Cómo se me ensalzaba! ¡Cómo aquellos tres orgullosos y despóticos hermanos se humillaban ante mí! El mismo anciano padre... ¡qué deferencia..., qué respeto..., qué ferviente amistad...! ¡Me adoraba! El viejo tenía una hija, y una hermana el joven; los tres eran pobres. ¡Yo era rico! Y cuando me casé

con la muchacha vi dibujarse en las caras de sus parientes necesitados una sonrisa de triunfo, al pensar en su bien meditado proyecto y en su rico botín. Todo esto me hacía sonreír. ¡Sonreír! Reír estrepitosamente, arrancarme los cabellos y rodar por el suelo con aullidos de alegría. ¡Ignoraban que la habían casado con un loco!

»Pero, vamos a ver: de haberlo sabido, ¿hubieran dejado de casarla? ¡La felicidad de una hermana a cambio del oro de su marido! ¡La más liviana pluma que yo soplo en el aire, comparada con la alegre cadena que adorna mi cuerpo!

»Mas, con toda mi astucia, se me engañó en una cosa. De no haber estado loco (pues aunque los locos somos sutiles en alto grado, nos vemos sorprendidos a veces), hubiera sabido que la muchacha mejor habría preferido ser encerrada rígida y fría en austero féretro de plomo que ser la esposa envidiada, moradora de mi casa rica y espléndida. Yo hubiera debido saber que su corazón pertenecía al muchacho

de ojos negros cuyo nombre le oí murmurar durante su turbulento sueño, y que ella me había sido sacrificada para aliviar la pobreza del anciano y de los altaneros hermanos.

»No recuerdo ya formas ni rostros, pero sé que la muchacha era hermosa. Sé que lo era, porque cuando despierto sobresaltado en las claras noches de luna y todo calla en derredor mío, veo de pie, tranquila e inmóvil, en un rincón de mi celda, una ingrávida y delgada figura de largos cabellos negros que se desbordan por su espalda, agitándose a favor de un viento ultraterreno, y unos ojos que me miran fijamente, sin cerrarse ni pestañear. ¡Chist!, la sangre se me hiela en el corazón al escribirlo...; esa forma es la suya; su cara está muy pálida, y sus ojos, vidriosos; pero los conozco perfectamente. Esta figura no se mueve jamás, no frunce su entrecejo ni mueve sus labios como otros espectros que me visitan; pero me espanta más que los espíritus que hace años me tentaron; viene de la tumba y sellada por la muerte.

»Durante poco más de un año vi yo a este rostro palidecer; durante un año vi las lágrimas resbalar por sus lívidas mejillas, mas no descubría la causa. Al cabo la encontré; no podía ocultárseme por mucho tiempo. Ella nunca me había amado. Nunca pensó tal cosa. Desdeñaba mi riqueza y odiaba el esplendor en que vivía; esto nunca lo hubiera creído. Ella amaba a otro. En esto no había yo pensado jamás. Sobreviniéronme extrañas sensaciones, y ciertos pensamientos, imbuidos en mi mente por un poder secreto, ponían mi cerebro en vertiginosa revolución. No le odiaba a ella, aunque aborrecía al muchacho por quien ella suspiraba. La compadecía... la compadecía por la mísera vida a que la habían condenado sus malvados y egoístas parientes. Yo sabía que no había de vivir largo tiempo; mas el pensamiento de que antes de morir pudiera dar la vida a alguna desdichada criatura predestinada a transmitir a su vástago la locura me decidió por completo. Resolví matarla.

»Pensé en el veneno por espacio de muchas semanas; luego, en ahogarla, y, por fin, en el fuego. Era un hermoso espectáculo el que había de ofrecer la gran casa en llamas y la esposa del loco volando convertida en cenizas. Pensar en la broma deliciosa de una amplia indemnización y de algún hombre honrado colgando por un delito que no ha cometido, y ¡todo esto tramado por la astucia de un loco! Pensé en esto muchas veces, mas desistí al cabo. ¡Oh, qué placer tan grande el de afilar día tras día la navaja de afeitar, sintiendo el delgado corte y pensando en la bocanada que podría hacer brotar un golpe de su fino y brillante filo!

»Por fin, el antiguo espíritu que tanto me había visitado murmuró en mi oído que la hora era llegada, y puso en mi mano la navaja abierta. La empuñé con firmeza; suavemente me incorporé en el lecho, y me incliné sobre mi esposa dormida. Su cara estaba oculta por sus manos. Las retiré con cuidado y cayeron indolentes sobre el seno. Había llorado, porque la

huella de sus lágrimas aún humedecía sus mejillas. Su rostro acusaba placidez y calma, y aún al mirarla yo iluminaba sus pálidos rasgos una tranquila sonrisa. Posé mi mano dulcemente en su hombro. Se estremeció...; no era más que un sueño fugaz. De nuevo me incliné hacia delante. Dejó escapar un grito y se despertó.

»Sólo un movimiento de mi mano hubiera bastado para que no volviera a gritar. Pero me hice atrás, sobrecogido. Sus ojos se fijaron en los míos. Yo no sé cómo fue; pero me intimidaron, me llenaron de espanto y me aniquilaron. Se levantó del lecho sin dejar de mirarme fijamente. Yo temblaba; la navaja estaba en mi mano, pero yo no podía hacer movimiento alguno. Ella se dirigió hacia la puerta. Al llegar cerca de ella se volvió, y retiró sus ojos de mi cara. El hechizo estaba roto. Salté hacia ella y la agarré por el brazo. Gritando sin tregua, cayó al suelo.

»En aquel momento podía yo haberla matado sin que ella hiciera resistencia; mas la casa

estaba en alarma. Oí pisadas en la escalera. Coloqué la navaja en su cajón, abrí la puerta y llamé en altas voces pidiendo socorro.

»Vinieron, la levantaron del suelo y colocáronla en el lecho. Allí permaneció varias horas privada de sentido; y cuando tornaron la vida, el habla y la vista, había perdido la razón, y prorrumpió en salvajes y furiosos arrebatos.

»Se hizo venir a los médicos... grandes hombres que llegaron a mi puerta en confortables carruajes con hermosos caballos y fastuosos lacayos. Los doctores permanecieron algunas semanas junto a su lecho. Tuvieron una gran junta y celebraron su consulta con voces quedas y solemnes en otra habitación. Uno de ellos, el más competente y afamado de todos, me llamó aparte, y, diciéndome que me pusiera en lo peor, me participó..., ¡a mí, al loco!, que mi mujer estaba loca. Situado junto a mí, al lado de una ventana abierta, fijaba en mi cara sus ojos y posaba una mano en mi brazo. Con un esfuerzo podía yo haberle arrojado a la calle. Singular

ejercicio hubiera sido aquél; pero mediaba mi secreto y le dejé marchar; algunos días después se me dijo que tenía que someterla a cierta vigilancia: debía proporcionarle un guardián. ¡Yo! Me fui al campo, donde nadie pudiera oírme, y empecé a reír hasta llenar el aire con el eco de mis carcajadas.

»Murió al día siguiente. El anciano la siguió a la tumba, y los orgullosos hermanos vertieron una lágrima sobre el cadáver de aquella cuyos sufrimientos miraran en vida con gesto de hierro. Todo esto era pasto admirable para mi secreta alegría; yo reía tras del blanco pañuelo que escondía mi cara, al volver a casa, hasta que las lágrimas asomaron a mis ojos.

»Aunque yo había salido adelante con mi empeño, pues la había matado, estaba inquieto y desasosegado, y presentía que antes de poco había de descubrirse. Érame difícil esconder la salvaje alegría que en mí hervía, y que, al quedarme solo en casa, me impulsaba a saltar, a palmotear, a dar piruetas y a berrear de modo

altisonante. Al salir a la calle y contemplar a la multitud apresurada, o al oír la música en el teatro y ver bailar a la gente, sentía yo tal regodeo, que poco me faltaba para lanzarme entre ellos y hacerles pedazos miembro a miembro, y aullaba de alegría. Pero apretaba mis dientes y pateaba con rabia, y me hundía en las manos las agudas uñas. Me reprimía, y nadie sabía aún que yo era un loco.

»Recuerdo (por cierto que es una de las últimas cosas que puedo recordar, porque ya empezaban a mezclarse realidades y desvaríos, y teniendo tanto que hacer, y hallándome aquí siempre atropellado, me falta el tiempo para discernir unas de otros, dada la confusión que los envuelve) cómo al fin revelé mi secreto. ¡Ah, ah!, aún me parece ver sus miradas de espanto y sentir la facilidad con que de mí los arrojaba, hundiéndoles en las caras mis puños crispados y huyendo veloz como el viento y dejándoles tras de mí deshechos en gritos y alaridos. La fuerza de un gigante viene a mí cuando pienso

en ello. Ved cómo esta barra de hierro se dobla a mi torsión furiosa. Fácil me sería quebrarla como una simple varilla; pero sólo se ven por aquí largas galerías con puertas innúmeras, e ignoro si me sería posible acertar con el camino; y aunque pudiera hacerlo, bien sé que hay abajo verjas de hierro fuertemente atrancadas. Ya saben que yo soy un loco notable, y están orgullosos de tenerme aquí para enseñarme.

»Dejadme un momento... sí, yo había salido. Estaba muy avanzada la noche cuando entraba en casa, donde encontré al más altivo de los tres altivos hermanos esperándome... para un asunto urgente, dijo; lo recuerdo bien. Yo odiaba a aquel hombre con toda la aversión de un loco. Muchas, muchísimas veces habían mis dedos ansiado hacerle trizas. Dijéronme que estaba allí. Subí jadeante la escalera. Tenía que darme un recado. Yo despedí a los criados. Era tarde, y nos habíamos quedado solos... *por primera vez.*

»Al principio procuré ocultarle mis ojos, porque yo sabía lo que él ignoraba —glorioso

conocimiento—: que la luz de la demencia fulgía en ellos resplandeciente. Varios minutos permanecimos sentados en silencio. Al cabo habló. Mi reciente disipación y la extraña conducta por mí seguida, hallándose tan próximo el fallecimiento de mi esposa, constituían un ultraje para su memoria. Recordando ahora muchos detalles que antes pasaran inadvertidos para él, deducía que no la había tratado bien. Deseaba saber si acertaba al pensar que yo me proponía lanzar un reproche sobre su memoria y un baldón sobre su familia. El uniforme que vestía le obligaba a pedirme aquella explicación.

»Este hombre desempeñaba en el ejército un cargo, comprado con mi dinero y con la desdicha de su hermana. Éste era el hombre que había dirigido el complot para engañarme y apoderarse de mi fortuna. Éste era el hombre que había sido el principal instrumento empleado para forzar a su hermana a casarse conmigo, no obstante saber que su corazón per-

tenecía a aquel romántico muchacho. ¡Por el uniforme! ¡La librea de su degradación! Retiré mis ojos de aquel hombre... no pude remediarlo... pero no dije palabra.

»Percibí el cambio súbito que sufrió bajo la mirada mía. Era un hombre audaz; pero perdió el color y se hizo atrás con la silla. Acerqué la mía a la suya, y al reír yo —estaba yo muy alegre entonces—, le vi estremecerse. Noté que en mí se alzaba la locura. Él me tenía miedo.

»—¿Quiso usted mucho a su hermana mientras vivió —dije—, mucho?

»Miró a su alrededor con inquietud y le vi asir con la mano el respaldo de su silla; pero nada dijo.

»—¡Miserable! —le dije—. Ya le había yo desenmascarado; había descubierto sus planes infernales; yo sé que su corazón se había fijado en otro, antes de que usted la indujera a casarse conmigo. Lo sé ... lo sé.

»Irguióse de pronto, enarboló su silla y me intimó a retroceder, porque yo tuve buen cui-

dado de mantenerme cerca de él mientras hablaba.

»Rugí, más que hablé, porque sentí en mis venas el tumulto furioso de la ira, y el viejo espíritu murmuraba en mi oído y me impulsaba a despedazarle el corazón.

»—¡Maldito! —dije, levantándome y arrojándome sobre él—. Yo la maté. Soy un loco. Muere. ¡Sangre, sangre, la quiero!

»De un empujón desvié la silla, que aterrado esgrimía, y me agarré a él, y rodamos ambos dando un golpe terrible.

»Fue una hermosa lucha, porque él era fornido y corpulento y defendía su vida, mientras que yo era un loco lleno de fuerza y sediento por deshacerle. Yo sabía que mi fuerza era irresistible, y tenía razón. También tenía razón esta vez, aunque era un loco. Sus esfuerzos empezaron a ceder. Yo estaba arrodillado sobre su pecho y apretaba con fuerza entre mis manos su musculosa garganta. Su rostro se tiñó de púrpura, sus ojos parecían saltársele de la cabeza, y

con torpe lengua parecía burlarse de mí. Le apreté con más vigor.

»De pronto abrióse la puerta con gran ruido y entró atropelladamente una turba, gritándose unos a otros para precaverse del loco.

»Mi secreto estaba descubierto, y sólo me quedaba luchar por la libertad. Logré ponerme de pie antes de que ninguno me tocara; me arrojé entre los asaltantes, y mi fuerte brazo me abrió camino, cual si mi mano empuñara un hacha que fuera tajándolos a mi paso. Gané la puerta, salté la escalinata y me encontré en la calle.

»Corría afanoso en línea recta, y nadie osó pararme. Oí pisadas a mi espalda y redoblé mi velocidad. El ruido fue debilitándose en la distancia, y al cabo de un rato cesó en absoluto; yo saltaba arroyos y pantanos, setos y tapias, lanzando salvajes alaridos, que vertían en mi oído los extraños seres que me rodeaban, y los gritos llenaban el aire. Yo iba en brazos de los demonios que cabalgaban en el viento, a cuyo paso

descendían colinas y barreras. El torbellino que me rodeaba acabó por hacerme perder la cabeza, y al fin caí desprendido de aquellos brazos, chocando pesadamente contra la tierra. Cuando desperté me encontré aquí, en esta oscura celda, donde rara vez entra la luz del sol y donde la luna penetra apenas en rayos que sólo sirven para mostrarme las sombras que me rodean y la figura muda en su viejo rincón. Cuando me despierto en la cama oigo extraños quejidos y gritos procedentes de lugares remotos. No sé lo que son; pero ni provienen de esta pálida forma ni logran conmoverme. Desde las primeras sombras de la noche hasta las claridades de la mañana allí permanece inmóvil, escuchando la música de mi férrea cadena y contemplando mis sacudidas en el lecho de paja.

La última parte del manuscrito no es de la misma mano:

«El desgraciado cuyos arrebatos se cuentan arriba fue un triste ejemplo de los funestos resultados producidos por la errónea dirección de las energías juveniles, tanto como por los excesos prolongados más allá de toda posible reedición. La inmoderada francachela, la disipación y el desenfreno de los días primeros de la juventud trajeron por consecuencia el delirio y la fiebre. Los primeros efectos de esta última fueron la extraña obsesión, fundada en una teoría médica, bien conocida y tan enérgicamente propugnada por algunos, como por otros combatida, de que existía en la familia una locura hereditaria. Esto produjo una avasalladora melancolía, que degeneró con el tiempo en morbosa predisposición y terminó en locura furiosa. Hay razones para colegir que los sucesos reseñados, si bien aparecen violentados en la descripción por su trastornada fantasía, ocurrieron en la realidad. Sólo causa extrañeza a todos los que conocieron la viciosa iniciación del desgraciado que sus pasiones, libres del

freno racional, no le condujeran a más terribles hazañas».

La vela de Mr. Pickwick espiraba en el candelero al concluir la lectura del manuscrito del viejo clérigo; y cuando la luz se apagó súbitamente, sin el aviso previo de la oscilación, aumentó la excitación del caballero. Después de quitarse apresuradamente las prendas que habíase puesto al dejar su inquieto lecho y de dirigir a su alrededor una mirada de espanto, metióse de nuevo entre las sábanas y se quedó al punto profundamente dormido.

Resplandecía el sol y brillaba intensamente cuando se despertó a hora avanzada de la siguiente mañana. La angustia que le oprimiera durante la pasada noche habíase disipado con las oscuras sombras que envolvían el paisaje, y sus pensamientos y emociones eran tan risueños y ligeros como la mañana misma. Después de un sustancioso almuerzo, marcharon los cuatro caballeros paseando hacia Gravesend,

seguidos de un hombre que portaba la piedra encerrada en su caja. A la una aproximadamente llegaron a la ciudad (el equipaje había sido enviado directamente a la City desde Rochester), y habiendo tenido la suerte de encontrar asiento en el exterior de un coche, llegaron a Londres aquella misma tarde sanos y contentos.

Los tres o cuatro días siguientes empleáronse en los preparativos necesarios para su viaje a la villa de Eatanswill Como el relato de esta importante empresa requiere capítulo aparte, dedicaremos las pocas líneas que quedan del presente a narrar de modo sucinto la historia del descubrimiento arqueológico.

De las Memorias del Club despréndese que Mr. Pickwick dio lectura, en junta general celebrada en la noche siguiente al regreso, de un trabajo acerca del descubrimiento, entrando en una ingeniosa y erudita variedad de disquisiciones sobre el significado de la inscripción. Parece también que un diestro artista hizo del

curioso objeto un fiel diseño, que fue grabado en piedra y presentado a la Real Sociedad de Anticuarios y a otras sabias corporaciones; que se suscitaron recelos y suspicacias sin número con motivo de animadas controversias que se escribieron sobre el asunto, y que Mr. Pickwick escribió un panfleto de noventa y seis páginas en diminutos caracteres, en el que se contenían veintisiete maneras distintas de leer la inscripción; que tres viejos caballeros mermaron a sus primogénitos en sus testamentos en un chelín por cabeza por atreverse a poner en duda la antigüedad del pedrusco, y que cierto entusiasta se quitó de en medio prematuramente, desesperado ante la imposibilidad de sondear su significado; que Mr. Pickwick, por haber hecho el descubrimiento, fue elegido miembro honorario de diecisiete sociedades, entre nacionales y extranjeras; que ninguna de las diecisiete logró descifrar el rótulo, pero que las diecisiete convinieron en que era algo extraordinario.

Mr. Blotton —cuyo nombre será condenado a eterno desprecio por los cultivadores de lo sublime y misterioso—, Mr. Blotton, decimos, con la incredulidad y el prurito sofístico propios de las vulgares mentalidades, osó presentar una interpretación tan denigrante como ridícula. Mr. Blotton, con el propósito de empañar el nombre inmortal de Pickwick, emprendió un viaje a Cobham, y a su vuelta participó sarcásticamente, en un discurso pronunciado en el Club, que había visto al hombre que vendiera la piedra; que este hombre opinaba que la piedra era antigua, pero que negaba rotundamente la antigüedad de la inscripción, al mismo tiempo que aseguraba haberla esculpido por sí mismo toscamente, habiendo grabado unas letras con objeto de escribir ni más ni menos que estas palabras: BILL STUMPS, HIS MARK, y que Mr. Stumps, por hallarse poco familiarizado con la escritura y habituado a guiarse por el sonido de las palabras más que

por las reglas de ortografía, había omitido la *L* final de su nombre de pila.

El Club Pickwick (como era de esperar de tan luminosa institución) recibió esta afirmación con el desprecio que merecía, expulsó al presuntuoso y atrabiliario Blotton y votó un par de gafas de oro para Mr. Pickwick, como señal de su aprobación y confianza; deferencia que fue correspondida por Mr. Pickwick haciéndose retratar al óleo y colgando el cuadro en el salón del Club.

No por ser expulsado Mr. Blotton se dio por vencido. También escribió un panfleto dirigido a las diecisiete cultas sociedades nacionales y extranjeras, repitiendo la interpretación que él había dado e insinuando más que a medias su opinión de que las diecisiete cultas sociedades eran otras tantas «bromistas». Despertada la santa indignación en las diecisiete cultas sociedades nacionales y extranjeras, salieron a la luz nuevos panfletos; las cultas sociedades extranjeras se comunicaron con las cultas sociedades

nacionales; las cultas sociedades nacionales tradujeron al inglés los panfletos; las cultas sociedades extranjeras, a varias lenguas los panfletos de las cultas sociedades nacionales, y de este modo se inició la famosa discusión llamada «controversia Pickwick».

Mas este villano intento de injuriar a Mr. Pickwick cayó sobre la propia cabeza del autor de la calumnia. Las diecisiete cultas sociedades acordaron por unanimidad declarar al presuntuoso Blotton ignorante entrometido, y comenzaron de nuevo a ver la luz más opúsculos que nunca. Y hoy sigue la piedra siendo monumento ilegible de la grandeza de Mr. Pickwick y trofeo imperecedero de la pequeñez de sus enemigos.

EN EL QUE SE DESCRIBE UN IMPORTANTÍSIMO ACTO DE MR. PICKWICK TANTO PARA SU VIDA COMO PARA SU HISTORIA

Las habitaciones de Mr. Pickwick en Goswell Street, aunque dentro de la modestia, eran no sólo de grato y confortable aspecto, sino especialmente apropiadas para servir de residencia a un hombre de su talento y capacidad de observación. Su despacho daba a la fachada en el primer piso, y su dormitorio, a la del segundo; así es que, ya se hallara sentado en su bufete, ya de pie frente al espejo de su tocador, érale posible observar la humana naturaleza bajo las numerosas fases que afecta en aquella más popular que populosa barriada. Su patrona, la señora Bardell —viuda y única testamentaria de un difunto oficial de Aduanas—, era una bondadosa mujer de maneras diligentes y grata apariencia, con una congénita apti-

tud culinaria que el estudio y una larga práctica habían convertido en talento exquisito. No había en la casa ni criados, ni chiquillos, ni pajarracos. Los únicos seres que además habitaban la casa eran un robusto señor y un mozallete: huésped el primero y fruto el segundo de la señora Bardell. El gordo caballero entraba siempre en la casa a las diez en punto de la noche, a cuya hora comprimíase invariablemente en un lecho enano francés de una habitación interior, y en cuanto a los deportes y gimnásticos ejercicios del pequeño Bardell, limitaban su zona a las aceras y vecinos arroyuelos. La limpieza y la quietud reinaban en la casa, y era en ella ley la voluntad de Mr. Pickwick.

Para los que conocen estos detalles consuetudinarios de la vivienda, así como la admirable regularidad mental de Mr. Pickwick, hubiera sido motivo de extrañeza y misterio inusitados el aspecto y conducta del mismo durante la mañana precedente a la fijada para el viaje a Eatanswill. Recorría su cuarto de un extremo

a otro con paso apresurado; asomábase a la ventana cada tres minutos; consultaba su reloj con gran frecuencia, y mostraba otras señales de impaciencia desacostumbradas en él. Era indudable que algo importante se avecinaba; mas lo que ello fuera, ni la propia señora Bardell pudo descubrirlo.

—Señora Bardell —dijo Mr. Pickwick cuando esta señora estaba a punto de rematar la limpieza del cuarto.

—Sir —dijo la señora Bardell.

—Hace mucho tiempo que salió su chico.

—Es que está muy lejos el Borough —disculpó la señora Bardell.

—¡Ah! —dijo Mr. Pickwick—, es verdad.

Volvió a guardar silencio Mr. Pickwick y prosiguió su limpieza la señora Bardell.

—Señora Bardell —dijo Mr. Pickwick al cabo de unos minutos.

—Sir —volvió a decir la señora Bardell.

—¿Cree usted que cuesta mucho más tener a dos personas que a una?

—¡Ah, Mr. Pickwick! —dijo la señora Bardell, ruborizándose hasta el mismo borde de su gorro al adivinar algo así como un guiño matrimonial en los ojos de su huésped.

—Bien; pero ¿qué? —inquirió Mr. Pickwick.

—Eso depende —dijo la señora Bardell, acercando el plumero al mismo codo de Mr. Pickwick, que tenía apoyado en la mesa—; eso depende mucho de la persona, ¿sabe usted,

Mr. Pickwick?, y de que sea una persona económica y cuidadosa.

—Es cierto —dijo Mr. Pickwick—; pero la persona que yo tengo a la vista —y miró con gran fijeza a la señora Bardell creo que tiene esas condiciones; posee, además, un gran conocimiento del mundo y mucha agudeza, lo cual puede serme muy útil.

—Ya —dijo la señora Bardell, ruborizándose de nuevo hasta el gorro.

—Eso es —dijo Mr. Pickwick con tono enérgico, como era su costumbre siempre que hablaba de un asunto que le interesaba—, eso

es; y para que usted lo sepa, señora Bardell, he tomado ya mi resolución.

—¿Es posible, sir? —exclamó la señora Bardell.

—Le parecerá extraño —dijo el bondadoso Mr. Pickwick, mirando risueño a su patrona— que no le haya consultado sobre este asunto ni le haya hablado de él nunca hasta después de haber mandado salir a su hijo esta mañana, ¿eh?

La señora Bardell sólo pudo replicar con una mirada. Mucho tiempo hacía que adoraba a distancia a Mr. Pickwick, y ahora, en un instante, veíase elevada al pináculo de sus ilusiones, en el que nunca se había atrevido a soñar. Mr. Pickwick iba a proponerle... un plan deliberado.... mandar al chico al Borough para quitarle de en medio... ¡Qué precavido..., qué delicado!

—Bueno —dijo Mr. Pickwick—. ¿Qué piensa usted?

—¡Oh, Mr. Pickwick! —dijo la señora Bardell temblando de emoción—. Es usted muy amable, sir.

—¿Le quitará a usted muchos quehaceres, verdad? —dijo Mr. Pickwick.

—¡Oh!, nunca me han preocupado los quehaceres, sir —replicó la señora Bardell—; y por supuesto, por agradar a usted, yo afrontaría más trabajo aún. ¡Es usted tan amable, Mr. Pickwick, por haber compadecido mi soledad!

—¡Ah!, es verdad —dijo Mr. Pickwick—; nunca había pensado en eso. Cuando esté en la ciudad, siempre tendrá usted quien la acompañe. Ya lo verá usted.

—Yo estoy segura de que había de ser muy feliz —dijo la señora Bardell.

—Y su chico... —dijo Mr. Pickwick.

—¡Hijo mío! —interrumpió la señora Bardell con un suspiro maternal.

—También él tendrá un compañero —prosiguió Mr. Pickwick—, un buen compañero,

que le enseñará más trucos en una semana que los que el chico pudiera aprender en un año.

Mr. Pickwick sonrió plácidamente.

—¡Oh, querido mío! —dijo la señora Bardell. Mr. Pickwick se sorprendió.

—¡Oh, querido mío, dulce, bueno y agradable! —dijo la señora Bardell.

Y sin más preámbulos se levantó de la silla y echó sus brazos al cuello de Mr. Pickwick, con una catarata de lágrimas y un coro de suspiros.

—¡Dios me valga! —gritó asombrado Mr. Pickwick—. ¡Señora Bardell, amiga mía... querida, qué situación... tenga en cuenta... señora Bardell, por Dios... si alguien viniera!

—¡Oh!, que vengan —exclamó frenética la señora Bardell—; nunca le dejaré... querido, alma mía.

Y al decir esto la señora Bardell afianzó más su presa.

—Tenga compasión de mí —dijo Mr. Pickwick luchando violentamente—. Alguien sube por la escalera. No, no, buena mujer; no.

Mas fueron inútiles todas las súplicas y reconvenciones, porque la señora Bardell se había desvanecido en los brazos de Mr. Pickwick, y antes que éste pudiera depositarla en una silla entró el pequeño Bardell acompañado de Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass.

Mr. Pickwick quedó mudo y suspenso. Allí estaba con su preciosa carga, mirando espantado a sus amigos, sin mostrar intención alguna de percatarse de su llegada ni de explicarse. Ellos le contemplaban atónitos, y el pequeño Bardell miraba a todos a su vez.

Era tan absorbente el asombro de los pickwickianos y tan intensa la perplejidad de Mr. Pickwick, que todos hubieran conservado sus posiciones relativas, hasta que la señora hubiera vuelto a la vida, a no ser por una hermosísima y conmovedora manifestación de amor filial llevada a cabo por el chico. Vestido con traje de rayado terciopelo, salpicado de botones de bronce de gran tamaño, quedóse primero en la puerta estupefacto y vacilante; mas poco a

poco invadió su rudimentario caletre la idea de que su madre debía haber sufrido algún daño; y diputando como agresor a Mr. Pickwick, lanzó un grito, una especie de aullido extrahumano, y, adelantándose resueltamente, asaltó la espalda y las piernas del inmortal caballero, descargando sobre ellas puñetazos y pellizcos tan fuertes como se lo permitían sus fuerzas en la violencia de su excitación.

—¡Quitadme de encima a este granuja! —dijo con acento de agonía Mr. Pickwick—. ¡Está loco!

—Pero, ¿qué es lo que ocurre? —dijeron asombrados los pickwickianos.

—No sé —replicó Mr. Pickwick desdeñosamente—. Llevaos al muchacho. —Mr. Winkle condujo al interesante muchacho, no sin lucha, al otro extremo de la estancia—. Ahora, ayudadme a bajar a esta mujer.

—¡Oh! Ya estoy mejor —dijo la señora Bardell con acento desfallecido.

—Permítame que le ayude a bajar —dijo, siempre galante, Mr. Tupman.

—Gracias, sir, gracias —exclamó la señora Bardell en medio de su histérico trastorno.

Y acompañada de su entrañable hijo fue trasladada al piso inferior.

—No puedo concebir —dijo Mr. Pickwick cuando volvieron sus amigos—, no puedo concebir lo que le ha pasado a esta mujer. No había hecho más que anunciarle mi intención de tomar un criado, cuando cayó en el terrible paroxismo en que la han encontrado ustedes. Es muy chocante.

—Mucho —dijeron sus tres amigos.

—¡Ponerme en una situación tan embarazosa! —prosiguió Mr. Pickwick.

—Mucho —fue la respuesta de sus discípulos, que dejaron escapar una ligera tosecilla y se miraron unos a otros maliciosamente.

No escapó a Mr. Pickwick esta actitud. Percatábase de la incredulidad de sus amigos. Evidentemente, sospechaban de él.

—Hay un hombre en el pasillo —dijo Mr. Tupman.

—Es el hombre de quien les he hablado —dijo Mr. Pickwick—. Envié por él al Borough esta mañana. Tenga la bondad de decirle que suba, Snodgrass.

Cumplió la orden Mr. Snodgrass, y acto seguido se presentó Mr. Samuel Weller.

—¡Oh!... ¿Se acuerda usted de mí? —dijo Mr. Pickwick.

—Creo que sí —replicó Samuel con gesto protector—. Buen zafarrancho; pero era mucha gente para usted, ¿verdad? Uno o dos pellizcos y ya está, ¿eh?

—No se preocupe de eso ahora —dijo Mr. Pickwick—; tengo que hablar de otra cosa con usted. Siéntese.

—Gracias, sir —dijo Sam.

Y se sentó sin necesidad de nuevas instancias, después de depositar en el suelo, junto a la puerta, su viejo sombrero blanco.

—No tiene muy buena vista —dijo Sam—, pero es admirable para llevarlo puesto; y antes de que se le cayera el ala era una hermosa teja. Sin embargo, sin el ala es más ligero, lo cual es una ventaja, y por los agujeros entra el aire, que es otra...; yo le llamo la pelusa de ventilación.

Después de verter estas observaciones, sonrió jovialmente Mr. Weller a los pickwickianos.

—Ahora, con respecto al asunto para el cual le he llamado, con el permiso de estos caballeros... —dijo Mr. Pickwick.

—Ése es el toque, sir —interrumpió Sam—; échelo usted, como dijo el padre a su chico, que se había tragado un penique.

—En primer lugar, necesitamos saber —dijo Mr. Pickwick—, si tiene usted algún motivo para estar descontento de su actual situación.

—Antes de responder a esa pregunta, caballero —replicó Mr. Weller—, me gustaría saber, en primer lugar, si usted va a proporcionarme otra mejor.

Un destello de plácida benevolencia cruzó por la faz de Mr. Pickwick al decir:

—Estoy casi resuelto a tomarle a mi servicio.

—¿Está usted? —dijo Sam.

Mr. Pickwick asintió con la cabeza.

—¿Salario? —preguntó Sam.

—Doce libras anuales —respondió Mr. Pickwick.

—¿Vestimenta?

—Dos trajes.

—¿Trabajo?

—Servirme y viajar conmigo y con estos caballeros.

—Bajo el alquiler —dijo Sam con énfasis—. Me alquilo a un caballero y me avengo a sus condiciones.

—¿Acepta usted la situación? —preguntó Mr. Pickwick.

—Desde luego —replicó Sam—, si los trajes me vienen tanto como me gusta la plaza.

—Supongo que podrá usted traer informes —dijo Mr. Pickwick.

—Sobre eso, sir, pregunte a la posadera de El Ciervo Blanco —replicó Sam.

—¿Puede usted venir esta noche?

—Ahora mismo podría meterme en mi traje si estuviera aquí —dijo Sam con gran alegría.

—Venga esta noche a las ocho —dijo Mr. Pickwick—, y si los informes son satisfactorios, estarán los trajes.

Con la sola excepción de cierta indiscreta complacencia, de la que fuera asimismo culpable una camarera, el historial del comportamiento de Mr. Weller era tan irreprochable, que Mr. Pickwick encontró justificado cerrar el compromiso aquella noche. Con la energía y presteza que caracterizaban no sólo los actos públicos, sino las acciones privadas de este hombre extraordinario, se apresuró a llevar a su nuevo criado a uno de esos profusos emporios donde se venden trajes de caballero nuevos y de segunda mano y donde se omiten las incómodas formalidades de la toma de medidas; y antes de que cerrara la noche ya estaba Mr.

Weller en posesión de una chaqueta gris con botones, en los que figuraban las letras «P C.»; un sombrero negro con su cocarda, y un rojo chaleco rayado, cortos pantalones, polainas y otros varios adminículos demasiado numerosos para ser detallados.

—Bueno —dijo el recién transformado individuo al tomar su asiento en la baca del coche de Eatanswill a la mañana siguiente—, yo no sé si vengo a ser un lacayo, o un botones, o un montero, o un tratante en granos. Parezco un compuesto de todos ellos. Pero me da lo mismo; hay cambio de aires, mucho que ver, poco que hacer; y todo esto viene de perilla a mi padecimiento; así, pues, sólo tengo que decir que vivan los Pickwicks.

ALGUNAS NOTAS ACERCA DE EATANSWILL; DEL ESTADO DE LOS PARTIDOS EN LA CIUDAD, Y DE LA ELECCIÓN DE UN MIEMBRO PARA REPRESENTAR EN EL PARLAMENTO A ESTA ANTIGUA, LEAL Y PATRIÓTICA VILLA

Reconocemos paladinamente que hasta el momento de sumergirnos en los voluminosos papeles del Club Pickwick nunca habíamos oído hablar de Eatanswill; con la misma sinceridad declaramos haber buscado en vano pruebas de la existencia actual de esta ciudad. Haciendo honor a la profunda confianza que merecen las notas y afirmaciones de Mr. Pickwick, y desviándonos del presuntuoso conato de oponer nuestros recuerdos a las afirmaciones del grande hombre, hemos consultado cuantas autoridades pudimos encontrar relacionadas con el caso. Hemos buscado escru-

pulosamente en los registros electorales, sin encontrar las elecciones de Eatanswill; hemos examinado minuciosamente todos los rincones del mapa de bolsillo del Condado, publicado en beneficio de la sociedad por nuestros distinguidos editores, y nuestra investigación no ha alcanzado resultado mejor. Nos sentimos, por tanto, inclinados a creer que Mr. Pickwick, animado, como siempre, del noble propósito de no ofender a nadie, y obedeciendo a aquellos delicados sentimientos que en él todos reconocen de modo eminente, ha sustituido adrede por uno ficticio el verdadero nombre del lugar en que hiciera sus observaciones. Nos confirmamos en esta creencia por una trivial circunstancia, aparentemente nimia; pero que, mirada desde este punto de vista, merece un comentario. En el libro de notas de Mr. Pickwick podemos tomar un indicio de que las plazas para él y para sus discípulos fueron apuntadas para el coche de Norwich; mas este indicio fue después desfigurado, como denotando el propósito de

ocultar hasta la dirección en que la villa se encontraba. No nos detendremos, por tanto, a investigar las conjeturas, y proseguiremos con la historia, satisfechos de los materiales que tenemos a nuestro alcance.

Parece que los naturales de Eatanswill, lo mismo que los de otras muchas ciudades pequeñas, considerábanse a sí mismos altamente importantes, y que cada uno de los habitantes de Eatanswill, consciente de la significación que su actitud entrañaba, sentíase impulsado a unirse en alma y cuerpo a uno de los dos grandes partidos que dividían la ciudad: los azules y los amarillos. Los azules no perdían oportunidad de mostrar su enemiga a los amarillos, así como tampoco los amarillos perdían oportunidad de marcar su oposición a los azules; y era la consecuencia que, cuando quiera que los amarillos y los azules se encontraban en algún sitio público, en el Ayuntamiento, en la feria o en el mercado, no tardaban en promoverse disputas y cruzarse entre ellos gruesas palabras.

Con tales disensiones sería ocioso decir que todo en Eatanswill se hacía cuestión de partido. Si los amarillos proponían renovar la cubierta del mercado, ya estaban los azules provocando asambleas públicas para denunciar el proyecto; si proponían los azules la erección de una bomba adicional en la calle Alta, los amarillos levantábanse como un solo hombre y se manifestaban contra aquella enormidad. Había tiendas azules y tiendas amarillas, posadas azules y posadas amarillas; hasta en la iglesia misma había nave azul y nave amarilla.

Claro está que cada uno de estos poderosos partidos había de tener indispensablemente un órgano representativo, y, por consiguiente, había en la ciudad dos periódicos: *La Gaceta de Eatanswill* y *El Independiente de Eatanswill*; el primero propugnaba las ideas azules, y marchaba el segundo resueltamente según los derroteros amarillos. Eran magníficos periódicos. ¡Qué artículos de fondo, qué ataques tan enconados! «Nuestro indigno colega *La Gaceta*», «ese desdi-

chado y cobarde periódico *El Independiente*», «ese falso e injurioso papelucho *El Independiente*», «ese vil y calumnioso libelo *La Gaceta*»; estas y otras pullas por el estilo aparecían profusamente en las columnas de cada uno, en todos los números, y despertaban en el pecho de los ciudadanos las más intensas emociones de indignación y de contento.

Mr. Pickwick, con sus habituales sagacidad y previsión, había elegido para su visita a la ciudad un momento especialmente oportuno. No se conoció jamás una contienda semejante. El honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, era el candidato azul, y Horacio Fizkin, Esq.⁶, de Fizkin Lodge, cerca de Eatanswill, había sido elegido por sus amigos para defender los intereses amarillos. *La Gaceta* avisaba a los electores de Eatanswill que los ojos no sólo de Inglaterra, sino de todo el mundo civilizado,

⁶ Abreviación de *Esquire*, rango inmediatamente inferior al de caballero (*Knight*). (N. del E.)

estaban fijos en ellos; y *El Independiente* demandaba imperiosamente si los habitantes de Eatanswill eran aún los grandes ciudadanos de siempre, o bajos y serviles instrumentos, que ni merecían el nombre de ingleses ni los bienes de la libertad. Nunca habían agitado a la ciudad tan profundas conmociones.

Caía la tarde cuando Mr. Pickwick y sus compañeros, acompañados de Sam, descendieron de la baca del coche de Eatanswill. Grandes banderines de seda azul campeaban en las ventanas de la posada de Las Armas de la Ciudad, y en todas las vidrieras veíanse pasquines que en gigantescos caracteres anunciaban que el comité del honorable Samuel Slumkey allí se hallaba constituido en sesión. Una muchedumbre de ociosos se hallaba estacionada en la carretera, mirando a un hombre que en el balcón enronquecía hablando para sí, a lo que parecía, con el rostro enrojecido, en favor de Mr. Slumkey; mas la fuerza y la consistencia de sus argumentos resultaban casi vencidos por el

constante batir de cuatro grandes tamboriles, que el comité de Mr. Fizkin había colocado en la esquina de la misma calle. Detrás del fogoso orador había un vivaracho hombrecito, que se quitaba el sombrero de cuando en cuando y excitaba los clamores de la plebe, que respondía con el mayor entusiasmo, y como el orador proseguía su arenga con la cara más roja cada vez, parecía que la multitud respondía a su propósito lo mismo que si todos lo hubieran oído.

No bien bajaron del coche los pickwickianos, viéronse rodeados por una parte de la masa ciudadana, que prorrumpió en tres aclamaciones ensordecedoras, las cuales, coreadas por la totalidad (porque no es necesario en modo alguno que una muchedumbre conozca la finalidad de sus aclamaciones), se convirtió en un tremendo mugido de triunfo, que suspendió hasta el discurso del hombre del balcón.

—¡Hurra! —gritó la masa, por último.

—Otro viva —chilló el hombrecito del balcón.

Y de nuevo gritó la multitud, cual si fueran sus pulmones de hierro fundido guarnecido con nervios de acero.

—¡Siempre Slumkey! —rugió la multitud.

—¡Siempre Slumkey! —coreó Mr. Pickwick quitándose el sombrero.

—¡Nunca Fizkin! —gritó la multitud.

—¡Nunca! —respondió Mr. Pickwick.

—¡Hurra!

Vino después otro espantoso rugido, semejante al que produce toda una casa de fieras cuando el elefante toca la campana para el fiambre.

—¿Quién es Slumkey? —murmuró Mr. Tupman.

—No lo sé —replicó en el mismo tono Mr. Pickwick—. ¡Chist! No pregunte. En estos casos lo mejor es hacer lo que hace la multitud.

—Pero, ¿y si hubiese dos multitudes? —sugirió Mr. Snodgrass.

—Pues se grita lo que grite la mayor —replicó Mr. Pickwick.

Cien volúmenes no podrían decir más.

Entraron en la casa, haciéndoles paso la multitud que vociferaba escandalosamente. Lo primero que tenían que hacer era procurarse habitaciones para la noche.

—¿Podemos tener camas aquí? —preguntó Mr. Pickwick, llamando al camarero.

—No lo sé, sir —replicó el hombre—; temo que esté llena la casa, sir...; preguntaré, sir.

Partió con este objeto y volvió a poco, para preguntar si los caballeros eran azules.

Como ni Mr. Pickwick ni sus compañeros tenían interés por ninguno de los candidatos, se hacía bien difícil dar una respuesta. En este dilema se acordó Mr. Pickwick de su nuevo amigo Mr. Perker.

—¿Conoce usted a un caballero llamado Perker? —pregunto Mr. Pickwick.

—Ya lo creo, sir: el agente del honorable Mr. Samuel Slumkey.

—Es azul, creo.

—¡Oh, sí!

—Pues entonces *nosotros* somos azules —
dijo Mr. Pickwick.

Pero advirtiéndole que el hombre parecía desconfiar de aquella declaración acomodaticia, le dio su tarjeta y le pidió que se la presentara a Mr. Perker, si por casualidad se hallaba en la casa. Retiróse el camarero, y reapareciendo casi inmediatamente con la súplica de que Mr. Pickwick le siguiera, le condujo a un salón del primer piso, donde estaba Mr. Perker sentado junto a una larga mesa cubierta de libros y papeles.

—¡Ah..., ah, querido! —dijo el hombrecito, adelantándose. Encantado de verle, querido. Tenga la bondad de sentarse. Veo que ha llevado usted a efecto su intención. ¿Ha venido usted a ver una elección... eh?

Mr. Pickwick replicó afirmativamente.

—Lucha reñida, querido —dijo el hombrecito.

—Me alegro de saberlo —dijo Mr. Pickwick frotándose las manos—. Me gusta ver encenderse el patriotismo allí donde se le requiere... ¿De modo que es una lucha enconada?

—¡Oh, sí! —dijo el hombrecito—, muchísimo. Hemos abierto todas las tabernas del pueblo, y sólo hemos dejado las cervecerías a nuestro adversario...; golpe de política magistral ¿verdad, querido?

Sonrió el hombrecito placentero y tomó un polvo de rapé.

—¿Y cuál es el resultado probable? —preguntó Mr. Pickwick.

—Dudoso, querido; dudoso por ahora —replicó el hombrecito—. La gente de Fizkin tiene encerrados treinta y tres votantes en la cochera de El Ciervo Blanco.

—¡En la cochera! —dijo Mr. Pickwick, sorprendido por este segundo golpe de política.

—Los tienen encerrados hasta que los necesiten —prosiguió el hombrecito—. El objeto es, sabe usted, impedir que nos apoderemos de

ellos; y aunque pudiéramos, de nada nos serviría, porque los tienen muy borrachos. Gran muñidor es el agente de Fizkin... hombre listo.

Mr. Pickwick le miraba sin decir nada.

—Pero tenemos gran confianza, sin embargo —dijo Mr. Perker, bajando la voz hasta quedar en murmullo—. Anoche tuvimos aquí un té ... cuarenta y cinco mujeres, querido... y a cada una le dimos al salir un quitasol verde.

—¡Un quitasol! —dijo Mr. Pickwick.

—Así, querido, así. Cuarenta y cinco quitasoles verdes, a siete chelines y medio cada uno. A todas las mujeres les gustan los trapos...; es extraordinario el efecto de estos quitasoles. Esto nos atrae a sus maridos y a la mitad de sus hermanos; hunde las medias, los paños y todas estas bambollas. Idea mía, querido. Llave, granice o haga sol, no anda usted cuatro pasos por la calle sin ver media docena de quitasoles.

El hombrecito se entregó a una alegría convulsiva, que sólo se aplacó por la llegada de un tercer personaje.

Era éste un hombre alto y delgado, de terrosa frente amenazada de calvicie, y en su faz mezclábase la solemnidad con un aire de profundidad insondable. Vestía pardo sobretodo, chaleco negro y pantalón castaño. De su chaleco pendían los lentes, y llevaba en su cabeza un sombrero de baja copa y anchas alas. El recién venido fue presentado a Mr. Pickwick como Mr. Pott, el editor de *La Gaceta de Eatanswill*. Después de unas cuantas frases preliminares, dirigióse Mr. Pott a Mr. Pickwick y dijo con solemnidad:

—Esta lucha debe interesar mucho en la metrópoli, ¿verdad, sir?

—Creo que sí —dijo Mr. Pickwick.

—A lo cual creo tener razón para suponer —dijo Mr. Pott, mirando hacia Mr. Perker en demanda de corroboración—, a lo cual tengo razón para suponer que ha contribuido en alguna manera mi artículo del sábado.

—Es indudable —dijo el hombrecito.

—La prensa es una máquina poderosa, sir —dijo Mr. Pott.

Mr. Pickwick asintió plenamente a esta opinión.

—Pero estoy seguro, sir —dijo Mr. Pott—, de no haber abusado nunca del enorme poder de que dispongo. Estoy seguro, sir, de no haber emplazado el noble instrumento que tengo en mis manos contra el sagrado fuero de la vida privada ni contra el quebradizo tesoro de la reputación individual... Creo, sir, haber empleado mis energías... en empresas..., por humildes que sean, como sé que lo son..., encaminadas a defender los principios de... que... son...

Como el editor de *La Gaceta de Eatanswill* pareciese vacilar en este punto, Mr. Pickwick acudió en su ayuda, y dijo:

—Desde luego.

—¡Y qué —dijo Mr. Pott—, permítame que le pregunte, como a hombre imparcial, cuál es el estado de la opinión pública en Londres por

lo que se refiere a mi polémica con *El Independiente*?

—Extraordinariamente excitada, sin duda —terció Mr. Perker con gesto malicioso, tal vez casual.

—La polémica —dijo Mr. Pott— seguirá mientras yo tenga fuerza y salud y el poco talento de que estoy dotado. De esta lucha, sir, aunque pueda trastornar el espíritu público, excitar sus sentimientos y hacerles incapaces para el cumplimiento de sus deberes diarios; de esta lucha, sir, nunca desertaré hasta que siente mi planta sobre *El Independiente de Eatanswill*. Deseo que el público de Londres y el de esta comarca sepan, sir, que pueden confiar en mí... que nunca he de abandonarle, que estoy resuelto a permanecer en la vanguardia, sir, hasta lo último.

—Su conducta es nobilísima, sir —dijo Mr. Pickwick estrechando la mano del magnánimo Pott.

—Por lo que veo, sir, es usted un hombre de sentido y de talento —dijo Mr. Pott, ahogándose casi en la vehemencia de su patriótica declaración—. Encantado, sir, de conocer a un hombre como usted.

—Y yo —dijo Mr. Pickwick— me siento honradísimo por esa opinión. Va usted a permitirme, sir, que le presente a mis compañeros de viaje, los otros miembros correspondientes del Club que tengo el orgullo de haber fundado.

—Será para mí un placer —dijo Mr. Pott.

Retiróse Mr. Pickwick, y volviendo a poco con sus amigos, los presentó en debida forma al editor de *La Gaceta de Eatanswill*.

—Ahora, mi querido Pott —dijo el pequeño Mr. Perker—, la cuestión es lo que hayamos de hacer con nuestros amigos.

—Podemos alojarnos en esta casa, supongo —dijo Mr. Pickwick.

—No hay ni una cama libre, mi querido señor... ni una cama.

—Gran contrariedad —dijo Mr. Pickwick

—Grandísima —dijeron sus compañeros.

—Tengo una idea —dijo Mr. Pott—, que estimo debe aceptarse. Hay dos camas en El Pavo, y me atrevo a decir, con permiso de la señora Pott, que tendrá mucho gusto en alojar a Mr. Pickwick y a alguno de sus amigos, si los otros dos caballeros y el criado no tienen inconveniente en alojarse en El Pavo...

Después de repetidas instancias por parte de Mr. Pott y de otras tantas negativas por la de Mr. Pickwick, alegando no querer incomodar o perturbar a la amable esposa del primero, se convino en que era el único arreglo factible. Llevóse a efecto, y después de comer juntos en Las Armas de la Ciudad, separáronse los amigos, dirigiéndose Mr. Tupman y Mr. Snodgrass a El Pavo, y Mr. Pickwick, con Mr. Winkle, a la mansión de Mr. Pott, quedando previamente citados para la mañana siguiente en Las Armas de la Ciudad, con objeto de formar en la procesión del honorable Samuel Slumkey hasta el lugar de la proclamación.

El círculo íntimo de Mr. Pott reducíase a su persona y a la de su esposa. Todos los hombres a quienes ha levantado el poder de su genio al glorioso nivel de las eminencias mundiales abrigan, por lo común, alguna pequeña debilidad, que se hace más patente por el contraste que presenta con su modo de ser. Si Mr. Pott tenía una debilidad, tal vez pudiera ser la de acatar con demasiada sumisión el tiránico y en cierto modo desdeñoso mangoneo de su esposa. Cierto que no nos sentimos autorizados a hacer afirmación alguna sobre este punto, porque en la ocasión presente la señora Pott recibió a los dos caballeros con sus más finas y cautivadoras maneras.

—Querida —dijo Mr. Pott—: Mr. Pickwick... Mr. Pickwick, de Londres.

La señora Pott recibió el paternal apretón de manos de Mr. Pickwick con dulzura encantadora, y Mr. Winkle, que aún no había sido presentado, saludó y se inclinó, permaneciendo inadvertido en un oscuro rincón.

—Pott, querido —dijo la señora Pott.

—Vida mía —dijo Mr. Pott.

—Haz el favor de presentar al otro caballero.

—Pido a usted mil perdones —dijo Mr. Pott—. Permítame, la señora Pott, Mr...

—Winkle —dijo Mr. Pickwick.

—Winkle —repitió Mr. Pott, y se completó la ceremonia de la presentación.

—Debemos a usted muchas explicaciones, señora —dijo Mr. Pickwick—, por haber venido a perturbar su casa sin aviso alguno.

—Le suplico que no se ocupe de eso, sir —replicó la femenina Pott con vivacidad—. Es para mí un gran placer, se lo aseguro, ver caras nuevas, viviendo como vivo día tras día y semana tras semana en este lugar de tedio y sin ver a nadie.

—¡A nadie, querida mía! —exclamó Mr. Pott frunciendo el ceño.

—A nadie más que a ti —devolvió la señora Pott con aspereza.

—Ha de saber usted, Mr. Pickwick —dijo el huésped, como explicando la lamentación de su esposa—, que estamos privados en cierto modo de muchos goces y placeres de los que podríamos participar en otras circunstancias. Mi situación pública como editor de *La Gaceta de Eatanswill*, la significación de este periódico en la comarca; mi constante inmersión en el vórtice de la política...

—Pott, querido mío —le interrumpió la señora Pott.

—Vida mía —dijo el editor.

—Yo desearía, querido, que te molestases en buscar algún otro tema de conversación que pudiera interesar racionalmente a estos caballeros.

—Pero, amor mío —dijo Mr. Pott con gran humildad—, Mr. Pickwick se interesa mucho en ello.

—Mejor para él, si puede —dijo con énfasis la señora Pott—, yo estoy harta de tus políticas y de tus luchas con *El Independiente* y de esas

tonterías. Me asombra, Pott, que hagas tal exhibición de esos absurdos.

—Pero, querida mía —dijo Mr. Pott.

—Nada, tonterías, no hables —dijo la señora Pott—. ¿Juega usted al *écarté*, sir?

—Será para mí un encanto aprender bajo su dirección —replicó Mr. Winkle.

—Bien; entonces acerque esta mesita a la ventana para no oír nada de esa prosaica política.

—Juana —dijo Mr. Pott a la criada, que trajo las luces—: baja a la oficina y súbeme la colección de *La Gaceta* de mil ochocientos veintiocho. Voy a leérsela a usted —añadió el editor dirigiéndose a Mr. Pickwick—, voy a leerle a usted algunos de los artículos de fondo que escribí por ese tiempo con motivo del proyecto amarillo de poner un nuevo guarda en la barrera. Me parece que le va a divertir a usted.

—Tendría mucho gusto en oírlo —dijo Mr. Pickwick.

Llegó la colección y sentóse el editor al lado de Mr. Pickwick.

En vano hemos escudriñado las hojas del libro de notas de Mr. Pickwick con la esperanza de hallar algún extracto de estas hermosas composiciones. Tenemos muchas razones para creer que Mr. Pickwick quedó cautivado por la frescura y el vigor del estilo; y, en efecto, Mr. Winkle apunta el hecho de que los ojos del grande hombre permanecieron cerrados, denotando intenso placer, mientras duró la lectura.

El anuncio de la cena puso fin al *écarté* y a la recapitulación de las bellezas de *La Gaceta de Eatanswill*. La señora Pott estaba animadísima y del mejor humor. Mr. Winkle había conquistado mucho terreno en el buen concepto de la señora, y ésta no vaciló en hacerle saber, confidencialmente, que era Mr. Pickwick un «anciano adorable». Esta frase representa una expresión familiar, que pocos admiradores del grande hombre hubiéranse atrevido a formular. No hemos vacilado en registrarla, por constituir al

mismo tiempo una prueba convincente de la estimación que se granjeaba en todas las clases sociales y de la facilidad con que se abría camino para llegar al corazón de todo el mundo.

Ya estaba muy avanzada la noche —tiempo hacía que Mr. Tupman y Mr. Snodgrass se habían quedado dormidos en sus recónditas habitaciones de El Pavo— cuando los dos amigos se retiraron a descansar. Pronto embotó el sueño los sentidos exteriores de Mr. Winkle, pero habíanse excitado sus facultades y despertándose en él gran admiración; y aunque muchas horas de sueño le habían aislado por completo de los objetos terrenales, el rostro y la agradable figura de la señora Pott presentábanse una y otra vez a su divagante fantasía.

El ruido y el jaleo que vinieron con la mañana fueron suficientes para alejar de la mente más visionaria y romántica cualquier impresión que no tuviese conexión directa con la elección inmediata. El redoble de los tambores, el sonido de cuernos y trompetas, el clamoreo de los

hombres y el pisar de los caballos retumbaron por las calles desde los primeros albores del día, y las frecuentes peleas entre los chiquillos de uno y otro bando animaban los preparativos y les daban pintoresca variante.

—Bien, Sam —dijo Mr. Pickwick al ver aparecer en su dormitorio a su criado cuando ya terminaba de vestirse—; ¿mucho animación hoy, supongo?

—Regular, sir —replicó Mr. Weller—; nuestra gente se ha reunido en Las Armas de la Ciudad y están ya roncós de gritar.

—¡Ah! —dijo Mr. Pickwick—. ¿Demuestran adhesión a su partido, Sam?

—Nunca vi igual devoción en mi vida, sir.

—¿Enérgicos, eh? —dijo Mr. Pickwick.

—Extraordinariamente —replicó Sam—; no he visto jamás comer y beber como ellos. No sé cómo no temen reventar.

—Ésa es la cortesía mal entendida de la gente de aquí —dijo Mr. Pickwick.

—Muy probablemente —replicó Sam, lacónico.

—Hermosos, frescos, entusiastas muchachos parecen —dijo Mr. Pickwick mirando por la ventana.

—Muy frescos —replicó Sam—; yo y los dos camareros de El Pavo hemos estado regando a los electores que allí cenaron anoche.

—¡Regando a los electores! —exclamó Mr. Pickwick.

—Sí —dijo el criado—; cada uno se durmió donde fue a caer. Esta mañana fuimos arras-trándoles uno a uno hasta ponerlos debajo de la manga, y ya están medio en condiciones. El comité nos ha pagado por esa tarea a un chelín por cabeza.

—¡Qué cosas más extrañas! —exclamó estupefacto Mr. Pickwick.

—Pero, hombre de Dios, sir —dijo Sam—, ¿dónde le han bautizado a usted tan a medias?... Eso no es nada, nada.

—¿Nada? —dijo Mr. Pickwick.

—Absolutamente nada, sir —replicó el criado—. La noche anterior al día de la última elección de aquí el partido contrario sobornó al repostero de Las Armas de la Ciudad para que compusiera el aguardiente de catorce electores que paraban en la casa.

—¿Qué entiendes tú por componer el aguardiente? —preguntó Mr. Pickwick.

—Pues echarle láudano —replicó Sam—. Con lo cual los mandaron a dormir hasta doce horas después de terminada la elección. Como experimento, se llevó a uno de los hombres que estaba completamente dormido en una camilla; pero no sirvió, no le contaron el voto; así que se lo volvieron a traer y le dejaron otra vez en la cama.

—Extrañas prácticas —dijo Mr. Pickwick para sí y dirigiéndose a Sam.

—Pero no tan raras como una que le ocurrió a mi padre aquí mismo en tiempo de elección, sir —replicó Sam.

—¿Qué fue eso? —preguntó Mr. Pickwick.

—Pues que una vez vino aquí con un coche —dijo Sam—. Llegó la elección y se le alquiló por uno de los partidos para traer votantes de Londres. Cuando la noche anterior iba a marchar, el comité del otro bando le mandó buscar secretamente, siguió al mensajero... un gran salón... muchos caballeros... montones de papeles, plumas, tinta y todas esas cosas. «¡Ah!, Mr. Weller», dijo el presidente, «me alegro de verle, sir. ¿Cómo está usted?» «Muy bien, gracias, sir», dijo mi padre. «Espero que estará usted bien nutrido.» «Admirablemente; gracias, sir», dice el caballero. «Siéntese, Mr. Weller; haga el favor de sentarse.» Se sienta mi padre, y se ponen a mirarse los dos fijamente. «¿No se acuerda usted de mí?», dice el caballero. «No, señor», dice mi padre. «¡Oh, yo le conozco a usted», dice el caballero, «conozco a usted desde que era muchacho». «Bien; pues no me acuerdo de usted», dice mi padre. «Es muy extraño», dice el caballero. «Mucho», dice mi padre. «Debe usted tener mala memoria, Mr. Weller», dice el

caballero. «Sí, es bastante mala», dice mi padre. «Así lo creo», dice el caballero. Entonces le echaron un vaso de vino y empezaron a hablarle de sus viajes, le siguieron el humor, y por fin el caballero le enseñó un billete de veinte libras. «Es muy mal camino el de Londres acá», dice el caballero. «Por todas partes hay malos caminos», dice mi padre. «Sobre todo por el canal, según creo», dice el caballero. «Paso endiablado», dice mi padre. «Bueno, Mr. Weller», dice el caballero. «Usted es un gran cochero y hace lo que quiere con sus caballos; lo sabemos bien. Aquí le queremos a usted mucho, Mr. Weller; de modo que si usted tuviera un accidente al traer a esos votantes y los volcara usted en el canal sin que se hicieran daño, esto para usted.» «Caballero, es usted muy amable», dice mi padre, «y voy a beberme a su salud otro vaso de vino», lo cual hizo, se guardó el dinero y se marchó después de saludar. ¿Querrá usted creer, sir —prosiguió Sam mirando a su maestro con indescriptible descaro—, que el mismo

día en que trajo a los votantes volcó el coche en ese mismo sitio y cayeron todos al canal?

—¿Y salieron luego? —inquirió Mr. Pickwick ansiosamente.

—Creo —replicó Sam tranquilamente— que pereció un anciano; sé que se encontró su sombrero, pero no estoy seguro de que su cabeza estuviera dentro. Pero lo que me choca es la extraordinaria y maravillosa coincidencia de que, después de lo que había dicho aquel caballero, volcara el coche de mi padre en aquel sitio aquel día.

—Es, indudablemente, una rara casualidad —dijo Mr. Pickwick—. Pero cepíllame el sombrero, porque Mr. Winkle me llama para el almuerzo.

Con estas palabras bajó Mr. Pickwick al comedor, donde halló el almuerzo dispuesto y a la familia reunida. Despachóse aprisa la comida; los sombreros de los caballeros fueron adornados con una enorme cocarda azul, aderezada por las delicadas manos de la señora

Pott. Mr. Winkle acompañó a la señora para instalarla en el tejado de una casa situada junto a las tribunas. Mr. Pickwick y Mr. Pott se dirigieron a Las Armas de la Ciudad, por una de cuyas ventanas veíase a un miembro del comité de Mr. Slumkey arengando a seis muchachos y a una chica, a los cuales ensalzaba a cada paso con el dictado imponente de «ciudadanos de Eatanswill», lo que promovía entre ellos tremendas aclamaciones.

El patio de la cochera manifestaba síntomas inequívocos de la gloria y la fuerza de los azules de Eatanswill. Veíase un regular ejército de banderas azules, unas con un asta y otras con dos, exhibiendo adecuadas divisas en caracteres dorados de cuatro pies de alto y de un grueso proporcionado. Había una numerosa banda de trompetas, bombardinos y tambores colocados de a cuatro en fondo, ganándose el dinero a maravilla, especialmente los tambores, que mostraban gran desarrollo muscular. Había retenes de policías con bastones azules, veinte

representantes del comité con bufandas azules y una mediana masa de votantes con azules cocardas. Había electores a caballo y electores a pie. Un carruaje abierto de cuatro caballos estaba preparado para el honorable Samuel Slumkey y cuatro coches en tronco para sus amigos y corifeos; ondeaban las banderas, tocaba la banda, juraban los policías, vociferaban los veinte hombres del comité, rugía la multitud, piafaban los caballos, sudaban los postillones, y todo y todos, aquí y acullá, se agitaban en servicio, y para honor, gloria y renombre del honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, uno de los candidatos señalados para representar a la villa de Eatanswill en la Cámara de los Comunes, del Parlamento del Reino Unido.

Atronadoras y prolongadas eran las aclamaciones y majestuoso el ondear de una de las banderas azules, en la que se leía: «Libertad de Imprenta», cuando la terrosa frente de Mr. Pott se hizo visible a la multitud en una de las ventanas. Fue inenarrable el entusiasmo que se

produjo cuando el honorable Samuel Slumkey, con botas altas y corbata azul, se adelantó y estrechó la mano de Pott, dando a la multitud por medio de gestos expresivos testimonio dramático de su gratitud imperecedera a *La Gaceta de Eatanswill*.

—¿Está todo listo? —dijo a Mr. Perker el honorable Samuel Slumkey.

—Absolutamente todo, sir —fue— la respuesta del hombrecillo.

—¿Nada se ha olvidado, supongo? —dijo el honorable Samuel Slumkey.

—Nada ha quedado por hacer, sir, nada. A la puerta de la calle hay veinte hombres perfectamente lavados para que usted les estreche las manos, y seis niños en brazos para que usted les acaricie las cabecitas y pregunte por su edad; fijese bien en los niños, sir...; estas cosas son siempre de gran efecto.

—Tendré cuidado —dijo el honorable Samuel Slumkey.

—Y tal vez, mi querido señor —dijo el precavido hombrecito—, tal vez, si usted pudiera, no quiero decir que sea indispensable; pero si usted pudiera besar a alguno de ellos, produciría en las masas una gran impresión.

—¿No sería del mismo efecto que lo hiciesen el proclamador o el segundo? —dijo el honorable Samuel Slumkey.

—Temo que no —replicó el agente—; si lo hiciera usted mismo, sir, me parece que le haría a usted muy popular.

—Muy bien —dijo el honorable Samuel Slumkey con aire resignado—; entonces hay que hacerlo.

—Ordenad la procesión —gritaron los veinte del comité. En medio de las aclamaciones de la agolpada muchedumbre, colocáronse en debida forma los policías, los hombres del comité, los votantes, los jinetes y los carruajes. Cada uno de los coches de dos caballos contenía a todos cuantos en ellos cabían de pie. En el de Mr. Perker iban Mr. Pickwick, Mr. Tupman, Mr.

Snodgrass y una media docena de miembros del comité.

Hubo un momento de solemne expectación para esperar a que se incorporara a la procesión, subiendo a su coche, el honorable Samuel Slumkey. De pronto se produjo en la multitud un nutrido griterío.

—Ya sale —dijo el pequeño Mr. Perker, excitadísimo; tanto más cuanto que la posición de los ocupantes del coche no les permitía observar lo que ocurría por delante.

Se oyó otro viva mucho más alto.

—Ha estrechado las manos a los hombres —gritó el pequeño Perker.

Otra aclamación mucho más vehemente.

—Ha acariciado a los niños en la cabeza —dijo Mr. Perker temblando de ansiedad.

Rasgó el aire en aplauso estrepitoso.

—¡Ha besado a uno de ellos! —exclamó, deleitado, el hombrecito.

Se oyó otro rumor.

—Ha besado a otro —gritó entusiasmado el agente. Un tercer aplauso.

—¡Está besándolos a todos! —gritó fuera de sí el hombrecito.

Y entre los vítores ensordecedores de la multitud, la procesión se puso en movimiento.

Cómo o por qué medios resultaron mezcladas ambas procesiones, y cómo se deshizo la confusión producida, no sabríamos explicarlo. El sombrero de Mr. Pickwick cayó sobre sus ojos, narices y boca al golpe de un asta de bandera amarilla. El mismo Mr. Pickwick se describe rodeado de una muchedumbre de rostros airados y feroces en cuanto pudo darse cuenta de la escena. Una gran nube de polvo y una densa masa de combatientes. Según dice, un poder oculto le arrojó del carruaje y le forzó a empeñarse en un encuentro personal; mas no sabe decir con quién, cómo ni por qué. Luego se sintió arrastrado por los que venían de atrás hacia una escalera de madera, y al ponerse el sombrero debidamente, se encontró rodeado de

sus amigos, a la izquierda de las tribunas. La zona derecha de las mismas estaba reservada para el partido amarillo, y el centro para el alcalde y sus ayudantes; uno de los cuales, el obeso pregonero de Eatanswill, tañía una enorme campana en demanda de silencio, mientras que Mr. Horacio Fizkin y el honorable Samuel Slumkey, con las manos sobre sus corazones, saludaban con suprema afabilidad al proceloso mar de cabezas que inundaba la plaza. En esto se levantó una verdadera tempestad de vítores, aullidos y gritos que hubieran desafiado a un temblor de tierra.

—Allí está Winkle —dijo Mr. Tupman tirando a su amigo de la manga.

—¿Dónde? —dijo Mr. Pickwick poniéndose los lentes, que por fortuna había guardado hasta entonces en el bolsillo.

—Allí —dijo Mr. Tupman—, en lo alto de aquella casa.

Y allí, en perfecta seguridad, sobre el alero del tejado, estaban Mr. Winkle y la señora Pott,

cómodamente sentados en un par de butacas, agitando sus pañuelos como señal de haberle reconocido; cuya atención devolvió Mr. Pickwick besándose la mano en obsequio de la señora.

Aún no había comenzado la ceremonia, y como una muchedumbre inactiva siempre está dispuesta a la chacota, bastó esta inocente manifestación para despertar su instinto burlesco.

—¡Eh, pícaro viejo! —gritó una voz—: ¿mirando a las chicas, verdad?

—¡Eh, venerable pecador! —gritó otro.

—¡Se pone los lentes para mirar a una mujer casada! —dijo un tercero.

—Ya veo cómo le hace un guiño con el ojo, picarillo —exclamó un cuarto.

—Mire por su esposa, Pott —dijo el quinto.

Y se produjo una carcajada general.

Todas estas burlas y cuchufletas fueron acompañadas de maliciosas comparaciones, entre las cuales figuró la de Mr. Pickwick con un carnero viejo y otras humoradas de este

jaez; y como estas burlescas insinuaciones daban pábulo a que se pusiese en tela de juicio el honor de una dama irreprochable, subió de punto la indignación de Mr. Pickwick; mas como en aquel instante se ordenó el silencio, contentóse con asestar a la multitud una mirada de piedad hacia sus descarriados instintos, que a su vez fue contestada con otro golpe de risa descarada.

—¡Silencio! —gritaron los ayudantes del alcalde.

—Whiffin, manda callar —dijo el alcalde con el aire pomposo que convenía a su preeminente situación.

Obedeciendo a esta orden, ejecutó el pregonero otro solo de campana, mientras que un chusco gritaba: «¡Muffin!»⁷, lo que produjo otra carcajada general.

⁷ Como si dijera: «¡El pastelero!». (*N. del T.*)

—Caballeros —dijo el alcalde, levantando cuanto pudo el tono de su voz—, caballeros. Hermanos electores de la villa de Eatanswill. Nos hemos congregado hoy con objeto de elegir un representante en lugar del difunto...

Aquí el alcalde fue interrumpido por uno de la multitud. —¡Bravo por el alcalde! —dejó oír la voz—, y que no abandone nunca el negocio de clavos y cacerolas que le ha hecho rico.

Esta alusión a las tareas profesionales del orador fue recibida por una tempestad de regocijo, que, con el acompañamiento de la campana, ahogó el resto del discurso, salvo la frase final, en la que daba gracias a la concurrencia por la atención con que le habían escuchado; expresión de gratitud que provocó otra explosión de hilaridad que duró un cuarto de hora.

Después, un alto y delgado caballero, de apretado corbatín blanco, al que la muchedumbre aconsejó repetidas veces «enviar un muchacho a su casa para preguntar si se había dejado la voz debajo de la almohada», propuso que se

nombrara una persona digna y adecuada para representarles en el Parlamento, y cuando dijo que debía ser designado Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, cerca de Eatanswill, aplaudieron los fizkinistas, y los slumkeístas aullaron con tanta pertinacia y en tan elevado tono, que tanto el orador como el adjunto podían haber emitido canciones festivas en vez de hablar, sin que nadie se diera cuenta de ello.

Después de gozar los amigos de Horacio Fizkin, esquire, de esta prioridad, un hombrecito colérico, de encendido rostro, se adelantó a proponer a otra persona digna y adecuada para representar en el Parlamento a los electores de Eatanswill; y hubiera seguido adelante el enrojado caballero, si no se hubiera dejado dominar por la cólera al percatarse de los jocosos movimientos del público. Luego de verter unas cuantas frases de retórica elocuencia, el arrebatado caballero empezó a señalar a aquellos de los concurrentes que le interrumpían y a provocar a ciertos individuos de las tribunas, con

lo cual se promovió un alboroto que le obligó a expresar sus ideas y sentimientos por medio de la mímica, dejando a poco el sitio para el adjunto, el cual pronunció un discurso escrito que duró media hora, y que no era posible interrumpir por haber sido enviado a *La Gaceta de Eatanswill*, en cuyas columnas se hallaba ya impreso.

Entonces Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, cerca de Eatanswill, se presentó con objeto de dirigir la palabra a sus electores. Mas no bien empezó, la banda alquilada por el honorable Samuel Slumkey empezó a tocar con tal afán, que no podía compararse con el que desplegara en la mañana. Como respuesta, los amarillos comenzaron a golpear las cabezas y espaldas de los azules, con lo cual los azules trataron de desembarazarse de sus incómodos compañeros los amarillos, siguiéndose una escena de lucha y empujones, a la que no podemos nosotros hacer más justicia que la que hizo el alcalde, que dio severas órdenes a doce al-

guaciles para que prendieran a los revoltosos, cuyo número ascendía a doscientos cincuenta. A todo esto, Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, y sus amigos montaron en cólera, hasta que el mencionado Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, preguntó a su contrincante, el honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, si la banda tocaba con su consentimiento; pregunta que el honorable Samuel Slumkey rehusó contestar, descargando Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, un puñetazo en el rostro del honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, por lo cual el honorable Samuel Slumkey, ensangrentado, retó a un duelo a muerte a Horacio Fizkin, esquire. Ante esta violación de todas las reglas y precedentes, mandó el alcalde ejecutar otra fantasía de campana, y ordenó comparecer ante su presencia a Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, y al honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall, obligándoles a hacer las paces. A esta terrible conminación, los partidarios de ambos candidatos intervinieron,

y al cabo de tres cuartos de hora de luchar uno contra otro, Horacio Fizkin, esquire, saludó al honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall; el honorable Samuel Slumkey saludó a Horacio Fizkin, esquire; calló la banda, se aquietó la multitud y empezó a hablar Horacio Fizkin, esquire.

Los discursos de los dos candidatos, no obstante diferir en otros respectos, rindieron caluroso tributo al mérito y valía de los electores de Eatanswill. Ambos manifestaron su opinión de que no existía en la tierra casta de hombres más concienzudos e independientes, más inteligentes, de mayor civismo, más nobles ni más desinteresados que aquellos que habían prometido votarle a él, cada uno de los oradores dejó traslucir su sospecha de que los electores del otro bando padecían ciertas enfermedades y hábitos de pulcritud dudosa que les incapacitaban para el cumplimiento de los deberes que habían de cumplir; Fizkin manifestóse dispuesto a conceder todo aquello que se le pidiese; Slumkey se

mostró decidido a no hacer nada. Ambos declararon que el comercio, la industria, la prosperidad de Eatanswill habrían de interesarles más que cualquier otro objeto en el mundo, y cada uno se atrevió a expresar su franca certidumbre de que había de ser elegido.

En seguida se procedió a una elección de manos levantadas; el alcalde se pronunció en favor del honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall. Horacio Fizkin, esquire, de Fizkin Lodge, exigió un escrutinio, y se acordó proceder a la votación. Luego se propuso un voto de gracias al alcalde por el acierto con que había ocupado la silla⁸, y el alcalde, lamentando no haber tenido una silla en que haber demostrado su acierto (pues había permanecido de pie durante toda la ceremonia), devolvió las gracias. Organizáronse nuevamente las procesiones, rodaron lentamente los carruajes entre la multi-

⁸ Presidencia. (*N. del T.*)

tud, y la gente gritó y vociferó, mientras seguían los coches, según su capricho y gusto.

Mientras duró el escrutinio fue presa la ciudad de intensas fiebres y agitación. Todo se realizó de la manera más grata y liberal. Los artículos de beber vendiéronse baratísimos en todas las tabernas; recorrían las calles numerosas parihuelas para la conducción de los votantes a quienes pudiera acometer el vértigo, epidemia que cundió de modo alarmante entre los electores durante la contienda, y bajo cuya influencia caían al suelo en estado de la más profunda insensibilidad. Un pequeño grupo de electores quedóse sin votar aquel día. Componíase de individuos calculadores y reflexivos, a quienes no habían logrado convencer los argumentos de ninguno de los partidos, no obstante haber celebrado con ellos numerosas conferencias. Una hora antes de cerrar el escrutinio impetró Mr. Perker el honor de una entrevista privada con aquellos inteligentes y nobles patriotas. Se le concedió la entrevista. Sus argu-

mentos fueron breves, pero satisfactorios. Los individuos fueron a la urna como un solo hombre, y cuando volvieron, también volvía triunfante el honorable Samuel Slumkey, de Slumkey Hall.

QUE COMPRENDE UNA BREVE DESCRIPCIÓN DE LA CONCURRENCIA DE EL PAVO Y UN CUENTO CONTADO POR UN VIAJANTE

Es grato desviarse de la contemplación de las luchas y tumultos de la vida política para entregarse al plácido reposo de la privada. Aunque el interés de Mr. Pickwick no se inclinase grandemente a ninguno de los bandos, había sido suficientemente enardecido por el entusiasmo de Mr. Pott, para emplear toda su atención y todo su tiempo en los sucesos que se han señalado en el último capítulo y que se han tomado del propio libro de notas de Mr. Pickwick. Mas si éste anduvo ocupado de esta manera, no permaneció ocioso Mr. Winkle, cuyo tiempo se deslizó en gratos paseos y breves excursiones con la señora Pott, la cual no perdona oportunidad de buscar alivio al tedio y

monotonía, de los que se quejaba constantemente.

Mientras que los últimos señores permanecieran vinculados en la casa del editor, Mr. Tupman y Mr. Snodgrass camparon por sus respetos. Poco o nada interesados en los asuntos públicos, procuraron engañar el tiempo con las diversiones que podían disfrutar en El Pavo, que se reducían a un billar en el primer piso y a un juego de bolos en el corral. Fueron iniciados en la ciencia y secretos de estos dos recreos, mucho más abstrusos, por cierto, de lo que se cree generalmente, por Mr. Weller, que poseía un conocimiento perfecto de tales pasatiempos. De este modo, a pesar de hallarse privados casi por completo de la grata sociedad de Mr. Pickwick, lograron pasarlo bien y evitar que las horas transcurriesen con lentitud excesiva.

Pero era por la noche cuando El Pavo ofrecía atracciones tales que permitían a los dos amigos rehusar hasta las invitaciones del talentudo aunque prosaico Pott. Era por la noche cuando

el salón de El Pavo albergaba un círculo social, cuyas maneras y caracteres observaba con delicia Mr. Tupman, cuyos hechos y dichos gustaba de anotar Mr. Snodgrass. Todo el mundo conoce lo que son estos ambientes de café. En El Pavo no difería gran cosa de la generalidad de esta clase de gente. Era una amplia y desnuda habitación, cuyo menaje debía de haber sido más lucido en otros tiempos, con una gran mesa en el centro y buen número de pequeños veladores en los rincones; abundante provisión de sillas de variadas formas, y una vieja alfombra turca, cuyas dimensiones guardaban con las de la estancia la misma proporción que un pañuelo de señora con el suelo de una garita. Guarnecían las paredes uno o dos grandes mapas, y varios abrigos raídos con sendas gorras complicadas colgaban en el rincón de una larga fila de perchas. Sobre el tablero de la chimenea yacía un tintero de madera, que contenía un portaplumas, y a su lado un trozo de oblea, una guía, una historia del Condado, sin cubierta, y

los restos mortales de una trucha en féretro cristalino. La atmósfera estaba enrarecida por el olor del tabaco, cuyos humos habían comunicado un tono pardo a la estancia toda, y más especialmente a las polvorientas cortinas rojas que velaban las ventanas. En la alacena se guardaba una variada mezcla de artículos, entre los que mencionaremos una oscura salsa de pescado, dos o tres látigos, unas cuantas mantas de viaje, una regular cantidad de cuchillos y tenedores y un tarro de mostaza.

En esta habitación se sentaron Mr. Tupman y Mr. Snodgrass la noche de la elección a fumar y a beber con otros eventuales huéspedes de la posada.

—Bueno, señores —dijo un corpulento y rollizo personaje de unos cuarenta años que tenía un solo ojo: un ojo negro y brillante, que guiñaba con pícaro expresión de zumba y buen humor—, nobles señores, propongo un brindis a la salud de la concurrencia; y para mi capote, brindo por María. ¿Eh, María?

—Vaya usted a paseo, mala persona —dijo la camarera, no muy disgustada por el cumplimiento, sin embargo.

—No se vaya, María —dijo el hombre del ojo negro.

—Déjeme en paz, impertinente —dijo la mujer.

—No se preocupe —dijo el tuerto, llamando a la muchacha, que salía de la estancia—. Yo la seguiré pronto, María. No se entristezca, querida.

Se empeñó en la tarea nada fácil de hacer guiños a toda la concurrencia con su ojo único, lo que produjo entusiasmo y placer grandes a un anciano personaje de cara sucia y pipa de espuma.

—Son graciosas las mujeres —dijo el hombre de cara sucia, después de una pausa.

—¡Ah!, sin duda ninguna —dijo un hombre de faz rojiza que estaba detrás de un cigarro.

A este breve escarceo filosófico siguió otra pausa.

—¡Hay cosas más singulares en el mundo! Sépalo usted —dijo el hombre del ojo negro, mientras llenaba con parsimonia una gran pipa holandesa de enorme cazoleta.

—¿Es usted casado? —preguntó el hombre de la cara sucia.

—No puedo decir que lo sea.

—Yo creía que no.

Aquí el hombre de la cara sucia cayó en un espasmo de hilaridad ante su propia respuesta, en que le acompañó un hombre de voz suave y plácido rostro, que se dedicaba a estar conforme con todo el mundo.

—Las mujeres, después de todo, caballeros —dijo el entusiasta Snodgrass—, son la meta y el *comfort* de nuestra existencia.

—Sí que lo son —dijo el caballero plácido.

—Cuando están de buen humor —observó el de la cara sucia.

—Verdad que sí —dijo el hombre plácido.

—Protesto de esa opinión —dijo Mr. Snodgrass, cuyos pensamientos tornaban rápida-

mente a Emilia Wardle—; la rechazo con desdén, con indignación. Dígaseme qué hombre dice algo contra la mujer, como tal mujer, y le diré en su cara que no es un hombre

Y Mr. Snodgrass se quitó el cigarro de la boca y dio un violento golpe en la mesa con el puño cerrado.

—He ahí un argumento de buena ley —dijo el hombre plácido.

—Que denota una tendencia que yo no comparto —interrumpió el hombre de la cara sucia.

—Y también hay mucho de verdad en lo que usted observa —dijo el hombre plácido.

—A vuestra salud, sir —dijo el viajante tuerco, dirigiendo a Mr. Snodgrass un gesto de aprobación.

Mr. Snodgrass agradeció la fineza

—Siempre me agrada oír una buena razón —prosiguió el viajante—, una razón aguda como ésta; es muy edificante; pero ese pequeño alegato a favor de las mujeres trae a mi memo-

ria una historia que me contó un viejo tío mío, historia cuyo recuerdo me impulsó a decir que había pocas cosas tan raras como una mujer, a veces.

—Me gustaría oír esa historia —dijo el de la cara roja y el cigarro.

—¿Le gustaría a usted? —fue la única réplica del viajante que continuó fumando con gran avidez.

—A mí también —dijo Mr. Tupman, terciando por primera vez.

No perdonaba ocasión de enriquecer el arsenal de sus experiencias.

—¿Le gustaría a usted? Bien; entonces, la contaré. Aunque no. Sé que no lo van ustedes a creer —dijo el hombre del ojo insidioso, mostrando en su órgano visual más picardía que nunca.

—Si dice usted que es verdad, claro que lo creeré —dijo Mr. Tupman.

—Bien; en ese supuesto, la contaré —replicó el viajante—. ¿Ha oído usted hablar de la gran

casa comercial de Wilson y Slum? Pero no importa que la haya usted oído nombrar o no, porque realizó sus negocios hace mucho tiempo. Hace ochenta años que ocurrió el caso a un viajante de esta entidad; pero era amigo de mi tío, y mi tío me contó a mí la historia. Es extraño el título, pero él acostumbraba llamarla

LA HISTORIA DEL VIAJANTE

»y solía contarla, poco más o menos, como sigue:

»En una tarde de invierno, a eso de las cinco, cuando empezaba a oscurecer, podía haberse visto a un hombre en un cabriolé arreando a su fatigado caballo por la carretera que atraviesa la llanura de Marlborough en dirección a Bristol. Digo que podía habersele visto, y hubiéralo sido, si cualquiera que no estuviese ciego hubiera acertado a pasar por allí; pero era tan malo el tiempo, tan lluviosa y fría la tarde, que sólo el agua estaba fuera de su casa, y el viajero

iba dando tumbos por medio de la carretera, que se encontraba solitaria y bastante medrosa. Si algún viajante de hoy pudiese haber echado una ojeada sobre el pequeño y maltrecho cabriolé, de blanca caja y encarnadas ruedas, y de la quimérica, endiablada y corredora yegua baya, que parecía haber sido consecuencia del cruzamiento de un caballo de carnicero con una yegua del correo, al punto hubiera sabido que el viajero no podía ser otro que Tomás Smart, de la gran casa de Wilson y Slum, de Cateatom Street, de la City. Mas como no había viajante que lo viera, nadie supo nada acerca del hecho, y Tomás Smart, con su blanco cabriolé de encarnadas ruedas y su quimérica yegua corredora, seguía su camino guardando el secreto para sí, y nadie se enteró de nada.

»Pocos lugares existen tan desagradables en este aborrecible mundo como la llanura de Marlborough cuando el viento sopla impetuoso; y si a éste se añadiera una negra noche de invierno, una carretera embarrizada y el azote

de una lluvia persistente cayendo sobre ustedes, no dejarían de apreciar la fuerza de esta observación.

»Soplaba el viento; mas no camino arriba o abajo, cosa que ya es bastante desagradable, sino a través de él, impulsando a la lluvia oblicuamente, como esas líneas de las planas de escritura escolares con que se pretende habituar a los muchachos a la inclinación conveniente. Un momento pareció amainar, y el viajero empezó a abrigar la engañosa creencia de que, fatigada por su afán furioso, hubiérase tumbado a descansar, cuando, ¡oh cielos!, oyóla de nuevo rugir y silbar a lo lejos, trasponer con violencia las cimas de los montes y barrer la llanura, cobrando fuerza y zumbando a medida que se acercaba, hasta envolver en dura ráfaga al caballo y al hombre, metiéndoles en las orejas la lluvia y penetrándoles hasta los huesos su aliento húmedo y frío; pasó sobre ellos y prosiguió su inquieto viaje, rugiendo estrepitosamente, como ridiculizando la flaqueza de

aquellos dos seres y saboreando el triunfo de su fuerza y poderío.

»La yegua caminaba chapoteando sobre el lodo con las orejas gachas; de cuando en cuando sacudía su cabeza, como para expresar su contrariedad ante aquella incorrecta conducta de los elementos, mas conservando la presteza del paso, hasta que una ráfaga más furiosa que ninguna de las que hasta entonces le habían atacado la hizo detenerse de repente y clavar en el suelo las cuatro patas para evitar que el viento la arrebatara. Y no fue poca fortuna que tal hiciera, porque, de haberse dejado arrastrar por el vendaval, era tan ligera la quimérica yegua, tan ligero el cabriolé y tan liviana la carga que representaba Tomás Smart, que fatalmente hubieran rodado juntos hasta los confines de la tierra o hasta que el viento hubiera caído, con lo cual no hay que decir que ni la quimérica yegua, ni el blanco cabriolé de encarnadas ruedas, ni el propio Tomás Smart hubieran vuelto a servir para nada.

»—¡Malditos correajes y malditos bigotes! —dice Tomás Smart (Tomás mostraba a veces una desagradable tendencia a proferir juramentos) —. ¡Malditas correas y malditos bigotes! Esto es delicioso; sigue soplando.

»Me preguntaréis por qué Tomás Smart, no obstante haber recibido lindamente el viento y la lluvia, expresaba su deseo de que el azote se reprodujera. No sabré contestaros; sólo sé que Tomás Smart dijo eso, o por lo menos me dijo mi tío que lo había dicho, que es lo mismo.

»—Sopla, sopla —dice Tomás Smart.

»Y relinchó la yegua, como si quisiera unirse a este deseo. »—Grita, buena amiga —dijo Tomás, tocando con su látigo el cuello de la yegua baya—. No hay que apresurarse en una noche como ésta. En la primera casa que encontremos nos paramos; así es que cuanto más deprisa vayáis, más pronto acabamos. ¡Soooo, buena moza, poco a poco!

»Fuese que la quimérica yegua conociese suficientemente la voz de Tomás para hacerse

cargo de sus propósitos, o que encontrase más frío en el reposo que corriendo, es cosa que no podemos decidir. Mas podemos decir que no bien calló Tomás, levantó la yegua sus orejas y se arrancó a una velocidad que hizo crujir el blanco cabriolé hasta el punto de hacer temer que se le salieran las ruedas y huyeran por los prados de Marlborough; y el mismo Tomás, a pesar de ser buen cochero, no pudo pararla ni moderar su carrera, hasta que ella, voluntariamente, se detuvo junto a una venta situada a la derecha del camino, a cosa de un cuarto de milla de los prados.

»Tomás dirigió una mirada curiosa hacia la parte superior del edificio, en tanto que dejaba las riendas y colocaba el látigo en su sitio. Era un viejo y extraño caserón, construido de ripia, con vigas cruzadas, con ventanas de volados dinteles, y una pequeña puerta con oscuro porche y sólo un par de altos peldaños, que daban acceso al interior, en vez de la media docena de bajos escalones que para este fin se emplean en

la moderna construcción. Pero no dejaba de ser un lugar agradable, porque se veía en la ventana del *bar* una luz clara y viva que arrojaba sobre el camino fuerte destello, llegando a iluminar el seto del lado opuesto, y se veía además un fulgor rojizo y oscilante en otra ventana, que después de percibirse un momento débilmente, resplandecía a poco a través de las pardas cortinas, lo que denunciaba que allí ardía un fuego reparador. Después de hacer estas pequeñas indagaciones con su mirada de viajero experimentado, bajó Tomás del coche con toda la agilidad que le permitían sus miembros entumecidos, y entró en la casa.

»No habían pasado cinco minutos cuando ya se hallaba Tomás aposentado en la habitación que daba frente al *bar* (precisamente aquella en que presumiera que ardía el fuego), ante una grata y chirriante lumbre, formada por un montón de carbones y ramaje bastante para componer una media docena de frondosos arbustos, apilada hasta la mitad de la chimenea, crujiendo.

do con un sonido que bastara por sí mismo para atemperar el corazón de cualquier hombre razonable. Era esto muy grato; pero no era todo, porque una elegante y pizpireta muchacha de ojos brillantes y lindo pie estaba poniendo sobre la mesa un blanco y limpio mantel; y al sentarse Tomás con sus pies llenos de barro sobre la galería del hogar y con su espalda contra la puerta que estaba abierta, vio un delicioso espécimen del *bar* reflejado en el espejo de la chimenea, en el que se veían varias filas de botellas verdes con doradas etiquetas, frascos de aperitivos, quesos y jamones cocidos, y lonjas de vaca, almacenados en la alacena en la más tentadora exhibición. Verdad que todo esto era bien grato; pero no era esto sólo, porque en el *bar*, tomando el té, sentada en el más elegante velador, junto al más brillante fuego, había una vivaracha viuda de unos cuarenta y ocho años, de rostro tan prometedor como el *bar*, que debía de ser la posadera y la tirana indiscutible de aquellos agradables dominios. Sólo había un

pero que poner a la belleza del cuadro, y era un hombre alto, muy alto, con parda chaqueta y botones brillantes, negros bigotes y ondulados cabellos negros, que estaba sentado al lado de la viuda y que sin gran penetración podía colegirse que se hallaba muy en camino de persuadirla a dejar de ser viuda y a conferirle el privilegio de permanecer sentado en aquel *bar* por el resto de su vida terrena.

»Tomás Smart no abrigaba una condición irritable ni envidiosa; pero es el caso que el hombre alto, de parda chaqueta y brillantes botones, levantó el pequeño fermento que de aquellas cualidades tuviera y le hizo sentir una indignación extremada; sobre todo cuando de cuando en cuando veía desde su sitio, por el espejo, cruzarse cariñosas familiaridades entre el hombre alto y la viuda; lo que indicaba de sobra que el hombre se hallaba tan elevado como en estatura en el favor de la dama. Era Tomás grande aficionado al ponche caliente (me atreveré a decir que era aficionadísimo al

ponche caliente), y después de cerciorarse de que la quimérica yegua tenía alimento bastante y cómodo lecho, y de comer de todos aquellos manjares que la viuda le preparó con sus propias manos, mandó que se le trajera un jarro de ponche para probar. Pero si en algún detalle del arte doméstico sobresalía la viuda, era precisamente en éste del ponche; y de tal manera plugo al gusto de Tomás Smart el primer jarro, que mandó traer el segundo sin tardanza. El ponche caliente, caballeros, es una cosa deliciosa (deliciosa en cualquier circunstancia); pero en aquel recinto confortable, ante el fuego chispeante, mientras que sopla fuera el viento hasta conmo- ver el maderamen de la vieja casona, lo encontró Tomás Smart incomparablemente delicioso. Pidió otro jarro, luego otro, no sé si pediría otro después; pero es el hecho que cuanto más bebía del ponche caliente, más se preocupaba del hombre alto.

»—¡Qué impudencia! —se dijo a sí mismo Tomás—. ¿Qué negocio tiene en este delicioso

bar? ¡Un tipo tan feo, además! Si la viuda tuviese algo de gusto, elegiría seguramente algún mozo mejor que ése.

»Entonces la mirada de Tomás empezó a vagar del espejo de la chimenea al vaso que había en la mesa; y al sentirse cada vez más apasionado, vació el cuarto jarro de ponche y pidió el quinto.

»Tomás Smart, caballeros, siempre había sentido inclinación a ocuparse en servicio del público. Hacía mucho tiempo que ambicionaba verse detrás del mostrador de un bar de su propiedad, con su levita verde, sus cordones arrollados a las rodillas y sus botas con vueltas de cordobán. Pensaba que había de presidir a las mil maravillas los banquetes y que no tendría rival animando con su charla el establecimiento, así como que estaba en condiciones como nadie para servir de ejemplo a sus parroquianos en el despacho de bebidas. Todas estas fantasías cruzaban por su mente mientras bebía su ponche junto al fuego chirriante, y experi-

mentaba justa y lógica indignación ante el hecho de que el hombre largo se encontrara tan a punto de adueñarse de aquella excelente casa, mientras que él, Tomás Smart, se hallaba tan lejos de lograrlo como siempre. Así es que, después de deliberar durante los dos últimos jarros acerca de si tendría o no perfecto derecho a buscar camorra con el hombre largo por haber osado conquistar las gracias de la vivaracha viuda, llegó Tomás Smart a la conclusión satisfactoria de que era él un hombre maltratado y perseguido y que lo mejor que podía hacer era irse a la cama.

»Guiado por la linda muchachita, subió por una ancha y vieja escalera. La muchacha tapaba con su mano la luz de la palmatoria con objeto de protegerla de las corrientes de aire, que, en un edificio viejo y destartado como aquél, amenazaban por todas partes; mas fue inútil la precaución, porque sopló el viento, proporcionando a los enemigos de Tomás el pretexto para afirmar que fue él, y no el viento, quien

apagó la vela, y que, al intentar reanimar la llama soplando, había besado a la muchacha. Sea lo que fuere, se trajo otra luz y se condujo a Tomás, a través de una complicada agrupación de aposentos y de un laberinto de pasillos, hasta la habitación que se había preparado para recibirle, llegados a la cual, le dio las buenas noches la muchacha y le dejó solo.

»Era una amplia estancia de gruesas contraventanas, en la que había una gran cama que pudiera haber servido para todo un pensionado, sin contar un par de cómodas de roble que hubieran bastado para guardar el bagaje de un pequeño ejército; pero lo que más intrigó la imaginación de Tomás fue una extraña y desconcertante silla de alto respaldo, tallada de modo fantástico, con rameado cojín y con los extremos inferiores de las patas cuidadosamente vendados de tela roja, cual si tuviera gota en los pies. De otra silla cualquiera hubiera pensado Tomás que era una silla más o menos rara, pero allí hubiera terminado el asunto; mas

había en esta silla algo verdaderamente notable, que él no podría decir en qué consistía; pero tan especial y que se distinguía tanto de todos los demás muebles que en su vida viera, que pareció fascinarle. Se sentó ante el fuego y contempló la vieja silla por espacio de media hora.

—Que el diablo se lleve a la silla —decía.

»Era una estantigua tan rara, que no podía quitar los ojos de ella.

»—Bien —dijo Tomás, desnudándose poco a poco, sin dejar de mirar a la silla que ostentaba junto al lecho su misteriosa catadura—; no vi en mi vida nada igual. Es muy extraño —decía Tomás, a quien el ponche caliente había tornado filósofo.

»Sacudió Tomás su cabeza con aire de profunda sabiduría, y otra vez miró a la silla. Mas como nada podía hacer, se metió en la cama, se tapó hasta las narices y se quedó dormido.

»A la media hora despertó Tomás sobresaltado de una confusa pesadilla, en la que se

mezclaba el hombre largo con los jarros de ponche, y el primer objeto que se ofreció a su inquieta fantasía fue la silla extraña.

»—No quiero mirarla más —se dijo Tomás.

»Cerró sus párpados e intentó convencerse a sí mismo de que iba a dormirse. Pero fue en vano: sólo sillas extrañas danzaban ante sus ojos, levantando sus patas, saltando unas sobre otras y ejecutando todo género de contradanzas grotescas.

»—Prefiero ver una silla de verdad a dos o tres sillerías fingidas —dijo Tomás sacando la cabeza fuera del embozo. »Allí estaba la silla bien visible a la luz del fuego y tan provocativa como siempre.

»Clavó Tomás sus ojos en la silla, y de repente se operó en ella un cambio extraordinario. El tallado del respaldo fue adquiriendo poco a poco los lineamientos y la expresión de un rostro humano, arrugado y viejo; el cojín de damasco convirtiéndose en un antiguo chaleco alombrado; las molduras de las patas se trans-

formaron en un par de pies calzados con rojas zapatillas de pana, y la vetusta silla tomó el aspecto de un viejo muy feo del siglo anterior, con los brazos en jarras. Tomás se sentó en la cama y se frotó los ojos para disipar la alucinación. Nada. La silla era un viejo feo; más aún: estaba haciéndole guiños a Tomás Smart.

»Tomás era por naturaleza flemático, un ente descuidado y tranquilo, y se había metido en el cuerpo cinco jarros de ponche caliente; así es que, si bien había sentido al principio un leve sobresalto, empezó a indignarse al ver que el viejo le guiñaba y le sonreía con aire descarado. Al cabo decidióse a no aguantar aquello, y como observase que la vieja cara le guiñaba con pertinacia, dijo Tomás en tono airado:

«—¿Para qué demonio me está usted haciendo guiños?

«—Porque me agrada, Tomás Smart —dijo la silla, o el viejo caballero, como queráis llamarle.

»Cesaron los guiños, sin embargo, al hablar Tomás, y empezó a hacer gestos lo mismo que un mono veterano.

»—¿Cómo sabe usted mi nombre, viejo cascanueces? —preguntó Tomás Smart bastante amostazado, aunque se empeñaba en no perder la continencia.

»—Vamos, vamos, Tomás —dijo el viejo caballero—; ése no es modo de hablar a una sólida caoba española. Vaya, no me trataría usted con menos respeto si estuviese simplemente chapeada.

»Y al decir esto, el viejo miró a Tomás con tanta decisión, que éste empezó a asustarse.

»—Yo no he pensado en tratarle con desconsideración, sir —dijo Tomás en tono mucho más humilde del que empleara al principio.

»—Bien, bien —dijo el anciano—; puede ser... puede ser. Tomás...

»—Sir..

»—Conozco todo lo que a usted se refiere, Tomás; absolutamente todo. Usted es muy pobre, Tomás.

»—Sí que lo soy —dijo Tomás Smart—. Pero, ¿cómo sabe usted eso?

»—A usted no le importa —dijo el viejo—. Es usted demasiado aficionado al ponche, Tomás.

»Ya iba Tomás Smart a protestar, asegurando no haber tomado una gota desde que naciera; pero al encontrarse su mirada con la del viejo, advirtió en ella tanta malicia, que se ruborizó Tomás y guardó silencio.

»—Tomás —dijo el viejo—: la viuda es una hermosa mujer... extraordinariamente hermosa... ¿eh, Tomás?

»Aquí el viejo dio un giro a su mirada, levantó una de sus escuálidas piernas y se mostró tan grotescamente enamorado, que se incomodó Tomás por la liviandad de su actitud... ¡a una edad tan avanzada!

»—Yo soy su guardián —dijo el viejo. »

—¿Si? —preguntó Tomás Smart.

»—Conocí a su madre, Tomás —dijo el viejo—, y a su abuela. Me quería mucho... me hizo este chaleco, Tomás.

»—¿Ah, sí? —dijo Tomás Smart.

»—Y estas chinelas —continuó el viejo, levantando una de las patas—; pero no lo digas, Tomás. No quiero que se sepa que ella me quiso tanto. Esto podría ocasionar disgustos en la familia.

»Al decir esto, el malicioso viejo tomó un aire tan impertinente que, según declaró después Tomás Smart, se hubiera sentado en él sin remordimiento alguno.

»—En mi tiempo fui el favorito de las mujeres, Tomás —dijo el grotesco viejo calavera—; cientos de mujeres hermosas sentáronse en mi regazo durante largas horas. ¿Qué piensa usted de esto, so pícaro?

»Disponíase el viejo a relatar alguna otra hazaña de su mocedad, cuando le acometió un crujido tan violento que no pudo continuar.

»—Es lo que usted se merece, viejo verde — pensó Tomás Smart, pero nada dijo.

»—¡Ah! —dijo el viejo—, esto me molesta mucho ahora. Voy siendo viejo, Tomás, y he perdido casi todos mis palitroques. He sufrido, además, una operación... una pequeña pieza que me pusieron en la espalda... y fue una dura prueba, Tomás.

»—Me lo figuro, sir —dijo Tomás Smart.

»—Sin embargo —dijo el viejo caballero—, no es esto lo que importa. ¡Tomás! Yo quiero que usted se case con la viuda.

»—¿Yo, sir? —dijo Tomás.

»—Usted —dijo el viejo caballero.

»—Benditas sean sus venerables canas —dijo Tomás (pues aún tenía unas cuantas crines)—; benditas sean sus reverendas canas; ella no me querría a mí.

»Y Tomás suspiró involuntariamente, pensando en el *bar*.

»—¿Que no le querría? —dijo el viejo con firmeza.

»—No, no —dijo Tomás—; hay alguien de por medio. Un hombre alto... un hombre altísimo... de negros bigotes.

»—Tomás —dijo el viejo caballero—, ella nunca le aceptará.

»—¿No? —dijo Tomás—. Si usted estuviera en el *bar*, anciano caballero, ya diría usted otra cosa.

»—¡Bah, bah! —dijo el viejo—. Estoy enterado de todo.

»—¿De qué? —dijo Tomás.

»—De los besos tras de la puerta y todas esas cosas, Tomás —dijo el viejo.

»Y lanzó otra mirada impúdica, que hizo indignarse a Tomás, porque, caballeros, oír a un anciano, que debía conducirse de otra manera, hablar de estas cosas, es muy desagradable... es de lo más desagradable.

»—Yo sé todas esas cosas, Tomás —dijo el viejo caballero—. Lo he visto hacer muchas veces en mi tiempo Tomás, por muchas perso-

nas que no quisiera mencionar; pero nunca pasaba la cosa de ahí, después de todo.

»—Debe usted de haber visto cosas muy singulares —dijo Tomás con mirada curiosa.

»—Bien puede usted decirlo —replicó el viejo, haciendo un guiño complicadísimo—. Soy el último superviviente de mi familia, Tomás —dijo el viejo suspirando con melancolía.

»—¿Fue muy dilatada? —preguntó Tomás Smart.

»—Fuimos doce, Tomás —dijo el viejo—; hermosos, de erguido respaldo; los mejores mozos del mundo. Nada de estos modernos abortos... todos con brazos y con un pulimento que, aunque no está bien que yo lo diga, le hubiera a usted encantado.

»—¿Y qué ha sido de los demás, sir? —preguntó Tomás Smart.

»El viejo se llevó el codo a los ojos y repuso:

»—Fenecidos, Tomás, fenecidos. Hicimos un rudo servicio, Tomás, y no todos disfrutaron de mi constitución. Les atacó el reuma por brazos

y piernas, y fueron a las cocinas y a otros hospitales; y uno de ellos, después de un uso prolongado y duro, perdió la razón: se hizo tan quebradizo, que no tuvo más remedio que quemarse. Triste cosa, Tomás.

»—¡Espantosa! —dijo Tomás Smart.

»Hizo pausa el viejo por espacio de algunos minutos, en los que debió de luchar contra sus emociones y sentimientos, y dijo al cabo:

»—Pero, Tomás, veo que estoy divagando. Este hombre largo, Tomás, es un aventurero sin vergüenza. En el momento que se casase con la viuda, todo lo vendería y escaparía. ¿Cuál sería la consecuencia? Pues que ella quedaría abandonada, sumida en la ruina, y yo moriría de un enfriamiento en el almacén de cualquier prendero.

»—Sí, pero...

»—No me interrumpa —dijo el viejo caballero—. De usted, Tomás, tengo una opinión diferente, porque sé muy bien que una vez que usted se estableciera en una taberna, nunca la

abandonaría mientras quedara en las anaquele-
rías algo que beber.

»—Le agradezco a usted mucho la buena
opinión que tiene de mí —dijo Tomás Smart.

»—Por tanto —continuó el viejo en tono dic-
tatorial—, usted debe casarse con ella, y él, no.

»—Pero, ¿cómo impedir lo último? —dijo
con avidez Tomás Smart.

»—Sin más que esta revelación —replicó el
viejo—: que él está ya casado.

»—¿Y cómo habría yo de probarlo? —dijo
Tomás Smart, saltando casi del lecho.

»Destacó el viejo uno de sus brazos y, seña-
lando a una de las cómodas de roble, volvió a
colocarlo en su posición natural.

»—No sabe él —dijo el viejo— que en el bol-
sillo derecho de unos pantalones que hay en
esa cómoda tiene una carta en la que se le su-
plica y encarece que vuelva con su esposa y con
sus seis, fíjese, Tomás, seis niños, todos de muy
corta edad.

»Al pronunciar el viejo estas solemnes palabras, empezaron a desvanecerse los rasgos de su faz y a esfumarse en la sombra sus líneas todas. Un velo empezó a caer sobre los ojos de Tomás Smart. El anciano pareció reabsorberse gradualmente en la silla; el chaleco de damasco transformóse en un cojín, y convirtiéronse las rojas zapatillas en simples fundas encarnadas. El fuego se extinguió por completo, y Tomás Smart cayó en su almohada profundamente dormido.

»A la mañana despertó Tomás del letárgico sopor que le invadiera en el momento de desaparecer el anciano. Sentóse Tomás en la cama, y por algunos minutos pretendió, en vano, recordar los sucesos de la noche. Súbitamente vinieron a su imaginación. Miró a la silla: era un mueble caprichoso y fantástico, sin duda; pero hubiera sido necesaria una imaginación mucho más viva y chispeante que la de Tomás para descubrir alguna semejanza entre ella y un anciano.

»—¿Cómo va, viejo amigo? —dijo Tomás.

»Con la luz del día cobró arrestos, como les ocurre a muchos hombres.

»La silla permaneció inmóvil y sin decir palabra.

»—¡Dichosa mañana! —dijo Tomás.

»Nada. La silla no entraba en conversación.

»—¿A cuál de las cómodas señaló usted? Eso me lo puede usted decir —dijo Tomás.

»La silla, caballeros, no dijo ni jota.

»—Poco trabajo cuesta abrirlas —dijo Tomás, dejando la cama con este propósito.

»Dirigióse a una de las cómodas. La llave estaba en la cerradura, dióle la vuelta y abrió. Allí había un par de pantalones. Metió su mano en el bolsillo y sacó la misma carta que había descrito el anciano.

»—¡Qué cosa más extraordinaria! —dijo Tomás Smart, mirando primero a la silla, luego a la cómoda, después a la carta, y por fin, de nuevo, a la silla—. Muy extraño.

»Pero como nada hallaba en ninguno de estos objetos que aminorase la extrañeza, juzgó que podía muy bien vestirse y arreglar en seguida el negocio del hombre largo, para despejar su situación. Tomás curioseó al cruzar las habitaciones con la experta mirada de todo un posadero, pensando en que no era imposible que él asumiera antes de poco la propiedad de ellas y de cuanto encerraban. El hombre largo estaba de pie en el comfortable *bar*, con sus manos cruzadas a la espalda, como en su propia casa. Miró distraídamente a Tomás. Un observador cualquiera tal vez supusiese que lo hacía solamente para enseñar su blanca dentadura; pero Tomás Smart pensó que la idea del triunfo pasó por el lugar de la mente del hombre alto en que hubiera estado su conciencia, de haber tenido alguna. Tomás se echó a reír en su propia cara y llamó a la ventera.

»—Buenos días, señora —dijo Tomás Smart, cerrando la puerta y el gabinetito después de entrar la viuda.

»—Buenos días, sir —dijo la viuda—. ¿Qué quiere usted para el desayuno, sir?

»Tomás recapacitaba en el modo de iniciar el asunto, así es que no respondió.

»—Hay un jamón riquísimo —dijo la viuda— y un hermoso fiambre de pollo mechado. ¿Quiere que se lo sirvan, sir?

»Estas palabras sacaron a Tomás de su ensimismamiento. Su admiración hacia la viuda creció al oírla hablar. ¡Inteligente criatura! ¡Suculenta proveedora!

»—¿Quién es ese caballero del *bar*, señora? —preguntó Tomás.

»—Se llama Jinkins, sir —dijo la viuda ruborizándose ligeramente.

»—Es un hombre muy alto —dijo Tomás.

»—Es un hombre muy hermoso, sir —replicó la viuda—, y un caballero muy simpático.

»—¡Ah! —dijo Tomás.

»—¿Desea usted algo más, sir? —preguntó la viuda bastante intrigada por la actitud de Tomás.

»—Sí —dijo Tomás—. Señora mía, ¿tiene usted la bondad de sentarse un momento?

»Miróle la viuda asombrada; pero se sentó, y también lo hizo Tomás, colocándose a su lado. Yo no sé lo que ocurrió, caballeros; en realidad, decía mi tío que Tomás Smart le había dicho que no podía decir cómo había sido; pero el caso fue que la palma de la mano de Tomás se posó en el revés de la de la viuda, conservando esta posición mientras hablaba.

»—Mi querida señora —dijo Tomás Smart (él siempre había cultivado con fortuna los modales amistosos)—, mi querida señora: usted merece un marido inmejorable; lo merece usted, sin duda.

»—¡Por Dios, sir! —dijo la viuda, presa de gran confusión; la iniciación del diálogo lo justificaba, por lo insólito y sorprendente, y lo

abonaba el hecho de no haber visto a aquel hombre en su vida—. ¡Por Dios, sir!

»—Desprecio la lisonja, mi querida señora —dijo Tomás Smart—. Usted merece un marido admirable, y quienquiera que sea, ha de ser un hombre muy feliz.

»Según decía Tomás, sus ojos vagaban inconscientemente de la cara de la viuda a los objetos que le rodeaban.

»Miróle la viuda más intrigada que nunca, e hizo ademán de levantarse. Tomás oprimió su mano suavemente, como para detenerla, y ella permaneció en su sitio. Las viudas, caballeros, no son, por lo común, muy tímidas, como mi tío solía decir.

»—No sé cómo agradecerle, sir, el buen concepto en que me tiene —dijo medio sonriendo la vivaracha posadera—; y si me caso otra vez...

»—Si —dijo Tomás, mirándola maliciosamente con el rabillo izquierdo de su ojo derecho—, si se casa otra vez...

»—Bueno —dijo la viuda, riendo esta vez francamente—. Cuando me case espero tener un marido tan bueno como el que usted me pinta.

»—Jinkins, por ejemplo —dijo Tomás.

»—¡Por Dios, sir! —exclamó la viuda.

»—¡Oh!, no me diga usted nada —dijo Tomás—; le conozco.

»—Estoy segura de que nadie que le conozca sabe nada malo de él —dijo la viuda, reprimiéndose ante el aire misterioso con que hablaba Tomás.

»—¡Hum! —murmuró Tomás Smart.

»La viuda empezó a pensar en que llegaba la hora de las lágrimas, por lo cual sacó su pañuelo y preguntó si era que Tomás quería insultarle; si creía él propio de un caballero difamar a otro a sus espaldas; porque si tenía algo que decir, ¿por qué no se lo decía al caballero cara a cara en vez de aterrar a una pobre mujer débil?; y así sucesivamente.

»—Se lo voy a decir a él inmediatamente —dijo Tomás—; sólo quería que usted lo oyera antes.

»—¿Qué es ello? —preguntó la viuda, mirando con fijeza a Tomás.

»—Se va usted a quedar estupefacta —dijo Tomás, llevándose la mano al bolsillo.

»—Si es que no tiene dinero —dijo la viuda—, ya lo sé, y no tiene usted que molestarse en decírmelo.

»—¡Bah!, qué tontería; eso no es nada —dijo Tomás Smart—. Yo no tengo dinero tampoco. No es eso.

»—¡Oh!, pero, ¿qué puede ser? —exclamó la pobre viuda.

»—No se asuste —dijo Tomás Smart. Sacó la carta con parsimonia y la desdobló—. ¿No va usted a gritar? —dijo Tomás con aire dubitativo.

»—No, no —replicó la viuda— déjeme que la vea.

»—¿No se desmayará usted ni hará ninguna de esas simplezas? —dijo Tomás.

»—No, no —respondió la viuda en seguida.

»—Y no eche a correr para decírselo —dijo Tomás—, porque eso ya lo haré yo por usted; más vale que usted no se moleste.

»—Bien, bien —dijo la viuda—; déjeme verla.

»—Inmediatamente —replicó Tomás Smart.

»Y con estas palabras puso la carta en manos de la viuda.

»Caballeros: he oído decir a mi tío que, según Tomás Smart, las lamentaciones de la viuda al conocer la verdad hubieran atravesado un corazón de piedra. Cierto que el corazón de Tomás era tierno, pero se conmovió profundamente. La viuda empezó a moverse de acá para allá, y cruzó sus manos anonadada.

»—¡Oh, qué decepción y qué villanía de hombre! —dijo la viuda.

»—Espantosa, mi querida señora; pero serénese usted —dijo Tomás Smart.

»—¡Oh!, no puedo serenarme —gritó la viuda—. ¡Nunca podré hallar otro a quien ame tanto!

»—¡Oh, sí; le encontrará usted, alma mía! —dijo Tomás Smart, dejando asomar a sus ojos grandes lagrimones, en señal de compasión hacia la infortunada viuda.

»Tomás Smart, en la efusión de su piedad, había rodeado con su brazo el talle de la viuda; y ésta, poseída de indignación, había oprimido la mano de Tomás. La viuda miró a Tomás y le sonrió con los labios. Tomás miró a la viuda y sonrió a través de sus lagrimones.

»No he podido dilucidar, caballeros, si Tomás besó o no besó a la viuda en aquel momento. Solía decirme mi tío que no; mas yo tengo mis dudas sobre ello. Pero, de ustedes para mí, caballeros, yo pienso que la besó.

»De todos modos, el caso fue que Tomás echó al hombre alto de un puntapié media hora después; que se casó con la viuda al mes siguiente; que acostumbraba caminar por la co-

marca con el blanco cabriolé de encarnadas ruedas y la quimérica yegua corredora, hasta que dejó el negocio, muchos años después; que se trasladó a Francia con su esposa, y que entonces se echó abajo el viejo caserón.

—¿Me permitirá usted preguntarle —dijo el curioso anciano— qué fue de la silla?

—¡Ah! —replicó el tuerto viajante—. Se la oyó crujir mucho en el día de la boda; pero Tomás Smart no pudo decir con seguridad si fue de gusto o de enfermedad corporal. Se inclinaba a pensar lo último, porque el mueble no volvió a usar de la palabra.

—¿Y todos han creído la historia? —dijo el de la cara sucia, volviendo a llenar su pipa.

—Todos menos los enemigos de Tomás —replicó el viajante—. Algunos dijeron que Tomás la había inventado de cabo a rabo; otros, que estaba borracho y se la figuró, y que cogió los otros pantalones por equivocación antes de acostarse. Pero ninguno sabía lo que decía.

—¿Dijo Tomás que era todo verdad?

—Todo.

—¿Y su tío?

—De *pe* a *pa*.

—Deben de haber sido bien notables los dos

—dijo el de la cara sucia.

—Sí que lo fueron —replicó el viajante—;
¡notabilísimos!

EN EL QUE SE HACE UN FIEL RETRATO DE DOS DISTINGUIDOS PERSONAJES: UNA DESCRIPCIÓN EXACTA DE UN ALMUERZO PÚBLICO EN SU CASA Y FINCA, CUYO ALMUERZO PÚBLICO DA OCASIÓN A QUE SE RENUEVE UNA ANTIGUA AMISTAD Y SE INICIE OTRO CAPÍTULO

La conciencia de Mr. Pickwick le argüía un tanto por el reciente abandono de sus amigos en El Pavo, y ya se disponía a marchar en su busca, en la tercera mañana posterior a la elección, cuando su fiel paje puso en sus manos una tarjeta en la que se leía la siguiente inscripción:

MRS. LEO HUNTER
La Caverna, *Eatanswill*

—Espera un personaje —dijo Sam en tono epigramático.

—¿Pregunta por mí el personaje? —inquirió Mr. Pickwick.

—Le busca a usted exclusivamente, y a nadie más, como dijo el secretario particular del Diablo cuando fue a buscar al doctor Fausto.

—¿Es él un caballero? —dijo Mr. Pickwick.

—Si no lo es, es una magnífica imitación —replicó Mr. Weller.

—Pero esta tarjeta es de una señora —dijo Mr. Pickwick.

—Sin embargo, me la ha dado un caballero —replicó Sam—, y espera en la sala... Dijo que esperaría todo el día con tal de verle.

Al oír Mr. Pickwick esta determinación, bajó a la sala, donde se hallaba sentado un caballero de grave talante, que, al verle, dijo con profundo respeto:

—Mr. Pickwick, ¿supongo...?

—El mismo.

—Permítame el honor de tomar su mano. Permítame, sir, estrechársela —dijo el grave caballero.

—Desde luego —dijo Mr. Pickwick.

Estrechó el desconocido la mano que se le tendía y prosiguió:

—Ha llegado a nuestros oídos la fama de usted, sir. El ruido de su discusión arqueológica ha llegado a oídos de la señora Leo Hunter.... mi esposa, sir; yo soy Mr. Leo Hunter.

Detúvose el desconocido como si esperara que Mr. Pickwick se sobrecogiera ante la revelación; mas observando que permanecía en calma, continuó:

—Mi esposa, sir, la señora Leo Hunter, se enorgullece de contar entre sus amigos a todos los que se han hecho célebres por sus obras y su talento. Permítame, sir, colocar en lugar preeminente de la lista el nombre de Mr. Pickwick y el de sus compañeros del Club que toma su nombre de usted.

—Me complacerá en extremo contraer la amistad de tal señora, sir —replicó Mr. Pickwick.

—La contraerá usted, sir —dijo el hombre grave—. Mañana por la mañana, sir, damos un almuerzo público, una *fête champêtre* a muchos de los que se han hecho célebres por sus obras y su talento. Conceda a la señora Leo Hunter la alegría de ver a ustedes en La Caverna.

—Con mucho gusto —replicó Mr. Pickwick.

—La señora Leo Hunter celebra muchos de estos almuerzos, sir —continuó el nuevo amigo—, fiestas de razón, sir, y efusiones de alma, según los ha llamado alguien que escribió un soneto a la señora Leo Hunter en sus almuerzos, con gran originalidad.

—¿Era ése célebre por sus obras y por su talento? —preguntó Mr. Pickwick.

—Lo era, sir —replicó el hombre grave—; todos los amigos de la señora Leo Hunter lo son; su ambición se cifra, sir, en no tener otra clase de amigos.

—Es una ambición nobilísima —dijo Mr. Pickwick.

—Cuando yo dé cuenta a la señora Leo Hunter de que tal observación ha salido de sus labios, sir, se sentirá orgullosa —dijo el hombre grave—. Hay un caballero entre los que le acompañan que ha producido algunos hermosos poemitas, según creo, sir.

—Mi amigo Snodgrass tiene un gran sentido poético —replicó Mr. Pickwick.

—También la señora Leo Hunter. Está loca por la poesía, sir. La adora; puedo decir que su alma entera y su pensamiento viven en ella y son sus hermanos. Ha producido algunos trozos deliciosos, sir. Tiene usted que conocer su *Oda a la rana expirante*, sir.

—Me parece que no —dijo Mr. Pickwick.

—Me choca mucho, sir —dijo Mr. Leo Hunter—. Produjo enorme sensación. Llevaba por firma una L y ocho estrellas y apareció por primera vez en una revista femenina. Empezaba:

rarte
agobiada
mis ojos
blara...!
tante
por cama,
del pecho
te rana...!
enemigos
andan

¡Cómo podría mi-
sobre tu vientre
sin que la pena en
furtivamente tem-
¡Cómo verte palpi-
sobre ese tronco
sin que un sollozo
se escape, expiran-
Dicen que tus
en forma de chicos
con griterío salvaje

*dándote en los
charcos caza.*

—¡Soberbio! —dijo Mr. Pickwick.

—Hermoso —dijo Mr. Leo Hunter—; es tan sencilla...

—Mucho —dijo Mr. Pickwick.

—La estrofa siguiente es aún más conmovedora. ¿Quiere usted que se la diga?

—Se lo suplico —dijo Mr. Pickwick.

—Dice así —dijo el hombre grave, más grave aún:

*¡Y con feroz alegría,
sin que tu dolor te
valga,
con un perro te
persiguen,
pobre, moribunda
rana!*

—Admirablemente dicho —dijo Mr. Pickwick.

—Es una filigrana, sir —dijo Mr. Leo Hunter—; pero ya se la oirá usted a la señora Leo Hunter. Sólo ella la declama como se merece. Ella la dirá, disfrazada, sir, mañana por la mañana.

—¡Disfrazada!

—De Minerva. Pero había olvidado... es un almuerzo de trajes.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Mr. Pickwick, mirándose a sí mismo—. No me será posible...

—¡Sí le será, sir, sí le será! —exclamó Mr. Leo Hunter—. Salomón Lucas, el judío de la calle Alta, tiene miles de disfraces. Considere, sir, cuántos personajes puede usted elegir. Platón, Zenón, Epicuro, Pitágoras... Todos fundadores de clubes.

—Ya lo sé —dijo Mr. Pickwick—; pero como no puedo competir con esos grandes personajes, tengo que renunciar a la presunción de usar sus vestiduras.

El hombre grave meditó profundamente unos segundos, y luego dijo:

—Pensándolo bien, sir, no sé si tal vez causaría mayor placer a la señora Leo Hunter que sus invitados vieran a un personaje tan célebre como usted en su indumento habitual mejor que en uno fingido. Yo me aventuro a prometerle que será una excepción, sir...; sí, me atreveré a hacerlo, contando con la autorización de la señora Leo Hunter.

—En ese caso —dijo Mr. Pickwick—, tendré mucho gusto en asistir.

—Pero estoy dilapidando su tiempo, sir —dijo el hombre grave, recapacitando súbitamente—. Sé el valor que para usted tiene. No quiero entretenerle. Entonces, puedo decir a la señora Leo Hunter que puede esperar confiadamente a usted y a sus distinguidos amigos. Buenos días, sir; estoy orgulloso de haber visto a tan eminente personaje... No se mueva, sir; no me diga nada.

Y sin dar lugar a que Mr. Pickwick le opusiera objeción o negativa, salió gravemente Mr. Leo Hunter.

Tomó Mr. Pickwick su sombrero y dirigióse a El Pavo, adonde, antes que él, había llevado Mr. Winkle la noticia del baile de trajes.

—La señora Pott va —fueron las primeras palabras con que éste saludó a su maestro.

—¿Va? —dijo Mr. Pickwick.

—De Apolo —replicó Mr. Winkle—. Sólo que Pott se opone a la túnica.

—Tiene razón. Tiene mucha razón —dijo Mr. Pickwick con énfasis.

—Sí ...; por lo cual ella piensa llevar una bata de satén blanco con lentejuelas de oro.

—Pues nadie va a saber de qué va vestida, ¿verdad? —indicó Mr. Snodgrass.

—Ya lo creo que lo sabrán —replicó indignado Mr. Winkle—. Ya verán la lira.

—Es verdad; me olvidaba de eso —dijo Mr. Snodgrass.

—Yo iré de bandido —interrumpió Mr. Tupman.

—¡Cómo! —dijo Mr. Pickwick con ademán de sorpresa.

—De bandido —repitió Mr. Tupman dulcemente.

—No querrá usted decir —dijo Mr. Pickwick, mirando a su amigo con solemne dureza—, no querrá usted decir, Mr. Tupman, que intenta ponerse una chaqueta verde con faldoles de dos pulgadas.

—Tal es mi proyecto, sir —repitió Mr. Tupman con empeño—. ¿Y por qué no, sir?

—Porque, sir... —dijo Mr. Pickwick grandemente enojado—. Porque es usted demasiado viejo, sir.

—¡Demasiado viejo! —exclamó Mr. Tupman.

—Y por si aún cupiera otra objeción —continuó Mr. Pickwick—, es usted demasiado gordo.

—Sir —dijo Mr. Tupman, a cuyo semblante asomaba un rojo arrebol—, eso es un insulto.

—Sí —replicó Mr. Pickwick en el mismo tono—; pero no es tan grave el insulto como el de aparecer en presencia mía en chaqueta verde con faldones de dos pulgadas.

—Sir —dijo Mr. Tupman—, es usted un insolente.

—¡Sir —dijo Mr. Pickwick—, usted es otro!

Mr. Tupman avanzó dos pasos y contempló airado a Mr. Pickwick. Éste devolvió la mirada concentrada en los focos de sus lentes, y exhaló un atrevido reto. Mr. Snodgrass y Mr. Winkle les miraban petrificados al contemplar escena tal entre tales hombres.

—Sir —dijo Mr. Tupman, tras breve pausa, en voz de bajo profundo—, me ha llamado usted viejo.

—Sí —dijo Mr. Pickwick.

—Y gordo.

—Me reitero en mis palabras.

—E insolente.

—¡Lo es usted!

Siguió un espantoso silencio.

—Mi adhesión a su persona, sir —dijo Mr. Tupman hablando con él, trémulo de emoción, y remangándose los brazos entre tanto—, es grande... muy grande... pero de esa persona tengo que tomar venganza inmediata.

—¡Vamos, sir! —replicó Mr. Pickwick.

Estimulado por la naturaleza excitante del diálogo, el heroico caballero cayó en una actitud de absoluta parálisis, que interpretaron los dos espectadores como deliberada postura de defensa.

—¡Ea! —exclamó Mr. Snodgrass, recobrando al punto el habla de que le despojara la estupefacción experimentada y arrojándose entre los dos con riesgo inminente de recibir en cada sien un puñetazo—. ¡Qué es eso! ¡Mr. Pickwick, con los ojos del mundo entero fijos en usted! ¡Mr. Tupman! ¡Usted, que con nosotros participa del brillo de su nombre inmortal! ¡Qué vergüenza, caballeros, qué vergüenza!

El rictus pasajero de la ira que contrajera el claro rostro de Mr. Pickwick fue disipándose gradualmente ante las palabras de su amigo, como los trazos de un lápiz de plombagina bajo la influencia del caucho de la India. El semblante de Mr. Pickwick había recobrado su benigna expresión habitual antes de que Mr. Snodgrass concluyera su admonición.

—Me he precipitado —dijo Mr. Pickwick—, me he precipitado mucho. Tupman, venga esa mano.

Disipáronse las oscuras sombras que envolvían el rostro de Mr. Tupman al estrechar calurosamente la mano de su amigo.

—Yo también me he precipitado —dijo.

—No, no —interrumpió Mr. Pickwick—; la culpa ha sido mía. ¿Llevará usted la chaqueta de terciopelo verde?

—No, no —replicó Mr. Tupman.

—Por complacerme, la llevará —insistió Mr. Pickwick.

—Bueno, bueno, la llevaré —replicó Mr. Tupman.

Convínose, por tanto, que Mr. Tupman, Mr. Winkle y Mr. Snodgrass irían disfrazados. De esta manera, impulsado Mr. Pickwick por el calor de sus buenos sentimientos, otorgó su autorización para un extremo que repugnaba a su propio criterio. Una muestra más patente de su amigable carácter no pudiera haberse concebido, aun cuando los sucesos reseñados en las anteriores páginas hubiesen sido una pura ficción.

Mr. Leo Hunter no había exagerado los recursos de Mr. Salomón Lucas. Era extenso su guardarropa —muy extenso—; tal vez no respondiese de modo estricto a las normas clásicas, ni brillase por su novedad, ni contuviese un solo vestido que obedeciese a la moda de ninguna época, pero todo se, hallaba más o menos guarnecido de lentejuelas, y ¿qué puede haber más lindo que las lentejuelas? Podrá objetarse que no son adecuadas a la luz del día,

pero nadie negará que brillarían grandemente con la luz artificial; y es indudable que si la gente se empeña en dar bailes de trajes a la luz del día y no presentan los atavíos tan hermoso aspecto como por la noche, sólo es imputable la culpa a aquellos que dan los bailes de trajes y en modo alguno a las lentejuelas. Tal era el concluyente argumento de Mr. Salomón Lucas; argumento que, influyendo sobre Mr. Tupman, Mr. Snodgrass y Mr. Winkle, les decidió a aceptar las vestiduras que el gusto y la experiencia del comerciante les señaló como apropiadas a la ocasión.

Se alquiló un carruaje en Las Armas de la Ciudad para los pickwickianos, y en el mismo sitio se preparó un cabriolé para conducir a Mr. Pott y a su señora a la finca de la señora Leo Hunter; finca que Mr. Pott, en prueba de reconocimiento por haber recibido invitación, ya había vaticinado en *La Gaceta de Eatanswill* «había de ser escenario de encantadores y deliciosos episodios —ofuscante resplandor de

talento y belleza, espléndido y pródigo ejemplo de hospitalidad—, y, sobre todo, de un brillo inusitado, tamizado por el más exquisito gusto; y un lujo armónico de recatados tonos, en comparación de cuya fiesta el fausto legendario de *Las mil y una noches* resultaría empañado y de matices tan oscuros y mezquinos como debía hallarse el pensamiento de la vil e inhumana criatura que pretendía deslustrar con el veneno de su envidia los suntuosos preparativos llevados a cabo por la virtuosa y distinguida señora a quien se ofrecía aquel humilde tributo de admiración». Esta última frase era un rasgo de emponzoñado sarcasmo contra El Independiente, que, como consecuencia de no haber sido invitado, dedicárase durante cuatro números al mísero empeño de deslucir la fiesta, utilizando sus más gruesos tipos y escribiendo los adjetivos todos con letras mayúsculas.

Vino la mañana: fue un grato espectáculo contemplar a Mr. Tupman en completo atavío de bandolero, con una cazadora ceñidísima que

sentaba sobre su espalda y hombros lo mismo que un acerico; la parte superior de sus piernas, embutidas en cortos calzones de terciopelo, y envueltas las pantorrillas en los complicados vendajes a que son muy aficionados todos los bandidos. Era delicioso ver su abierto e ingenuo semblante, con sus mostachos enhiestos y ennegrecidos con corcho quemado, asomado a un cuello de camisa bien abierto, y observar el sombrero de color de azúcar tostada, adornado con cintas de todos colores, que se veía precisado a llevar sobre sus rodillas, ya que no podía existir techado carruaje que admitiese semejante artefacto sobre la cabeza de un hombre. Igualmente humorístico y agradable era el aspecto de Mr. Snodgrass, con levita y pechera de satén azul, pantalones de seda, calzas de lo mismo y griego yelmo en su cabeza, el cual, como todo el mundo sabe (y si no, allí estaba Mr. Lucas para asegurarlo), fue el indumento auténtico usado por todos los trovadores desde sus primeros tiempos hasta que desaparecieron

del haz de la tierra. Todo esto era encantador, pero era nada comparado con el entusiasmo y vocerío de la plebe cuando partió el coche siguiendo al cabriolé de Mr. Pott, que partió a su vez de la puerta de Mr. Pott, la cual se abrió para dar salida al gran Pott disfrazado de justicia ruso, con su tremendo látigo en su mano, emblema significativo del severo e incontestable poder de *La Gaceta de Eatanswill* y de los tremendos latigazos que habría de descargar sobre sus ofensores.

—¡Bravo! —gritaron Mr. Tupman y Mr. Snodgrass al contemplar la ambulante alegoría.

—¡Bravo! —dejó oír Mr. Pickwick desde el pasillo.

—¡Viva... viva Pott! —clamó la multitud.

En medio de estos vítores sonreía Mr. Pott con plácida y cortés dignidad, que denotaba la conciencia de su poder y del modo de ejercerlo, mientras subía al cabriolé.

A poco salió de la casa la señora Pott, que se hubiera asemejado mucho a Apolo de no haber

vestido una bata: iba del brazo de Mr. Winkle, el cual, con su chaqueta de rojo pálido, no pudiera tomarse sino como un sportsman, a no ser por la semejanza que presentaba con un correo oficial. Por último, salió Mr. Pickwick, a quien aplaudieron los chiquillos más estrepitosamente que a nadie, tal vez por estimar que sus pantalones y polainas ofrecían alguna remembranza de las edades remotas. Ambos vehículos dirigiéronse a la finca de la señora Leo Hunter. Mr. Weller, que asistía en calidad de paje, ocupaba la trasera del coche que conducía a su amo.

Todos los hombres, mujeres, muchachos, chicas y chiquillos que se apelmazaban para contemplar a los invitados en sus fantásticos trajes gritaron con delicia y éxtasis cuando Mr. Pickwick, llevando al bandido cogido de un brazo y al trovador del otro, cruzó la entrada solemnemente. Nunca se había producido escándalo igual de gritos y voces como el que se oyó al pretender Mr. Tupman colocar sobre su

cabeza el sombrero de azúcar tostada, para entrar en el jardín en la debida guisa.

Los preparativos excedían a toda ponderación; cumplían de modo absoluto los anuncios proféticos de Pott en relación con *Las mil y una noches*, y oponían contradicción enérgica a las malignas insinuaciones del reptil *El Independiente*. La finca, que ocupaba un acre⁹ y cuarto, se hallaba llena de gente. Nunca se viera congregación tan brillante de belleza, elegancia y literatura. Allí estaba la señorita que «hacía» la poesía en *La Gaceta de Eatanswill*, vestida de sultana, dando su brazo al joven que «hacía» también la revista del departamento y que presentaba un fidelísimo atavío de mariscal de campo si se exceptúan las botas. Discurrían por doquier genios de esta categoría, con cuya sociedad podían honrarse bastante todas las personas razonables. Pero había además media docena de leones de Londres —autores, verda-

⁹ Cuadrado de setenta varas de largo. (N. del T.)

deros autores, que habían escrito libros enteros y dádoslos a la estampa luego—, y aquí podríais verles paseando, lo mismo que hombres vulgares, sonriendo y charlando, charlando acerca de las mayores tonterías, con la caritativa intención, sin duda, de hacerse inteligibles al común de las gentes que les rodeaban. Había además una banda de música compuesta de individuos que llevaban gorros de papel de estraza; cuatro cantores con trajes de su país y bastante sucios por cierto. Y ante todo y sobre todo, allí estaba la señora Leo Hunter disfrazada de Minerva, recibiendo a la concurrencia y rebosando de alegría y orgullo ante el hecho de haber logrado reunir tan relevantes individualidades.

—Mr. Pickwick, señora —dijo un criado al acercarse este caballero a la diosa presidenta con el sombrero en la mano y con el bandido cogido de uno de sus brazos y el trovador del otro.

—¡Qué! ¡Dónde! —exclamó la señora Leo Hunter irguiéndose y afectando un raptó de sorpresa.

—Aquí —dijo Mr. Pickwick.

—¿Es posible que tenga yo la alegría de contemplar al propio Mr. Pickwick? —exclamó la señora Leo Hunter.

—El mismo, señora —replicó Mr. Pickwick, haciendo una profunda reverencia—. Permítame que presente a mis amigos... Mr. Tupman... Mr. Winkle... Mr. Snodgrass... a la autora de *Oda a la rana espirante*.

Muy pocos, sólo aquellos que lo hayan intentado alguna vez, conocen la suprema dificultad que entraña marcar una reverencia cuando se viste una chaqueta estrecha de verde terciopelo y un alto sombrero coronado de plumas o pechero azul de satén, o se llevan las piernas aprisionadas en ceñidas vendas, o en botas altas que no se han hecho a la medida del que las usa y que se le han colocado sin parar mientes en las dimensiones relativas de la

prenda y del sujeto. No se vieron jamás contorsiones como las que sufrió la persona de Mr. Tupman al esforzarse en aparecer desembarazado y airoso, ni caprichosas posturas comparables a las que mostraron sus disfrazados amigos.

—Mr. Pickwick —dijo la señora Leo Hunter—, tiene usted que prometerme no moverse de mi lado en todo el día. Hay aquí miles de personas a las que quiero presentarle.

—Es usted muy amable, señora —dijo Mr. Pickwick.

—En primer lugar, aquí están mis pequeñas; casi las había olvidado —dijo Minerva, señalando con negligencia a una pareja de señoritas bastante desarrolladas, de las cuales una podría tener veinte años y uno o dos más la otra, y que vestían trajes muy juveniles, no se sabe si para que pareciesen más jóvenes o para hacer más joven a su mamá.

Acerca de esto nada nos indica Mr. Pickwick.

—Son muy lindas —dijo Mr. Pickwick cuando se alejaban los pimpollos después de la presentación.

—Se parecen mucho a su mamá, sir —opinó majestuosamente Mr. Pott.

—¡Oh, pícaro! —exclamó la señora Leo Hunter, golpeando jocosamente el brazo del editor con su abanico. (¡Minerva con abanico!)

—Vaya, mi querida señora Hunter —dijo Mr. Pott, que solía practicar la adulación en La Caverna—, bien sabe usted que cuando figuró su retrato el año pasado en la Exposición de la Academia Real todo el mundo preguntó si era usted o su hija menor; porque estaban ustedes tan parecidas que no había modo de distinguir-las.

—Bien; si así fue, no necesitamos que usted lo repita delante de extraños —dijo la señora Leo Hunter, obsequiando con otro golpecito amistoso al león durmiente de *La Gaceta de Eastanswill*.

—Conde, conde —gritó la señora Leo Hunter a un bigotudo individuo de uniforme extranjero que por allí pasaba.

—¡Ah! ¿Me llama usted? —dijo el conde volviéndose.

—Quiero presentar a dos ilustres personalidades —dijo la señora Leo Hunter—. Mr. Pickwick, tengo el gusto de presentarle al conde Smorltork —y murmuró apresuradamente a Mr. Pickwick—, el famoso extranjero... reúne materiales para su gran obra sobre Inglaterra... ¡ejem...! el conde Smorltork, Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick saludó al conde con la reverencia que merece un grande hombre, y el conde sacó un paquete de papeletas.

—¿Cómo dice usted, señora Hunter? —preguntó el conde, sonriendo graciosamente a la encantadora señora Leo Hunter—. Pig Vig o

Big Wig¹⁰, dice usted... abogado... ¿eh? Ya... eso es. Big Wig.

Y se disponía el conde a anotar a Mr. Pickwick en sus tarjetas como a un caballero de levita larga que derivaba su nombre de la profesión a que pertenecía, cuando la señora Leo Hunter intervino.

—No, no, conde —dijo la señora—, Pickwick.

—¡Ah, ah, sí! —replicó el conde—. Peek, nombre de pila; Weeks¹¹ apellido. Bien, muy bien. Peek Weeks. ¿Cómo está usted, Weeks?

—Perfectamente, gracias —replicó Mr. Pickwick con su habitual afabilidad—. ¿Lleva usted mucho tiempo en Inglaterra?

—Mucho... mucho tiempo... quince días... más.

¹⁰ Big—wig, 'gran peluca': adminículo emblemático de la justicia inglesa. (*N. del T.*)

¹¹ Week, 'semana'. (*N. del T.*)

—¿Hace mucho que está usted en esta comarca?

—Una semana.

—Tendrá usted mucho trabajo —dijo sonriendo Mr. Pickwick— para reunir en ese tiempo tantos materiales como necesita.

—¡Bah! Todos están ya coleccionados —dijo el conde.

—¿Es posible? —dijo Mr. Pickwick.

—Aquí están —dijo el conde, dándose en la frente una significativa palmada—. Un libro grande en casa... lleno de notas... Música, pintura, ciencias, poesía, política, de todo.

—La palabra política, sir —dijo Mr. Pickwick—, entraña en sí un difícil estudio de considerable extensión.

—¡Ah! —dijo el conde, sacando de nuevo las tarjetas—. Muy bien... hermosas palabras para encabezar un capítulo. Capítulo cuarenta y siete. Política. La palabra política sobrecoge por sí misma...

Y pasó la observación a las tarjetas del conde Smorltork con todas las mutilaciones y adiciones sugeridas, tanto por la exuberante inventiva del conde, como por su imperfecto conocimiento del idioma.

—Conde —dijo la señora Leo Hunter.

—Señora Hunter —replicó el conde.

—Éste es Mr. Snodgrass, amigo de Mr. Pickwick y poeta.

—¡Alto! —exclamó el conde, sacando sus tarjetas una vez más—. Poesía... capítulo, amigos literatos... nombre, Snodgrass, muy bien. Presentado a Snodgrass, gran poeta, amigo de Mr. Peek Weeks... por la señora Leo Hunter, que escribió otro delicado poema... ¿llamado...? ¿Rana...? La rana transpirante... Muy bien, muy bien.

Y el conde guardó sus tarjetas entre reverencias y señales de gratitud, alejándose satisfecho por las valiosas adiciones que había llevado a su arsenal de informaciones.

—Hombre maravilloso, este conde Smorltork —dijo la señora Leo Hunter.

—Excelente filósofo —dijo Mr. Pott.

—Talento claro, poderosa mentalidad —añadió Mr. Snodgrass.

Un grupo de invitados entonó las alabanzas del conde Smorltork, moviéronse las cabezas con discreto ademán y exclamaron unánimemente: «Mucho».

Habiendo cundido el entusiasmo despertado por el conde Smorltork, hubiérase prolongado el canto de sus alabanzas hasta el fin de la fiesta, si los cuatro cantores colocados en fila, frente a un pequeño manzano, en pintoresco grupo, no hubieran empezado a dejar oír sus cantos nacionales, que no parecían de ejecución difícil, ya que todo su secreto consistía en que tres de ellos gruñeran mientras graznaba el cuarto. Había terminado la interesante cantata, entre los estrepitosos aplausos de la concurrencia, cuando un muchacho se adelantó y procedió a enredarse entre los palos y travesaños de una

silla, a saltar sobre ella, a pasar por debajo, y a ejecutar con ella toda suerte de maniobras, menos la de sentarse; hizo luego una corbata con sus piernas y la arrolló a su cuello como para demostrar la facilidad con que puede un ser humano remedar a un magnífico sapo, todo lo cual encantó y satisfizo a los espectadores. Después de esto oyóse la voz de la señora Pott, que con desmayada entonación ejecutaba algo que interpretó la cortesía como una canción sumamente clásica y apropiada al personaje; porque Apolo fue compositor, y los compositores rara vez cantan su propia música, y mucho menos la de otro. Siguió a esto la declamación que la señora Hunter hizo de su famosa *Oda a una rana expirante*, que se coreó una vez y que se hubiera coreado aún otra si la mayoría de los invitados, que pensaba ya era tiempo de tomar alguna cosa de comer, no hubiese hecho constar que era incorrecto abusar de la complacencia de la señora Leo Hunter. Y aunque la señora Leo Hunter aseguró hallarse dispuesta a recitar la

oda otra vez, sus cariñosos y considerados amigos no quisieron oírlos de ninguna manera, y abierto que fue el salón para la pitanza, todos los que ya se habían colocado delante de la puerta irrumpieron con toda presteza, teniendo en cuenta que la táctica de la señora Leo Hunter consistía en invitar a ciento y preparar comestibles para cincuenta, o, en otras palabras: dar sólo de comer a los leones más notables y dejar que los otros animales de menor cuantía se las gobernarán como pudieran.

—¿Dónde está Mr. Pott? —dijo la señora Leo Hunter al sentarse, rodeada de los susodichos leones.

—Aquí estoy —contestó el editor desde el más lejano extremo de la estancia, después de haber perdido toda esperanza de alimento, a menos que la dueña de la casa hiciera algo por él.

—¿No se acerca usted?

—¡Oh, no se ocupe de él! —dijo la señora Pott con voz suplicante—. Se toma usted dema-

siadas molestias, señora Hunter. Estás ahí muy bien, ¿verdad, querido?

—Ciertamente..., amor mío —replicó el infeliz Pott, con forzada sonrisa.

¡Ah, el látigo! Aquel nervioso brazo, que con tal energía le empuñara en asuntos públicos, paralizóse bajo la imperiosa mirada de la señora Pott.

La señora Leo Hunter miraba a su alrededor triunfante. El conde Smorltork ocupábase ávidamente en anotar el contenido de las fuentes; Mr. Tupman obsequiaba con ensalada de langosta a varias leonas con una gracia que no había sido igualada por ningún bandido; Mr. Snodgrass, después de lograr desprenderse del joven que recortaba los libros para *La Gaceta de Eatanswill*, empeñábase en apasionado discreto con la señorita que hacía la poesía, y Mr. Pickwick hacíase agradable por doquier. Nada parecía requerir que se completase el selecto círculo formado, cuando Mr. Leo Hunter, cuya ocupación en estas ocasiones consistía en per-

manecer junto a las puertas y charlar con las gentes de menor importancia, exclamó de repente:

—Querida, aquí está Mr. Carlos Fitz—
Marshall.

—¡Oh, querido —dijo la señora Leo Hunter—, con cuánta ansia le esperaba! Hagan el favor de hacer paso a Mr. Fitz—Marshall. Diga a Mr. Fitz—Marshall que se acerque en seguida para que le riña por haber venido tan tarde.

—Voy en seguida, mi querida señora —gritó una voz—, en cuanto pueda... gente agolpada... sala llena... paso difícil. Mr. Pickwick dejó caer su cuchillo y su tenedor. Miró a través de la mesa a Mr. Tupman, que había dejado caer también su cuchillo y su tenedor y que miraba asombrado, como si fuera a hundirse en la tierra de un momento a otro.

—¡Ah! —gritó la voz cuyo propietario se abría paso entre los veinticinco turcos, oficiales, caballeros, Carlos segundos, que le separaban de la mesa—. Buen planchado... patente Baker...

ni una arruga en mi levita con estas apreturas. No ha sido mala idea... rara ocurrencia haberla hecho planchar sobre mí... molesta operación.

Con estas desgarradas frases acercóse a la mesa un joven disfrazado de oficial de marina, y se presentó, ante los pickwickianos estupefactos, la figura y rasgos de Mr. Alfredo Jingle.

No bien tomara el recién llegado la mano que le tendiera la señora Leo Hunter, cuando se encontraron sus ojos con los indignados globos cristalinos de Mr. Pickwick.

—¡Ah! —dijo Jingle—. Se me olvidó... postillón sin órdenes... voy a darlas en seguida... vuelvo al instante.

—El criado y Mr. Hunter lo harán inmediatamente, Fitz—Marshall —dijo la señora Leo Hunter.

—No, no... yo lo haré... no tardo... de vuelta a escape —replicó Jingle.

Con estas palabras desapareció entre la multitud.

—¿Querría usted decirme, señora —dijo, excitadísimo, Mr. Pickwick, levantándose de su asiento—, quién es este joven y dónde reside?

—Es un hombre de fortuna, Mr. Pickwick —dijo la señora Leo Hunter—, a quien deseo presentarle. El conde quedará encantado de él.

—Sí, sí —dijo Mr. Pickwick apresuradamente—. Su residencia...

—Ahora está en la fonda de El Ángel en Bury.

—¿En Bury?

—En Bury St. Edmunds, a pocas millas de aquí. Pero, querido Mr. Pickwick, no va usted a dejarnos ya; creo, Mr. Pickwick, que no se marchará usted tan pronto.

Pero mucho antes de que la señora Leo Hunter acabara de pronunciar estas palabras se había zambullido Mr. Pickwick en la muchedumbre y llegaba al jardín, donde poco después se le unió Mr. Tupman, que había seguido a su amigo inmediatamente.

—Inútil —dijo Mr. Tupman—. Se ha ido.

—Ya lo sé —dijo Mr. Pickwick—; pero yo voy a seguirle.

—¿Seguirle? ¿Adónde? —preguntó Mr. Tupman.

—A El Ángel de Bury —replicó Mr. Pickwick hablando atropelladamente—. ¿Cómo sabremos a quién está engañando allí? Ya ha engañado una vez a un hombre digno, y fuimos nosotros la causa inocente. No lo hará otra vez, de poder yo impedirlo; quiero desenmascararle. ¿Dónde está mi criado?

—Aquí está, sir —dijo Mr. Weller, emergiendo de un rincón escondido donde se hallaba departiendo con una botella de Madeira que había sustraído dos horas antes de la mesa del almuerzo—. Aquí está su criado, sir, orgulloso del título, como decía el esqueleto vivo cuando se le enseñaba al público.

—Sígueme a escape —dijo Mr. Pickwick—. Tupman, voy a Bury; allí irá usted a buscarme cuando escriba. Hasta entonces, ¡adiós!

Fueron inútiles las súplicas. El ánimo de Mr. Pickwick se había puesto en actividad, y su resolución estaba formada. Volvió Mr. Tupman a la fiesta, y al cabo de una hora habíanse desvanecido todos los recuerdos de Mr. Alfredo Jingle o de Mr. Carlos Fitz—Marshall, después de un delicioso rigodón y una botella de champña. En aquellos momentos, Mr. Pickwick y Sam Weller, encaramados en la imperial de un coche de postas, iban reduciendo a cada minuto la distancia que les separaba de la hermosa y antigua ciudad de Bury St. Edmunds.

DEMASIADO LLENO DE AVENTURAS PARA SER DESCRITAS SUMARIA- MENTE

No hay mes en el año en que la Naturaleza ofrezca tan hermosa apariencia como el mes de agosto. Muchas bellezas tiene la primavera, y mayo es un mes grato y florido, pero los encantos de esta época del año adquieren cierto realce por contraste con la estación invernal. No disfruta agosto de tales ventajas. Viene cuando ya sólo recordamos claros cielos, verdes campos y flores de aroma delicioso —cuando el recuerdo de la nieve, del hielo y de los ábregos se ha alejado de nuestra mente tanto como de la tierra—, y, sin embargo, ¡qué tiempo tan agradable! Arboledas y sembrados palpitan con el aliento del trabajo; los árboles, cargados con los espesos racimos de sus frutos que de sus ramas penden, se acercan a besar el suelo; apilada la mies en graciosos montones u ondulando a

favor de la brisa ligera que la acaricia, cual si presintiera la hoz implacable, pone en el paisaje una nota de oro. Una dulce y enervante blandura parece cernirse por toda la tierra; el influjo pacificador de la estación repercute en los mismos carromatos, cuyo lento caminar a través de los campos, pasada la recolección, sólo es perceptible a la vista, pues no hiere el oído con ruido alguno.

Al seguir el coche su rápida carrera por los campos y arboledas que bordean la carretera, los grupos de mujeres y niños que amontonan los frutos en las cestas o recogen las espigas desperdigadas interrumpen un momento su trabajo y, protegiendo sus tostados rostros con manos más tostadas aún, contemplan a los viajeros con ojos curiosos, mientras que tal cual robusto chicuelo, demasiado pequeño para el trabajo, pero demasiado travieso para quedar solo en casa, salta sobre el borde de la cesta en que ha sido depositado por razón de seguridad y patalea y grita con delicia. Suspende el la-

briego su tarea, y cruzando los brazos mira al vehículo que pasa rodando; los rudos caballos de los carros dirigen una mirada perezosa al lucido tronco del coche, como diciéndole, en el modo llano que puede hacerlo una mirada de caballo: «Todo esto es muy bonito para verlo; pero caminar despacio por el campo reposado es mejor que ese ardoroso trabajo por la carretera polvorienta».

Volviendo la vista atrás, al llegar a un recodo del camino, se ve cómo reanudan su faena las mujeres y los chicos; inclínase a la tierra de nuevo el campesino; prosiguen su lento caminar los caballos de los carrromatos, y todo se pone otra vez en movimiento.

No fue insensible la ordenada mentalidad de Mr. Pickwick al influjo de una escena semejante... Poseído de la resolución que adoptara de descubrir el verdadero modo de ser del atrabiliario Jingle, cualquiera que fuese el lugar en que pudiera desarrollar sus falaces designios, había permanecido taciturno y estático al prin-

cipio, recapacitando acerca de los medios de lograr su propósito. Mas poco a poco fue su atención interesándose en los objetos que le rodeaban, y acabó por disfrutar de aquel paseo en coche, cual si hubiéralo emprendido por los más agradables motivos del mundo.

—Hermosa perspectiva, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Abajo todas las chimeneas —replicó Mr. Weller, llevándose la mano al sombrero.

—Me parece que en tu vida habrás visto otra cosa que chimeneas, ladrillos y mortero, ¿verdad, Sam? —dijo sonriendo Mr. Pickwick.

—No siempre fui limpiabotas, sir —dijo Mr. Weller moviendo la cabeza—; fui un tiempo ayudante de carretero.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Mr. Pickwick.

—Cuando me sacaron al mundo para saltar por sus dificultades y contrariedades —replicó Sam—. Primero fui mozo de carretero, luego de un ordinario, criado de posada después, y, por

fin, limpiabotas. Ahora soy criado de un caballero, y un día de éstos puede que sea yo un caballero con una pipa en la boca y cenador en el fondo de mi jardín. ¡Quién sabe! No me sorprendería nada.

—Eres un filósofo, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Es de familia, creo, sir —replicó Mr. Weller—. Mi padre tuvo ribetes de ello. Cuando le zurra mi madrastra se pone a silbar. Si ella, en un momento de coraje, le rompe una pipa, sale él y se compra otra. Si ella empieza a gritar y le da un ataque de histerismo, él fuma a placer hasta que ella vuelve. ¿No es esto filosofía, sir?

—Por lo menos es un fiel remedo de ella —replicó sonriendo Mr. Pickwick—. Debe de haberte servido de gran ayuda en el curso de tu azarosa vida, Sam.

—¡Ayuda, sir! —exclamó Sam—. Bien puede usted decirlo. Desde que dejé al carretero hasta entrar con el ordinario, pasé quince días en una vivienda bastante desmantelada.

—¿Vivienda desmantelada? —dijo Mr. Pickwick.

—Sí... los arcos secos del puente de Waterloo. Magnífico dormitorio... a diez minutos de las oficinas públicas...; si algún reparo se le puede poner, es el de estar algo azotado por el viento. Algunas cosas curiosas vi por allí.

—Me lo figuro —dijo Mr. Pickwick con aire de gran interés.

—Cosas, sir —prosiguió Mr. Weller—, que hubieran traspasado su buen corazón. No se ven por allí vagabundos de profesión; éstos conocen sitios mejores. Los mendigos principiantes, hombres y mujeres, suelen tener allí sus cuarteles; mas, por lo general, sólo los descamisados, hambrientos y hampones son los que se arrastran por aquellos solitarios y oscuros rincones... desdichadas gentes que no pueden aspirar a la cuerda de dos peniques.

—Pero, Sam, ¿qué es la cuerda de dos peniques? —preguntó Mr. Pickwick.

—La cuerda de dos peniques, sir —repuso Sam—, es precisamente las casas de refugio, donde cuesta la cama dos peniques por noche.

—¿Y por qué llaman cuerda a la cama? —dijo Mr. Pickwick.

—Bendita candidez, sir; no es eso —replicó Sam—. Cuando los caballeros y las señoras que tienen esas fondas empezaron su negocio hacían las camas en el suelo; pero esto no resultaba productivo, porque, en vez de contentarse los huéspedes con un sueño modesto de dos peniques, se quedaban allí hasta mediodía. Por eso han puesto luego dos cuerdas separadas unos seis pies y a tres del suelo que va por debajo. Sobre ellas colocan las camas, que son jergones de saco.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Mr. Pickwick.

—Pues que la cosa es muy sencilla —dijo Mr. Weller—. Todos los días, a las seis de la mañana, sueltan las cuerdas por uno de los extremos y caen todos los huéspedes, y el resultado es que, habiéndoseles despertado de esta

manera, se levantan tranquilamente y se marchan. Perdone, sir —dijo Sam poniendo punto a su elocuente perorata—. Ahí está Bury St. Edmunds.

Comenzaba a rodar el coche por las bien apisonadas calles de una hermosa y pequeña ciudad de limpia y próspera apariencia, y detúvose a poco ante una gran posada que había en una espaciosa calle, dando casi frente a la antigua abadía.

—¡Y éste —dijo Mr. Pickwick, levantando la cabeza— es El Ángel! Aquí nos apeamos, Sam. Pero hay que ir con cautela. Pide una habitación y no digas mi nombre. Ya me entiendes.

—Perfectamente, sir —replicó Mr. Weller, con un guiño de inteligencia.

Y después de extraer el portamantas de Mr. Pickwick de la bolsa, en la cual fuera apresuradamente colocado al montar en el coche en Eantswill, desapareció Mr. Weller para cumplir la comisión. Quedó inmediatamente compro-

metida la habitación, y en ella fue introducido sin dilación Mr. Pickwick.

—Ahora, Sam —dijo Mr. Pickwick—, lo primero que hay que hacer es...

—Pedir la comida, sir —le interrumpió Mr. Weller—. Es muy tarde, sir.

—¡Ah!, es verdad —dijo Mr. Pickwick consultando su reloj—; tienes razón, Sam.

—Y si me permite decir mi opinión, sir —añadió Mr. Weller—, yo me tomaría después una buena noche de descanso y no empezaría hasta mañana las pesquisas sobre ese truhán. No hay nada tan reparador como un sueño, sir, como dijo la criada después de propinarse una huevera de láudano.

—Me parece que tienes razón, Sam —dijo Mr. Pickwick—. Mas necesito cerciorarme primero de que está en la casa y de que no se ha ido.

—Eso déjemelo a mí, sir —dijo Sam—. Voy a pedir para usted una comidita buena; mientras la preparan haré algunas indagaciones; en cinco

minutos, sir, puedo sacar al limpiabotas todos los secretos que guarde.

—Hazlo así —dijo Mr. Pickwick, y retiróse al punto Mr. Weller.

Antes de media hora estaba sentado Mr. Pickwick despachando una cena muy aceptable, y a los tres cuartos volvió Mr. Weller con la noticia de que Mr. Carlos Fitz—Marshall había mandado que se le reservase una habitación hasta nuevo aviso. Iba a pasar la noche en una casa de la vecindad, y había ordenado al limpiabotas esperarle hasta su vuelta y llevado consigo a su criado.

—Ahora, sir —arguyó Mr. Weller cuando acabó su relación—, si yo consigo tener una conversación con ese criado por la mañana, me dirá todo lo que se refiere a su amo.

—¿Cómo sabes eso? —le objetó Mr. Pickwick.

—Dios le bendiga, sir. Esto lo hacen siempre los criados —replicó Mr. Weller.

—¡Ah!, lo había olvidado —dijo Mr. Pickwick—. Bien.

—Entonces puede usted disponer lo que mejor haya de hacerse, sir, y procederemos en consecuencia.

Como parecía que era éste el mejor arreglo que hacerse podía, quedó así convenido. Mr. Weller, con el permiso de su amo, se retiró para pasar la noche según le viniera en gana, y poco después el voto unánime de la concurrencia le eligió presidente de la cantina, honroso puesto que desempeñó tan a satisfacción del público, que hasta el mismo dormitorio de Mr. Pickwick llegó el rumor de las carcajadas, mermando en tres horas lo menos el tiempo de su descanso.

A la mañana siguiente, muy temprano, ocupábase Mr. Weller en disipar los febriles resabios de la accidentada noche, por medio de una ducha de medio penique (pues había convencido a un muchacho adscrito a las cuadras para que por ese estipendio regara con la bomba su cabeza y su cara, hasta volver a su ser natural),

cuando se fijó en un joven de castaña librea que estaba sentado en un banco del patio, leyendo, a lo que parecía, un libro de salmos, con aire de profunda abstracción; pero que de cuando en cuando dirigía una curiosa mirada al individuo que se hallaba debajo de la bomba, como si le interesara aquella maniobra.

«¡Éste es un punto curioso!», pensó Mr. Weller la primera vez que tropezaron sus ojos con la mirada del desconocido de castaña levita.

Era éste un muchacho de ancha, aplastada y desagradable fisonomía: ojos hundidos y desmesurada cabeza, de la que pendía un mechón de negros cabellos lacios.

«¡Usted es un bicho raro!», pensó Mr. Weller, y continuó su lavatorio sin volver a ocuparse de aquel hombre.

Éste, no obstante, continuaba mirando alternativamente al libro de salmos y a Sam, cual si deseara entrar en coloquio. Y Sam, a la primera oportunidad, dijo, con ademán familiar:

—¿Cómo está usted, buen amigo?

—Encantado de poder decir que estoy muy bien, sir —dijo el hombre, hablando con premeditación y cerrando el libro—. Supongo que usted estará lo mismo, sir.

—Vaya; si no me sintiera lo mismo que una botella de aguardiente ambulante, no estaría tan flojo esta mañana. ¿Para usted en esta casa, buen hombre?

El hombre de castaña levita replicó afirmativamente.

—¿Cómo es que no fue usted de los nuestros anoche? —preguntó Sam, frotándose la cara con la toalla—. Usted parece un punto animado... y tan vivo y alegre como trucha en cesta —añadió Mr. Weller por lo bajo.

—Anoche estuve fuera con mi amo —replicó el desconocido.

—¿Cómo se llama él? —preguntó Mr. Weller, ruborizándose por súbita excitación, combinada con la fricción de la toalla.

—Fitz—Marshall —dijo el hombre castaño.

—Venga esa mano —dijo Mr. Weller adelantándose—. Me gustaría tratar a usted. Me agrada su aspecto, amigo.

—¿Sí? Pues es muy extraño —dijo el hombre castaño con gran sencillez—. Usted me agrada tanto, que yo deseaba hablarle desde el primer momento que le vi bajo la bomba.

—¡Ah!, ¿sí?

—Palabra. ¿No es esto curioso?

—Muy singular —dijo Sam, congratulándose en su fuero interno de la suavidad del desconocido—. ¿Cómo se llama usted, mi patriarca?

—Job.

—Es un buen nombre...; el único, que yo sepa, que no tiene remoquete. ¿Cuál es el apellido?

—Trotter —dijo el desconocido—. ¿Cuál es el de usted?

Recordó Sam el prudente consejo de su amo, y replicó:

—Mi nombre es Walker; el de mi amo es Wilkins. ¿Quiere usted tomar una gota de algo, Mr. Trotter?

Aceptó Mr. Trotter la grata proposición, y guardando su libro en el bolsillo, acompañó a Mr. Weller a la cantina, donde pronto se las hubieron con una hilarante mistura formada mezclando en un vaso extraño cierta proporción de ginebra holandesa británica con la fragante esencia del clavo.

—¿Y qué tal destino ha cogido usted? —preguntó Sam, llenando por segunda vez la copa de su compañero.

—Malo —dijo Job, chasqueando sus labios—, muy malo.

—¿Es posible? —dijo Sam.

—Tan posible. Peor aún: mi amo va a casarse.

—¡Ca!

—Sí; y peor aún, porque va a escaparse con una riquísima heredera que está en un colegio.

—¡Qué fiera! —dijo Sam, llenando otra vez la copa de su compañero—. ¿Es que hay un colegio de internado en esta ciudad?

Aunque la pregunta se hizo en el tono de mayor indiferencia, Mr. Job Trotter dio a entender por medio de gestos que se percataba del extremado interés que su nuevo amigo cifraba en la respuesta. Vació su copa, miró a su compañero con misterio, guiñó sus ojuelos y, por último, empezó a mover sus brazos como si estuviera empuñando la manivela y dando vueltas a una bomba imaginaria, haciendo ver que Mr. Samuel Weller se proponía sacarle algo con la bomba.

—No, no —dijo al fin Mr. Trotter—; eso no puede decirse a todo el mundo. Es un secreto... un gran secreto, Mr. Walker. . Y diciendo esto, el hombre castaño colocó su copa boca abajo para advertir a su compañero que ya nada había en la vasija que pudiera aplacar su sed. Observó Sam la señal, y haciéndose cargo de la delicada forma de aquella advertencia,

mandó llenar de nuevo el vaso de estaño, con lo que chispearon de alegría los ojos del hombre castaño.

—¿De modo que es un secreto? —dijo Sam.

—Lo sospecho —dijo el hombre castaño, saboreando el licor con cara risueña.

—Su amo debe de ser muy rico —dijo Sam.

Sonrió Mr. Trotter, y sosteniendo su vaso con la mano izquierda, dióse con la derecha cuatro golpes sucesivos en el bolsillo de su levita, dando expresión gráfica de que su amo podía haber hecho lo mismo sin que a nadie alarmara el sonido de las monedas.

—¡Ah! —dijo Sam—. ¿Ahí está el juego, eh?

El hombre castaño movió la cabeza de modo significativo.

—Bien. ¿Y no cree usted, querido colega —le objetó Mr. Weller—, que si deja que su amo se lleve a esa señorita es usted un consumado granuja?

—Lo sé —dijo Job Trotter, mostrando a su compañero su rostro lleno de contrición, y sus-

pirando ligeramente—. Lo sé, y eso es lo que me tortura el cerebro. Pero, ¿qué le voy a hacer?

—¿Qué le va a hacer? —dijo Sam—. Contárselo a la señora y abandonar a su amo.

—Pero, ¿quién iba a creerlo? —replicó Job Trotter—. La señorita es considerada como el prototipo de la discreción y de la inocencia. Ella lo negaría y mi amo también. ¿Quién había de creerme? Yo perdería mi puesto y me acarrearía un proceso por conspiración o cosa parecida; eso es todo lo que yo conseguiría.

—Tiene usted razón en eso —dijo Sam, recapacitando—; es verdad.

—Si yo conociera a algún caballero respetable que se encargara del asunto —prosiguió Mr. Trotter— podía tener alguna esperanza de evitar el rapto; pero ésa es la dificultad, Mr. Walker, ésa es. No conozco a ningún caballero en este pueblo, y, aunque lo conociera, me apuesto diez contra uno a que no creería mi cuento.

—Sígueme —dijo Sam, levantándose de repente y agarrando el brazo del hombre castaño—. Mi amo es la persona que usted necesita.

Y después de una débil resistencia por parte de Job Trotter, condujo Sam a su nuevo amigo al cuarto de Mr. Pickwick, a quien se lo presentó al mismo tiempo que le hacía un breve resumen del precedente diálogo.

—Siento mucho traicionar a mi amo, sir —dijo Job Trotter, llevándose a los ojos un pañuelo rojo de seis pulgadas en cuadro.

—Ese dolor le honra a usted —replicó Mr. Pickwick—; pero ése es su deber, sin embargo.

—Ya sé que es mi deber, sir —replicó Job, emocionadísimo—. Todos debiéramos cumplir nuestros deberes, sir, y yo me esfuerzo humildemente por cumplir con el mío, sir; pero es muy fuerte traicionar a un amo, sir, cuyos trajes se lleva y cuyo pan se come, aunque sea un bribón, sir.

—Es usted un buen muchacho —dijo Mr. Pickwick, muy conmovido—, un hombre honrado.

—Vaya, vaya —interrumpió Sam, bastante impaciente ante las lágrimas de Mr. Trotter—; basta de riego. Eso no sirve para nada.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, reconviniéndole—. Me contraría el poco respeto que te merece la amargura de este hombre.

—Esos sentimientos me parecen muy bien —replicó Mr. Weller—; pero por lo mismo que son tan hermosas esas lágrimas, es una lástima que se pierdan, y más valiera que las guardara en su pecho que no dejarlas evaporarse al aire, cuando no aprovechan para nada. Ni sirven para dar cuerda a un reloj ni para mover una máquina de vapor. La primera vez que vaya usted de tertulia, joven amigo, llene su pipa con esta observación y, por de pronto, guarde en su bolsillo ese pingajo encarnado. No hay para qué agitarlo en el aire, como si bailara usted en la cuerda floja.

—Tiene razón mi criado —dijo Mr. Pickwick para dar a Trotter satisfacción—, aunque su expresión sea a veces pedestre y algo incomprendible.

—Tiene mucha razón, sir —dijo Mr. Trotter—, y procuraré contenerme.

—Perfectamente —dijo Mr. Pickwick—; vamos a ver: ¿dónde está ese colegio?

—Es un gran edificio, antiguo, de ladrillo, que está a la salida de la ciudad —replicó Job Trotter.

—¿Y cuándo —dijo Mr. Pickwick—, cuándo va a llevarse a cabo ese villano proyecto... cuándo va a verificarse ese rapto?

—Esta noche, sir —replicó Job.

—¡Esta noche! —exclamó Mr. Pickwick.

—Esta misma noche —replicó Job Trotter—. Eso es lo que tanto me inquieta.

—Hay que tomar medidas inmediatas —dijo Mr. Pickwick—. Voy al instante a ver a la señora que dirige el establecimiento.

—Dispéñseme, sir —dijo Job—, pero esa gestión no sería eficaz.

—¿Por qué no? —preguntó Mr. Pickwick.

—Mi amo, sir, es un hombre muy ladino.

—Ya lo sé —dijo Mr. Pickwick.

—Y se ha metido de tal manera en el corazón de esa señora —prosiguió Job—, que no creería nada que se dijese en contra de él, aunque fuese usted a contárselo arrastrando las rodillas y se lo jurase; tanto más cuanto que no podría usted llevarle otra prueba que la palabra de un criado, del cual ella pensaría (porque ya se lo habría dicho mi amo) que lo decía yo en venganza por haberme despedido a causa de cualquier falta.

—¿Qué hacer entonces? —dijo Mr. Pickwick.

—Nada más que atraparle en el momento del rapto; sólo esto convencería a la señora, sir —repuso Job.

—Todas esas viejas gatas se lanzan de cabeza contra los guardacantones —intercaló Sam.

—Pero temo que sea difícil eso de cogerle en el acto mismo de la fuga —dijo Mr. Pickwick.

—No sé, sir —dijo Mr. Trotter, reflexionando unos momentos—. Creo que podría hacerse fácilmente.

—¿Cómo? —respondió Mr. Pickwick.

—Mi amo y yo —replicó Trotter—, que contamos con las dos camareras, nos esconderemos en la cocina a las diez. Cuando ya todas duerman, saldremos nosotros de la cocina y la señorita de su dormitorio. Una silla de posta debe esperar, y salimos a escape.

—Entonces, ¿qué? —dijo Mr. Pickwick.

—Pues bien, sir, yo pienso que si usted esperase solo en el extremo del jardín...

—¡Solo! —dijo Mr. Pickwick—. ¿Por qué solo?

—Yo juzgaría muy natural —replicó Job— que no agradase a la vieja se hiciese tan enojoso descubrimiento delante de otras personas que no fuesen las estrictamente necesarias. Luego,

la misma señorita, sir... considere usted su estado de ánimo.

—Tiene usted muchísima razón —dijo Mr. Pickwick—. Esa consideración evidencia la delicadeza de sus sentimientos.

—Bueno, pues yo estaba pensando que si usted esperara solo a la espalda del jardín y yo le colocara a usted en la puerta que sale al mismo, y que se halla al fin del pasillo, en punto de las once y media, estaría usted bien apostado para ayudarme a frustrar los proyectos de ese mal hombre por quien he sido engañado.

Y Mr. Trotter suspiró profundamente.

—No se acongoje usted por eso —dijo Mr. Pickwick—. Si él tuviera sólo un grano de la nobleza de alma de usted, a pesar de su humilde situación, aún podría fundar en él cierta esperanza.

Inclinóse Mr. Trotter y, a despecho de las convenciones de Mr. Weller, otra vez asomaron a sus ojos las lágrimas.

—No he visto criatura semejante —dijo Sam—. Cualquiera diría que tiene en su cabeza un grifo siempre abierto.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, con gran severidad—, cállate.

—Muy bien, sir —replicó Mr. Weller.

—No me gusta ese plan —dijo Mr. Pickwick, después de madura reflexión—. Pero, ¿no podría yo comunicarme con los amigos de esa señorita?

—No, porque se encuentran a unas cien millas de aquí, sir —respondió Mr. Trotter.

—Sí que es una dificultad —dijo aparte Mr. Weller.

—Entonces, al jardín —continuó Mr. Pickwick—. ¿Y cómo voy a entrar en él?

—La tapia es muy baja, y su criado puede sostenerle una pierna para que suba.

—¡Mi criado sostenerme la pierna! —repitió maquinalmente Mr. Pickwick—. ¿Está usted seguro de hallarse junto a esa puerta de que me habla?

—No tiene pérdida, sir; es la única que se abre al jardín. Llame usted cuando oiga el reloj, y yo la abriré inmediatamente.

—No me gusta el plan —dijo Mr. Pickwick—; pero como no veo otro y la vida toda de esa señorita se halla en un momento crítico, lo seguiré. Allí estaré.

De este modo los buenos sentimientos de Mr. Pickwick le embarcaban en una aventura que de muy buen grado hubiera eludido.

—¿Cómo se llama la casa? —preguntó Mr. Pickwick.

—Westgate House, sir. Al salir de la ciudad, tuerce usted un poco a la derecha; es un edificio aislado, que está a poca distancia de la carretera y que tiene el nombre grabado en una placa de bronce.

—La conozco —dijo Mr. Pickwick—. La vi ya cuando estuve aquí la primera vez. Cuente usted conmigo.

Inclinóse de nuevo Mr. Trotter e iba a marcharse, cuando Mr. Pickwick introdujo una guinea en su mano.

—Es usted un buen muchacho —dijo Mr. Pickwick—, y admiro la limpieza de su corazón. No me lo agradezca. Que no se le olvide... a las once en punto.

—No hay que temer que se me olvide, sir —replicó Job Trotter.

Y con estas palabras abandonó la estancia, seguido de Sam.

—Vaya —dijo el último—, no es mal recurso ese del lloriqueo. En esas condiciones era yo capaz de llorar como gárgola en lluvia. ¿Cómo se las arregla usted?

—Me sale del corazón, Mr. Walker —replicó Job con solemnidad—. Buenos días, sir.

«Es usted bien blando, amigo... De todos modos se lo hubiéramos sacado del cuerpo», pensaba Mr. Weller al alejarse Job.

No podemos conjeturar la naturaleza de los pensamientos que ocupaban la mente de Mr. Trotter, porque nada sabemos acerca de ellos.

Transcurrió el día, sobrevino la noche, y poco antes de las diez llegó Sam Weller diciendo que Mr. Jingle y Job habían salido juntos, que su equipaje estaba preparado y que habían pedido una silla de posta. El complot iba a ejecutarse, según predijera Mr. Trotter.

Dieron las diez y llegaba la hora de que Mr. Pickwick marchase a cumplir su delicada comisión. Rehusó el abrigo, que Sam le presentara, cuidadoso, para hallarse en condiciones de escalar el muro con desembarazo, y salió, seguido de su criado.

Había luna, pero se ocultaba entre nubes. La noche estaba hermosa y serena, pero extraordinariamente oscura. Campos, setos, caminos, casas y árboles se hallaban envueltos en sombra espesa. La atmósfera estaba cálida y sofocante; los relámpagos del estío palpitaban con débil resplandor en el confín del horizonte, poniendo

en la densa neblina que todo lo cubría la única variante que advertirse pudiera; nada se oía, como no fuera el remoto ladrido de algún perro vigilante.

Dieron con la casa. Leyeron la placa, siguieron la tapia y detuviéronse al llegar a la parte del muro que les separaba del extremo posterior del jardín.

—Tú te vuelves a la fonda, Sam, en cuanto me hayas ayudado a subir —dijo Mr. Pickwick.

—Muy bien, sir.

—Y allí te sientas hasta que yo vuelva.

—Así lo haré, sir.

—Cógeme la pierna, y cuando yo diga «arriba», me empujas suavemente.

—Perfectamente, sir.

Sentados estos preliminares, afianzóse Mr. Pickwick al borde de la tapia y dio la voz de «arriba», que fue literalmente obedecida. Mas fuera que la agilidad de su cuerpo emulase a la de su pensamiento, o que el concepto que Mr. Weller tenía acerca de los empujones suaves

difiriese del de Mr. Pickwick, en el sentido de alguna mayor rudeza, el caso fue que, por efecto de la ayuda de Mr. Weller, el inmortal caballero traspuso la tapia y se fue al otro lado, cayendo cuan largo era, aplastando dos matas de frambuesa y un rosal.

—¿No se habrá usted herido, sir? —dijo Sam en alto murmullo, no bien se recobró de la sorpresa consiguiente a la misteriosa desaparición de su amo.

—Yo no me he herido, Sam —respondió Mr. Pickwick del otro lado de la tapia—; el que sí creo que me ha herido has sido tú.

—Yo creo que no, sir —dijo Sam.

—No te inquietes —dijo Mr. Pickwick, levantándose—; nada más que unos cuantos arañazos. Vete, que nos van a oír.

—Adiós, sir —dijo Sam.

—Adiós.

Partió Sam con paso furtivo, dejando a Mr. Pickwick solo en el jardín.

De tiempo en tiempo veíanse luces por diversas ventanas o se movían en las escaleras, por lo que se colegía que las moradoras de la casa retirábanse a descansar. Como no había Mr. Pickwick de acercarse a la puerta hasta la hora convenida, se acurrucó en un rincón del muro, en espera del momento oportuno.

Era aquélla una situación que hubiera hecho vacilar el ánimo de muchos hombres. Pero Mr. Pickwick no experimentó vacilación ni inquietud alguna. Sabía que su intención era buena, y confiaba plenamente en el levantado espíritu de Job. El momento era penoso, ciertamente, por no decir aterrador; mas para un hombre reflexivo siempre se ofrece el recurso de la meditación. Habíase empeñado, pues, Mr. Pickwick en absorbente meditación, cuando le despertó la campana de la próxima iglesia, que daba la hora... las once y media.

«Éste es el momento», pensó Mr. Pickwick, poniéndose de pie con gran precaución.

Miró hacia la casa. Las luces habían desaparecido y estaban cerradas las contraventanas; todos dormían, sin duda. Acercóse de puntillas a la puerta, y dio un golpe cauteloso; dos o tres minutos pasaron sin que obtuviera respuesta; dio otro golpe un poco más fuerte, y otro luego más ruidoso aún.

Por fin dejóse oír en la escalera ruido de pasos, y a poco brilló por el ojo de la llave la luz de una vela. Hubo gran faena de correr cerrojos y desenganchar cadenas, y abrióse la puerta pausadamente.

Mas la puerta se abría hacia fuera, y a medida que giraba iba retirándose ante ella Mr. Pickwick. ¡Qué asombro no sería el suyo cuando, al hacerse un poco atrás, por precaución, vio que la persona que la abría era... no Job Trotter, sino una criada que llevaba en la mano una palmtoria! Mr. Pickwick escondió la cabeza con la misma precipitación que despliega el

admirable comediante Punch¹² cuando se tira al suelo al ver llegar al de la caja de música.

—Debe de haber sido el gato, Sarah —dijo la muchacha, dirigiéndose a alguien del interior de la casa—. Micho, micho, micho. Toma, toma.

Mas como no acudiese al llamamiento animal ninguno, la muchacha cerró la puerta lentamente y la atrancó, dejando a Mr. Pickwick pegado a la pared.

«Es curioso —pensó Mr. Pickwick—. Contra su costumbre, aún están velando. Es una maldita casualidad que hayan escogido esta noche para eso.»

Y diciendo esto, retiróse Mr. Pickwick sigilosamente al rincón en que antes se mantuviera oculto, con intención de dejar pasar el tiempo suficiente para repetir la señal en condiciones de mayor seguridad.

No habían pasado cinco minutos cuando se produjo un vivo relámpago seguido del estam-

¹² Figura del guiñol inglés. (*N. del T.*)

pido de un trueno que rodó en el espacio con eco aterrador..., viose luego otro fugaz destello más brillante que el anterior, y oyóse en seguida un segundo trueno más estrepitoso que el primero; a poco empezó a caer una lluvia furiosa que todo lo barría.

De sobra sabía Mr. Pickwick que un árbol es peligroso vecino en trance de tormenta. Y tenía un árbol a su derecha, un árbol a su izquierda, otro ante sí y cuatro a su espalda. Si allí permanecía, arriesgábase a ser víctima de un grave accidente; si se situaba a la descubierta en el centro del jardín, podía ser denunciado a la policía; una o dos veces intentó saltar la tapia; mas como no disponía de otras piernas que las suyas, no obtuvo otro resultado que producirse unos cuantos desagradables arañazos en las rodillas y espinillas y romper a sudar copiosamente.

—¡Qué situación más espantosa! —dijo Mr. Pickwick, enjugándose el rostro después de aquellos ejercicios.

Miró hacia la casa: todo estaba oscuro. Debían de haberse ido a la cama. Intentaría de nuevo hacer la señal.

Atravesó de puntillas la húmeda grava y dio un golpe en la puerta. Suspendió su aliento y escuchó por el ojo de la cerradura. No obtuvo respuesta; aquello era muy extraño. Otro golpe. Escuchó de nuevo. Oyó dentro un bajo cuchicheo, y luego gritó una voz:

—¿Quién es?

«No es Job —pensó Mr. Pickwick arrimándose de nuevo a la pared a toda prisa—. Es una mujer.»

No había hecho más que llegar a esta conclusión, cuando se abrió una ventana del piso alto, y tres o cuatro voces de mujer repitieron el interrogante «¿Quién es?».

No osó Mr. Pickwick mover siquiera un dedo. Estaba fuera de duda que todo el establecimiento se hallaba de pie. Fue habituándose a la idea de permanecer donde estaba hasta que la alarma se apaciguase, y por un esfuerzo sobre-

humano escalar después la tapia o perecer en la demanda.

Como ocurría con todas las determinaciones de Mr. Pickwick, era ésta la que mejor cuadraba a las circunstancias; mas, por desdicha, se basaba en el principio de que la puerta no se abriese otra vez. Cuál no sería su contrariedad cuando oyó descorrerse la cadena y el cerrojo y vio que la puerta se abría pausadamente cada vez más. Retiróse paso a paso a su rincón; pero, hiciera lo que hiciera, la interposición de su propia persona impedía que la puerta se abriese por completo.

—¿Quién está ahí? —gritó un coro de numerosas y agudas voces desde la escalera; coro formado por la directora del establecimiento, tres profesoras, cinco criadas y treinta educandas, todas a medio vestir y mostrando en sus cabezas un bosque de tirabuzones.

No hay para qué decir que Mr. Pickwick no dijo quién estaba allí; y en seguida el coro cam-

bió su estribillo por este otro: «¡Dios mío, qué miedo!».

—Cocinera —dijo la abadesa, que tuvo buen cuidado de quedarse en lo alto de la escalera y en la extrema retaguardia del grupo—. Cocinera, ¿por qué no mira usted un poco por el jardín?

—Perdone, señora, no me gusta —respondió la cocinera.

—¡Señor, qué estúpida es esta cocinera! —dijeron las treinta educandas.

—Cocinera —dijo la abadesa en tono de gran dignidad—, haga el favor de no contestarme. Insisto en que mire usted por el jardín inmediatamente.

En esto, la cocinera empezó a llorar, y la camarera dijo que aquello era una «vergüenza»; prueba de compañerismo que le costó un mes de sueldo por juicio sumarásimos.

—¿Oye usted, cocinera? —dijo la abadesa, dando un pisotón de impaciencia.

—¿No ha oído usted a su ama, cocinera? —dijeron las tres profesoras.

—¡Qué atrevida es esa cocinera! —dijeron las treinta educandas.

Apremiada de esta suerte la infortunada cocinera, avanzó uno o dos pasos, y sosteniendo su palmatoria de manera que le impedía en absoluto mirar, declaró que allí no había nada y que debía de haber sido el viento. Iba a cerrarse la puerta, en consecuencia, cuando una curiosa educanda, que había estado mirando por las rendijas de la puerta, lanzó un espantoso alarido, que hizo retroceder a la cocinera, a la camarera y a las más arrojadas instantáneamente.

—¿Qué le pasa a Miss Smithers? —dijo la abadesa, en tanto que la susodicha Miss Smithers caía con un patatús como de cuatro señoritas de fuerza.

—¡Dios mío, querida Miss Smithers! —dijeron las otras veintinueve educandas.

—¡Oh, un hombre... un hombre... detrás de la puerta! —gritó Miss Smithers.

No bien oyó la abadesa este grito alarmante, se retiró a su propio dormitorio y se encerró con dos vueltas de llave, quitándose de en medio bonitamente. Las educandas, las profesoras y las criadas se internaron atropelladamente por la escalera, y nunca podrían describirse los gritos, desmayos y el zafarrancho que se armó. En medio de aquel tumulto emergió de su escondite Mr. Pickwick y se presentó ante ellas.

—Señoras, queridas señoras —dijo Mr. Pickwick.

—¡Oh, nos dice queridas! —gritó la profesora más vieja y fea—. ¡Oh, qué malvado!

—Señoras —rugió Mr. Pickwick, desesperado por lo comprometido de su situación—. Óiganme. No soy un ladrón. Necesito a la directora de la casa.

—¡Oh, qué monstruo tan feroz! Viene por Miss Tomkins. Se produjo un alboroto general.

—¡Que toque alguien la campana de alarma! —gritaron una docena de voces.

—No... no —suplicó Mr. Pickwick—. Mírenme. ¡No tengo el aspecto de un ladrón! Queridas señoras, átenme de pies y manos o enciérenme si gustan en un armario. Pero óiganme lo que tengo que decir... sólo pido que me oigan.

—¿Cómo ha entrado usted en nuestro jardín? —preguntó asustadísima la camarera.

—Llame a la señora de la casa y se lo diré todo... todo —dijo Mr. Pickwick, llegando al límite de su resistencia pulmonar—. Llámenla; pero tranquilícense y llámenla, y todo lo oirán ustedes.

No sabríamos decir si fue la catadura de Mr. Pickwick, o el modo que tuvo de conducirse, o la viva tentación irresistible para todo cerebro femenino de oír la revelación de un misterio inquietante, lo que se impuso a la fracción más razonable del establecimiento (que no pasaría de cuatro mujeres). Esta fracción propuso, para demostrar la sinceridad de Mr. Pickwick, que se le sujetara inmediatamente; y habiéndose

allanado el caballero a celebrar una conferencia con Miss Tomkins desde el interior de un ropero en que las mediopensionistas colgaban sus sombreros y cestas de merienda, entró voluntariamente en él y fue cuidadosamente encerrado. Esto devolvió la tranquilidad a las otras, y requerida Miss Tomkins para que bajase, empezó la conferencia.

—¿Qué hacía usted en mi jardín, hombre? —dijo Miss Tomkins con desmayada voz.

—He venido a avisarle de que una de sus educandas iba a escaparse esta noche —respondió Mr. Pickwick desde el interior del ropero.

—¡Escaparse! —exclamaron Miss Tomkins, las tres profesoras y las cinco sirvientas—. ¿Con quién?

—Con su amigo, Mr. Carlos Fitz—Marshall.

—¡Mi amigo! No conozco a tal persona.

—Bueno; Mr. Jingle, entonces.

—No he oído ese nombre en mi vida.

—Entonces he sido engañado y burlado. He sido víctima de una aña-gaza... una baja y ras-trera aña-gaza. Si no me cree usted, mi querida señora, envíe a alguien a El Ángel. Envíe a El Ángel por el criado de Mr. Pickwick, se lo suplico.

—Debe de ser de calidad... Tiene un criado... —dijo Miss Tomkins a la secretaria.

—Mi opinión es, Miss Tomkins —dijo la secretaria—, que es su criado el que le tiene a él. Yo creo que es un loco, Miss Tomkins, y el otro será su guardián.

—Me parece que tiene usted razón, Miss Gwynn —respondió Miss Tomkins—. Que vayan a El Ángel dos criadas y que queden aquí las otras para defendernos.

Despachóse a El Ángel dos de las criadas en demanda de Mr. Samuel Weller y las tres restantes quedáronse detrás de Miss Tomkins, con las tres profesoras y las treinta educandas. Mr. Pickwick sentóse en el ropero bajo un verdadero bosque de cestas y aguardó el regreso de las

mensajeras con toda la filosofía y la fortaleza que pudo reunir.

Hora y media transcurrió hasta que volvieron, y cuando llegaron, Mr. Pickwick reconoció, además de la voz de Mr. Samuel Weller, otras dos voces, cuyo tono sonó familiarmente en su oído, mas sin que pudiera recordar a quiénes pertenecían.

Siguió un breve diálogo. Abrióse la puerta, salió del ropero Mr. Pickwick, y hallóse en presencia de todo el pensionado de Westgate House, de Mr. Samuel Weller y del... viejo Wardle y su presunto yerno, Mr. Trundle.

—Amigo querido —dijo Mr. Pickwick, adelantándose y estrechando la mano de Mr. Wardle—, mi querido amigo, por favor, en nombre del cielo, explique a estas señoras la infortunada y espantosa situación en que se me ha colocado. Ya la sabrá usted por mi criado; diga usted por lo que más quiera, amigo querido, que ni soy un ladrón ni un loco.

—Ya lo he dicho, mi querido amigo. Eso ya lo he dicho —replicó Mr. Wardle, estrechando la mano derecha de su amigo, mientras que Mr. Trundle estrechaba la izquierda.

—Y a quien lo diga o lo haya dicho —terció Mr. Weller poniéndose en primer término— dígame que eso no es verdad, y que, lejos de eso, es todo lo contrario. Y si hay aquí algunos hombres que lo hayan dicho, será para mí una gran fortuna darles a todos una prueba convincente de su error en esta misma habitación, si esa respetable señora tiene la bondad de retirarse y hacerles venir uno a uno.

Después de lanzar este reto con aire alegre, Mr. Weller dio un golpe en la palma de una de sus manos con el puño cerrado de la otra e hizo un guiño jovial a Miss Tomkins, cuyo horror ante aquella hipótesis de que pudiera haber algún hombre en el recinto de la Pensión para Señoritas de Westgate House fue indescriptible.

La explicación de Mr. Pickwick, que ya se había dado hasta cierto punto, acabó pronto.

Pero ni en todo el trayecto de regreso, que hizo con sus amigos, ni después que se hubo sentado ante un fuego reparador para la cena, que tanto necesitaba, pudo sacársele un solo comentario. Parecía maravillado e intrigadísimo. Una vez, una sola vez, volvióse a Mr. Wardle, y dijo:

—¿Cómo es que ha venido usted aquí?

—En primer lugar, Trundle y yo hemos venido a cazar —replicó Wardle—. Llegamos anoche, y nos sorprendió oír a su criado que estaba usted aquí también.

—Mucho me alegro —dijo el viejo, palmeando en la espalda de Mr. Pickwick—. Mucho me alegro. Tendremos una gratísima reunión y proporcionaremos a Winkle una revancha... ¿eh, amiguito?

No respondió Mr. Pickwick; ni siquiera preguntó por sus amigos de Dingley Dell, y en seguida se retiró a descansar, después de haber dicho a Sam que fuera a llevarse la luz cuando él llamara.

Sonó la campanilla y presentóse Mr. Weller.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, asomando la cabeza entre las sábanas.

—Sir —dijo Mr. Weller.

Guardó silencio Mr. Pickwick, y Mr. Weller despabiló la luz.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, como haciendo un esfuerzo desesperado.

—Sir —dijo una vez más Mr. Weller.

—¿Dónde está ese Trotter?

—¿Job, sir?

—Sí.

—Marchó, sir.

—Con su amo, ¿supongo?

—Con su amo o con su amigo, o lo que sea; se ha ido con él.

—Jingle sospechaba mi intención y te mandó ese mozo con esa historia, me figuro —dijo Mr. Pickwick, sofocado.

—Justo, sir —replicó Mr. Weller.

—¿Todo era falso, por supuesto?

—Todo, sir —replicó Mr. Weller—. Regular faena, sir. Hábil trampa.

—Me parece que no ha de escapárse nos tan fácilmente en otra ocasión, Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Creo que no, sir.

—Donde yo me encuentre otra vez a ese Jingle, sea donde sea —dijo Mr. Pickwick, incorporándose y dando en la almohada un tremendo puñetazo—, he de castigarle personalmente a más de desenmascararle como merece. Lo he de hacer, o dejaré de llamarme Pickwick.

—Y en cuanto yo me eche a la cara a ese melancólico pelinegro —dijo Sam— deo de llamarme Weller si no le saco el agua a los ojos de verdad por una vez en su vida. Buenas noches, sir.

EN EL QUE SE DEMUESTRA CÓMO A VECES UN ATAQUE DE REUMA PUEDE SER UN ESTIMULANTE DEL GENIO INVENTOR

Aunque la complexión de Mr. Pickwick se hallaba en condiciones de resistir una fuerte proporción de trabajo y fatiga, no estaba preparada para la combinada serie de asechanzas que tuvo que aguantar la noche memorable que queda reseñada en el capítulo anterior. El proceso de lavatorio al aire de la noche y la ulterior secadura en el ropero es tan peligroso como singular. Mr. Pickwick quedó postrado por un ataque de reuma.

Mas, si las energías físicas del grande hombre habían sido de esta suerte mermadas, su fuerza mental conservaba su vigor prístino. Era elástico su espíritu; pronto recobró su buen humor. Hasta la contumelia recibida con motivo de la última aventura se había disipado en

su mente, y así, podía unirse a Mr. Wardle en las carcajadas francas en que hacía prorrumpir al último cualquier alusión al nefasto suceso, sin experimentar azoramiento ni enojo. Todo lo contrario. Durante los dos primeros días de cama no se separó de él Sam un momento. Al otro, pidió Mr. Pickwick tintero y pluma y permaneció escribiendo el día entero. No bien estuvo en condiciones de sentarse en el lecho, envió a su criado con un mensaje para Mr. Wardle y Mr. Trundle diciéndoles que si querían ir a beber con él aquella tarde les quedaría obligadísimo. Fue aceptada la invitación con gran complacencia, y cuando ya se hallaban sentados ante las copas de vino, Mr. Pickwick, entre vivos rubores, produjo el siguiente cuentecito, que había sido *editado* por él mismo, durante su enfermedad, valiéndose de las notas tomadas de la narración auténtica de Mr. Weller.

EL ESCRIBIENTE PARROQUIAL

Un cuento de verdadero amor

Una vez allá en tiempos, en un pueblecito de la campiña situado a considerable distancia de Londres, había un hombrecito llamado Nathaniel Pipkin, que actuaba de escribiente en la parroquia del pueblecito, que habitaba una casita de la calle Alta, a unos diez minutos de la capillita, y al que se encontraba todos los días, de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, dedicado a la enseñanza de unos cuantos pequeñuelos. Nathaniel Pipkin era un ser cándido, bonachón e inofensivo, de nariz respingona, algo patizambo, un tanto bisojo y de andar sincopado. Repartía su tiempo entre la iglesia y la escuela, y creía firmemente que no existía sobre la faz de la tierra hombre más listo que el cura, más imponente aposento que la sacristía, ni escuela mejor regida que la suya. Una vez, sólo una vez en su vida, había visto Nathaniel Pipkin un obispo, un obispo de verdad, con sus brazos revestidos de mangas pluviales y con

peluca. Habíale visto andar y oídole hablar en una confirmación, y de tal modo se sintió anodado Nathaniel Pipkin en aquella ocasión, por la reverencia y la veneración al posarse en su cabeza la mano del mencionado obispo, que hubo de caer desvanecido y tuvo que salir de la iglesia en brazos del guardián.

»Fue un gran acontecimiento, una era tremenda en la vida de Nathaniel Pipkin, la única que llegara a rizar la tersa corriente de su tranquila existencia, cuando, acertando una hermosa tarde, en un impulso de su abstraída mente, a levantar los ojos de la pizarra en que planteaba cierto hondo problema de suma de complejos para someterlo a la resolución de un rapaz, los prendió en el rostro encantador de María Lobbs, la hija única del viejo Lobbs, el gran tabartero de la comarca. Ciertamente que los ojos de Mr. Pipkin habíanse posado en el lindo rostro de María Lobbs muchas veces con anterioridad en la iglesia y en alguna otra parte; pero los ojos de María Lobbs nunca se habían mostrado tan

brillantes, las mejillas de María Lobbs nunca habíanse ofrecido tan rosadas como en aquella ocasión particular. No es de extrañar, pues, que Nathaniel Pipkin fuese incapaz de apartar sus ojos del semblante de Miss Lobbs, ni que Miss Lobbs, al notarse contemplada por un joven, retirase su cabeza de la ventana a que estaba asomada, cerrase el postigo e hiciera descender el visillo; no es de extrañar que Nathaniel Pipkin cayera sobre el pequeño rapaz que poco antes delinquiera y se hartase de darle coscorrones y puntapiés. Todo esto era muy natural, y no hay en ello nada que extrañar pueda.

»Es motivo de extrañeza, empero, que un ser de la oscura condición de Mr. Nathaniel Pipkin, de su nervioso temperamento y verdaderamente exigua renta, hubiera osado aspirar a la mano y corazón de la única hija del iracundo viejo Lobbs —del viejo Lobbs, el gran guarnicionero, que hubiera podido comprar de una plumada el pueblo entero sin experimentar el menor quebranto—, del viejo Lobbs, que, como todo el

mundo sabía, tenía el dinero a montones depositado en el Banco de la ciudad inmediata; del viejo Lobbs, del que se decía poseer cuantiosos e inagotables tesoros amontonados en la pequeña caja de hierro de enorme llave que reposaba sobre la chimenea de la sala; del viejo Lobbs, de quien se contaba que en los días de fiesta guarnecía su mesa con tetera, jarra de leche y azucarero de plata, de los cuales solía decir, con orgullo y jactancia de su corazón, que pasarían a propiedad de su hija cuando ella encontrara un hombre de su gusto. Fue, lo repito, causa de profundo asombro e intensa maravilla que Nathaniel Pipkin hubiera tenido la temeridad de extraviar sus ojos en aquella dirección. Pero el amor es ciego... y Nathaniel padecía de estrabismo... y tal vez ambas circunstancias reunidas le impidiesen ver el asunto en su verdadera luz.

»Claro es que si el viejo Lobbs hubiera concebido la más remota idea del estado afectivo de Nathaniel Pipkin habría descuajado de sus

cimientos la escuela, arrebatado a su maestro de la superficie de la tierra, o cometido cualquier otro estropicio o desaguizado de violencia y ferocidad análogas; porque era un viejo terrible el tal Lobbs cuando sentía herido su orgullo o sublevada su sangre. ¡Voto a tal! Tales sartas de juramentos rodaban y se amontonaban en el camino, siempre que vituperaba la holgazanería del aprendiz huesudo de piernas flacas, que Nathaniel Pipkin se hubiera conmovido en sus zapatos con horror y el cabello de los discípulos puéstose de punta con espanto.

»Sigamos. Día tras día, al terminar la clase y marcharse los alumnos, sentábase Nathaniel Pipkin a la ventana, y mientras fingía leer un libro, lanzaba por el camino miradas laterales en demanda de los brillantes ojos de María Lobbs; mas no se sentó allí muchos días sin que aparecieran los brillantes ojos en una ventana del piso alto, profundamente absorbidos aparentemente en la lectura también. Esto fue delicioso y gratísimo al corazón de Nathaniel Pip-

kin. Era algo para permanecer sentado allí horas y horas y mirar hacia el lindo rostro cuando los ojos de éste miraban al libro; mas cuando María Lobbs empezó a levantar sus ojos del libro y a lanzar sus destellos en dirección de Nathaniel Pipkin, la admiración y complacencia de éste no reconocieron límites. Por fin, cierto día en que supo que estaba fuera el viejo Lobbs, Nathaniel Pipkin tuvo el arrojo temerario de besarse la mano para María Lobbs; y María Lobbs, en vez de cerrar los postigos y bajar los visillos, besó la suya, y sonrió. Por lo cual, Nathaniel Pipkin resolvió, pasara lo que pasara, descubrir sin dilación alguna el estado de sus sentimientos.

»Nunca acariciaron la tierra pies más lindos, genio más risueño, rostro de más graciosos hoyuelos, ni más delicada figura que los de María Lobbs, la hija del guarnicionero. Había un travieso mohín en sus ojos chispeantes, que hubiera penetrado en pechos menos aseQUIBLES que el de Nathaniel Pipkin; y había en su alegre

risa un eco tan juguetón, que el más severo misántropo por fuerza hubiera sonreído al escucharlo. Hasta el mismo viejo Lobbs, en el paroxismo de su ferocidad, no podía resistir el hechizo de su linda hija; y cuando ella y su prima Kate —una ladina, burlona y encantadora personita— ponían sitio al viejo, como, a decir verdad, lo hacían con frecuencia, nada podía él rehusarles, aunque le pidiesen una parte de los cuantiosos e inagotables tesoros que yacían al abrigo de la luz en la caja de hierro.

»El corazón de Nathaniel Pipkin latió con violencia cuando vio a esta seductora parejita a unos cientos de yardas de él, en una tarde de verano, en el mismo campo por el que muchas veces vagara hasta la noche engolfado en ponderar la belleza de María Lobbs. Mas no obstante haber pensado entonces con qué presteza correría hacia María Lobbs para contarle su pasión, si llegaba a encontrarla, ahora que tan inesperadamente la veía ante sí, sentía que toda

la sangre de su cuerpo subía a su rostro, con notorio detrimento de sus piernas, las cuales, despojadas de su porción habitual, temblaban intensamente. Cuando ellas se paraban para tomar una flor, o para escuchar el canto de un pájaro, Nathaniel Pipkin parábase también y afectaba hallarse sumido en la meditación, como lo estaba en realidad; porque pensaba en qué demonio habría de hacer cuando ellas se volvieran, como inevitablemente tenía que ocurrir, y las encontrara frente a frente. Pero si le sobrecogía dirigirse a ellas, no podía perderlas de vista; así, cuando ellas se apresuraban, se apresuraba él; cuando ellas moderaban su paso, él moderaba el suyo, y cuando ellas se paraban, parábase él; y hubiérase prolongado este proceso hasta sorprenderles la oscuridad, si Kate no hubiera mirado hacia atrás aviesamente, invitando a acercarse a Nathaniel. Había en el ademán de Kate algo irresistible, y Nathaniel Pipkin obedeció la indicación y a vuelta de tremendos sonrojos por su parte y de ruidosas

carcajadas por la de la taimada primita, Nathaniel Pipkin cayó de rodillas sobre el húmedo césped y declaró su resolución de permanecer allí indefinidamente, a menos de que se le permitiera levantarse como novio admitido de María Lobbs. Con esto, la alegre carcajada de María Lobbs rasgó el aire encalmado del atardecer —sin perturbarlo en apariencia, tan dulce era el sonido— y la taimada primita rió más fuerte que antes, y Nathaniel Pipkin se ruborizó más que nunca. Por fin, al verse María Lobbs más vehementemente solicitada por el enamorado hombrecito, volvió su cabeza y suplicó a su prima, murmurando, que dijese, y en fin de cuentas Kate dijo, que aquélla se sentía muy honrada por la demanda de Mr. Pipkin; que su mano y su corazón estaban a disposición de su padre, pero que nadie podía ser indiferente a los méritos de Mr. Pipkin. Como todo esto se dijo con mucha gravedad, y como Nathaniel Pipkin volvió hacia la casa con María Lobbs y luchó por un beso al separarse, se metió en la

cama feliz y soñó toda la noche con ablandar al viejo Lobbs para que abriera la caja y le permitiera casarse con María.

»Al día siguiente, Nathaniel Pipkin vio salir al viejo Lobbs en su vieja jaca gris, y después de muchas señas aparatosas que le hizo desde la ventana la taimada primita, el objeto y significado de las cuales no pudo comprender en modo alguno, el huesudo aprendiz de las piernas flacas vino a decirle que el amo no vendría en toda la noche y que las señoritas esperaban a Mr. Pipkin para tomar el té a las seis en punto. Cómo se dieron las lecciones aquel día, ni Nathaniel Pipkin ni sus discípulos podrían decirlo mejor que vosotros; pero, bien o mal, se dieron, y luego que los muchachos se hubieron marchado, Nathaniel Pipkin dedicóse hasta las seis a vestirse a su gusto. Y no es que tuviera que detenerse largamente para seleccionar las prendas que había de llevar, pues se trataba de un extremo en que no había elección posible; mas la tarea en que hubo de empeñarse para

sacar el mayor partido de su reducido vestuario y disponer su traje de la mejor manera fue bastante ardua y laboriosa.

»Fue grata y simpática la pequeña reunión que se hallaba integrada por María Lobbs y su prima Kate, amén de tres o cuatro alegres y vivarachas jóvenes de sonrosadas mejillas. Nathaniel Pipkin tuvo ocasión de comprobar por sus ojos el hecho de que los rumores que corrían acerca de los tesoros del viejo Lobbs no eran hiperbólicos. Allí aparecieron la tetera, la jarrita de leche y el azucarero de plata, las cucharillas de lo mismo para menear el té, tazas de china auténtica para beberlo y platos de la misma sustancia en los que se apilaban pastas y tostadas. El único detalle nefasto que allí se advertía era cierto primo de María Lobbs, hermano de Kate, al que María Lobbs llamaba Enrique, y que parecía acaparar a María Lobbs en una esquina de la mesa. Siempre resulta edificante y agradable el espectáculo de las afecciones familiares; mas se lleva a las veces dema-

siado lejos, y no dejaba de pensar Nathaniel Pipkin que María Lobbs debía de ser muy entrañable para sus parientes si a todos favorecía tanto como a este primo en particular. Después del té propuso la taimada primita jugar a la gallina ciega, y las cosas se combinaron de manera que siempre le tocaba a Nathaniel Pipkin quedarse de gallina, y no posaba una sola vez la mano en el primito que no estuviera cierto de encontrar en sus cercanías a María Lobbs. Y aunque la taimada primita y las otras chicas le pellizcaban, le tiraban del cabello, ponían sillas en su camino y le hacían objeto de toda suerte de diabluras, ni por casualidad se le acercaba María Lobbs. Una vez... una vez... hubiera jurado Nathaniel Pipkin haber oído el chasquido de un beso, seguido de una tímida reconvencción de María Lobbs y de una risa a duras penas contenida por las demás muchachas. Todo esto era muy particular... muy particular, y no es fácil saber lo que hubiera hecho o dejado de hacer, por tanto, Nathaniel Pipkin, si sus pen-

samientos no se hubieran visto súbitamente orientados según nuevo derrotero.

»La circunstancia que orientó sus pensamientos según nuevo derrotero fue un fuerte golpe dado en la puerta de la calle, y la persona que había dado aquel golpe en la puerta de la calle no era otra que el propio viejo Lobbs, que, habiendo regresado inesperadamente, estaba martilleando la puerta como un carpintero de ataúdes, porque quería cenar. No bien fue comunicada la alarmante noticia por el huesudo aprendiz de las piernas flacas, precipitáronse las chicas por las escaleras hacia el dormitorio de María Lobbs, mientras que el primo y Nathaniel Pipkin eran introducidos en sendos roperos del gabinete, a falta de otro escondite mejor; y en cuanto María Lobbs y su taimada primita les hubieron colocado en lugar seguro y pusieron las cosas en orden, abrieron la puerta al viejo Lobbs, que no cesaba de golpear.

»Y acaeció por desdicha que el viejo Lobbs, por sentirse hambriento, estaba monstruosa-

mente rabioso. Nathaniel Pipkin pudo oírle gruñir cual viejo mastín enfermo de la garganta, y cuando quiera que el infortunado aprendiz de las piernas flacas entraba en la estancia, comenzaba a maldecirle el viejo Lobbs con feroz y sarracena contumacia, sin otra finalidad ni objeto, a lo que parecía, que los de desahogar su pecho con la descarga de unos cuantos juramentos inocuos. Por fin, se le puso la cena en la mesa, después de calentarla, lo que hizo mejorar hasta cierto punto el humor del viejo, y luego de despacharla en menos que se dice, besó a su hija y pidió le trajeran su pipa.

»Si la Naturaleza había colocado las rodillas de Nathaniel Pipkin en bastante apretada yuxtaposición, al oír pedir su pipa al viejo Lobbs empezaron a chocar entre sí como si fueran a reducirse a polvo; porque yacente sobre dos ganchos en el mismo ropero en que él se hallaba estaba la gran pipa de castaño y cazoleta de plata que viera todas las tardes en la boca del viejo Lobbs por espacio de cinco años. Las dos

muchachas subieron por la pipa, y bajaron por la pipa, y buscaron por todas partes, menos en aquella en que sabían que estaba la pipa, y entre tanto el viejo Lobbs tronaba de la manera más espantosa. Por último pensó en el ropero, y hacia él se dirigió. Era inútil que un hombrecito como Nathaniel Pipkin tirase de la puerta hacia dentro si un mozo de la fuerza del viejo Lobbs tiraba hacia fuera. Dio el viejo Lobbs un tirón y abrióla de par en par, descubriendo a Nathaniel Pipkin de pie, derecho como una flecha y temblando de pies a cabeza. ¡Cielo santo, qué mirada tan imponente lanzó el viejo Lobbs al extraerle por el cuello y suspenderle en el aire al extremo de sus brazos tensos!

»—¿Qué es lo que busca usted aquí? —dijo el viejo Lobbs con voz terrible.

»Nathaniel Pipkin no pudo articular respuesta, por lo cual el viejo Lobbs le zarandeó durante dos o tres minutos, como para ayudarle a ordenar sus ideas.

»—¿Qué busca usted aquí? —rugió Lobbs—. Supongo que habrá usted venido por mi hija, ¿eh?

»El viejo Lobbs dijo esto por pura zumba, pues no concebía que toda la humana presunción hubiera llevado tan lejos a Nathaniel Pipkin. Cuál no sería su indignación al oír a este pobre hombre replicar:

»—Así es, Mr. Lobbs. He venido por su hija. La amo, Mr. Lobbs.

»—¡Cómo, so mocoso, garabato, bellaco miserable! —vomitó el viejo Lobbs, paralizado por la atroz confesión—. ¿Qué quiere usted decir? ¡Dígame en mi cara! ¡Maldito! ¡Le voy a estrangular!

»Es más que probable que el viejo Lobbs hubiera llevado a efecto su amenaza, en el colmo de su rabia, de no haber sido detenido su brazo por una inesperada aparición, a saber, la del primo, que, surgiendo de su armario, dirigióse al viejo Lobbs y dijo:

»—No puedo permitir que esta criatura inofensiva, sir, a quien se ha hecho venir por una broma de muchachas, acepte por nobleza la responsabilidad de una culpa (si es que hay culpa) de la que yo soy reo y estoy dispuesto a confesar. Yo amo a su hija, sir, y he venido aquí por verla.

»El viejo Lobbs abrió sus ojos con asombro al oír esto, pero no los abrió tanto como Nathaniel Pipkin.

»—¿Usted? —dijo Lobbs, recobrando al cabo el aliento para hablar.

»—Yo.

»—Ya le he prohibido hace tiempo la entrada en esta casa.

»—Así es, y en otro caso, no hubiera venido esta noche clandestinamente.

»Siento verme precisado a consignarlo, mas presumo que el viejo Lobbs hubiera golpeado al primo, si su linda hija, con sus brillantes ojos arrasados de lágrimas, no hubiera detenido su brazo.

»—No le detengas, María —dijo el joven—; si quiere pegarme, déjale. Yo no he de tocarle uno solo de sus grises cabellos por todas las riquezas del mundo.

»Bajó el viejo los ojos ante el tácito reproche y halló los de su hija. He apuntado ya una o dos veces que eran éstos unos ojos muy brillantes, y no por verse ahora llenos de lágrimas desmerecía su irresistible encanto. Volvió la cabeza el viejo Lobbs, cual si tratara de evitar su efecto persuasivo, cuando quiso la suerte que encontrara los de la taimada primita que, vacilando entre temblar por su hermano o reírse de Nathaniel Pipkin, presentaba un semblante de expresión tan hechicera, con un dejo de melancolía, al que no hubiera podido mirar ningún hombre, joven ni viejo. Tomó zalamera con su brazo el del viejo Lobbs y murmuró algo en su oído: qué no le diría, que el viejo Lobbs no pudo reprimir una sonrisa, al mismo tiempo que resbalaba por su faz una lágrima furtiva.

»Cinco minutos después se hizo bajar del dormitorio a las muchachas con festivo y afectado sigilo, y mientras la joven pareja se gozaba en su plena felicidad, el viejo Lobbs descolgaba su pipa y fumaba, y se dio la circunstancia de que aquella pipa fuera la más sedante y deliciosa que se había fumado.

»Nathaniel Pipkin estimó conveniente guardar su secreto, gracias a lo cual fue poco a poco granjeándose el favor del viejo Lobbs, que con el tiempo le enseñó a fumar; y andando los días vióseles tomar la costumbre de sentarse en el jardín en las tardes hermosas a fumar y a beber en gran escala. Pronto debió hallar lenitivo a su apasionada inclinación, pues encontramos su nombre en el registro parroquial como testigo en el casamiento de María Lobbs con su primo; y también se deja entender, por referencia de otros documentos, que en la noche de la boda fue confinado en la cárcel del pueblo, por haber cometido, en pleno estado de embriaguez, algunos excesos en las calles, en todos los cuales

parece haber sido acompañado y secundado por el aprendiz huesudo de las piernas flacas.

EN EL QUE SE PATENTIZA CONCISAMENTE, PRIMERO, EL PODER DEL HISTERISMO, Y SEGUNDO, LA FUERZA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Los pickwickianos permanecieron en Eatanswill durante los dos días siguientes al banquete de la señora Hunter, aguardando con ansia las noticias de su venerado maestro; Mr. Tupman y Mr. Snodgrass otra vez quedaron abandonados a sus propios recursos de distracción; en cuanto a Mr. Winkle, defiriendo a una irresistible invitación, prolongó su residencia en casa de Mr. Pott y consagró sus horas a la compañía de la amable esposa de éste. Profundamente engolfado en absorbentes especulaciones, inspiradas en el bien público, así como en el prurito de destruir a *El Independiente*, no acostumbraba el grande hombre a descender del pináculo mental en que vivía al humilde nivel de los espíritus mediocres. En esta oca-

sión, sin embargo, por deferencia especialísima a uno de los secuaces de Mr. Pickwick, se ablandó, se allanó a bajar de su pedestal y accedió a caminar por el suelo, adaptando benévolamente sus normas discursivas a las capacidades comprensivas del rebaño y afectando por fuerza, ya que no en su interior, ser uno de tantos.

Siendo tal la conducta seguida por esta célebre personalidad respecto de Mr. Winkle, fácilmente se imaginará la sorpresa que se dibujó en el semblante de este caballero cuando hallándose solo, sentado en la estancia destinada al desayuno, abrióse precipitadamente la puerta, cerróse con la misma presura, después de dar entrada a Mr. Pott, y, cuadrándose éste majestuosamente y separando con desdén la mano que se le tendía, apretó sus dientes como para acuciar el filo de lo que pensaba decir, y exclamó con acento cortante:

—¡Serpiente!

—¡Sir! —exclamó Mr. Winkle, saltando de su silla.

—Serpiente, sir —repitió Mr. Pott, levantando la voz y apagándola al punto—; he dicho serpiente, sir... interprételo como guste.

Si a las dos de la madrugada os habéis separado de un hombre en más perfecta cordialidad, y al encontrarle de nuevo a las nueve y media os acoge como a una serpiente, no será fuera de razón sospechar que algo de enojosa índole ha ocurrido en el interregno. Así pensaba Mr. Winkle. Devolvió a Mr. Pott su mirada de hielo, y atendiendo a la indicación de este caballero, procedió a interpretar lo de la serpiente. Mas como fuera vano su hermenéutico empeño, al cabo de unos minutos de profundo silencio, dijo:

—¡Serpiente, sir! ¡Serpiente, Mr. Pott! ¿Qué quiere usted decir, sir...? Se trata de una broma.

—¡Broma, sir! —exclamó Pott, con un movimiento de su mano, vivamente expresivo de su deseo de arrojar la tetera de Britania a la

cabeza de su huésped—. Broma, sir..., pero no, no he de perder la calma, permaneceré tranquilo, sir.

Y en prueba de su pacífico designio, tiróse Mr. Pott sobre una silla y mascó su rabia.

—Pero, querido —aventuró Mr. Winkle.

—¡Querido! —replicó Pott—. ¿Cómo se atreve usted a decirme querido, sir? ¿Cómo se atreve a mirarme a la cara y llamarme así?

—Está bien, sir, si vamos a eso —respondió Mr. Winkle—: ¿Cómo se atreve usted a mirarme a la cara y llamarme serpiente?

—Porque lo es usted —replicó Mr. Pott.

—Pruébelo, sir —dijo Mr. Winkle—, pruébelo.

Un gesto de rencor cruzó por la faz del editor, mientras que sacaba de su bolsillo *El Independiente* de aquella mañana, y señalando con el dedo uno de sus párrafos, lo arrojó a través de la mesa a Mr. Winkle.

Tomó el periódico el caballero y leyó lo que sigue: «Nuestro oscuro y rastrero colega, en

cierto comentario de mal gusto, inspirado en la última elección verificada en esta ciudad, ha osado violar el sagrado de la vida privada refiriéndose de modo inequívoco a los asuntos personales de nuestro último candidato... ¡ah!, y, a pesar de su ignominiosa derrota, añadiremos que nuestro futuro representante, Mr. Fizkin. ¿Qué es lo que trata de insinuar nuestro cobarde colega? ¿Qué diría ese rufianesco ente si, dejando nosotros a un lado, como él lo hace, las exigencias del social decoro, levantásemos la cortina que por suerte suya defiende su vida privada del ridículo, por no decir de la general execración? ¿Qué, si puntualizáramos y comentásemos circunstancias y hechos que son notorios y conocidos de todos menos de nuestro cegato colega? ¿Qué diría si diésemos a la imprenta la siguiente humorada, que llega a nuestras manos mientras escribimos el presente artículo y que se debe a la invención de un ingenioso paisano y corresponsal nuestro?

CAFETERA DE COBRE¹³

*sabido cuán perjuro
narse cuando hacían
campanas Tinkle...!
entonces, de seguro,
cían
regalado a W...».*

VERSOS A UNA

*¡Si hubieras, Pott,
su amor iba a tor-
del Himeneo las
Hubieras hecho
lo que otros te de-
y se la hubieras*

—Bueno —dijo Mr. Pott solemnemente—. ¿Qué es lo que rima con *tinkle*, miserable?

—¿Qué rima con *tinkle*? —dijo la señora Pott, cuya súbita entrada impidió la respuesta—. ¿Qué es lo que rima con *tinkle*? Pues está bien claro que es Winkle.

¹³Pot, en inglés. (N. del T.)

Y al decir esto, la señora Pott sonrió dulcemente al atribulado pickwickiano y le tendió la mano. Hubiérala tomado el consternado joven, en medio de su azoramiento, de no haberse interpuesto el indignado Pott.

—¡Atrás, hombre... atrás! —dijo el editor—. ¡Tomar su mano en mi propia cara!

—¡Mr. Pott! —dijo asombrada la dama.

—Desdichada mujer, mira esto —exclamó el marido—. Mire aquí, señora: «... versos a una cafetera de cobre». La cafetera de cobre soy yo, señora. La perjura es usted, señora.

Hirviendo de cólera e iniciándose en todo su ser algo parecido a un temblor, ante la expresión que adoptaba el rostro de su esposa, tiró a sus pies el último número de *El Independiente de Eatanswill*.

—¡Y qué, sir! —dijo atónita la esposa, inclinandose para recoger el periódico—. ¡Y qué, sir!

Mr. Pott temblaba bajo la mirada desdeñosa de su mujer. Había hecho un esfuerzo desespe-

rado para embotellar entereza; pero la entereza se disipaba.

Cuando se lee esta frase «¡Y qué, sir! », nada terrible parece entrañar; pero el tono de la voz en que fue pronunciada y la mirada que hubo de acompañarla denotaban tan claramente un designio de venganza sobre la cabeza de Mr. Pott, que produjo un efecto decisivo. El más obtuso observador hubiera sorprendido en su conturbado rostro el vivísimo anhelo de ceder sus botas Wellington en favor de cualquiera que se atreviese a permanecer sobre ellas de pie en aquel momento.

Leyó el párrafo la señora Pott, lanzó un terrible alarido y cayó cuan larga era sobre la alfombra delantera de la chimenea, sollozando y golpeando el suelo con los tacones de sus zapatos de una manera que no permitía dudar en aquella ocasión de la autenticidad de sus emociones.

—Querida —dijo Mr. Pott hecho una pieza—, yo no he dicho que creyera eso; yo ... yo...

Pero la voz del infortunado caballero se ahogó entre los gritos de su consorte.

—Señora Pott, permítame suplicarle, mi querida señora, que se serene —dijo Mr. Winkle.

Pero los gritos y el golpeteo se sucedían más fuertes y rápidos que nunca.

—Querida mía —dijo Mr. Pott—, lo siento en el alma. Si no cuidas de tu propia salud, cuídate de la mía, querida. La multitud va a estacionarse ante nuestra casa.

Pero cuanto más apremiantes eran las súplicas de Mr. Pott, más vehementes eran los gritos que producía su esposa.

Por fortuna, adscrita al servicio de la señora Pott y como guardia de corps figuraba una señorita cuya misión aparente consistía en presidir el tocado y aderezo de la señora, pero que ofrecía pruebas de su laboriosidad en varios extremos, y en ninguno tanto como en el de excitar y animar a su señora en toda inclinación o anhelo que se opusiese a los deseos del infeliz

Pott. Los gritos llegaron a oídos de la señorita y la trajeron a la habitación con una presteza que amenazaba perturbar el orden exquisito de su toca y sus cabellos.

—¡Oh, querida, señora querida! —exclamó el guardia de corps arrodillándose presa de intensa alarma junto a la yacente señora Pott—. ¡Oh, querida señora! ¿Qué es lo que ocurre?

—Tu amo... tu brutal amo —murmuró la paciente.

Indudablemente, Pott se debilitaba por momentos.

—Es una vergüenza —dijo en tono de reproche el guardia de corps—. ¡Sé que ha de acabar por matarla, señora! ¡Pobrecita!

Pott se achicaba cada vez más. El adversario arreciaba en el ataque.

—¡Oh, no me abandones... no me abandones, Goodwin! —murmuró la señora Pott, agarrándose a la muñeca de la susodicha Goodwin, en un acceso de histerismo—. Tú eres la única persona que me quiere, Goodwin.

Ante esta conmovedora apelación, Goodwin planteó por sí misma una pequeña tragedia doméstica y empezó a derramar copiosas lágrimas.

—Nunca, señora, nunca —dijo Goodwin—. ¡Oh, sir, debiera usted tener más cuidado... debiera usted! No sabe usted el daño que hace a la señora; algún día lo sentirá usted... siempre he creído lo mismo.

El desdichado Pott miraba tímidamente; pero nada decía.

—Goodwin —dijo con voz débil la señora Pott.

—Señora —dijo Goodwin.

—Si tú supieras cuánto he amado yo a ese hombre...

—No se aflija recordando esas cosas, señora —dijo el guardia de corps.

Pott miraba espantado. Llegaba el momento de acabar de una vez.

—Y ahora —sollozaba la señora Pott—, después de todo, verse tratada así, ser insultada y

vilipendiada en presencia de un tercero, y éste casi un extraño. ¡Pero no he de sufrirlo! Goodwin —prosiguió la señora Pott levantándose en brazos de Goodwin—, mi hermano, el teniente, intervendrá. Nos separaremos, Goodwin.

—Se lo merecería, señora —dijo Goodwin.

Cualesquiera que fuesen las ideas que semejante amenaza despertaba en Pott, se abstuvo de darles salida, y contentóse con decir humildemente:

—Pero, querida, ¿quieres escucharme?

Un nuevo torrente de sollozos fue toda la respuesta de la señora Pott; al tiempo que se acentuaba su histerismo, preguntaba por qué había nacido y demandaba otras informaciones de parecida naturaleza.

—Querida —le reconvenía Mr. Pott—, no te entregues a esos excesos de sensibilidad. Nunca he creído que ese párrafo tuviera fundamento, querida... imposible. Pero me indignó, querida... me sentí ultrajado por los de *El Independen-*

diente por haberse atrevido a insertarlo; eso es todo.

Mr. Pott dirigió una mirada suplicante a la causa inocente del disgusto, como rogándole que no se hablara más de la serpiente.

—¿Y qué pasos piensa usted dar para obtener la reparación? —preguntó Winkle, cobrando energía al ver que la iba perdiendo Pott.

—¡Oh, Goodwin —observó la señora Pott—, se propone darle un latigazo al editor de *El Independiente...*! ¿Es que piensa eso, Goodwin?

—¡Chist, chist, señora; esté tranquila! —replicó el guardia de corps—. Lo hará, sin duda, si usted lo desea, señora.

—Desde luego, sir —dijo Pott, observando que su esposa mostraba síntomas de sufrir un nuevo ataque—. Claro que lo haré.

—¿Cuándo, Goodwin... cuándo? —dijo la señora Pott dudando aún de entregarse o no al patatús.

—Inmediatamente —dijo Pott—; antes de que llegue la noche.

—Oh, Goodwin —continuó la señora Pott—, es el único medio de cortar el escándalo y de rehabilitarme ante el mundo.

—Claro está, señora —replicó Goodwin—. Ningún hombre que sea un hombre dejaría de hacerlo.

Como aún no se hubiera disipado la amenaza de un nuevo acceso de histerismo, insistió Mr. Pott una vez más en que lo haría; mas pesaba tanto sobre el ánimo de la señora Pott la idea tan sólo de una sospecha, que aún estuvo media docena de veces al borde de una recaída, y hubiera indudablemente traspasado este límite de no haber sido por los esfuerzos infatigables de la solícita Goodwin, unidos a las repetidas demandas de perdón formuladas por el derrotado Pott; y sólo cuando el infeliz se rindió al pánico y fue abatido hasta su nivel habitual, se repuso la señora Pott y dio principio el almuerzo.

—No consentirá usted que la miserable pro-cacidad de ese periódico abrevie su estancia

entre nosotros, Mr. Winkle —dijo la señora Pott, sonriendo dulcemente a través de las huellas de sus lágrimas.

—Espero que no —dijo Mr. Pott, poseído, mientras hablaba, del deseo de que su huésped se ahogase con el trozo de tostada que en aquel momento acercaba a sus labios y diese de esta suerte su estancia por terminada—. Espero que no.

—Es usted muy amable —dijo Mr. Winkle—; pero se ha recibido una carta de Mr. Pickwick, según se me hace saber en una esquila de Mr. Tupman que me entregaron esta mañana en el dormitorio, en la que nos avisa para que nos unamos a él en Bury hoy mismo; por lo cual partiremos en el coche de las doce.

—¿Pero volverá usted? —dijo la señora Pott.

—¡Oh, por supuesto! —replicó Mr. Winkle.

—¿Está usted seguro? —dijo la señora Pott, dirigiendo a su huésped una mirada furtiva.

—Segurísimo —respondió Mr. Winkle.

Transcurrió en silencio el almuerzo, porque cada uno de los comensales se hallaba absorbido en sus particulares preocupaciones. La señora Pott lamentaba la pérdida del galán; Mr. Pott, su precipitada resolución de fustigar a *El Independiente*; Mr. Winkle, el haberse colocado inocentemente en tan embarazosa situación. Se acercaba el mediodía, y después de muchos adioses y promesas se quitó de en medio.

«Si alguna vez vuelve, le enveneno», pensó Mr. Pott al entrar en el antedespacho de la oficina en que preparaba la caja de los truenos.

«Si alguna vez volviera» —pensaba Mr. Winkle, mientras caminaba hacia El Pavo—, «y otra vez me complicara con esta gente, el que merecería que le diesen un latigazo sería yo.»

Ya estaban sus amigos dispuestos, el coche, casi, y al cabo de media hora emprendían su viaje por el mismo camino que tan recientemente recorrieran Mr. Pickwick y Sam, y como acerca del trayecto ya hemos dicho algo, no nos

creemos obligados a extractar la hermosa descripción poética de Mr. Snodgrass.

Mr. Weller se hallaba a la puerta de El Ángel esperándoles y por él fueron conducidos al cuarto de Mr. Pickwick, donde, con no poca sorpresa de Mr. Winkle y Mr. Snodgrass, y no menor confusión de Mr. Tupman, se encontraron con el viejo Wardle y con Trundle.

—¿Qué tal? —dijo el viejo, estrechando la mano de Mr. Tupman—. No se preocupe de lo pasado, ni se ponga triste por ello; ya no tiene remedio, amigo. Por el bien de ella, hubiera yo deseado que fuera para usted; por el de usted, me alegro de que no lo haya sido. Un muchacho como usted se consuela en seguida, ¿eh?

Con esta observación consoladora, palmoteó Wardle en la espalda de Mr. Tupman y rió jovialmente.

—Bien, ¿y cómo están ustedes, mis bravos muchachos? —dijo el viejo caballero, estrechando al mismo tiempo las manos de Mr. Winkle y Mr. Snodgrass—. Estaba diciendo a

Mr. Pickwick que para Navidad contamos con todos ustedes... Tenemos una boda... una verdadera boda esta vez.

—¡Una boda! —exclamó Mr. Snodgrass, poniéndose pálido.

—Sí, una boda. Pero no se asuste —dijo el alegre viejo—; no es más que la de Trundle y Bella.

—¡Ah, no es más que eso! —dijo Mr. Snodgrass, aliviado de la penosa duda que oprimiera su pecho—. Enhorabuena, sir. ¿Cómo sigue José?

—Muy bien —replicó el anciano—. Dormido, como siempre.

—¿Y su madre, y el cura, y todos?

—Perfectamente.

—¡Dónde —dijo Mr. Tupman haciendo un esfuerzo—, dónde está... *ella*, sir?

Y volvió su cabeza a otro lado cubriéndose los ojos con la mano.

—¡Ella! —dijo el anciano con un movimiento de cabeza significativo—. ¿Quiere usted decir mi hermana soltera, eh?

Mr. Tupman indicó con un ademán que su pregunta se refería a la desgraciada Raquel.

—¡Oh, se ha ido! —dijo el anciano—. Está viviendo con unos parientes, muy lejos. No podía sufrir el ver a las chicas, y la dejé marchar. ¡Pero vamos! Aquí está la comida; después del viaje deben ustedes de tener hambre. Yo la tengo aun sin viaje; caigamos sobre ella.

Se hizo a la comida cumplida justicia; y cuando después de haberla despachado aún permanecían sentados alrededor de la mesa, Mr. Pickwick, ante el horror y la indignación de sus amigos, relató la aventura pasada y el éxito alcanzado por los bajos artificios del diabólico Jingle.

—Y el ataque de reuma que atrapé en el jardín —dijo Mr. Pickwick para remate— me tiene impedido ahora.

—Yo también he tenido algo de aventura —dijo Mr. Winkle, sonriendo.

Y, obedeciendo al ruego de Mr. Pickwick, relató el maligno libelo de *El Independiente de Eastonswill* y el enojo consiguiente de su amigo el editor.

Oscurecióse durante el relato el rostro de Mr. Pickwick. Advirtiéronlo sus amigos, y al acabar Mr. Winkle, guardaron profundo silencio. Mr. Pickwick dio en la mesa un golpe con el puño cerrado, y habló así:

—¿No es verdaderamente raro —dijo Mr. Pickwick— este fatalismo por el que no podemos entrar en la casa de una persona sin ocasionarle algún disgusto? ¿Habrá que atribuir a indiscreción o, lo que es peor aún, a la maldad (¡que tenga yo que decir esto!) de mis amigos el que cualquiera que sea el techo bajo el que se alberguen, trastornen la paz y la felicidad de una dama inocente? ¿No es, digo yo...?

Hubiera seguido Mr. Pickwick pronunciándose aún durante algún tiempo, de no haber

entrado Sam con una misiva que interrumpió el elocuente discurso. Pasó Mr. Pickwick el pañuelo por su frente, quitóse los anteojos, los limpió y volvió a ponérselos; y habiendo recordado su voz su habitual suavidad, dijo:

—¿Qué es eso, Sam?

—Vengo del correo, y encontré esta carta que llegó hace dos días —replicó Mr. Weller—. Está cerrada con una oblea, y la dirección es de letra redondilla.

—No conozco esta letra —dijo Mr. Pickwick, abriendo la carta—. ¡Dios de bondad! ¿Qué es esto? Tiene que ser una burla; esto no puede ser.

—¿Qué es ello? —preguntaron todos.

—¿No ha muerto nadie? —dijo Wardle, alarmado por el horror que mostraba el semblante de Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick no respondió; pero echando la carta en la mesa y suplicando a Mr. Tupman que la leyera en alta voz, cayó en su silla con

asombro y estupefacción verdaderamente alarmanes.

Mr. Tupman, con voz temblorosa, leyó la carta, que a continuación copiamos:

«*Freeman's Court, Cornhill, 28 de agosto de 1830.*

Bardell contra Pickwick »

Sir:

»Habiendo sido encargado por la señora Marta Bardell de entablar una demanda contra usted por ruptura de promesa de matrimonio, por la cual *estipula* la demandante mil quinientas libras por daños y perjuicios, debemos informar a usted de haberse expedido una citación para usted con dicho motivo por la Audiencia, y le rogamos nos participe a vuelta de correo el nombre de su procurador en Londres que haya de representarle en este asunto.

»De usted, sir, sus humildes servidores,

»*Dodson y Fogg*

»Mr. Samuel Pickwick».

Fue tan solemne el mudo asombro con que todos se miraron y miraron a Mr. Pickwick, que nadie se atrevía a romper el silencio. Al fin habló Mr. Tupman.

—Dodson y Fogg —repitió maquinalmente.

—Bardell contra Pickwick —dijo Mr. Snodgrass, musitando.

—La paz y la felicidad de las cándidas doncellas —murmuró Mr. Winkle distraídamente.

—Es una estafa —dijo Mr. Pickwick, recordando al cabo la facultad de hablar—; una infame conjura tramada por esos dos rapaces procuradores Dodson y Fogg. La señora Bardell no lo hubiera hecho nunca... ella no tiene corazón para hacerlo... ella no tiene motivo para hacerlo. Ridículo... ridículo.

—Respecto de su corazón —dijo Wardle, sonriendo—, no hay mejor juez que usted. No quiero desanimarle, pero estoy seguro de que, por lo que se refiere a sus motivos y derechos,

Dodson y Fogg son mejores jueces que cualquiera de nosotros.

—Es un vil recurso para sacar dinero —dijo Mr. Pickwick.

—Seguramente —dijo Wardle, dejando oír una tos seca.

—¿Quién ha podido oírme jamás dirigirme a ella de manera que no sea la propia de un huésped que habla con su patrona? —prosiguió Mr. Pickwick con gran vehemencia ¿Quién me ha visto jamás con ella? Ni siquiera estos amigos...

—Salvo en una ocasión —dijo Mr. Tupman. Mr. Pickwick se demudó.

—¡Ah! —dijo Mr. Wardle—. Bien, eso es importante. Pero no ocurrió nada sospechoso, ¿verdad?

Mr. Tupman contempló a su jefe tímidamente.

—No hubo nada sospechoso —dijo—; pero yo no sé cómo fue, recuerde... ella ciertamente se apoyaba en sus brazos.

—¡Dios mío! —exclamó Mr. Pickwick cuando se le impuso de modo fatal el recuerdo de la escena en cuestión—. ¡Qué ejemplo más triste de la fuerza de las circunstancias! Así estaba ella... así estaba ella.

—Y nuestro amigo estaba mitigando su angustia —dijo Mr. Winkle con algo de malicia.

—Esto hacía yo —dijo Mr. Pickwick—. No he de negarlo. Así estaba yo.

—¡Ah! —dijo Wardle—, para ser un caso en que no hay nada sospechoso parece verdaderamente extraño... ¿eh, Pickwick? ¡Ah, perro astuto... perro astuto!

Y se echó a reír hasta hacer retemblar los vasos.

—¡Qué concitación de apariencias tan espantosa! —exclamó Mr. Pickwick, apoyando el mentón en sus manos—. Winkle... Tupman... perdónenme por las observaciones que les hice antes. Todos somos víctimas de las circunstancias, y yo la más castigada.

Después de esta explicación sepultó Mr. Pickwick la cara entre las manos y reflexionó; entre tanto Mr. Wardle distribuyó entre los demás elementos de la concurrencia una regular serie de guiños y gestos.

—Todo se explicará, sin embargo —dijo Mr. Pickwick, levantando la cabeza y golpeando la mesa—. ¡Veré a esos Dodson y Fogg! Mañana me voy a Londres.

—Mañana, no —dijo Wardle—; aún está usted cojo.

—Bueno, pues al otro día.

—Al otro día es primero de septiembre, y está usted comprometido para venir con nosotros a la finca de sir Geoffrey Manning y acompañarnos a comer aunque no tome usted parte en la cacería.

—Bueno, entonces, al otro día —dijo Mr. Pickwick—; el jueves Sam.

—Sir —replicó Mr. Weller.

—Toma dos asientos para Londres, para el jueves por la mañana, para ti y para mí.

—Muy bien, sir.

Salió Mr. Weller y se encaminó pausadamente al recado con las manos en los bolsillos y mirando al suelo.

—Vaya una pieza, mi emperador —dijo Mr. Weller, marchando tranquilamente por la calle—. Cuidado con pensar en esa señora Bardell... ¡Con un chico, además! ¡Siempre pasa lo mismo con estos viejos, que parecen tan avisados! ¡No lo hubiera creído de él, sin embargo... no lo hubiera creído!

Moralizando de esta suerte, Mr. Samuel Weller enderezó sus pasos hacia la administración.

UN DÍA AGRADABLE, QUE ACABA DES- AGRADABLEMENTE

Los pájaros, que, afortunadamente para el solaz Y la tranquilidad de sus ánimos, permanecían dichosamente ajenos a los preparativos que se hacían con objeto de sembrar entre ellos el espanto, saludaron al primer día de septiembre como a uno de los más deleitosos que vieran en la estación. Algunos polluelos de perdiz gozábense brincando por el rastrojo con la aturdida jactancia de la juventud y las veteranas contemplaban aquella descuidada ligereza con su gran ojo circular, y, con el aire desdeñoso de pájaro sabio y experimentado, soleábanse al aire fresco de la mañana, respirando felices la vida, igualmente ignorantes de su condena, sin presentir que pocas horas después habían de yacer inertes sobre el suelo. Pero no nos dejemos llevar de la vena: prosigamos.

Diremos en estilo llano que la mañana era hermosa, tan hermosa, que os hubiera costado trabajo creer que habían transcurrido los cortos meses de un estío inglés. Campos, setos, árboles, montes y boscajes ofrecían a la vista los variados matices del verde follaje; apenas si había caído una hoja; apenas si se mezclaba alguna mancha amarillenta con los tonos del verano, anunciando la llegada del otoño. El cielo estaba despejado, lucía el sol brillante y cálido; los cantos de los pájaros y el zumbido de miríadas de insectos estivales llenaban el aire, y los jardines de la quinta, cuajados de flores de los más bellos tonos, centelleaban bajo el rocío como joyas resplandecientes. Todo exhibía la marca del verano, y ni uno solo de sus bellos colores se había marchitado.

Tal era la mañana en que un carruaje abierto conduciendo a tres pickwickianos (Mr. Snodgrass había preferido quedarse en casa), Mr. Wardle y Mr. Trundle, con Sam Weller en la trasera, deteníase frente a la verja de la carrete-

ra, ante la que se hallaban un corpulento y huesudo guarda y un mozo con medias botas y piernas con vendas de cuero; llevaba cada uno un morral de regulares dimensiones y les acompañaban sendas traíllas de podencos.

—No creo —murmuró Mr. Winkle a Wardle, mientras bajaban el estribo del coche— que se figuren que vamos a matar caza bastante para llenar esos morrales.

—¡Llenarlos! —exclamó el viejo Wardle—. ¡Hombre de Dios, claro que sí! Usted llenará uno y yo el otro; y cuando ya no quepa más en ellos, los bolsillos de nuestras cazadoras podrán contener otro tanto.

Apeóse Mr. Winkle sin replicar a esta observación; mas pensó íntimamente que si la partida hubiera de permanecer al raso hasta que él hubiese llenado uno de los morrales, tenían muchas probabilidades de pescar un resfriado.

—Hola, *Juno...*, eh, joven; abajo, *Daph*, abajo —dijo Wardle acariciando a los perros—. ¿Sir Geoffrey aún en Escocia, por supuesto, Martín?

El corpulento guarda respondió afirmativamente y miró con sorpresa a Mr. Winkle, que llevaba su escopeta como si deseara que el bolsillo de la cazadora le ahorrara la molestia de disparar el gatillo, y a Mr. Tupman, que llevaba la suya como si estuviera asustado de ella, sin que hubiera razón alguna para dudar de que realmente lo estuviera.

—Mis amigos no están aún habituados a estas cosas, Martín —dijo Wardle, percibiendo la mirada—. Vive y aprenderás, ya se sabe. Con el tiempo serán buenos tiradores. Mas pido perdón a Mr. Winkle; él tiene alguna práctica.

Mr. Winkle sonrió débilmente por encima de su bufanda azul, agradeciendo la fineza, y se enredó de modo tan incomprensible con su escopeta, en la confusión de su propia modestia, que de haber estado cargada se habría disparado sobre él mismo en aquel momento, matándole.

—No debe usted llevar el arma de ese modo cuando esté cargada, sir —dijo el corpulento

guarda con aire de reprensión—; de lo contrario, apuesto a que hace fiambre de alguno de nosotros.

Amonestado de esta suerte, Mr. Winkle cambió apresuradamente la posición del arma, y al hacerlo se las arregló de manera que puso el cañón en íntimo contacto con la cabeza de Mr. Weller.

—¡Eh! —dijo Sam, recogiendo su sombrero, que había caído por aquella maniobra, y fro-tándose una sien—. Eh, sir; si sigue usted así, llenará uno de los morrales, y algo más, de un solo disparo.

Al oír esto, el mozo de las vendas de cuero se echó a reír con toda su alma y miró a otro lado para disimular, con lo que Mr. Winkle frunció el ceño majestuosamente.

—¿Dónde dijo usted al chico que había de encontrarnos con la merienda, Martín? —preguntó Mr. Wardle.

—Al pie del cerro del Árbol, a las doce, sir.

—¿Eso no es ya de sir Geoffrey?

—No, sir; pero está pegando. Es la finca del capitán Boldwig; pero allí nadie nos molestará y hay una hermosa pradera.

—Muy bien —dijo el viejo Wardle—. Entonces, cuanto antes mejor. ¿A las doce se unirá usted a nosotros, eh, Pickwick? Mr. Pickwick deseaba vivamente presenciar la batida, tanto más cuanto que abrigaba cierta inquietud respecto de la vida y miembros de Mr. Winkle. Además, en una mañana tan deleitosa, era verdaderamente mortificante volverse y dejar que sólo sus amigos gozasen. Así es que hubo de replicar con aire indeciso:

—Por supuesto.

—¿Este caballero no tira, sir? —preguntó el guarda.

—No —replicó Wardle—; y además está cojo.

—Me gustaría muchísimo ir —dijo Mr. Pickwick—, mucho.

Siguió una breve pausa de conmisericordia.

—Al otro lado de la cerca hay una carretilla —dijo el muchacho—. Si el criado de este caballero quiere ir con ella por la senda, podría seguirnos a poca distancia, y al llegar a las cercas nosotros podríamos levantarla.

—Eso es —dijo Mr. Weller, que era parte interesada, por desear ardientemente ver la cacería—. Eso es. Bien dicho, Smallcheek; yo la sacaré en seguida.

Pero surgió una dificultad. El alto guarda protestó resueltamente contra la introducción en una partida de caza de un caballero echado sobre una carretilla, como una grave violación de todas las reglas y cánones establecidos.

Fue una gran objeción, pero no invencible. Después de mimar al guarda, de haberle untado la mano y luego que se hubo desahogado sobre la cabeza del ocurrente joven que había sugerido el empleo de la máquina, fue colocado en ella Mr. Pickwick y se pusieron en movimiento: Wardle y el alto guarda guiando, y Mr.

Pickwick en la carretilla, empujada por Sam, iban a retaguardia.

—¡Alto, Sam! —dijo Mr. Pickwick al llegar a la mitad del primer trozo.

—¿Qué hay? —dijo Wardle.

—No consentiré dar un paso más en esta carretilla —dijo Mr. Pickwick resueltamente— como no lleve Winkle la escopeta de otra manera.

—¿Cómo he de llevarla? —dijo el desconsolado Winkle.

—Llévela con la boca del cañón hacia el suelo —replicó Mr. Pickwick.

—Es tan poco airoso en cacería... —objetó Winkle.

—No me importa que sea airoso o no —replicó Mr. Pickwick—; no estoy dispuesto a que me peguen un tiro en una carretilla por respeto a las apariencias.

—Estoy viendo que el señor le va a meter a alguno la carga en el cuerpo antes de poco —gritó el guarda.

—Bien, bien... no me importa —dijo el pobre Winkle invirtiendo el arma—; sea.

—Bien lo vale la tranquilidad —dijo Mr. Weller. Y siguieron adelante.

—¡Alto! —dijo Mr. Pickwick, pocas yardas más allá.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo Wardle.

—Esa escopeta de Tupman no va tampoco bien: estoy seguro de que no va bien —dijo Mr. Pickwick.

—¿Eh? ¡Cómo! ¿No va bien? —dijo Mr. Tupman, alarmado.

—Tal como la lleva usted, no —dijo Mr. Pickwick—. Siento hacer estas observaciones, pero yo no sigo si no lleva usted la escopeta como Winkle.

—Creo que debe usted hacerlo, sir —dijo el alto guarda—; si no, lo mismo puede ir el tiro a usted que a otro cualquiera.

Mr. Tupman colocó el arma en la posición requerida con la más cumplida presteza, y de nuevo se pusieron en camino, marchando los

dos aficionados con las armas invertidas, lo mismo que soldados en funeral regio.

Los perros se pararon en seco, y los cazadores se pararon también después de avanzar un paso sigilosamente.

—¿Qué les pasa a los perros en las patas? —murmuró Mr. Winkle—. ¡Qué posición tan rara han tomado!

—¡Chist, por Dios! —replicó Wardle por lo bajo—. ¿No ve usted que están haciendo la muestra?

—¡Haciendo una muestra! —dijo Mr. Winkle, mirando a su alrededor como si tratase de descubrir en el paisaje alguna belleza sobre la que los sagaces animales quisieran llamar la atención—. ¡Haciendo una muestra! ¿Qué es lo que quieren mostrar?

—Abra usted los ojos —dijo Wardle, sin fijarse en la pregunta, por la excitación del momento—. ¡A ellos!

Prodújose un fuerte ruido de alas, que hizo retroceder a Mr. Winkle como si le hubieran

tirado a él mismo. ¡Pum, pum!, tiraron dos escopetas; corrió el humo rápidamente por el campo, y desapareció rizándose en el aire.

—¿Dónde están? —dijo Mr. Winkle, denotando la más fuerte excitación y volviéndose hacia todos lados—. ¿Dónde están? Dígame hacia dónde tiro. ¿Dónde están..., dónde están?

—¿Dónde están? —dijo Wardle, recogiendo un manojo de pájaros que los perros habían dejado a sus pies—. Pues aquí están.

—No, no; yo digo los otros —dijo el maravillado Winkle.

—Lo que es ahora, bastante lejos —replicó Wardle, cargando de nuevo su escopeta con indiferencia.

—Me parece que antes de cinco minutos vamos a levantar otro bando —dijo el alto guarda—. Si el señor empieza ahora a tirar, tal vez salga del cañón la carga para cuando los pájaros levanten el vuelo.

—¡Ja, ja, ja! —dejó escapar Mr. Weller.

—Sam —dijo Mr. Pickwick, compadeciendo a sus azorados y confusos amigos.

—Sir.

—No te rías.

—Descuide, sir.

Y por vía de satisfacción hacia los pobres cazadores, ocultó Mr. Weller tras de la carretilla las contorsiones de su rostro, para exclusivo regocijo del muchacho de las vendas de cuero, que rompió a su vez en una estrepitosa carcajada y que recibió el correctivo sumarísimo de un bofetón del alto guarda, que a su vez necesitaba un pretexto para disimular su propio regodeo, volviéndose hacia otro lado.

—¡Bravo, amigo! —dijo Wardle a Mr. Tupman—. Usted ha disparado ahora, sea como sea.

—¡Oh, sí! —replicó Mr. Tupman, con orgulloso continente—. Le di gusto al dedo.

—Bien hecho; usted atinará ahora, si afina la vista. ¿Es muy fácil, verdad?

—Sí, es muy fácil —dijo Mr. Tupman—. Pero qué daño hace en el hombro. A poco me tira de espaldas. Yo no tenía idea de que estas escopetillas daban tan fuerte culatazo.

—¡Ah! —dijo sonriendo el viejo—; ya se acostumbrará usted con el tiempo. Ahora... alerta... ¿Marcha bien la carretilla?

—Perfectamente, sir —replicó Mr. Weller.

—Adelante, pues.

—Agárrese, sir —dijo Sam, levantando la carretilla.

—¡Ale, ale! —replicó Mr. Pickwick.

Y reanudaron la marcha con toda la presteza requerida.

—Quédese atrás con la carretilla —gritó Wardle, luego que se hizo pasar el vehículo al otro lado de la cerca, y ya colocado nuevamente en su sitio Mr. Pickwick.

—Bien, sir —respondió Mr. Weller.

—Winkle —dijo el viejo—, sígame ahora, y no se retrase esta vez.

—Descuide —dijo Winkle—. ¿Están ya de muestra?

—No, no; todavía, no. Ahora, poco a poco.

Siguieron andando despacio, y despacio hubieran avanzado si Mr. Winkle, a consecuencia de una complicada maniobra ejecutada con su escopeta, no hubiera disparado sin querer, en el más crítico instante, cuando tenía el cañón precisamente sobre la cabeza del chico y apuntando exactamente al mismo sitio en que habría estado la del alto guarda, de ocupar el lugar del mozo.

—Caramba, ¿pero a qué viene ahora eso? —dijo Wardle, en tanto que los pájaros volaban ilesos.

—En mi vida he visto una escopeta como ésta —replicó el pobre Winkle, mirando al disparador, como si esto de algo sirviera—. Se dispara cuando le da la gana.

—¡Cuando le da la gana! —repitió Mr. Wardle, con acento de reprimido enojo—. Ojalá le diera la gana de matar algo.

—Ya matará dentro de poco, sir —observó el guarda en tono quedo y profético.

—¿Qué quiere usted decir con eso, sir? —inquirió Mr. Winkle amostazado.

—No se preocupe, no se preocupe, sir —replicó el alto guarda—; yo no tengo familia, sir, y a la madre de este chico ya le dará alguna cosa importante sir Geoffrey por haber muerto su hijo en la finca. Cargue, cargue otra vez, sir.

—Que le quiten la escopeta —gritó desde la carretilla Mr. Pickwick, poseído del más hondo terror, ante la insinuación profética del guarda—. Que le quiten la escopeta, ¿oyen?

Ninguno se decidió a obedecer la orden, y después de lanzar Mr. Winkle sobre Mr. Pickwick una mirada rencorosa, cargó de nuevo su escopeta y siguió a los demás.

Ateniéndonos al autorizado testimonio de Mr. Pickwick, hemos de dejar sentado que los procedimientos de Mr. Tupman denotaban mucha mayor prudencia y más cautela que los seguidos por Mr. Winkle. Pero esto en nada

merma la gran autoridad del último en materias cinegéticas, ya que, según hace observar con admirable perspicacia Mr. Pickwick, viene ocurriendo desde tiempo inmemorial que los más grandes y sagaces filósofos, aun hallándose asistidos de todas las claridades de la ciencia en cuestiones de teoría, se han visto en la imposibilidad de llevarlas a la práctica.

El sistema de Mr. Tupman, como la mayoría de nuestros más sublimes descubrimientos, era de una sencillez extremada. Con la rapidez y penetración características de todo hombre de genio, se había hecho cargo desde el primer momento de que los dos puntos más importantes que precisaba resolver eran: primero, disparar sin herirse a sí mismo, y segundo, hacerlo sin peligro de los acompañantes. De manera que, una vez solventada la dificultad fundamental de disparar, lo que había que hacer era cerrar bien los ojos y hacer fuego al aire.

Procediendo Mr. Tupman de esta suerte, una de las veces, al abrir los ojos, vio una her-

mosa perdiz en el momento de caer herida al suelo. Disponíase a felicitar a Mr. Wardle por su constante acierto, cuando este mismo caballero se le acercó y le estrechó la mano calurosamente.

—Tupman —dijo el viejo—, ¿ha elegido usted ese pájaro?

—No —dijo Mr. Tupman—, no.

—Sí —dijo Wardle—, le he visto a usted hacerlo... vi cómo la escogía usted... me fijé en que levantó usted la escopeta expresamente para ella, y he de añadir que no lo hubiera hecho mejor el tirador más consumado. Es usted veterano en esto; más de lo que yo pensaba, Tupman; no es la primera vez.

Fue inútil que afirmara Mr. Tupman, sonriendo, no haberlo hecho nunca. La misma sonrisa fue interpretada como prueba evidente de lo contrario, y desde aquel momento quedó consolidada su reputación. No era la única reputación que se conquista a tan poca costa, ni

estas venturosas circunstancias se concitan solamente en las cacerías de perdices.

Entre tanto Mr. Winkle disparaba, flameaba y lanzaba humo por doquier sin obtener ningún resultado material digno de registrarse; a veces lanzaba la carga al aire, y otras la enviaba tan a ras del suelo, que ponía en situación sumamente precaria las vidas de los dos perros. En cuanto a originalidad en sus normas de caza, era curioso y variadísimo; como ejemplo de puntería, tal vez, en definitiva, constituyera un fracaso. Es un axioma establecido el de que «cada bala tiene su blanco». Mas si se aplica en todas sus partes al arte de la caza, es indudable que las de Mr. Winkle se veían privadas de sus derechos reconocidos y se perdían en el aire yendo a parar a cualquier sitio.

—Bien —dijo Mr. Wardle, marchando al lado de la carretilla y enjugando los chorros de sudor que le brotaban de su faz risueña—. ¿Día sofocante, verdad?

—Así es, en efecto —replicó Mr. Pickwick—. El sol calienta horriblemente hasta a mí mismo. No sé cómo pueden ustedes soportarlo.

—¡Bah! —dijo el viejo caballero—, calor agradable. Pero son más de las doce. ¿Ve usted aquel verde montecillo?

—Perfectamente.

—¡Aquél es el sitio en que vamos a comer!; ¡y, por Júpiter, que allí está el muchacho con la cesta, puntual como un reloj!

—Allí está —dijo Mr. Pickwick, resplandeciendo de alegría—. Buen chico. Le voy a dar un chelín en seguida. Sam, vamos allá.

—Agárrese, sir —dijo Mr. Weller, animado con la esperanza del refrigerio—. Paso, joven de las correas. Si en algo estimas mi preciosa vida, no me hagas volcar, como decía el caballero al cochero que le conducía a Tyburn.

Y apresurando su marcha hasta convertirla en carrera, condujo Mr. Weller a su amo rápidamente al verde montecillo, le depositó con

destreza junto a la cesta y procedió a vaciarla con la mayor diligencia.

—Empanada de ternera —se dijo a sí mismo Mr. Weller, mientras disponía sobre la hierba los comestibles—. Es una gran cosa la empanada de ternera cuando se conoce la señora que lo ha hecho y se está seguro de que no es de gato; aunque después de todo nada importa cuando se parecen tanto a las de ternera que ni el mismo que las hace nota luego la diferencia.

—¿No la nota, Sam? —dijo Mr. Pickwick.

—No, sir —respondió Sam, llevándose la mano al sombrero—. Yo viví en la misma casa que uno de estos salchicheros, sir, y era un hombre notable... Un mozo listo... Hacía empanadas de todo lo que podía. «¿Cuántos gatos tiene usted, Mr. Brooks?», le dije, cuando ya me hice íntimo de él. «¡Ah!», dijo, «tengo muchos». «A usted deben gustarle mucho los gatos», le dije. «No sólo a mí», me dijo, «pero su época es el invierno». «¿No es ahora tiempo de ellos?», dije. «No», dijo; «cuando viene la fruta, nada de

gatos». «¿Cómo? ¿Qué dice usted?», le dije yo. «¿Que qué digo?», dijo él. «Que yo no les hago el juego a los carniceros para mantener elevado el precio de la carne. Mr. Weller», dijo, apretando mi mano muy fuerte y hablándome por lo bajo, «no se lo diga usted a nadie; pero todo consiste en el condimento. Todo se hace con esos nobles animales», me dijo señalando a un gatillo, «y yo hago con ellos vaca, riñones o ternera, según lo que pide el público. Y más aún», dijo: «¡Yo puedo hacer ternera de vaca, o vaca de riñones y carnero con cualquiera de esas cosas a los tres minutos de pedírmelos, según el mercado y los cambios del gusto!».

—Debía de ser un joven de recursos ese mozo, Sam —dijo Mr. Pickwick con un ligero estremecimiento.

—Sí que lo era, sir —dijo Mr. Weller, prosiguiendo su tarea de desocupar la cesta—; y las empanadas eran magníficas. Lengua; esto es muy bueno, siempre que no sea de mujer. Pan... jamón; parece pintado... Fiambre de vaca en

lonjas, muy bien. ¿Qué hay en esas dos bombonas de barro, joven alfeñique?

—En una, cerveza —dijo el muchacho, sacando de su mochila dos canecos atados por una correa—, y en la otra, ponche frío.

—He aquí una comida bien dispuesta —dijo Mr. Weller, echando una ojeada de satisfacción sobre los manjares preparados—. Ahora, caballeros, a ellos, como dijo el inglés al francés cuando calaron las bayonetas.

No fue precisa la segunda llamada para que los excursionistas hicieran a la comida cumplida justicia, ni tampoco se hicieron rogar mucho Mr. Weller, el corpulento guarda y el muchacho para sentarse en la hierba, no lejos de los cazadores, y dar buena cuenta de la considerable porción de viandas que se les entregó. Un roble secular proporcionaba al grupo gratísima sombra, y una hermosa perspectiva de siembras y prados, interrumpida de trecho en trecho por setos verdeantes y exornada de bosques, tendíase ante ellos.

—Esto es delicioso, deliciosísimo —dijo Mr. Pickwick, cuyo expresivo semblante empezaba a despellejarse por la solanera.

—Lo es, lo es, querido amigo —replicó Wardle—. Vamos, una copita de ponche.

—Con mucho gusto —dijo Mr. Pickwick, cuya faz mostró después de beberlo una satisfacción que abonaba la sinceridad de su respuesta.

—Bueno —dijo Mr. Pickwick, chasqueando sus labios—, muy bueno; voy a tomar otra. Fresco, muy fresco. Ea, señores —prosiguió Mr. Pickwick, sin soltar el caneco—, vaya un brindis. Por nuestros amigos de Dingley Dell.

Efectuóse la libación entre aclamaciones atronadoras.

—Voy a decir a ustedes lo que pienso hacer para recobrar mis facultades de tirador —dijo Mr. Winkle, que estaba comiendo pan y jamón con un cuchillo—. Voy a colocar en lo alto de un palo una perdiz de trapo y practicar sobre ella, empezando por cortas distancias y aumen-

tando gradualmente. Me parece que es un admirable sistema.

—Yo sé de un caballero, sir —dijo Mr. Weller—, que hizo eso mismo, y empezó colocándose a dos varas; pero no lo pudo repetir, porque al primer tiro desapareció el pájaro sin que nadie viera una sola pluma después.

—Sam —dijo Mr. Pickwick.

—Sir —respondió Mr. Weller.

—Haz el favor de reservar tus anécdotas para cuando se te pidan.

—Descuide, sir.

Entonces Mr. Weller guiñó el ojo que no estaba oculto por el caneco de cerveza que en aquel momento se llevaba a los labios, con tan exquisito humorismo, que los dos chicos cayeron víctimas de tremendas convulsiones, y hasta el guarda se dignó sonreír.

—No hay que dudar de que es un ponche riquísimo —dijo Mr. Pickwick, mirando ávidamente hacia el caneco—, y el día es extrema-

damente caluroso... Tupman, amigo querido, ¿una copa de ponche?

—Encantado —replicó Mr. Tupman.

Después de esta copa, tomó otra Mr. Pickwick, con el exclusivo objeto de cerciorarse de si había en el ponche alguna cáscara de naranja, cosa que le desagradaba en extremo; y viendo que no la había, bebió otra copa a la salud del amigo ausente, sintiéndose luego imperiosamente obligado a proponer otra en honor del confeccionador incógnito del ponche.

Aquella interminable serie de copas produjo considerable efecto en Mr. Pickwick: su rostro centelleaba con las más luminosas sonrisas, jugaba la eutrapelia entre sus labios y parpadeaba en sus ojos la más franca alegría. Gradualmente dominado por la influencia del líquido excitante, reforzada por el calor, acometió a Mr. Pickwick el deseo vivísimo de recordar un canto que oyera en su infancia, y como fracasara en su intento, acudió para estimular su memoria a las copas de ponche, que por las

apariencias dieron resultado contrario; porque no solamente hicieron imposible el recuerdo de las palabras del canto, sino que empezó a olvidar la articulación de las palabras y, por último, después de levantarse sobre sus piernas para dirigir a la concurrencia un discurso elocuente, se desplomó en la carretilla y se quedó dormido inmediatamente.

Arreglada la cesta y haciéndose cargo de la imposibilidad de despertar a Mr. Pickwick de su sopor, discutióse largamente acerca de si procedería que Mr. Weller transportase a su amo de nuevo o dejarle donde estaba hasta el regreso general. Decidióse esto último, y como la batida no había de exceder de una hora y solicitaba ávidamente Mr. Weller tomar parte en ella, resolvióse dejar a Mr. Pickwick dormido en la carretilla para recogerle a la vuelta. Así, pues, partieron, dejando a Mr. Pickwick roncar a placer bajo las sombras.

No hay que dudar que Mr. Pickwick hubiera continuado roncando bajo la sombra hasta el

retorno de sus amigos o, a falta de esto, hasta que las negruras de la noche hubieran invadido el paisaje, siempre que al caballero se le hubiese dejado en paz. Pero no se le dejó en paz, y éste fue el contratiempo.

El capitán Boldwig era un cascarrabias con bufanda negra ajustada y sobretodo azul, que cuando se dignaba recorrer su propiedad se hacía acompañar de un grueso bastón con puño de bronce, de un jardinero mayor y de un subjardinero, ambos de mísero aspecto, a los cuales (claro es que no al bastón) daba sus órdenes el capitán Boldwig con la debida altanería y ferocidad: porque la cuñada del capitán Boldwig se había casado con un marqués, y la casa del capitán era una quinta, un feudo la propiedad y todo era aristocrático, poderoso y grande.

Aún no llevaba Mr. Pickwick media hora de sueño cuando el pequeño capitán Boldwig sobrevino escoltado por los dos jardineros, zancajeando con toda la presteza que su importancia y estatura le concedían; y al llegar al roble pa-

róse el capitán Boldwig y lanzó un prolongado resoplido; contempló el panorama, como si el panorama le debiera honda gratitud por haberle honrado con su atención, hirió el suelo con su bastón y llamó al jardinero jefe:

—Hunt —dijo el capitán Boldwig.

—Mande, sir —dijo el jardinero.

—Que den un paso de rulo a esto mañana por la mañana... ¿Oye, Hunt?

—Mande, sir.

—Y cuide de tenerme todo esto en orden... ¿lo oye usted, Hunt?

—Sí, sir.

—Y recuérdeme que hay que traer un cartel para los transgresores, para los furtivos y para toda esa ralea, con objeto de que no entre aquí esa gentuza. ¿Lo oye usted, Hunt, lo oye usted?

—No lo olvidaré, sir.

—Dispense, sir —dijo el otro, adelantándose, con la mano en el sombrero.

—¿Qué, Wilkins, qué quiere usted? —dijo el capitán Boldwig.

—Dispense, sir...; pero me parece que hoy ha habido gente aquí.

—¡Ah! —dijo el capitán, mirando fieramente a su alrededor.

—¿Sí? sir... me parece que han estado aquí comiendo, sir.

—¡Qué audacia han tenido! —dijo el capitán Boldwig advirtiendo las migajas y los restos que había esparcidos sobre la hierba—. ¡Aquí acaban de engullir su bazofia! ¡Me gustaría tener aquí a los vagabundos! —continuó el capitán empuñando el grueso bastón—. Me gustaría tener aquí a los vagabundos —acabó el capitán, colérico.

—Dispense, sir —dijo Wilkins—, pero...

—¿Pero qué? ¿Eh? —bramó el capitán.

Y siguiendo la dirección de la mirada tímida de Wilkins, toparon sus ojos con la carretilla de Mr. Pickwick.

—¿Quién es usted, granuja? —dijo el capitán, administrando varios bastonazos a Mr. Pickwick—. ¿Cómo te llamas?

—Ponche frío —murmuró Mr. Pickwick, volviendo a dormirse en seguida.

—¿Cómo? —preguntó el capitán Boldwig. No hubo respuesta.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —interrogó el capitán.

—Creo que *Ponche*, sir —respondió Wilkins.

—Eso es una insolencia, una abominable insolencia —dijo el capitán Boldwig—. Ahora se hace el dormido —añadió el capitán, ciego de ira—. Está borracho; es un aldeano borracho. Llévatelo, Wilkins, llévatelo en seguida en la carretilla.

—Pero, ¿adónde he de llevarlo? —preguntó Wilkins, con gran timidez.

—Llévatelo al diablo —replicó el capitán Boldwig.

—Muy bien, sir —dijo Wilkins.

—Aguarda —dijo el capitán.

Wilkins se detuvo.

—Llévatelo —dijo el capitán—, llévatelo al Pound, y ya veremos si se llama *Ponche* cuando vuelva en sí. Ése no juega conmigo. Llévatelo.

Acarreado fue Mr. Pickwick, en cumplimiento de este imperioso mandato, y sofocado de indignación continuó su paseo el gran capitán Boldwig.

Fue indescriptible el asombro de los cazadores cuando al volver se encontraron con que había desaparecido Mr. Pickwick y que se había llevado con él la carretilla.

Era lo más inexplicable y misterioso que podría concebirse. El que un hombre cojo hubiera logrado sostenerse sobre sus piernas, sin saber cómo, era ya bastante extraordinario; pero que se hubiera ido con la carretilla, por vía de pasatiempo, resultaba verdaderamente milagroso. Buscaron por todos los rincones y escondrijos, colectiva y separadamente; gritaron, silbaron, rieron, llamaron; pero todo fue en vano. Mr. Pickwick no aparecía. Después de algunas horas de infructuosas pesquisas, llegaron a la

desesperada conclusión de que no tenían más remedio que volverse a casa sin Mr. Pickwick.

Entre tanto Mr. Pickwick era acarreado al Pound y allí depositado en seguridad, profundamente dormido en la carretilla, con inenarrable regocijo y satisfacción, no sólo de la chiquillería del pueblo, sino de las tres cuartas partes de la población, que habíase agolpado en espera del despertar del caballero. Y si el solo hecho de verle en la carretilla había excitado tan intenso alborozo, cuánto no se redoblaría el entusiasmo cuando, después de producir unos cuantos gritos inarticulados de «¡Sam!», se incorporó en la carretilla y contempló con estupefacción inefable las caras que le rodeaban.

Una general aclamación fue la señal de que se había despertado, y su maquinal interrogación «¿qué pasa?» ocasionó otra más ruidosa, si cabe, que la primera.

—¡Vaya una juerga! —rugió el populacho.

—¿Dónde estoy? —exclamó Mr. Pickwick.

—En el Pound —replicó la canalla.

—¿Cómo vine aquí? ¿Qué hacía yo? ¿De dónde me han traído?

—¡Boldwig! ¡El capitán Boldwig! —fue la única respuesta que obtuvo.

—Déjenme salir —gritó Mr. Pickwick—. ¿Dónde está mi criado? ¿Dónde están mis amigos?

—No tiene usted amigos aquí. ¡Hurra!

Entonces vino sobre él un nabo, luego una patata y por fin un huevo, entre otras suaves manifestaciones de la jocosa disposición de la fiera multicéfala.

Cuánto hubiera durado esta escena y cuánto hubiera sufrido Mr. Pickwick no es para dicho, si un carruaje, que velozmente se acercaba, no se hubiese detenido en aquel punto, apeándose de él el viejo Wardle y Sam; el primero de los cuales en mucho menos tiempo del que se necesita para escribirlo, y casi para leerlo, se hizo paso hasta llegar a Mr. Pickwick y le llevó al vehículo, mientras que el último daba por terminado el tercero y postrer asalto de los que

constituyeron el singular combate trabado con el guardia municipal.

—¡A la justicia con ellos! —gritó una docena de voces.

—A escape —dijo Mr. Weller, saltando al pescante—. Mis saludos... los saludos de Mr. Weller... a la justicia, y dígame que le he hecho unas cuantas caricias al guardia, y que si pone uno nuevo para mañana, volveré también a acariciarle. Arrea, amigo.

—Voy a dar órdenes para entablar una demanda por detención arbitraria contra este capitán Boldwig, en cuanto llegue a Londres —dijo Mr. Pickwick al salir del pueblo el carruaje.

—Es que, según parece, nos habíamos metido en vedado —dijo Wardle.

—No importa —dijo Mr. Pickwick—, entablaré la demanda.

—No, no lo hará usted —dijo Wardle.

—Sí que lo haré.

Mas como se dibujase un gesto festivo en la cara de Wardle, reprimióse Mr. Pickwick y dijo:

—¿Por qué no?

—Porque —dijo el viejo Wardle, tratando de ahogar una carcajada—, porque podrían volverse contra alguno de nosotros y decir que había bebido demasiado ponche frío.

Fuera el que fuera el efecto producido, se dejó ver una sonrisa en la cara de Mr. Pickwick; la sonrisa aumentó hasta convertirse en risa; la risa en carcajada, y ésta se hizo general. Para no perder el buen humor, hicieron alto al llegar a la primera venta que encontraron en la carretera y pidieron para todos aguardiente y agua y una copa de algo más fuerte para Mr. Samuel Weller.